

MORUENA ESTRÍNGANA

Tú eres lo que deseo

*La historia de un amor prohibido
cuya flama nunca se apagó*

Click
EDICIONES

Índice

Portada
Sinopsis
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Bibliografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Kennan y Bell han sido amigos desde la infancia. Su amistad fue siempre prohibida, marcada por una diferencia de clases sociales. Pero aquello no impidió que cayeran presos de un amor adolescente que no pudieron confesarse antes de que la vida los separara. Años más tarde, en el momento en el que Bell descubre que su marido la engaña con otra, Kennan regresa. La vida de Bell se trastocará por completo: el recuerdo de su amor de juventud vuelve con fuerza, aunque al mirar a los ojos a Kennan no vea reflejado al dulce chico que la enamoró. Ella necesitará averiguar qué le pasó, por qué ha cambiado tanto.

A mi marido y a mi hijo. Os quiero

Prólogo

Cristabell lo tenía todo: la casa perfecta, la familia perfecta, el coche perfecto, el marido perfecto, las amigas perfectas...

Todo era perfecto en su vida... O no. Porque en realidad eso era solo lo que pensaba la gente. La imagen que se proyectaba de su vida. Ella no era feliz, solo se dejaba llevar. Trataba de obligarse a sentir una felicidad que no sentía y menos ahora, mientras veía cómo su marido, el que juraba quererla, le era infiel con su secretaria. Mientras la miraba y sonreía, se daba cuenta de cómo su mundo se hacía pedazos. Y lo más triste es que no notaba celos, no sentía dolor, solo miedo ante un futuro incierto.

Pero esta no era la primera vez que percibía que nada era real en su vida; había estado ciega porque desde niña la habían educado para sonreír, para transigir, para perdonar, para mirar hacia otro lado si hacía falta y nunca dar de qué hablar.

El problema es que, mientras veía cómo su marido daba placer a otra mujer, se dio cuenta de que ella solo vivía una vida perfecta que a ojos de todos no tenía taras y que en verdad estaba llena de ellas.

Al fin y al cabo, la verdad no es lo que se ve a simple vista, si no lo que se descubre cuando decides adentrarte tras la superficie.

Su vida iba a dar un giro. Un giro que la aterraba, pero si era sincera con ella misma, bajo ese miedo latía una mujer que por primera vez acariciaba la liberación con los dedos.

Ahora tenía que descubrir si sería capaz de liberarse de las cadenas que tanto la oprimían y vivir por y para ella.

Capítulo 1

BELL

Salgo de mi décima entrevista de trabajo muy desanimada. ¿Experiencia? Bueno, pues veré, acabé la universidad y me casé. Soy muy buena atendiendo mi casa y he sabido organizar muy bien a los trabajadores de mi hogar en mi tiempo como esposa mientras esperaba a mi marido aburrida como una ostra a que viniera del trabajo, pareciendo más un mueble que una persona que tiene vida propia.

Claro que esto nunca lo digo, me mirarían peor de lo que ya lo hacen, pues mientras yo me empleaba en ser perfecta para todos, el resto de las personas estudiaban y se formaban haciendo que mis estudios sean ahora escasos y mi experiencia, nula.

Pienso la de años que he perdido por nada.

No es que sea vieja, tengo veintiocho años, aún me queda toda la vida por delante y, teniendo en cuenta que los treinta de ahora son los nuevos veinte, estoy casi en la adolescencia... A quién quiero engañar, hay cientos de chicas más jóvenes que yo que han terminado la carrera de Administración y tienen los conocimientos frescos. Y están deseosas de empezar y que las moldeen a su gusto.

Acabé la carrera con veintiún años; al ser del mes de noviembre he sido siempre de las pequeñas de mi curso. Tenía ganas de comerme el mundo. Sentía que era mi momento, incluso se me pasó por la cabeza irme a trabajar

fuera, visualicé la posibilidad de alquilar un piso pequeño y decorarlo a mi gusto. Se lo dije a mis padres... y, sin saber cómo, había pasado de tener un montón de sueños emprendedores a aceptar casarme con mi novio desde el instituto y viviendo en la que hasta ese momento era mi casa, la de mis padres, con mi marido.

Ni tan siquiera pude tener la posibilidad de elegir otro lugar, de empezar de cero, de dejar mis raíces en un nuevo hogar.

Mis padres se compraron una casa más grande y nos regalaron la suya. «Todo un detallazo», dijo Jarrod, mi marido. O, mejor dicho, mi exmarido desde el momento en que lo vi poniéndome los cuernos.

Había pasado de tener sueños a tener que agachar la cabeza. Como siempre. Y el problema es que lo hacía sin darme cuenta. Era lo que se esperaba de mí. Hacía las cosas como me habían educado, sin ser consciente de cómo todo eso me oprimía el pecho como si de un corsé ajustado se tratara.

El problema es que Jarrod seguía estudiando: acabó la carrera e hizo un máster. Lo metieron a trabajar en una de las empresas de mi padre. Al ser su yerno, lo puso directamente como jefe de planta. Nunca estaba en casa y yo siempre estaba sola, bueno con mi «amiga» Crystal, que le encanta decir que es amiga mía desde niña, aunque es mayor que yo, simplemente porque nuestras madres son amigas.

Antes de darme cuenta estaba metida en el mundo de las amas de casa, pero no de las de ahora, que hacen lo que quieren e imponen sus reglas a los maridos. No, yo era como las de antes, como lo ha sido siempre mi madre, de las que hacen curso de cocina en casa de su madre para ser una buena esposa y aprenden de las amigas de su progenitora.

Hasta que llegó el momento bebés. Claro, con veintiocho años ya era para que tuviera por lo menos dos hijos, como todas mis vecinas. El problema es que no me veía teniendo un hijo de Jarrod y, como este tampoco me lo había planteado nunca, lo dejaba pasar.

Yo pensaba que estaba muy ocupado con el trabajo. Que el pobre tenía reuniones hasta altas horas de la noche. Que estaba tan agotado que ni siquiera tenía ganas de acostarse conmigo. Y yo tampoco, porque la verdad

es que el sexo con él era soso y aburrido. Pensaba más en lo que haría después, cuando acabara, que en lo que estaba haciendo. Y aunque yo creía que era porque Jarrod era así, en verdad era porque ya se desfogaba con sus amantes y a mí me trataba como si hacer algo más que el misionero fuera corromper mi alma pura.

¡Ja! No lo soporto, es un cínico. Y yo estaba muy ciega.

Lo más triste de todo fue que cuando le conté a mis padres que quería el divorcio porque mi marido me engañaba, se pusieron del lado de Jarrod, me dijeron que era un hombre, que a veces esto pasaba y que había que mirar hacia otro lado y hacer como si nada.

Y sé que hubiera hecho lo que me decían, lo que querían que hiciera, lo que me imponían que hiciera sabiendo usar las palabras adecuadas para manipularme. Pero Jarrod me dijo que se tomaba un tiempo, que se había casado tan pronto que necesitaba vivir la vida como si fuera soltero. Eso sí, a ojos de todos está de viaje. Un viaje de negocios en una de las empresas de mi padre.

Mientras aceptaba que esa era mi nueva vida, me di cuenta de que estaba harta. De que una parte de mí se rebelaba ante lo de ser siempre perfecta. Y por eso me puse a buscar trabajo de lo mío. Donde no, no tengo experiencia alguna. Porque si me marcho lo pierdo todo. Y no tengo nada mío. Nada que, de irme, pudiera garantizarme un futuro... y ni siquiera encuentro trabajo.

Me siento vieja, como si estos siete años que han pasado desde que acabé la carrera hubieran sido un mundo. Con las nuevas tecnologías todo evoluciona tan rápido que, cuando te descuidas, hay cientos de personas nuevas más preparadas que tú para el mismo puesto, porque lo que estudiaste se ha quedado obsoleto en pocos años.

Me siento en un banco junto al pequeño parque que hay cerca de las oficinas donde he realizado la entrevista y observo el movimiento de la gente aquí, en la ciudad. Parece que hay un mundo entre el complejo de casas donde vivo y el centro urbano. Aquí era donde yo quería vivir. Quería ser libre. Y lo haría encantada, pero eso defraudaría a mis padres, me congelarían las cuentas y sé

que me harían la vida imposible hasta que regresara a casa. Y no sé si estoy preparada emocionalmente para sus manipulaciones, ni para que me dejen de hablar y perder a la única familia que tengo. Si me voy no tendría nada ni a nadie, y no es fácil dar un paso que te lleva a un abismo incierto donde no sabes si caerás entre algodones o estarás cavando tu propia fosa.

Veo pasar a una chica de mi edad y cómo se alza para besar a su novio, o tal vez a su conquista de esta noche. Le mete algo en el bolsillo de la chaqueta y este lo saca y se ve la puntilla de lo que parecen unas braguitas. La chica le sonrío y lo besa antes de irse, y sé que es el principio de lo que tendrán luego.

Noto calor por la pasión que desprende la pareja, y también envidia. Nunca he experimentado nada ni remotamente parecido. Jarrod parecía un mueble en la cama hasta que lo vi en plena acción con su secretaria y me pareció estar viendo a otra persona. Claro, que luego lo explicó; me dijo que solo era sexo, que a mí me hacía el amor. Como si hacer el amor tuviera que ser aburrido y soso, y el sexo morboso se quedara reservado para los amantes.

Me siento muy vieja a pesar de mi corta edad. Y lo peor es que sé que, si Jarrod regresa, aceptaré sus excusas y todo seguirá como siempre, o tal vez no, yo me hundiré poco a poco, porque eso es lo que se espera de mí. Sonreír y hacer creer a todo el mundo que eres dulce y perfecta, que no tienes deseos de ser nada más que esposa y madre, cuando los niños llegan.

Odio tener tanto miedo a romper con todo. Si no lo hago es porque no quiero perder a mis padres. Sé que me darían de lado, que me repudiarían, y al fin y al cabo son mis padres, y desde niña he tratado de hacerles felices, más incluso porque son muy mayores.

Yo llegué a sus vidas cuando mi madre pasaba los cuarenta y cinco. Les costó tener un hijo y, tras muchos años de tratamiento, llegué yo. Así que desde que nací fui la niña de la casa y alguien a quien moldear. Mi madre llevaba tantos años soñando con tener una hija que siguiera todos sus pasos que puso un gran empeño en eso. A veces, al mirarme, me cuesta diferenciar dónde empiezo yo y dónde termina mi madre.

Me levanto y decido saltarme la dieta y el contar calorías. Me meto en una cafetería y me pido un *muffin* de chocolate y un café con leche. Lo

disfruto. Lo saboreo y me cuesta no gemir por el placer que me producen los trocitos de chocolate deshaciéndose en mi boca. Me encanta, es mi placer prohibido. El único que me permito tener y que escondo a los ojos de todos.

Salgo de la cafetería y camino hacia donde he aparcado mi Mercedes plateado.

Estoy llegando cuando paso por el escaparate de una tienda erótica. Ahora, con todo esto de la novela romántica erótica, se han puesto más de moda. Antes, las mujeres teníamos que leer a escondidas esos libros por miedo al qué dirán, por esas portadas sugerentes; y ahora, como son éxitos de ventas, los leen hasta los hombres. Cómo ha cambiado todo.

Eran tantas las sugerencias de leer novela erótica y las recomendaciones que me atreví a probar y compré una.

Me vi a mí misma muy mojigata cuando estaba en la cama con mi marido. Me vi deseando más, y así se lo mencioné, como de pasada, temerosa de su reacción. Solo le dije que podíamos probar algo diferente, algo distinto al misionero. Visto así, y después de todo lo que he leído, algo diferente hubiera sido simplemente que pensara en mi placer, y no solo en el suyo.

Hace años que ni siquiera me ve desnuda del todo, que mi cuerpo esconde secretos a sus ojos que no ha tenido tiempo de descubrir. Muchos desde que mató la sexualidad en mí, porque yo pensaba que no había nada más que eso, que el placer de la mujer era cosa de los libros.

Recuerdo su mirada de horror y cómo me llamó «guarra». Me hizo sentir una persona horrible por querer probar con mi marido algo diferente, por tener curiosidad ante el sexo. Fue a mi mesilla a por mis libros y los tiró por la ventana, alegando que tantas lecturas de mujeres salidas estaban estropeando mi mente pura.

Me sentí un poco como me decía, sí, como si no pudiera desear sentir el cosquilleo que experimentaba cuando leía y me ponía en la piel de la protagonista, cuando la autora traspasaba las letras y yo sentía algo más que monotonía.

Dejé de leer ese tipo de novelas y me centré en las de siempre, hasta que lo pillé con su secretaria y me compré todas las que me había vetado. Al verlo con ella, vi pasión y placer prohibido, algo que a mí no se me había

permitido, por miedo a que dejara de parecer una señora de los pies a la cabeza. Y todo por culpa de las dichosas etiquetas.

Un hombre puede tener un montón de mujeres antes de sentar la cabeza, pero a una mujer, si hace esto mismo, se le cuelga el cartel de facilona, y mejor no acercarse a ella si quieres formar una familia. ¡Como si las mujeres no pudieran hacer lo mismo que los hombres! Y lo más triste de todo es que la mayoría de las personas que cuelgan esos dichosos carteles son las mismas que hablan de la igualdad de sexos. Como mis amigas, que se jactan de decir que la mujer es igual que el hombre y, a la primera de cambio, si se enteran de que alguna ha estado con más de un tío en un mes, o incluso en un año, le ponen la etiqueta de guarra y se quedan tan anchas. Eso sí, luego se les llena la boca reivindicando algo que, hasta que nosotras mismas no hagamos y dejemos de tirarnos piedras sobre nuestro propio tejado, no se logrará.

Miro la tienda y, como otras veces me ha pasado, miro los consoladores. Nunca me he dado placer a mí misma. Es como si no estuviera bien, porque al hacerlo veo la cara de mi madre diciéndome que qué estoy haciendo; y eso no es muy erótico, la verdad. Me da miedo defraudar a las personas que quiero si se enteran de que tengo estos deseos.

Mientras los observo me veo deseando experimentar, poder quitarme los prejuicios, algo que sé que hoy no haré.

Me marcho, temiendo entrar y que me miren de manera desaprobatoria, como mi marido, que alguien me vea salir y les vaya con el cuento a mis padres; y sobre todo temiendo no poder seguir adelante con lo que me compre. Me da tanto miedo el qué dirán que acabo por apretar yo misma las cuerdas de mi corsé.

Me siento mal simplemente por haber pensado en comprarlo. Y entro en mi coche afectada por la entrevista de trabajo y por ser tan tonta.

Llego a mi casa en el complejo de lujo privado, un lugar de casas desiguales de dos a tres plantas donde vive la gente acomodada de la ciudad a las afueras. Como es de esperar, el recinto está vallado para que nadie pueda colarse, y aunque las casas son diferentes, se nota el lujo en cada ladrillo. Nadie puede entrar sin permiso. Ni sin llave, por supuesto.

He vivido aquí desde niña, por eso no me sorprenden las preciosas casas

de mis vecinos, ni el club social. Ni tampoco la playa privada. Nada aquí llama mi atención. Ni tampoco mi casa, que es de las primeras, al lado de la del encargado de mantenimiento. Al ser tan grande el recinto, suele haber bastantes problemas que solucionar, así que al jefe le permiten tener casa. Eso sí, la casa, aunque es preciosa, desentona con el resto, como si quisieran dejar claro que es de un trabajador y no de un gran emprendedor... Odio esto. Y más teniendo en cuenta que en ella vivía mi amigo Kennan, el hijo del actual jefe de mantenimiento. Lleva toda la vida en el puesto. Hasta que Kennan se fue, con dieciséis años, se ocupaba del cuidado de su hijo él solo y del mantenimiento de todo el complejo; y me consta que mis vecinos suelen ser bastante irrespetuosos con las horas de descanso de Jeff. Por lo que sé de la madre de Kennan, lo abandonó sin mirar atrás, y Jeff se hizo cargo de su hijo como un padre ejemplar. Siempre he envidiado el trato que le daba a su hijo. Mis padres nunca me han tratado así.

Cuando era pequeña y me colaba en su casa para estar con Kennan, me encantaba quedarme allí con los dos y disfrutar de tardes en familia, viendo películas con ellos, rodeados de dulces y palomitas, o jugando a juegos de mesa. Era algo que nunca hacía en mi casa. Y algo tan cotidiano y simple me hacía tremendamente feliz. Lo echo de menos.

Desde que Kennan se fue, no he vuelto a colarme en la casa de Jeff, pero siempre tiene para mí una palabra amable cuando nadie lo ve, claro; mi madre no quiere que nadie sepa que su hija es amiga de los empleados.

Paso por la puerta y veo su casa cerrada, lleva así varios días. Las malas lenguas dicen que se ha puesto enfermo. Yo creo que se ha tomado unas vacaciones, y bien merecidas serían. A sus apenas cincuenta y dos años, casi siempre lo he visto trabajando. Se ha tomado pocos días libres.

Aparco mi coche en el garaje, subo a mi casa y enseguida oigo el timbre de la puerta. Tomo aire, no tengo ganas de ver a nadie. Voy hacia ella. Desde que vivo sola pedí que no hubiera nadie trabajando en mi casa, aunque mi madre me manda a sus trabajadoras varias veces por semana para cotillear qué es de mi vida..., como hoy, pienso, al ver tras la mirilla a Nana. Mi madre la manda a mi casa cuando quiere chismes, ignorando que le digo siempre que no necesito a nadie en mi casa limpiando lo que yo puedo limpiar sola.

Abro y entra sin dejarme tiempo para negarme; va hacia el cuarto de limpieza.

—Hola, Nana —le digo siguiéndola—. No hace falta que limpies nada, es limpiar sobre limpio.

Sonríó y trago la rabia porque mis palabras no tengan nunca validez y no comprendan que no quiero a nadie cerca de mis cosas. Por suerte cambié la cerradura y nadie tiene copia salvo yo. Si quieren que represente el papel de amantísima esposa esperando a que regrese su marido, es lo menos que me merezco.

—Su madre estaba preocupada por el estado de la casa. Usted sola no puede con la limpieza de la vivienda.

—Si tú eres capaz, yo también. Tengo dos manos y lo que no haga hoy lo puedo hacer mañana —le digo con una sonrisa—. Si quieres, puedes irte. Ya sigo yo.

Trato de cogerle la aspiradora, que ya tiene entre las manos, y se aparta.

—Me paga por trabajar. Usted vaya a darse un baño de sales, le relajará. —Asiento, pero no pienso ir a darme un baño—. ¿Qué tal ha ido la entrevista? Su madre está preocupada por usted. Y yo también, ¿para qué quiere trabajar? Lo que le da su marido es suficiente para pagar sus caprichos.

—Para mí no lo es. —Y dejo la conversación aquí.

Está claro que mi madre envía a Nana para saber de mi entrevista. No soportan que esté buscando trabajo. Subo a mi cuarto y me encierro en él. Mi cuarto antes era el de mis padres. Lo he arreglado a mi gusto..., bueno, mejor dicho, mi madre lo arregló como quiso y me dijo que era un regalo de boda.

Me quito la ropa y la dejo tirada por el cuarto como si mi rebeldía pudiera aplacar mi rabia. Me paseo por el cuarto en ropa interior hasta que reparo en que la cortina está abierta y me han podido ver.

Voy hacia ella para cerrarla y miro hacia el que era el cuarto de Kennan. Desde mi habitación y la de mis padres solo él podría verme en ropa interior. Y dado que ya no vive aquí, nadie me habrá visto así.

Me pongo ropa cómoda y mi mente recuerda a ese joven rubio de ojos verdeazulados y sonrisa arrebatadora. Ya desde bien pequeño conseguía parar el corazón de toda mujer a la que sonriera. Su belleza era su mejor arma, la

usaba cuando quería para lograr atenciones y yo me reía porque lo tuviera tan fácil con solo sonreír. Conmigo nunca usó su encanto. Yo era su amiga. Conmigo era él mismo, al igual que yo.

Nos separan dos años, y aunque íbamos al mismo colegio y al mismo instituto, solo éramos amigos aquí en su casa, donde nadie podía vernos.

Ambos teníamos muy claro cuál era nuestro sitio; y yo no quería hacer nada que me obligara a dejar de verlo. Mi madre no se metía en mi amistad con Kennan siempre que nadie supiera que me colaba en su patio.

Todo estaba bien si de puertas para fuera hacía como que no lo conocía de nada.

Nos hicimos amigos. Y aunque en el colegio y el instituto se suponía que no lo éramos, siempre teníamos una mirada cómplice para el otro; a mí me encantaba. Sin darme cuenta me fui enamorando como una tonta de él. Cualquier acción que antes solo pasaba por ser la de un amigo, ahora yo la analizaba cientos de veces a ver si significaba que yo le gustaba. Nunca había nada, y cuando mis padres me hicieron empezar a salir con Jarrod, una parte de mí aceptó para ver si Kennan me decía que a él también le gustaba, pero solo me dio la enhorabuena y me dijo que Jarrod era un buen chico, ya que eran compañeros de clase y hasta parecían amigos, aunque Jarrod sabía marcar las distancias cuando le interesaba.

Me alejé de él y un día se fue para no volver, sin decirme adiós. Le habían hecho una oferta como modelo y se fue a aprender la profesión. Su padre iba a verlo siempre lejos de aquí y luego, al regresar, hablaba de lo orgulloso que estaba de su hijo. Hasta que, cuando Kennan tenía veinticuatro años, Jeff me dejó de contar cosas sobre la vida de su hijo como modelo, y cuando le preguntaba, me decía que eso había quedado atrás y por su mirada no pasaba el mismo orgullo e ilusión que hacía unos años, más bien parecía haber un profundo dolor.

Siempre pensé que pasó algo entre los dos. Tal vez alguna desavenencia entre padre e hijo, lo que me extrañaba, ya que Kennan adoraba a su padre; pero desde entonces Jeff ya no es el mismo. Como si algo empañara su mirada.

Desde ese momento dejé de preguntarle por su hijo, porque, cada vez que

lo hacía, el dolor en sus ojos me inquietaba; me decía que todo estaba bien sin ahondar en nada más.

Dejo de mirar el cuarto de Kennan y cojo mi portátil para ponerme en la cama. Ayer acabé un libro que me encantó y lo voy a reseñar. Nadie sabe que tengo un blog, es mi lugar secreto, mi espacio para hablar de lo que me agrada y apoyar así la literatura. Solo reseño libros que me han cautivado, pienso que, si te gusta un libro y lo reseñas, la gente, según tu opinión, decidirá si quiere o no leer el libro; pero si reseñas un libro y haces una crítica destructiva, la gente tiende a pensar que es malo y a dudar de si gastarse su dinero en él o no. Esto lo sé porque me lo dijo una autora.

Mi primera reseña no fue mala, pero tampoco muy buena, y cuando la autora la leyó me escribió para decirme que sentía que no le gustara su libro y me comentó que esperaba que las críticas negativas no afectaran a la venta. Luego investigué, vi que era su primer libro y entendí su miedo. Yo he vivido desde niña sujeta a las críticas, al qué dirán. Por eso lo borré y le dije que esperaría a leerme el siguiente y ver su evolución. Me lo leí en cuanto salió y se notaba el cambio que había dado. Y así lo puse en la reseña.

Todo libro tiene su parte bonita y lo que a ti no te gusta a otros les puede encantar.

Termino de reseñar y lo subo. Estoy pensando en ponerme a leer cuando oigo la voz de Crystal hablando con Nana. Cierro el ordenador, no quiero que se meta más de la cuenta en mi vida. Me levanto de la cama y hago como si recojo. No está bien visto gandulear en la cama, eso dice mi madre. Además, Crystal es una bocazas, dice que es mi amiga y a la primera de cambio va contando todo lo que descubre sobre mí.

—¡Hola, querida! —Se acerca y me da dos besos—. ¿Qué hacías?

Observa el cuarto con ojo crítico y me pregunto si la ha mandado mi madre.

—Recogiendo un poco —miento, y parece que se lo traga, al ver mi ropa tirada y cómo la recojo, porque sonrío y se olvida de ser una maruja que está deseando descubrir qué trapos sucios escondo. Lo odio.

—Vamos a tomar un vino de esos que guarda tu marido. Tengo un noticia que bien merece el trago.

La sigo, o más bien me dejo llevar. Me arrastra hacia donde Jarrod guarda las botellas y abro la que sé que le gusta a Crystal. Nos sirvo una copa a cada una y nos vamos al salón a tomarla ante la atenta mirada de Nana, que piensa que no me doy cuenta de que está con la oreja puesta. Que a Crystal no le importe este hecho me hace ser condescendiente de que lo que sea que va a contarme es de nuestro nivel social.

—Sabrás que Jeff lleva unos días desaparecido. —Asiento—. Es un impresentable, con todo lo que hemos hecho por él... ¡Si hasta el techo que tiene sobre su cabeza está pagado por nosotros!

—Creo que es un gran trabajador y se merece más de lo que tiene por aguantar el tener que trabajar en horas fuera de su jornada de trabajo.

—Sí, lo que tú digas. Es un vago, a mí nunca me atiende bien.

Me da rabia que hable mal de Jeff, con ese desprecio..., el problema es que siempre lo defiende y Crystal nunca me escucha. Al final la tengo que dejar por imposible, porque si no empieza a decir más y más cosas en contra de Jeff.

—¿Y qué es eso tan interesante que me querías contar?

—Que Jeff se ha cogido un año de excedencia. ¿Y sabes quién lo está sustituyendo?

—No, no tengo ni idea.

—Su hijo, Kennan.

Me cuesta mucho mostrarme impasible, me cuesta horrores no hacer gesto alguno cuando la mención de la vuelta de Kennan ha alterado todos mis sentidos, pero tengo dos pares de ojos pendientes de mi reacción, por eso no muevo ni un músculo y tomo un poco de vino como si nada.

—¿Y esa es la buena noticia? —le digo para parecer totalmente indiferente.

—¡Es un notición! Nana, vete de aquí —le dice haciendo aspavientos con las manos, aquí viene lo que me va a contar que no quiere que sepa nadie—. Y es el tío más follable que he visto en mucho tiempo. Tal vez desde que me lo tiré, antes de que se fuera. —Se ríe y, aunque no quiero saberlo otra vez, me duele. Me muestro impasible.

Crystal siempre me cuenta estas cosas. Sabe que yo no soy como ella, que

yo no digo nada. Por eso sé que, mientras su pobre marido está de viaje, ella se acuesta con quien le da la gana, y lo sabe todo el mundo menos él. Me parece lamentable que haga eso. No la soporto, y lo más triste es que ella se cree que somos íntimas amigas, cuando nunca me deja hablar, cuando nunca me pregunta por mis cosas. Cuando esta es una relación unilateral donde solo importa ella.

Asiento y no digo nada. Tampoco espero que ella lo diga.

—Cuando lo he visto creía que me moría por combustión espontánea. Ya sabía que estaba cerca y se estaba haciendo cargo de los de mantenimiento como jefe que es ahora de ellos, pero te juro que al mirarlo no daba crédito a lo mucho que ha cambiado en estos más de catorce años. —Termina su copa y se levanta—. Me voy, tengo que hacer inventario de todo lo que necesita una reparación en mi casa.

Se marcha y al poco lo hace Nana; al fin estoy sola. Cierro con llave, cosa que nadie hace, pero yo lo necesito, quiero mi intimidad. No quiero que nadie entre si yo no quiero.

Salgo al patio y voy hacia las dos tablas de la valla que, al alzarse, comunican con la casa de Kennan, esas que nunca han sido reparadas, que no tienen colocados los tornillos inferiores y que se sujetan por unas bisagras que facilitan mi tarea de colarme al otro lado. Al subirlas, me invitan a pasar a un territorio que no he explorado desde hace más de catorce años.

Kennan ha vuelto y, desde que lo he sabido, no he dejado de sentir que algo se removía en mi interior. A su lado siempre me sentí viva, a su lado siempre me sentí liberada.

¿Habrá cambiado esto con los años?

Capítulo 2

BELL

Me remuevo en la cama sin poder conciliar el sueño. No dejo de recordar a Kennan, de ver su sonrisa, de verme a su lado siendo feliz solo por estar juntos, como amigos. Se fue sin despedirse de mí. Se fue sin decirme adiós y lo odié por ello, aunque sabía que yo sola me había distanciado.

Él no tenía la culpa de no sentir lo mismo, pero yo tenía catorce años y solo pensaba en cómo me había rechazado, porque no luchaba por mí, y en que me había visto una vez más haciendo caso a mis padres. Kennan era mi decisión, yo decidía estar a su lado. Él era lo más real de mi vida y se marchó. No me dio tiempo a superar su rechazo, a encontrar el modo de ser solo amigos.

Bajo a prepararme una tila y miro desde la cocina de mi casa a la de Kennan. Veo la luz de la cocina encendida y me parece ver una sombra. Una parte de mí espera que me busque, que, ya que no me dijo adiós, esté dispuesto a acortar la distancia que nos separa. Espero hasta que la luz se apaga y nadie aparece.

Me levanto con un fuerte dolor de cabeza y corro para prepararme y llegar a tiempo a mi entrevista de trabajo. Llevo una buena capa de maquillaje y espero que no se me noten las ojeras. Llaman a la puerta. Voy hacia ella y me

encuentro con mi madre, que a sus casi setenta y cuatro años está espectacular gracias a la cirugía plástica. Lleva tantas operaciones que a veces no sé si se ríe o le duele algo. Y más aún porque su risa consiste en alargar lo justo los labios hacia arriba, nada más.

—Tienes una cara horrible —me dice a modo de saludo—. ¿Dónde vas tan temprano?

—Tengo una entrevista de trabajo. —Pone mala cara, como siempre que se lo digo—. Y llego tarde.

—Hija, no sé cómo puedes seguir con esa estúpida idea en la cabeza. Aquí tienes todo lo que necesitas para ser feliz. Tienes gimnasios, club social, zonas de ocio y playa privada. ¿Me puedes repetir por qué necesitas trabajar?

Mi madre entra en mi casa y lo mira todo con ojo clínico. Casi temo que haya una mota de polvo en alguna estantería o algo.

—Quiero sentirme útil, y ya que mi marido está de viaje expandiendo sus horizontes, yo creo que también me merezco expandir los míos.

—Espero que eso no signifique que vas a irte con unos y con otros. —Su mirada es glacial—. Tu marido es un hombre, y tú eres una señora. No lo olvides, que nadie te tache de lo que no eres.

—No creo que una mujer deje de ser señora solo porque haga lo que desee. —Mi madre se enfurece, lo noto, y sé que he pasado la línea.

—Voy a tener que hablar con tu padre. Será mejor que dejes de vivir sola.

—Lo siento. Solo quiero trabajar para entretenerme, no porque me haga falta —le digo, porque es lo que quiere escuchar—. Y claro que no le pondría los cuernos a mi marido. Él puede hacer lo que quiera, y yo a callar como una buena señora —lo digo con tal ironía que me sorprende que mi madre solo sonría y asienta.

Con los años he perfeccionado mi arte de fingir. El problema es que, cuando lo hago, me siento vacía por dentro. Me pregunto cuántas mujeres como yo se sienten atadas a una vida que no es la suya, una vida que las deja vacías y que lo único que las hace seguir es la certeza de que, si rompen con todo, lo desconocido podría ser mucho peor y es posible que pierdan a las personas que quieren.

Que a mi padre le hayan dado varios amagos de infarto cada vez que ha

pasado algo fuera de lo normal en mi vida no ayuda. Pensaría que lo hace aposta si no hubiera visto los informes médicos. Es mayor que mi madre, tiene casi ochenta años, y no quiero que sufra.

Le digo a mi madre varias veces que llego tarde, pero no hace nada por irse y no pienso dejarla en mi casa. No tiene llaves, solo hay una copia en casa de Jeff, que se la di por si pasaba algo, pero le hice jurar que no le dijera a nadie que la tenía. Solo él y yo sabemos dónde la esconde.

Por fin mi madre se va y conduzco hacia la entrevista. Llego tarde y ni siquiera me atienden. Me dicen que mi falta de puntualidad dice muy poco de lo que deseo el trabajo.

Salgo frustrada y decido irme a dar un paseo hasta una librería para comprar un sinfín de libros. Al menos mientras los leo me siento feliz, y eso no tiene precio. En los libros encuentro la manera de escapar de mi realidad.

Se me pasa la noción del tiempo leyendo las sinopsis; lo malo es que, cuantas más ojeo, más quiero. Luego me cuesta decidirme. Una vez me dejo atrapar por una, me empiezo a preguntar qué pasará, cuándo se enamorarán...; al final me compro unos cinco libros y me apunto en el blog de notas del móvil los otros que han llamado mi atención. Me gusta leer en e-book también, pero nada como el olor a libro, el placer de pasar las páginas, de hacerme *spoiler* y ver qué pasará y estar deseando llegar a ese momento para disfrutarlo y degustarlo lentamente. Y, eso sí, no me compro un solo libro sin mirar primero el final.

Llego a mi casa tras comer algo por la ciudad. Estoy deseando tirarme en el sofá con un libro durante horas. Añadiría la opción de comer comida basura e ir en pijama de esos que se quedan grandes y son tan cómodos como horribles. Pero mi querida madre suele tocar mi timbre cuando menos me lo espero y, si me ve así, me la arma. Hace años que aprendí a hacer lo que espera, para poder ser libre el resto del tiempo. Si viene y ve que todo está bien, se irá... Todo sea por estar sola con los protagonistas de mi libro. Si para eso tengo que leer vestida como si fuera a salir de fiesta y estar pintada y arreglada como si me fuera de boda, que así sea. Mientras, yo disfruto. Me he comprado un libro erótico de un *highlander*. Solo la sinopsis ya ha hecho que mi sangre se caliente.

Dejo el coche aparcado en la puerta de casa, no me apetece meterlo en el garaje. El escalón que tiene al entrar se me da fatal y siempre rozo. Hoy no tengo ganas de tomarme mi tiempo para bajar lentamente.

Salgo y voy hacia el maletero para coger mi bolsa de libros. Me cuesta estar impasible y no dar saltitos hacia mi casa. Hay muchos vecinos cerca, tengo que saludar a todos con mi sonrisa Profident. Cierro el coche y voy hacia mi casa y... es entonces cuando reparo en él.

En Kennan.

Está de espaldas, pero lo reconocería con los ojos cerrados. Es como si algo en el aire me advirtiera de su presencia. Como si lo notara antes incluso de verlo. Y porque nadie nunca ha hecho que mi corazón lata así de rápido, es escalofriante que esto siga ocurriendo tras tantos años separados.

Me quedo quieta, sé que tengo que entrar, hacer como si nada. Sé que no puedo quedarme mirando su espalda de esta forma. Hay demasiados mirones.

Me giro con su imagen grabada a fuego en mi mente.

Tiene un cuerpo de escándalo, lo que he podido ver, claro. Lleva unos vaqueros bajos y una camiseta de manga corta. Su espalda es amplia y se nota que le gusta hacer ejercicio. Su trasero sigue siendo tan espectacular como lo recordaba. Y es muy alto.

Lleva el pelo rubio oscuro algo largo y le cae sobre el cuello de la camiseta, despeinado, dándole un aire informal.

Busco las llaves en mi bolso mientras trato de que los latidos de mi corazón se normalicen. Las encuentro y abro como si no temblara. Como si no me muriera por ir y gritar que se fue sin despedirse para luego reconocerle que lo he echado de menos. Me cuesta abrir y, cuando lo hago, no puedo evitar volverme. Me sorprende cuando lo pillo mirándome.

Me quedo sin aire, me olvido literalmente de respirar.

Mi cuerpo se ve sacudido por un potente escalofrío y noto cómo el tiempo se detiene mientras observo sus angulosas y atractivas facciones. Su cara parece tallada por un artista. Es como ver a un dios griego que ha bajado a la Tierra para pasear entre humanos.

Al mirarlo solo pienso en arte; no me extraña que fuera modelo. Su cuerpo roza la perfección y ni siquiera los tatuajes que luce en el brazo

empañan su belleza.

Ya hace años se veía que iba a ser un hombre muy guapo; ahora nadie duda de que lo es y de que también es sexy. Muy muy sexy.

Se me seca la boca mientras lo miro, buscando sus ojos. Deseo sonreírle como hacíamos antes. Era nuestro saludo cuando nadie podía saber que éramos amigos.

Llego a sus ojos y mi sonrisa muere en mis labios. Sus ojos verdeazulados, brillantes como dos piedras preciosas, parecen letales y carentes de vida. No hay nada amistoso en ellos. No reconozco a mi amigo en esos ojos. Y eso que me los sé de memoria. Es como si fuera otra persona. Alguien completamente diferente en el cuerpo de Kennan.

Ha cambiado. Y no solo físicamente. Se gira y camina hacia donde está el coche de trabajo para irse. Antes de meterme en casa, miro a mi alrededor a ver si alguien se ha dado cuenta de nuestro escrutinio. Por suerte nadie parece haberse percatado.

Cierro y me dejo caer sobre la puerta. Siento cómo la tristeza ante la partida de mi amigo, de la persona que tanto quería, se hace más honda. Como si, aunque esté aquí de nuevo, mi amigo se hubiera ido para siempre, pues no lo he reconocido en sus ojos.

Y no creo que lo que me ha transmitido su mirada sea por mí. Es algo más. Así lo siento.

KENNAN

Bell.

Ha cambiado, ya nada queda de esa niña delgada de pelo castaño dorado. De grandes ojos azules. Siempre fue una niña bonita, pero ahora se ha convertido en una hermosa mujer. Los años no han hecho sino perfilar su belleza y dotar a su cuerpo y a su cara de las curvas y los ángulos perfectos, para hacerla una mujer muy atractiva.

Es preciosa, espectacular y, al mirarla..., no he sentido nada. Nada de nada.

Y no es porque no la haya querido, o porque antaño no sintiera rabia por verla con su novio de la mano. O porque no anhelara ser todo lo que ella pudiera desear o su familia pudiera aceptar.

El problema es que el tiempo y la vida han hecho que nada lata bajo mi pecho. Que mi corazón se mueva simplemente porque esa es su función. Que no recuerde la última vez que sentí...

O bueno, sí lo sé, la última vez que sentí algo parecido al amor fue a su lado.

Ya nada queda en mí de ese joven que fui, y ni siquiera ella ha conseguido traerlo de vuelta, por mucho que mi padre antes de venir me dijera que tal vez al verla todo cambiaría en mí.

Algún día mi padre tendrá que aceptar que, hace años, la vida mató al hijo que ansía volver a reencontrar.

BELL

Doy un trago a una cerveza bien fría. Mi madre odia la cerveza. Yo las tengo escondidas en un frigorífico del garaje. También odia el garaje, así que allí nunca va; y sí, también están ahí escondidos todos mis dulces.

Mientras me la bebo, miro la valla por donde me colaba al patio de Kennan.

No me gusta mucho la cerveza, pero me recuerda a él, y cada vez que me tomo una, me viene a la cabeza la primera vez que la probé.

Estaba en el patio llorando lágrimas silenciosas, de esas que te desgarran el alma pero que nadie que no sepa mirar bien puede ver. Fue entonces cuando Kennan movió las maderas, para que al caer rebotaran y llamaran mi atención. Esa era nuestra señal. Servía para que supiera que estaba ahí. Dudé y finalmente fui.

Entré en su patio y fuimos al viejo cobertizo de su padre, donde había un sofá viejo bajo un pequeño techado. Me tendió una cerveza.

—Ten, esta va a ser tu primera vez.

—Aún no he cumplido los catorce años...

—Ya, lo que espero es que no te guste, que la escupas y, mientras lo haces, se te olvide lo que sea que te entristece.

No creía que eso fuera posible, estaba así por su culpa. Crystal me había contado que se había acostado con él en el gimnasio del instituto. Me costaba mirarlo y no recordar las cosas que le había hecho a mi amiga. Aunque ella solía exagerar, sabía que era cierto, porque el rumor circuló como la pólvora por el instituto.

Cogí la cerveza, le di un trago y, como Kennan esperaba, escupí y prometí no probarla más. Chocó su botella con la mía mientras decía:

—Por que tus labios nunca pierdan su bonita sonrisa.

Me quedé mirándolo, no podía dejar de hacerlo. Era como si sus ojos me tuvieran presa. Sabía que lo estaba imaginando todo, pero el problema es que, por un instante, sentí que yo le importaba tanto como él a mí. Y ese es el instante que recuerdo cada vez que tomo una cerveza, que no es que me encanten, pero el poder recordar con su amargo sabor a mi amigo y ese momento bien merece la pena.

Termino la cerveza y miro hacia la casa de Kennan; hay luz, pero las maderas no se mueven, no debo olvidarme de que, aunque haya vuelto, ya no es el amigo que conocía, el que parecía leer siempre mi mente. Tal vez incluso hasta cuando me enamoré de él, y quizá por eso nos alejamos.

Me levanto y me voy a dormir; y una vez más, en mi cuarto, miro hacia su ventana. Me parece ver una sombra y me acerco al cristal. Espero que la luz se encienda, que me salude. Nada de eso sucede, y me voy a la cama con una sensación desagradable en el pecho.

—Estoy deseando que llegue el entretenimiento —dice Crystal mirando su reloj de oro, cómo no.

Ha organizado una tarde de té con las amigas y, como siempre, estoy invitada. No me apetece estar aquí, pero rechazar una invitación de Crystal sería una discusión con mi madre y no quiero, pues tengo mañana otra

entrevista a primera hora. La conozco y es capaz de volver a venir a mi casa solo para hacerme llegar tarde una vez más.

Tocan al timbre y todas gritan, creo que de las seis que estamos solo yo no sé de qué se trata. Crystal va a abrir. Estamos en el balcón acristalado que da a los jardines de su casa. Aunque nos encontramos a finales de septiembre y hace buena tarde, ninguna quería estar fuera. Yo sí, pero preferí callarme para no desentonar con lo que opinaba el resto.

Se miran unas a otras. Las ignoro y cojo otra pasta de mantequilla para degustarla con mi té. Lo hago hasta que una voz tremendamente sexy irrumpe en mi mente. Y noto subir un escalofrío por el centro de mi espalda.

—¿Dónde está la rotura esta vez? —No se me pasa por alto cómo remarca el «esta vez» con un deje de cansancio.

Me vuelvo y, como ya esperaba, Kennan está en la puerta. Y me parece mucho más increíble que ayer.

Lleva unos vaqueros algo anchos y caídos sobre la cintura, y una camisa negra. Se quita las gafas de sol y se las engancha en el cuello de la camisa. Los bíceps se le marcan con los movimientos y escucho cómo les entra la risa tonta a las que tengo a mi lado.

—Sígueme. —Crystal lo lleva hacia el jardín, justo frente a nosotras. Veo que le da indicaciones. Al regresar, cierra la puerta y todas gritan.

—¡Dios! ¡Está realmente bueno! —suelta Rosita.

—Estoy deseando que se agache o se quite la camisa —dice Marta mientras se muerde los labios. Y se ríe con voz tontita, como si no pudiera decir algo así.

Siento asco por su actitud, porque lo tratan como si solo fuera un trozo de carne. Miro a Kennan y cómo se está preparando para trabajar.

—Ahora viene lo mejor —dice Crystal tocando algo en su móvil.

Se encienden los aspersores y Kennan se moja por completo. Se vuelve; la camisa negra se le ha pegado a su cuerpo de infarto. Se le ven los músculos perfectamente marcados. Todas se ríen mientras Kennan las fulmina con la mirada. Me levanto y voy hacia el servicio. Regreso con una toalla al tiempo que Kennan lo está recogiendo todo.

—¿Dónde crees que vas? —me pregunta Crystal.

—No es un trozo de carne, es un trabajador, y os debería dar vergüenza actuar así. ¿Qué dirían vuestras madres de vuestra actitud? —les digo, sabiendo que eso las detendrá y además a mí me hará quedar como una mojigata, algo que, por otra parte, no les resultará raro en absoluto. Salgo hacia donde está Kennan.

Me protejo con la toalla de los aspersores. Por suerte Crystal los apaga y no me mojo mucho.

—Ten. —Kennan se levanta y me mira un instante a mí y a la toalla que le tiendo.

—No la quiero. Puede guardársela donde le quepa —me dice de manera despectiva—. Mandaré a uno de los chicos —le dice Kennan a Crystal, que está detrás de mí—, y espero que no se enciendan los aspersores, o cortaré el agua de la casa para que pueda acabar.

Kennan se marcha. Regreso y todas se ríen de mí.

—Parece que le das asco, Cristabell —dice Crystal—. Aunque yo sé lo que pretendías con tu discurso... Querías verlo de cerca.

Se ríen como tontas.

—No. Yo ya tengo a mi marido.

Es mentira, pero se callan. Recojo mis cosas y me marchó. Seguramente mi madre me llame o se presente. No creo que tarde mucho en saber lo que he hecho. Y así es; en cuanto llego a mi casa me llama. Parece que tiene cámaras..., pero veo en el teléfono varias llamadas perdidas.

—¿Sí? —le digo sabiendo qué me dirá.

—Ni se te ocurra plantearte volver a ser amiga de Kennan, esta vez no pienso mirar hacia otro lado.

—Si te lo han contado todo, te habrán dicho también cómo me despreció delante de todas. Yo solo trataba de ser amable, como lo hubiera sido con otro trabajador al que se le hubiera denigrado de esa forma. Me has educado para ser justa —digo, sabiendo que esto le encanta—, no me pareció bien que se le tratara como si fuera un pedazo de carne. No estuvo bien. De las seis yo soy la que ha sido más sensata; así también se nota que aprecio a mi marido y que no me gustan esos juegos. ¿No es lo que quieres? ¿Que aparente que estoy loca por el desgraciado de Jarrod?

—Visto así... No olvides cuál es tu sitio.

—Yo nunca lo he olvidado. No he pedido divorciarme por un error mío, madre.

—Es un hombre, por favor. Crece un poco. Te dejo, tengo cosas que hacer.

Cuelgo y me enfurezco. Me da rabia que justifique los cuernos de Jarrod, que está de viaje en una de las empresas de mi padre, en otro país, liándose con unas y con otras, y yo tengo que mirar hacia otro lado. Odio que esto sea así... Si yo me liara con alguien, sería la más guarra, la peor, y mi marido puede hacer lo que quiera y yo tengo que hacer la vista gorda. ¿Por qué? No es justo. Y lo más triste es que las que me pondrían de golfa para arriba serían siempre mujeres, como yo. Cansa tener que competir todo el rato. A veces envidio a los hombres, lo tienen todo más fácil y entre amigos no hay tanta rivalidad.

Es de noche y, tras cenar algo, he decidido darme una relajante ducha. Estoy casi terminando cuando el agua se corta. Lo pruebo otra vez y nada. Cierro el grifo y me seco. Me pongo ropa cómoda y voy a la planta baja, donde está la llave de paso, para ver qué sucede, porque he comprobado los grifos del lavabo y del cuarto de baño que yo usaba de niña y no sale agua en ninguno.

No veo nada raro hasta que me parece oír como si estuviera lloviendo, cosa imposible, pues cuando miré por última vez al cielo no había ni una sola nube..., aunque con el tiempo nunca se sabe. Voy hacia la puerta que da acceso al jardín y, al correr la cortina, veo la puerta de cristal llena de agua. Miro al cielo y solo se ven estrellas. Enciendo la luz del jardín y veo que el agua sale del suelo. Abro, tras coger varios paños, y voy hacia allí. Me pongo perdida de agua y tierra, ya que el agua sale despedida con fuerza y arrastra todo lo que encuentra a su paso.

Intento hacer algo, sabiendo que lo único que conseguiré será calarme entera. Llego a la tubería y pongo las manos sobre esta, con los trapos, pero, como ya sabía, no sirve de nada. De repente el agua deja de salir y me quedo aturdida pensando que mi estúpido plan ha hecho efecto. Miro mis manos y

el desastre que ha causado el agua.

—Apártate. —La voz dura de Kennan se cuele en mis oídos y, al volverme, veo que lleva su caja de herramientas y que se ha cambiado la camisa negra por una blanca.

Mi corazón da un vuelco y de repente noto que hace mucho calor aquí, tal vez se deba a mi cabreo por su manera de tratarme esta tarde.

—Puedo sola, gracias. —Se agacha y coge un paño empapado.

—Con esto te aseguro que no.

—Que te den, Kennan, puedes irte. Ya llamaré a otro fontanero.

—No puedes, todas las reparaciones de este complejo de pijos pasan por mí. —No se me escapa cómo dice despectivamente «pijos». Algo que ya antes le desagradaba, y no me extraña; desde niño lo han tratado como si tuviera la peste por no tener tanto dinero como ellos. Mucho admirarlo y disfrutar de las vistas, pero a la hora de la verdad la gente no lo quiere cerca.

—Yo no soy como ellos.

—Ya, claro. ¿Quién me dice a mí que no has hecho esto solo para que yo venga y seguir con la escena de esta tarde?

—¿Desde cuándo eres tan capullo conmigo? ¡Soy yo! ¡Bell! ¿Qué ha cambiado?

—Yo. Y tú, seguramente, llevas muchos años junto a un desgraciado como tu marido. Todo se pega.

—De ese imbécil no se me ha pegado nada. —Kennan me mira alzando una ceja y espero a que me pregunte por qué le llamo «imbécil» si a los ojos de todos somos un matrimonio feliz.

No dice nada, y sigue a lo suyo.

—No va a funcionar. —Me mira de reajo y no noto nada en su mirada, salvo oscuridad.

—¿El qué?

—Que me vaya a la cama contigo, por mucho que me enseñes los pechos bajo tu empapada camiseta de tirantes. —Miro mi ropa y, ¡joder!, ¡se me ve todo!

Le golpeo y le hago caer. Lo cojo de la camisa y parece sorprendido.

—Escúchame, pedazo de idiota, no era mi intención; estaba en la ducha

cuando se me ha ido el agua y me he puesto el pijama para dormir. Ni en un millón de años se me ocurriría seducirte.

Kennan parece divertido y me sorprende que algo más, aparte de oscuridad, asome en sus ojos.

Coge mis manos para apartarme y, al hacerlo, nuestras pieles se tocan y soy muy consciente de la descarga que recibo.

—Es lo que parece —dice alejándose y cortando el contacto.

Se agacha y sigue a lo suyo. Me voy a mi casa a cambiarme y regreso con una sudadera y un pantalón de invierno. Al verme llegar parece que mi atuendo lo divierte, aunque su sonrisa todavía no alcanza sus bellos ojos.

—Por si me pongo ropa de verano y te piensas que la he elegido aposta para lanzarme a tu cuello. No eres mi tipo, rubito. —Mentira, siempre lo ha sido y, por el latido acelerado de mi corazón y por el temblor de mi cuerpo, lo sigue siendo.

—Mejor, no me gustan las mujeres como tú.

—¿Pijas?

—Casadas. Esto ya está. Hay que dejar que la pasta se endurezca. Esta noche no te daré el agua, pero a primera hora lo haré y mandaré a alguien para que te arregle este desperdicio.

—Puedo hacerlo sola.

—Como quieras. Pero te recuerdo que pagáis para que nos hagamos cargo de todo. —Se levanta tras recoger mis cosas y se queda quieto al ver la sudadera que llevo.

Sigo su mirada y enrojezco. Es suya. Una con la que me quedé una noche de lluvia cuando se la quitó para dárme la. Estaba tan enfadada antes que metí la mano en el cajón de la ropa de invierno y cogí la primera que pillé, y era la suya. Porque la he usado más de una vez.

—Me la regalaste.

—Me la robaste. —Parece desconcertado porque la siga teniendo después de tantos años—. Me marchó. Y deberías quitártela, hace calor, acabarás cogiendo algo.

—No, mejor me la quedo, no vaya a ser que mires por tu ventana, me veas con poca ropa y pienses que trato de seducirte. Es lo que tiene tener un

vecino tan molesto...

Sus labios se alzan un mínimo. Es tan poco que echo de menos su antigua sonrisa. Esa que me hacía suspirar.

Se marcha sin despedirse y lo hace por nuestro lugar secreto, como si no quisiera que nadie sepa que ha estado aquí. Y aunque eso es igual que antes, sé que ya nada es lo mismo.

KENNAN

Observo en la oscuridad a Bell. Hace calor y tiene la ventana abierta. Aunque ha jurado no quitarse la sudadera, cuando se mete en la cama solo lleva un pijama de verano igual al que antes se le pegaba al cuerpo. Y qué cuerpo... No soy ciego. He visto sus tentadoras curvas y sus atrayentes pechos marcarse bajo la ropa, incluso se le clareaban los rosados pezones.

Un cuerpo hermoso, hecho para el pecado. La envidia de cualquier mujer.

Y, sin embargo, al mirarla, tan preciosa y deseable, no sentí nada. Pero sí cuando bajó de nuevo cambiada y vi mi sudadera. Por un momento recordé cómo era yo antes. Antes de todo.

Me vi a su lado, sonriendo. Se la di antes de meternos bajo el techado del cobertizo. No hicimos nada, solo mirar cómo caía la lluvia. Bell apoyó su cabeza en mi hombro y me pasé todo el tiempo dudando si besarla o no. Si no lo hice fue porque ella tenía novio. Porque había elegido, y no a mí. Pero ahí estaba el deseo, un deseo que por aquel entonces aún conservaba.

Todavía no era parte de mis pesadillas y de este mundo gris en el que hace tiempo dejé de sentir cualquier emoción.

Capítulo 3

BELL

A primera hora de la mañana llegan los trabajadores que ha mandado Kennan. Me tengo que ir a la entrevista de trabajo. Le entrego mis llaves al que dirige a los demás y le digo que por favor se encargue de cerrar bien la puerta al acabar, que luego pasaré por casa de su jefe a por mis llaves. Asiente y me marcho esperando conseguir hacer una entrevista brillante.

Llego al lugar indicado y me siento junto al resto de los candidatos al puesto. Me mosqueo cuando nos hacen pasar a todos a la misma sala. Y más cuando veo que la prueba se hace delante de los demás. Cuando llega mi turno ya me he desmoralizado con el nivel que hay. Varias de las chicas que iban por delante de mí acaban de terminar la carrera y se les nota que están ávidas de conocimientos, de comerse el mundo. Han nombrado conceptos que yo no he escuchado en mi vida. Y, aunque hago una buena presentación, por la cara del entrevistador sé que hoy tampoco he tenido suerte.

Solo quiero una oportunidad; el problema es que para el mismo puesto hay mucha gente y, mientras que a mí me tendrían que dar tiempo para adaptarme, otros en pocos días se harían con el control de todo. La gente vive tan deprisa que no se para a pensar en las personas que necesitan por un instante ir más despacio.

Por supuesto no me dan el trabajo, ni tampoco me contratan en los otros tres sitios a los que he ido a hacer una entrevista estas dos últimas semanas.

Es tal la impotencia que siento que ya he dejado de buscar; me da rabia esta situación. Solo quiero una maldita oportunidad.

Ahora estoy en casa, tomando el té con mis «amigas»; se han autoinvitado todas. Me han pedido té con pastas, y tengo, porque esto es habitual en ellas. Llevo una hora sonriendo a sus tonterías y esperando a que se cansen y se marchen.

—Qué lástima que vaya haciendo frío ya... —dice Crystal poniendo morros—. Kennan se tendrá que tapar ese cuerpazo que tiene bajo una manga larga. Qué desperdicio de músculos.

Las demás se ríen, menos yo.

No he vuelto a ver a Kennan desde que me reparó las tuberías. Iba a pedirle las llaves cuando vi en la puerta de su casa una caja pequeña con mi nombre, la cogí y eran mis llaves. Me molestó que no quisiera verme. Que ni siquiera se tomara la molestia de dármelas a la cara. Y si he de ser sincera, me cabrea que en todo este tiempo no haya hecho nada para pedirme perdón por su grosera actitud o para acercarse a mí.

Soy muy consciente de que está cerca. Y cada noche, antes de acostarme, en su cuarto se ve una sombra y mientras cierro los ojos me pregunto si es así o lo imagino porque me gustaría creer que no le soy tan indiferente como parece.

—Sí, es una lástima, pero algo inventaremos. Ese cuerpo no puede permanecer oculto —dice Crystal.

—Deberías dejarlo en paz. No es un objeto —repito, y por la sonrisa de Crystal sé que lo que va a decir me va a doler.

—No sabía si decirte esto, pero, bueno, ya que estamos entre amigas... ¿Sabes que el otro día mi marido vio al tuyo saliendo de un pub de citas? Por si no lo sabes, es un lugar donde hay mujeres con escasa ropa y donde se va a buscar placeres que no se encuentran en casa... Qué raro, ¿no?

Todas me miran y yo siento que la rabia me sube hasta la boca, y no porque me importe lo que haga mi marido o, para mí, mi ex, sino por lo que dice entre líneas: que se va a ese sitio porque no lo tengo contento en la cama

y necesita otros divertimentos.

—Lo sé, me lo cuenta todo —digo con una sonrisa que no gusta a Crystal—. Fue a acompañar a un cliente, y no le quedó más remedio que seguirlo, por el bien de un acuerdo. Pero él no hizo nada.

—Eso le dijo a mi marido.

Suspiro aliviada sin que lo noten; he puesto esta excusa porque Jarrod es muy básico y lo conozco. Él diría algo del trabajo para justificar que estaba allí, seguramente disfrutando de todos esos placeres de los que a mí me privó por su egoísmo.

Aunque, en verdad, no me veo haciendo esas cosas con él. No me imagino con Jarrod presa de la pasión. A su lado solo siento frío.

—También le dijo que en unos meses regresaría, que te echaba de menos. —Me recorre un escalofrío y siento que me falta el aire.

—Sí, yo también a él.

—Si quieres, te enseño cosas para que se las hagas —dice Crystal, y yo me sonrojo.

—No creo que las haga, es una mojigata. —Marta se ríe y las demás la siguen.

Por suerte cambian de tema y dejan de centrarse en mí. En lo puritana que parezco y en que mi marido es un capullo que me pone los cuernos una y otra vez. Odio seguir atada a él y tener que llevar su alianza para aparentar.

Cuando cae la noche y estoy sola abro una botella de vino, mientras pienso en que mi marido quiere regresar, pero, eso sí, antes se va con unas y con otras. Y sé que si regresa y le perdono, esa será mi vida. Yo seré un mueble. Me usará solo porque es su deber. Nunca sabré lo que es sentirse hermosa. Deseada. Lo que es que te hagan el amor de verdad.

Y si no le perdono...

Tendré que empezar de cero sola, y aunque a veces me encanta estarlo, en el fondo nadie quiere vivir así para siempre.

Cualquier camino me asusta. Me aterra, y estoy harta de que, mientras mi marido disfruta y eso está bien visto, yo deba parecer una señora y guardarme mis deseos para mí. Como si tener las mismas necesidades que los hombres estuviera mal. ¡No es justo!

Bebo y bebo sin parar y la rabia da paso a las ideas. La idea está clara, hacer lo mismo que él, ir a un pub y ver qué pasa. Pero la idea de irme con alguien que no conozco no me parece atractiva. No me gusta.

Cojo la botella de vino y decido ir a dar un paseo. Hace mucho calor en casa. Mis pies me llevan al cobertizo de Kennan, y cuando llego, me siento entre risas tontas. No debería estar aquí, debería irme. Pero este siempre fue mi refugio y ahora lo necesito.

—Deberías volver a tu casa —me dice Kennan saliendo de entre las sombras.

—¿Por qué me tratas así? ¡Eras mi amigo! ¡Te quería! —le grito, y espero que salga de la oscuridad, pero se queda en ella, y lo peor es que parece como si ahora perteneciese a esa oscuridad, cuando hace años era todo luz y alegría.

—No lo parecía antes de que me fuera, estabas muy entretenida con tu novio.

—¡Empecé con él para darte celos! —estallo antes de dar un largo trago a mi botella. Sé que de no tener la lengua tan suelta por el alcohol no diría nada. El problema es que llevo muchos años guardando el secreto y no me apetece seguir con esto en el pecho.

Kennan se deja ver un poco y le ofrezco la botella. Da un trago.

—Empecé con él para ver si tú sentías lo mismo que yo, para ver si hacías algo que me lanzase a...

—A cruzar la frontera que nos separaba. —Asiento—. Solo tenías trece años, no podías hacer nada. Nunca te hubiera dejado exponerte de esa forma.

—Lo hubiera hecho... Pero tú no sentías nada, estabas con unas y con otras. Con Crystal. Y eso me acercaba más a Jarrod, a él sí parecía gustarle. Me gustaba sentirme querida. En mi mente tener novio era otra cosa, y casarse también. —Doy un trago—. ¿Te puedes creer que esperaba la noche de bodas ilusionada como una tonta? Creía que sería especial, que besaría cada parte de mi cuerpo y me amaría..., que sería delicado... No lo fue. ¡Fue una mierda! —digo, y me río—. Y luego no mejoró. ¡Nunca se ha molestado en que yo tenga un jodido orgasmo! ¡Es un completo egoísta!

—Creo que deberías irte a la cama. —Trata de quitarme la botella, pero no le dejo. Me aparto.

—¿Por qué no puede tomarse la molestia de amar a su mujer, pero sí puede tener un sinnúmero de amantes a las que les da aquello de lo que a mí me priva?

Kennan se deja ver a la luz y me parece muy amenazante. Toco su mano ansiando buscar su contacto. Espero que me aparte, pero no lo hace. Entrelazo mis dedos con los suyos y, aunque él no hace nada por mostrarse más cercano, que no me rechace me hace sentirlo cerca de nuevo.

—Lo pillé con su secretaria y se reía. Como el que sabe que, aunque lo hayan pillado, no pasará nada. Acabó lo que había empezado y, presa del estupor, vi cómo se corrían ante mi cara. Cómo ella recibía de brazos de mi marido algo que a mí me había sido vetado. Y no sentí celos, solo rabia, y dolor por ser humillada de esa forma.

Doy un trago a la botella.

—Tu marido siempre fue un egoísta, un imbécil.

—Yo no lo veía, me caía bien, y mi vida parecía ir de maravilla... ¡A quién pretendo engañar! Nunca ha ido bien, Kennan, siempre me he sentido vacía.

Noto que los ojos se me llenan de lágrimas y me las seco antes de dar otro trago.

—Todo el mundo piensa que está trabajando fuera, y mis padres esperan que, cuando regrese de acostarse con todas las que desea, yo le perdone y haga como si nada. ¡¿Por qué tengo que hacerlo?! No quiero hacerlo, y si me lo planteo es solo por el miedo que me da empezar sola. Son mi familia... El problema es que, si hago eso, seguiré estando vacía y no descubriré jamás lo que es la pasión. Nunca sabré lo que es que un hombre te haga sentir hermosa. Leo novelas románticas y eróticas y yo quiero vivir algo así. —Le tiendo la botella—. ¿Sabes lo que me gusta de esas novelas? —Espera mi respuesta—. No es el sexo, es la forma en la que el hombre ama a la mujer, como si fuera un bien preciado. Como si conseguir el placer de su pareja fuera el suyo. No hay egoísmo en los actos. No hay pasividad, y entre líneas hay pasión. Nunca me he sentido hermosa íntimamente. Nunca me he sentido deseable. Creo que eso explica por qué nunca he conseguido llegar al orgasmo por mis propios medios. No paro de ver a mis padres diciéndome

que eso no está bien... ¿Soy ridícula?

—El ridículo es él por no saber apreciarte.

Noto que los ojos se me llenan por completo de lágrimas, mi amigo Kennan hubiera dicho algo así. Por eso me levanto y lo abrazo. Kennan se queda rígido y yo disfruto del placer de tenerlo tan cerca. Alzo la cabeza. No me está mirando, sus brazos no me abrazan, no como antes. Aunque mi corazón sí late como un loco y su calor me traspasa.

—Yo solo quiero al menos una vez sentirme una mujer hermosa y plena. Tal vez deba irme a un pub, como hace mi marido, y liarme con el primero que pase. —Trato de apartarme, hasta que Kennan me retiene, posando una mano en mi cintura. Lo miro, parece muy tenso. Es como si algo le impidiera profundizar el contacto.

Por eso me refugio en su pecho y lo abrazo más fuerte, mientras siento sus dedos en la curva de mi cadera.

—Te he echado de menos. Mucho —le digo antes de separarme.

Kennan me deja ir esta vez.

—No lo hagas.

—¿Irme?

—Irte a un pub, entregarte a un extraño. No te haría feliz. —Noto un escalofrío por su forma de decirlo.

—Es mi vida.

—¿Qué pasará cuando la pasión se apague, cuando ese extraño te diga adiós y se marche haciéndote sentir usada? Te haría daño. Eres muy pasional, y si Jarrod no supo verlo, es porque siempre fue un egoísta, pero eso no quita que lo seas.

—¿Y qué me queda? He hablado con Jarrod de hacer algo más, de probar cosas nuevas... Me acusó de guarra, y me dijo que eso no decía mucho de mí. —Kennan se tensa y el aire parece espesarse—. Siempre puedo contratar a un *gigolo*...

—Haz lo que quieras. Me voy a dormir. Mañana trabajo. —Empieza a irse y lo detengo, cogiéndolo de los brazos.

—¿Se puede saber qué te pasa ahora?

—Pasa que no quiero hablar contigo. Que estás borracha y que

seguramente mañana te habrás olvidado de todo lo que has dicho. Es mejor que te vayas a dormir ya y que mañana no recuerdes nada.

—¿Que no recuerde que por un momento éramos viejos conocidos? ¡Es que lo somos! Y no quiero perderte de nuevo.

—Es mejor así. Buenas noches, Bell.

Voy hacia mi casa echando chispas y un poco, bastante, mareada. Me meto en la cama y pienso en todo lo que le dije a Kennan; sé que lo hice porque en el fondo buscaba que siguiera ahí. Él ha sido mi único amigo verdadero. La única persona que sé que de verdad yo le importaba, aunque no me quisiera como yo a él. Duele haberlo perdido también.

KENNAN

Me quedo entre las sombras y veo cómo Bell apaga la luz del cuarto tras tirarse en la cama con la ropa puesta.

Recuerdo su abrazo y cómo algo tembló dentro de mí. Algo hizo que dejara de sentir este frío en el pecho. Aunque fue mínimo. Nada que sirva para destruir mis pesadillas.

Sus palabras siguen retumbando en mi mente y el odio que siento por su marido se acrecienta. Es un desgraciado. Nunca lo he soportado, y ahora menos, al saber que trasladó su egoísmo a la cama y ha creado a una Bell insegura. Que la ha hecho una mujer que ansía lo que es sentirse bella y amada por un hombre. Alguien que si no huye de esta vida es porque teme que, en verdad, no haya nada mejor para ella. Esto lo han logrado sus padres y su marido. Siempre han sido así, pero a mi lado Bell era ella misma.

Espero que mañana se haya olvidado de lo que hemos hablado, y sobre todo de esa idea de buscar a otro para que le haga sentir mujer. No resultará. Cuando la pasión se apague sentirá cómo aumenta el vacío que le ha dejado su marido.

Yo lo sé mejor que nadie.

Una vez más pienso en su abrazo y noto cómo mi corazón da una pequeña sacudida. Me muevo y el aire me trae su perfume. Sigue oliendo a

cerezas dulces.

¿Y si...?

Capítulo 4

BELL

Acompaño a mi madre a un evento social. Lo ha organizado ella y la gente la felicita por lo buena y caritativa que es. Yo sé que solo hace esto para reforzar su imagen de buena persona, en verdad los niños a los que apoya para que mejoren sus estudios le dan igual. Todo es fachada, y odio que use a personas desfavorecidas o causas tristes para aumentar su popularidad.

Me voy hacia el balcón y espero que la brisa marina me alivie el dolor de cabeza.

Estoy fatal, hacía años que no me emborrachaba, creo que la última vez fue en mi noche de bodas, mientras Jarrod hablaba por el móvil con sus socios y se olvidaba de mí. Estaba tan aburrida que me bebí la botella de vino sola. Luego me echó en cara mi falta de decoro. El resto de la luna de miel lo pasé sola, tras un polvo rápido con la ropa puesta que me dejó hecha una mierda. Él prefirió irse por su cuenta, porque le avergonzaba mi comportamiento. Ahora me pregunto si ya por aquel entonces me era infiel.

Pensar en esto me recuerda a Kennan y a todo lo que le conté anoche. Qué vergüenza. Se me fue la lengua y le dije todo lo que se me pasaba por la cabeza, porque en mi mente atolondrada él era mi amigo. Sí..., ¡ja! A Kennan ya no le importo. Ni tan siquiera quiso abrazarme..., pero sí me retuvo.

Cuando pienso en ese instante siento como si fuera un quiero y no puedo. Como si esa simple caricia fuera un mundo. No entiendo por qué lo percibo

así, y eso no alivia el dolor de saber que, si Kennan quisiera acercarse, ahora lo tiene fácil, ya le he confesado todo, hasta lo mucho que lo extraño.

Me voy a mi casa cuando puedo y, tras subir varias reseñas en mi blog y contestar los comentarios, me pongo a leer una novela, y otra vez siento esa emoción anidada en mi estómago. Ese calor que me hace sonreír y esa sensación de que me estoy perdiendo un mundo.

No es por el placer, el deseo..., es porque Jarrod nunca me ha amado así. Tal vez esto solo pase en los libros..., es posible.

Salgo al jardín cuando ya son las diez de la noche. Miro hacia la casa de Kennan y veo luz sobre la valla. Parece que está fuera. Deseo ir; el problema es que no sé si seré bien recibida, además de que me avergüenzo de todo lo que le dije ayer estando borracha.

Miro hacia las maderas por las que me cuelo y me parece ver que se mueven, creo que es cosa del viento, hasta que lo hacen de manera más fuerte... No hace tanto aire como para levantarlas así. Kennan quiere que pase. Sabe que estoy aquí.

El corazón me late muy deprisa mientras paso hacia su casa. Cuando lo hago, miro hacia el cobertizo, pero no está allí. Miro hacia la puerta de la cocina y lo veo apoyado en esta, observándome.

Su postura es relajada, o eso parece. Conforme me acerco, su mirada dura y recelosa me hace ver que su tranquilidad es solo fachada. Su jardín no se parece mucho al de mi casa. El mío cuenta con una pequeña piscina y el de Kennan tiene un pequeño huerto y flores preciosas que Jeff mantiene. Aun así, siempre me sentí más a gusto en esa casa, pese a las carencias que la gente de este complejo podría ver a simple vista. Yo aquí supe lo que era un hogar.

Jeff cuidaba de su hijo como yo nunca he sentido que lo hicieran mis progenitores.

—Hola —le digo a Kennan sonrojada. No se mueve—. Sobre lo de anoche...

—No lo retires, y tampoco te disculpes. Ya está dicho.

Asiento y me sorprende que, como antaño, se anticipe a lo que estoy pensando.

—No debí colarme en tu casa.

—¿Por qué lo hiciste? Y, por favor, evita mentirme. —Aunque su voz es dura y parece tenso, sé que bajo toda esa fachada se esconde mi amigo.

—Ya te lo dije, te echaba de menos.

Me estudia y parece gustarle mi respuesta, pues entra en la casa y sujeta la puerta para que pase. Veo que sobre la mesa de la cocina hay dos cervezas. Coge una y me tiende la otra.

—Es sin alcohol, no parece tolerarlo bien. —No sonrío, no como hubiera hecho antes tras este comentario.

Siento una inmensa tristeza y no puedo evitar preguntar.

—¿Qué te ha pasado? —Se tensa antes de alzar los hombros y apoyarse en la encimera de cocina.

—Nada, la vida me ha ido muy bien. —Noto que me miente, que hay mucho más—. No quiero hablar de mí.

—¿Y si yo tampoco quiero hablar de mí?

—Sería lo justo.

Me exaspera su actitud. Doy un trago a mi cerveza sin dejar de mirarlo. Él hace lo mismo y ninguno parece ceder. Me fijo en sus ángulos, en su belleza oscura y en cómo su cuerpo parece estar tenso, aunque su postura sea relajada. Es algo que no se me pasa por alto, como tampoco el hecho de que esta cocina nunca me había parecido tan pequeña con Kennan cerca, ni tan siquiera cuando estaba enamorada. Era un enamoramiento inocente, ahora es algo más. No es amor, es atracción. Eso, eso es. Atracción física. El ambiente está cargado, hace calor..., y no soy tan tonta como para no darme cuenta de que Kennan me atrae.

Doy un trago a mi cerveza y la dejo a un lado.

—¿Qué quieres saber? Yo no tengo reparos en ponerme al día con quien fue mi mejor amigo —le digo con firmeza.

Kennan observa y asiente. Y en sus ojos veo colarse una oscuridad que me parte el alma. Me pongo a su lado. No nos tocamos, pero mi cuerpo es muy consciente de su persona. Es como si la electricidad pasara de un cuerpo a otro, y me encanta. En el fondo siempre he sabido que esto solo me pasará con Kennan.

—¿Qué estudiaste? —Se lo cuento, y también que tras acabar la carrera me casé y no he trabajado nunca—. Ahora estoy buscando trabajo, pero cuando me piden experiencia, no tengo, y en este tiempo desde que finalicé los estudios han salido cientos de personas más preparadas que yo. Es frustrante.

—Tu ex, porque me niego a seguir llamándolo tu marido —lo miro de reojo y, aunque no muestra emoción alguna, me gusta que piense como yo—, no debió cortar tus alas.

—Yo le dejé. Soy igual de culpable que él.

—Tú tienes miedo de no saber valerte por ti misma. Desde niña tus padres te han hecho creer eso, y luego Jarrod. —No lo niego—. Y si ahora quieres saber qué hay tras el placer, es solo para comprender cómo es posible que alguien que te debería ser fiel te engañe de esa forma.

—Es que, según mi experiencia, es un asco..., y doloroso —digo entre dientes—. Y también quiero sentirme deseada. ¿Qué hay de malo en ello?

Lo miro roja como un tomate, y Kennan se vuelve para entrelazar su mirada con la mía. Toma aire y aparta la mirada.

—Tú no tienes nada de malo —dice en respuesta a mi pregunta, y siento que se ha callado algo. Como si dijera: «Tú no, pero yo sí».

Se hace el silencio y, por si estoy equivocada, decido dejarlo pasar, no quiero que se cierre en banda; además, todavía no sé leer los gestos de este nuevo amigo.

—¿Y cuál es tu plan? —me dice, y noto como si se acercara un instante antes de alejarse e ir hacia el salón.

—Solo se me ocurre ir a un bar y, no sé, improvisar. ¿Un hombre se da cuenta de cuándo una mujer quiere irse a la cama con él?

—¿Alguna vez has ido de fiesta?

—Si ir a las fiestas del club social no cuenta..., no.

—Entonces tu vida ha sido como yo me temía...

—¿Y cómo es eso?

—Una copia de la de tu madre, de lo que ella hubiera hecho. No estás viviendo tu vida, estás viviendo la suya otra vez.

Me dejo caer en el sofá. Kennan se sienta encima de la mesa.

—Y, respondiendo a tu pregunta, sí, un hombre sabe cuándo una mujer busca algo más. Pero no creo que a ti te guste eso.

—¿Por qué? No sabes cómo soy ahora.

—Tal vez hayas cambiado físicamente, pero al mirarte a los ojos sigo viendo a la Bell que eras de niña. Yo he vivido muchas cosas...; tú, sin embargo, has vivido en una burbuja recubierta de poliespán.

—Me dolió lo de mi ex.

—No digo que no te duelan las cosas, o que te duelan menos. Pero es que antes ya eras infeliz.

Tiene razón, y saber que mi vida es así me pone triste. Me levanto dando por finalizada la charla. El Kennan que yo conocía también era directo y sincero, pero no tenía ese deje cruel que me hace sentir una mierda.

—Pues tal vez ha llegado el momento de vivir. Buenas noches, Kennan.

Me marché de su casa deseando que me retenga, cosa que sé que no hará. Y duele, porque hace años me hubiera cogido por la espalda al darse cuenta de su error y me hubiera abrazado, alejando de mi pecho este frío que él mismo ha implantado.

No sé qué hora es cuando noto que alguien se sienta en mi cama. Me despierto sobresaltada y enciendo la luz. Me quedo de piedra al ver que se trata de Kennan. No tiene buena cara, parece afligido.

—Me has hecho daño.

—Lo sé. —Noto arrepentimiento bajo su pétrea mirada.

—¿Cómo has entrado? —Alza las llaves de mi casa que le di a su padre.

—Mi padre me dijo dónde estaban por si había una emergencia.

—¿Esta lo era?

—Sí.

No añade más, no hay abrazo, pero aun así siento que todo es como antes. Ha encontrado la forma de llegar a mí.

Se levanta para irse y me veo tentada de decirle que se quede, pero me callo, porque no está bien.

—¿Te gustaría trabajar en una agencia de viajes? Una amiga busca a

alguien para que le eche una mano. Tal vez no es lo que buscas... —Deja de hablar cuando salto de la cama y me lanzo a sus brazos. Kennan me atrapa con suma facilidad.

—¡Sí, sí, sí! Dile que me haga una prueba. —Lo miro a los ojos. Estamos muy cerca.

Mucho. Y mis piernas rodean su cintura. Me doy cuenta de cómo ha aumentado mi temperatura y cómo mi piel vibra ahí donde me acaricia. El calor que emana su cuerpo cala en mí y me olvido de lo que estaba diciendo. Noto un latigazo de deseo que nunca he sentido y me pierdo mirando sus labios..., esos que ya hace años me moría por probar. Kennan rompe el momento. Me deja en el suelo y se va hacia la puerta.

—Te conseguiré una entrevista para mañana por la mañana y te mandaré al móvil los datos del sitio.

—¿Cómo sabes mi móvil?

—Tengo el contacto de todos los vecinos. —Es lógico, lo veo irse, hasta que se detiene—. Bell —lo miro, a la espera—, lucha por lo que quieres y no dejes que nadie te diga hasta dónde puedes llegar.

Asiento y, mientras lo veo irse, me prometo que lucharé por lo que quiero, recuperar al que fue mi amigo y descubrir qué entristece su mirada.

Conduzco hacia la dirección que Kennan me ha enviado en un mensaje y aparco casi en la puerta cuando llego al sitio. Salgo del coche y miro el escaparate, donde aparecen los precios de los viajes, una maleta antigua llena de sellos de embarque y varios billetes de vuelos que contienen historias pasadas. Me gusta. Abro la puerta y busco a Fiona; Kennan me dijo que me estaría esperando y que la reconocería por su pelo pelirrojo y sus ojos verdes. Y, sí, lo hago por eso y porque no hay nadie más en la agencia.

Debe de ser de mi edad; me mira sonriente. Es preciosa y cuando sonrío irradia mucha vida.

—Bienvenida a Viajes El Tiempo, ¿en qué puedo ayudarla?

—Soy Bell Stone, amiga de Kennan...

—¡Qué bien que estés aquí! —Me abraza como si me conociera de toda

la vida—. Has llegado en el momento justo, vamos a tomarnos un café.

Coge las llaves y tira de mí hacia fuera. Pone el cartel de «Regreso en diez minutos» y vamos hacia una pequeña cafetería.

Somos más o menos igual de altas, o lo seríamos, si yo no llevara tacones. Me he puesto una falda plisada color verde y una blusa blanca. Llevo el pelo suelto, recogido un poco en uno de los lados. Me ha costado elegir el modelo, porque no sabía qué ponerme para trabajar en una agencia... Y lo peor es que mi fondo de armario es todo igual. Todo elegido por mi madre, cómo no.

Entramos en la cafetería y Fiona me presenta a Mari, una mujer de unos cincuenta años, de pelo negro y honestos ojos castaños.

—Ponle un capuchino con chocolate y la tarta del día; yo solo quiero un café solo, que hoy estoy a dieta —le dice Fiona.

Nos lo sirve y nos vamos con ello a una mesa muy coqueta del fondo. Me encanta el decorado del sitio, como si fuera la salita de la casa de la abuela...; no de la mía, claro, la mía era como mi madre. Pero sí de la abuela que me hubiera gustado tener. Con ese toque de calidez, donde lo viejo se convierte en hogareño y seguro.

—Me encanta —le digo.

—Es precioso, sí, y ahora dime: ¿por qué quieres trabajar en mi agencia?

La pregunta me pilla por sorpresa. Estaba preparada para hablar de mis conocimientos, no del porqué. Sus ojos verdes esperan que le responda mientras se toma el café. Y por una vez deseo ser sincera. Es como si aquí no llegara la manipulación de mi madre, como si en este lugar pudiera ser yo misma. Y porque sé que, si Kennan me ha buscado este trabajo, es porque Fiona es de fiar.

—Pillé a mi marido con su secretaria y quiero trabajar para dejar de sentirme una mujer florero. Quiero algo más. Pero no tengo experiencia, me casé nada más acabar la universidad y lo que mejor sé hacer es ser la esposa aburrida de un empresario. Se me da bien organizar fiestas del té y morderme la lengua. Sonreír cuando quiero llorar y fingir que todo está perfecto cuando en verdad es una mierda...

—Me encantas. Contratada. —Termina su café.

—¿Así, sin más?

—Alguien que sabe sonreír cuando todo parece una mierda es difícil de conseguir. Tal vez ahora no lo entiendas, pero hay clientes que te van a sacar de tus casillas, que vas a querer hacer con sus ojos canicas y que vas a desear cortarles los huevos y ponérselos de sombrero. Si cuando los tengas delante sonrías como si nada, será espléndido. Por eso que dicen de que el cliente siempre tiene la razón.

—Se me da bien hacerlo. Nunca creí que eso me fuera a dar un puesto de trabajo.

—Eso y que mi exnovio se lio con quien creía yo que era mi amiga y se fugaron juntos. Cuando me has contado lo tuyo, ya he visto que somos almas gemelas, y ahora tómate la tarta, que tengo cosas que contarte.

Degusto la tarta de queso con fresas enteras y me tomo ese delicioso capuchino; seguro que va todo directo a mis caderas, y no podría importarme menos. No me deja pagar y vamos hacia su agencia. Entramos y me enseña dónde está todo y cuál sería mi puesto. El sitio es pequeño, pero me encanta. Ya me veo sentada tras el ordenador atendiendo a los clientes y sacando a relucir mis años de experiencia tratando con la gente y poniendo buena cara. Nunca pensé que eso me serviría para algo.

Me explica lo que tengo que hacer y cómo son los programas que usa. Me anoto varios de ellos y me dice que vaya practicando mientras esté en casa, ya que no empiezo a trabajar hasta dentro de unos días. La miro ilusionada cuando se calla.

—¿Algo más?

—Que no vengas vestida como si fueras a una boda —dice con una sonrisa—. No hace falta que vengas tan elegante; sé que vives en la urbanización esa tan pija, pero esto es la ciudad y a la gente le gusta sentir que la están tratando de tú a tú. ¿Sería mucho problema?

—No, no te preocupes, a mí tampoco me gusta, aunque ya me he acostumbrado. —No lo dice solo por la ropa, sino también por el collar de perlas a juego con la pulsera, los pendientes y los anillos.

Todo fueron regalos de mi madre. Los llevo porque a ella le daría algo si no luzco así. Le encanta que la gente al mirarnos sepa cuánto de gorda es nuestra cartera. A mí no me gusta, y me encanta tener ahora un motivo para

dejar de parecer una pija estirada.

Me dice si quiero saber algo más tras darme una tarjeta con sus números y pedirme que haga unos trámites para darme de alta. Pienso en Kennan y no puedo evitar indagar.

—¿De qué conoces a Kennan?

—Me preguntaba cuánto tardarías en interesarte por ello. Kennan me ha dicho que eras muy curiosa.

—No soy curiosa. —Solo con él, pero esto no se lo digo.

—Conocí a ese pedazo de hombre en las pasarelas y coincidimos también en alguna sesión de fotos. Nos hicimos amigos. —Siento que fue algo más, y su sonrisa me hace ver que sabe lo que me estoy imaginando—. Y por si tu próxima pregunta es si nos acostamos, te diré que no.

—No iba a preguntar eso —digo entre dientes, pero lo cierto es que sí se me ha pasado por la cabeza.

Me despido de ella cuando entra un cliente y quedamos en llamarnos para cualquier cosa. Salgo de aquí sintiéndome tremendamente feliz. Tanto que no quiero regresar a casa y que mi realidad empañe este momento. Por eso me paso el día dando vueltas sin rumbo fijo por la ciudad con mi coche, parando en algunas tiendas de ropa y comprando prendas que sean más acordes con mi nuevo trabajo. Ropa elegida por mí..., y me encanta. Me he comprado unos vaqueros; mi madre nunca me ha dejado ir en vaqueros.

Me siento libre y esa sensación me llena de adrenalina. Aún sigo así cuando aparco en la puerta de mis padres; no quiero retrasar más el decirles lo de mi nuevo trabajo porque sé que se va a liar..., y cuanto antes pase, mejor.

El mayordomo me lleva hacia donde se encuentran. Mis padres, al verme, se levantan y me dan un beso que ni siquiera me roza la cara. Es más el ruido de sus labios al hacer el gesto lo que me llega. Me siento a su lado y decido ir directa al grano.

—He encontrado trabajo.

—Qué bien, hija. ¿Y qué multinacional te ha contratado? —me pregunta mi madre.

—En verdad ninguna multinacional me quería..., es lo que tiene que mi

mayor experiencia sea la de ser esposa y ama de casa. Pero, tranquila, mis conocimientos en el arte de saber fingir ante lo que me molesta e irrita me han dado un puesto. —A mi madre le tiembla un ojo. Debería callarme, pero de todas formas sé que algo cambiará cuando lo sepan, por eso me siento tan valiente, porque sé que de la bronca y las prohibiciones no me libra nadie.

—¿Y dónde es? Intuyo que no me va a gustar...

—Seguramente no, pero a mí me encanta. Es en una preciosa agencia de viajes...

—¡No! ¡Me niego! —Se levanta y se pasea por el salón—. No vas a trabajar allí. Diles que no quieres ese puesto mierdoso.

Me levanto y la enfrento.

—Voy a trabajar allí, y no es un puesto mierdoso, es un gran puesto y estoy desando dar lo mejor de mí para que no me despidan.

Mi madre me mira alucinada, llevo años sin hablarle así. Tal vez desde los catorce años. Desde que Kennan estaba cerca; él hacía aflorar la fuerza que habita en mí, la que no se conforma. Sacaba siempre lo mejor de mí sin apenas esfuerzo.

—No me hables así.

—Solo te dejo claro que es mi vida, y que ya la habéis manipulado suficiente. No voy a dejar de trabajar solo porque no sea un puesto donde pueda lucir mis carísimas joyas. —Le tiembla el ojo otra vez, mira a mi padre y este nos ignora.

—Te quedarás sin tu asignación mensual, bloquearemos tus cuentas.

—Bien, me apañaré con mi sueldo..., ahora que al fin tendré uno.

—¿Te apañarás con un sueldo mensual que es menos que lo que cuestan las perlas que llevas en el cuello? No seas hipócrita, Cristabell.

—Lo haré, y si quieres también me voy de la casa. —Noto que el miedo me bloquea; quiero empezar a vivir mi vida, pero todo de golpe me aterra. Me aterra porque todo esto no es una novela, no es tan fácil sobrevivir en la vida real, y no se puede vivir del aire... Además, mis amigos me darían la espalda. A nadie le importaría si me muero de hambre.

—No, pero hasta que no dejes ese puesto no te pienso dar nada. —Asiento. Empiezo a irme—. Espera, hija, debes hacer un viaje este fin de

semana, para ver a tu marido.

—Es decir, que debo irme de viaje, aparentando que me voy con él, para que la gente deje de chismorrear porque vieron salir a Jarrod de un pub de mujeres...

—No te consiento que me hables así. ¡Te das cuenta de lo que ya está haciendo ese trabajo contigo! Vas a acabar sola, te lo advierto.

—Iré de viaje. ¿Puedo elegirlo yo? —Asiente—. Espero que corra de tu parte, ya que esto lo hago para que la gente no hable mal de tu adorado yerno... Si por mí fuera, todos sabrían lo cerdo que es y que no se merece nada por nuestra parte.

—Estás agotando mi paciencia.

No digo más, creo que hoy he dicho suficiente. Quedamos en que le diga esta noche dónde quiero ir y me marcho. Estoy temblando. Tengo miedo ante lo desconocido y ante la caja de Pandora que he abierto; y, aun así, sonrío.

Qué bien sienta vivir mi vida.

Capítulo 5

BELL

Espero a Kennan en el patio de su casa. En la escalera que da a la cocina. A mi lado tengo una cena fría que he preparado yo y la botella más cara de la bodega de mi marido. Esa que seguro que cuando se entere de que ya no está le dará un síncope. Hoy me siento rebelde.

Oigo ruido y me levanto. Veo que Kennan ha entrado y va hacia la cocina. Golpeo la puerta y repara en mí. Abre, lleva la ropa de trabajo y parece muy cansado.

Me quedo mirándolo, me he olvidado de lo que le iba a decir...; esa ropa manchada y pegada al cuerpo me nubla los sentidos. «Reacciona, tonta.»

—¡He traído la cena y el vino más caro que he encontrado en mi casa! — digo, y me cuelo en su cocina.

—Supongo que hay algo que celebrar. —Me parece atisbar una sonrisa en su voz; lo miro para verla reflejada en sus ojos, pero no hay nada.

—Sí, supongo que Fiona ya te lo ha dicho.

—Supones bien, me alegro mucho por ti. Me ducho y cenamos.

—Vale. Estás en tu casa. —Alza una ceja y se marcha sin decir que es evidente que sí.

¿Qué me pasa con Kennan? Oigo el agua de la ducha correr y voy hacia la escalera hasta que me doy cuenta de lo que estoy haciendo, y me siento en ella. Mi mente no deja de imaginar el cuerpo de Kennan bajo la ducha, lleno

de jabón. Sus manos recorriendo sus músculos...

Estoy ardiendo, me gustaría frenar esta fantasía, pero no puedo. Cierro los ojos con fuerza, como si así se detuvieran las imágenes de Kennan; no lo consigo. Ahora intento imaginar sus tatuajes sin camisa y lo que significarán para él esas líneas negras que solo he atisbado a ver en su antebrazo.

Cada vez noto más calor..., y cómo un sínfin de escalofríos va a morir a mi sexo. Me doy cuenta de que esto es atractivo sexual, el problema es que no sé qué hacer con esto que siento. Con lo que Kennan me hace sentir. No sé cómo alejarlo para que no nos separe.

Estoy tan ensimismada en mis pensamientos que no oigo a Kennan hasta que se detiene tras de mí. Me vuelvo. Va descalzo y sus pies me parecen tremendamente atractivos. Nunca me han llamado la atención los pies de un hombre, los de mi exmarido eran feos. Alzo la cabeza y parece como si Kennan pudiera adivinar todo lo que he estado pensando. El aire se torna denso, casi se puede cortar.

—¿Qué haces aquí?

—Esperarte —le digo levantándome y yendo hacia el salón, donde he dejado la cena y el vino.

—Sigo adivinando lo que piensas.

—Ya, claro, ¿y qué se supone que hacía?

—¿De verdad quieres que te lo diga? —Kennan saca dos copas y las deja junto al vino. Asiento—. Tienes las pupilas dilatadas, estás sudando y sonrojada. Estabas teniendo una experiencia sexual al imaginarme desnudo.

La boca se me abre, el corazón me da un vuelco. Me invade la vergüenza y no sé dónde meterme. Kennan hace como si nada, y se pone a cenar. Como si no acabara de decir en voz alta que lo deseo sexualmente.

—No te lo tengas tan creído.

—Tú has preguntando... Y no me mientas. —Nos sirve el vino—. Sé leer el deseo en una mujer, y en ti, más, porque eres como un libro abierto para mí.

—Qué bien, te vendrá genial para cuando quieras buscar a alguien con quien irte a la cama. —Cojo la copa y doy un trago. Se muestra tranquilo y no parece creído por decirme algo así, por que sepa que lo deseo—. No

debería ser así...

—¿Por qué?

—No quiero perderte como amigo...

—No me vas perder, porque aún no se puede considerar que volvamos a ser amigos.

Lo miro dolida, una vez más me ha tirado un dardo afilado que me hace daño. Me siento tonta por todo esto. Me levanto.

—Que te aproveche la cena, yo he perdido el apetito. Y, como sabes leer en mi cara lo que pienso, sabrás que ahora mismo te considero un capullo arrogante que disfruta haciendo daño. Buenas noches.

—Lo siento. —Me detiene su disculpa—. Lo de ser capullo no lo puedo evitar.

—¿Y por qué? —le pregunto volviéndome, al tiempo que una sombra oscura pasa por sus ojos.

—Solo te diré que odio hacerte daño. Cuando estoy a tu lado me cuesta olvidar en lo que me he convertido.

Parece sincero por lo poco que puedo ver en sus ojos. Coge mi copa y me la ofrece. La cojo, y mis dedos tocan los suyos.

—No me gusta desearte —le reconozco, y Kennan pasa los dedos por mi mano antes de apartarse.

—Solo es deseo, no le des vueltas. —Parece triste por hablar de esto y me siento a su lado. Me mira—. No trates de ver lo que oculto. Nunca te lo mostraré.

—Y yo siempre seguiré intentando descubrirlo y saber qué te ha hecho ser así. —Choco mi copa con la suya y doy un trago. Kennan hace lo mismo, mirándome de reojo.

—Enhorabuena por tu puesto. Lo vas a hacer muy bien.

—Gracias, empiezo en unos días, y antes me tengo que ir de viaje. Lo que me recuerda que debo decirle adónde a mi madre.

—¿Por qué te vas de viaje?

—Porque han visto salir a Jarrod de un pub de citas y tengo que hacer como que me voy a verlo para que la gente deje de murmurar. Lo bueno es que estaré el fin de semana lejos de aquí y puedo hacer lo que quiera. —Se

me cruza una idea por la cabeza y sonrío.

—No va a funcionar. El sexo casual no va contigo. Créeme, sé de lo que hablo.

—Odio que me conozcas tan bien. Por regla general con el resto siempre consigo ocultar lo que pienso.

—Me alegra que conmigo no lo hagas.

—¿Y por qué dices que no me gustará? No lo he probado...

—Esperarías placer y no podrías irte sin más con alguien a tu cuarto. O al suyo. Tú desearías que el deseo te azote como antes, cuando me imaginabas desnudo bajo la ducha. —Me sonrojo y me irrita que hable con esa libertad de cómo lo deseo, como si no lo inquietara.

—No lo sabré hasta que no lo pruebe —le digo molesta porque trate este tema con tanta frialdad.

—Tú misma.

Ceno enfurruñada mientras bebo vino. Kennan no dice nada y hace lo mismo hasta que me canso de este silencio.

—Conoces bien a las mujeres.

—Sí, y a ti más —me dice seguro de sí mismo; y su seguridad me gusta.

—No tanto como te crees.

—Mira, haz lo que quieras, pero tras el estallido de placer no queda nada, solo el recuerdo de lo sucedido, y a veces el arrepentimiento. El sexo está sobrevalorado. Tu ex es un capullo y eso no lo va a cambiar que te vayas a la cama con un tío que solo te atrae elegido al azar en un pub. Él, al igual que tu marido, buscará un polvo rápido y se irá. Tú te quedarás igual de insatisfecha y no experimentarás lo que es sentirse como una diosa en las manos de un hombre.

—Entonces ¿qué me queda? ¿Esperar a que Jarrod regrese y aceptar esta mierda de vida?

—O romper con ella y empezar de cero. Y eso te aterra.

—Tienes razón. Y tal vez todo será como dices, pero no lo sabré si no lo intento. —Una parte de mí sabe que Kennan está en lo cierto, que solo estoy siendo cabezota, y lo más triste es que en el fondo lo estoy probando. Quiero algo de Kennan que sé que no me dará... Como hice hace años, cuando

empecé con Jarrod para que me dijera que sentía lo mismo, para provocar sus celos. Reconocer que ahora, años más tarde, sigo haciendo lo mismo me deja hundida. No he cambiado nada—. Me voy a dormir, estoy cansada.

—Te mereces a alguien que te quiera —me dice cuando ya estoy en la cocina—. Alguien que no solo venere tu cuerpo, sino que también te acaricie la piel con cada parte de su alma.

Lo miro sabiendo que es lo que ansío y lo que tal vez nunca tenga.

—Quizá estoy pidiendo un imposible. Conformarme es lo mejor que sé hacer.

—Tú verás. Es tu vida.

No dice nada más, y eso me enrabia. Soy tonta por querer una reacción por su parte. Por querer que sea él quien me muestre lo que me pierdo. Porque sé que él sí tocaría mi alma y sí sabría cómo darme placer. Lo sé porque nadie me ha conocido jamás como él. Me marché triste por desearlo, por ansiarlo. Por necesitarlo como siempre. Porque desde que ha vuelto no he dejado de pensar en él. Y de buscar su compañía.

KENNAN

Veo alejarse a Bell sin hacer nada. Sé lo que pretende. Quiere darme celos para que vaya hacia ella y la ame como se merece. Para que le muestre todo lo que se ha perdido por el egoísta de su exmarido. Para bien o para mal la conozco, y conozco también al resto de las mujeres. Sé leer en sus ojos la pasión y el deseo. Sé lo que anhelan.

Y aunque la tentación de ir tras Bell es grande, ahora, al tenerla cerca, lo que palpita en mi pecho solo es el recuerdo de un amor pasado.

En mí ya no late nada nuevo. Estoy muerto por dentro.

Y ni siquiera la persona a la que más he amado es capaz de devolverme la vida.

BELL

Termino de meter mi maleta en el coche que he dejado aparcado en la puerta.

—Bell. —Me vuelvo y veo a Kennan venir hacia mí.

Lleva tres días ignorándome, y yo a él. Esperé que viniera a buscarme a mi casa, que me pidiera perdón, no lo hizo y eso ha hecho que yo decida pasar de él. Lo miro enfadada. Gracias a que es aún temprano casi no hay nadie por las calles, solamente los trabajadores arreglando los jardines.

—¿Qué quieres? —Kennan se pone frente a mí.

Mi corazón da un vuelco y me cuesta no fijarme en cómo se le pega al pecho la camisa blanca que lleva. Aunque con su actitud de pasota parece que no se toma su tiempo en vestirse, siempre luce un aire de misterio y de chico *casual* que me hace creer que sí sabe el efecto que causa en las mujeres al ir así.

—Ten cuidado —me dice antes de abrir la puerta de mi coche.

Entro y lo miro a través del cristal. Espero a que diga algo más. Cuando no lo hace, solo le respondo que sí y dejo el sobre de la reserva del hotel en el asiento del copiloto, junto al bolso y la chaqueta.

Toca al cristal y lo bajo.

—Solo prométeme que no harás nada que no desees. Que no te forzarás a sentir algo inexistente. —Por su mirada pasa algo que me inquieta, le digo un frío «vale»—. Aunque no lo creas y a mí me cueste demostrártelo, me sigues importando.

Sí que cuesta creerlo cuando por su cara no pasa emoción alguna. Asiento y espero algo más. No dice nada. Se aleja y me marcho decidida a disfrutar. Eso sí es algo que tengo claro.

Me tomo una copa en el pub que hay cerca del hotel. Llevo todo el día recibiendo masajes y tomando baños relajantes. Mi madre me ha dicho que es el último viaje que me pagan, si sigo empeñada en seguir con este trabajo, y yo le he dicho que me parece bien, pero que, si mi economía no me lo permite, no haré estos viajes solo para que la gente crea que todo va genial en mi matrimonio. Me ha colgado. Y por eso me he dedicado a solicitar todo

tipo de tratamientos.

Ahora estoy disfrutando de la noche con la piel tan suave como el culito de un bebé y dispuesta a poner en práctica mi plan. En los libros, las mujeres se quedan quietas, ponen mirada sugerente y un tiarrón superbuenorro se acerca a ellas. La gran mayoría de las veces es el amor de su vida o alguien muy entendido en el arte de la seducción.

Me he esmerado en mi atuendo, llevo una falda de tubo y una blusa roja a juego con mis zapatos. No muestro el escote, pero sí llevo abiertos los botones justos para dar un toque de erotismo sin parecer vulgar.

¡Vamos allá!

A media noche he descartado ya a la gran mayoría de los hombres; la mitad me parecen recargados y más arreglados que yo. Los otros ni siquiera me atraen, y los que se me han acercado estaban lejos de ser el protagonista de una novela romántica. Ninguno ha provocado deseo en mí. No he sentido ese coletazo de placer que siempre me atraviesa cuando está Kennan delante.

Es frustrante.

Me giro para pedir otra copa al tiempo que alguien pasa sus manos por mi cintura. Y por primera vez en toda la noche mi cuerpo arde y mi piel se eriza bajo el contacto de esos dedos. Me vuelvo cuando la caricia se pierde y veo a Kennan a mi lado apoyado en la barra con una cerveza.

Va vestido con una camisa negra y unos vaqueros más ajustados de lo habitual. Está de infarto y no pierdo detalle de cómo se le pega la camisa, marcando su cincelado pecho. Lo miro enfadada y, dentro de mí, un corazón saltarín no para de hacer piruetas...

—¿Qué haces aquí?

—Creo que me he portado un poco mal contigo esta semana al no comprenderte, y estoy aquí para ayudarte en tu conquista.

—¿Cómo sabes que estaba aquí?

—Vi el nombre del hotel en los papeles que dejaste en el asiento de tu coche.

—No te quiero aquí.

—Vamos, dime quién te gusta.

—De momento, ninguno. La mitad de ellos parecen más femeninos que yo y la otra mitad no me atrae.

—Entonces descartamos a los metrosexuales. Mira ese de ahí. —Señala a un hombre que no deja de mirarme, y se acerca más de lo que desearía para mi paz mental—. Le gustas, pero si sigues mi consejo, descártalo. Se muere por estar entre tus piernas, por follarte hasta que él se corra, mientras a ti te deje tirada para ir corriendo a contarle por WhatsApp a sus amigos que se ha tirado a una pedazo de tía en los baños.

—Tal vez no sea de esos. —El susodicho, al ver que lo miro, me saluda. Y le veo sacar el móvil.

—Lo es. Está pagado de sí mismo. Y no es lo que buscas. Por cierto, he leído un libro de esos que sueles leer por la noche en el jardín.

—¿Me espías? —le pregunto mirándolo.

—Es posible. —No sonrío mucho, pero sí noto sus labios curvarse un poco—. Allí hay otro, y no es metrosexual.

Me fijo en un rubio muy guapo que me mira descaradamente. Rezuma sexualidad y se nota lo que busca al mirarme de esa forma. No siento nada.

—Aunque parece el típico chulito que te acariciará solo lo justo para tenerte lista, y luego solo pensará en sí mismo. La verdad es que las mujeres lo tenéis un poco crudo en esto del sexo. Si el hombre es un egoísta, y lo suelen ser, no recibiréis placer alguno.

—La verdad es que es una mierda. Busca otro, a ver si hay uno potable.

—No hay ninguno aceptable, estamos buscando el menos malo.

—Qué alivio. Entonces descartados los metrosexuales, los chulitos y los egoístas. ¿Alguno que no sea así y que me quiera dar placer sin pensar en sí mismo?

—Solo uno —me dice antes de dar un trago a su copa.

—¿Dónde? —Lo busco por la sala mientras Kennan sigue bebiendo como si nada—. ¿Quién?

Me vuelvo a mirarlo. No parece feliz, aunque este parece ser su estado general últimamente. Espero a que diga algo. Se vuelve y me mira, y sus ojos me atrapan con una fuerza que hace que el resto desaparezca. Siento como si

Kennan hubiera adoptado un papel.

—Yo. Solo yo puedo darte el placer que buscas.

Capítulo 6

BELL

Miro a Kennan con el corazón latiéndome tan fuerte que creo que se me va a salir del pecho. Creo que lo he escuchado mal, está tan tranquilo que parece que estemos hablando del tiempo y no de la posibilidad de que me vaya a la cama con él.

—¿Tú? —Asiente, y esto dispara mis sentidos—. ¿Por qué? Tú no me deseas.

—No —dice tajante, de manera tan fría que me deja helada, pero empiezo a ver que no lo hace para lastimarme; es como si constatará una realidad que no puede obviar—. Pero estos capullos tampoco te desean. Para ellos solo eres una mujer más. Ellos no te conocen como yo, ellos no van a darte el placer que yo sí podría darte.

—Solo sería sexo...

—¿No es eso lo que querías con un extraño? —Asiento—. Yo te doy la oportunidad de demostrarte todo lo que deseas descubrir. De hacerte sentir hermosa, mujer, y venerar tu cuerpo. De mostrarte hasta dónde puedes llegar por el placer. —Siento calor y miro sus labios mientras habla—. De conocer lo que tanto ansías; y luego, cuando tu ex regrese, decides si quieres esa vida vacía o vivir tu vida y buscar a alguien que no solo te dé placer con su cuerpo, sino que te ame como te mereces.

Sus palabras apagan mi fuego, porque una parte de mí quiere que ese

hombre sea él. Que esto no sea solo sexo..., pero es lo único que me ofrece, y sin sentir nada por su parte. Lo veo en sus ojos.

—No quiero perderte como amigo y que esto empañe nuestra amistad, o lo que sea que hay entre los dos.

—Sigo siendo amigo de algunas de las mujeres con las que me he acostado. Una cosa no quita la otra, y tú me deseas. No puedes negarlo. ¿Acaso deseas más a otro de los aquí presentes? —Hace un barrido por la sala con los ojos.

—No, ya lo sabes. Pero no sé si...

—Dime la verdad. No me mientas. —Se vuelve y se me acerca al oído. Su aliento me hace cosquillas—. ¿Acaso no te gustaría?

—Sabes que sí —le respondo—. Pero no sé si te diré que sí...

—Bien. Déjame que te muestre lo que te ofrezco. Vamos a tu habitación.

—Estás loco.

—Es posible. —Tira de mí fuera del pub, cogiendo mi mano.

Me siento nerviosa, aterrada y excitada. Sí, pero no sé si es lo que quiero, porque sé que cuanto más tiempo pase íntimamente con Kennan, más me gustará. Lo miro y, como si notara mis ojos en su nuca, se vuelve.

—Nunca te obligaré a nada que no quieras hacer. Nunca. —Sus palabras me provocan un escalofrío.

—Lo sé, confío en ti.

—Creo que ahí tienes la respuesta. En el fondo sabes que nunca podrías hacer esto con alguien en quien no confiaras. Ya sabes lo que es hacerlo con alguien que no te valora y a quien, me apuesto lo que quieras, tú no deseabas. Ahora te toca elegir si quieres hacer esto con alguien en quien confías y a quien deseas.

Tiene razón, a él lo deseo de una forma que me asusta. Y si dudo es porque temo acabar enamorada de este hombre que a todas luces no cree en el amor. ¿Y si es lo único que podré obtener de Kennan? Lo miro mientras me doy cuenta de que tal vez esto sea el único recuerdo que tendré de él cuando la vida nos separe de nuevo; me aferro a eso.

—¿Sabes por qué tu exmarido se acuesta con unas y con otras? —me pregunta cerca de mi hotel. Niego con la cabeza—. Es porque se siente

poderoso. Necesita acostarse con tantas mujeres para sentirse guapo, para pensar que los años no le hacen perder su atractivo. Le da igual una que otra. Lo que le gusta es creer que tiene el control, cuando en verdad no tiene nada. Nunca cambiará. Las personas que necesitan que les digan continuamente lo guapos que son se pasan toda la vida viviendo en una pubertad continua.

Asiento, pues tiene razón. Se detiene cerca del hotel y se vuelve para mirarme. Lleva sus manos hasta mi cuello y me acaricia donde late mi pulso. Su caricia es tentadora y noto un millar de calambres que van a morir entre mis piernas.

—Sube a tu cuarto. —Su aliento me acaricia—. Espérame allí y hazlo sin tus braguitas.

—¡Venga ya! —Lo miro sin que se note cómo me ha excitado la sugerencia.

—No me mientas, sé que te ha gustado, y lo ponía en tu libro. Me apuesto lo que quieras a que cuando lo leías te preguntabas cómo debía de ser eso, el placer de hacer algo que normalmente no harías y esperar a que tu amante te sorprenda al saber que vas sin nada.

El corazón me da un vuelco y luego se acelera; noto cómo mi sexo se contrae. Nunca he sentido nada ni remotamente parecido, y esto no ha hecho más que empezar.

No le digo si lo haré o no. Tampoco el número de mi habitación. Si tan listo es, que lo adivine. Me marchó como si no estuviera ardiendo y pensado en todo.

Subo a mi cuarto y doy vueltas por él mientras decido si quitarme o no la ropa interior. Me cuesta soltarme y hacer lo que siento. Pienso en qué diría la gente, en si esto está bien..., y luego me paro cuando me doy cuenta de que una vez más estoy pensando en lo que la sociedad o mis padres esperan que haga y no en lo que yo quiero hacer. ¡¡No hago daño a nadie por dejarme llevar por mi placer!! ¡¡Mi ex sí me lo hizo por engañarme, pero yo no!!

Decidida, le doy carpetazo a todas mis dudas y me quito las braguitas tras alzarme la falda; las dejo caer notando cómo la tela acaricia mis zonas íntimas. Me siento rara y nerviosa por la expectación, y más porque Kennan no hace acto de presencia.

Me acomodo en el sofá y mi cuerpo reacciona excitado por el roce de la ropa. Aprieto los muslos y el placer aumenta. Miro hacia la puerta y me pregunto por qué Kennan no viene, si algo lo ha retenido... Y, si viene, qué haremos... Solo de pensarlo noto que me recorre un escalofrío que va a morir en la unión de mis piernas.

Me invade la curiosidad y no puedo reprimir las ganas de abrir un poco las piernas y subir la mano por mi muslo. Mi respiración se acelera y noto cómo mi cuerpo está hipersensible. Mis pechos parecen más pesados y endurecidos que nunca bajo el encaje de mi sujetador, por la expectación. Llego a mi sexo y me sorprende lo mojado que está. Y sé que esto me lo produce Kennan y el deseo que despierta en mí.

Pienso en él, en lo que me hará, y paso mis dedos por los húmedos pliegues hasta llegar a mi clítoris. Está muy sensible; un escalofrío de placer me recorre. Gimo y estoy tentada de seguir cuando llaman a la puerta.

Me sonrojo hasta la raíz y me arreglo la ropa para ir a abrir. Me avisan de que es el servicio de habitaciones; conforme me acerco, me miro al espejo, temerosa de que algo delate dónde han estado mis manos hace unos segundos.

Abro mortificada y me siento avergonzada. Temo lo que puede pensar de mí. Entra una bandeja que no he pedido y se marcha.

Estoy a punto de mirar de qué se trata cuando llaman a la puerta de nuevo, abro y veo a Kennan entrar con su habitual seguridad. Cierra y me mira. Sigo roja.

—A ver si adivino... ¿Estabas tocándote y han llamado a la puerta?

—Seguro que se ha dado cuenta...

—Y si lo ha hecho, ¿qué pasa? Eres una mujer adulta, eres dueña de tu cuerpo y de tu vida, haz lo que quieras mientras no hagas daño a nadie. Si se ha dado cuenta, seguro que ha sentido envidia de no ser él quien te diera placer. Eres hermosa, eres sensual y eres deseable. No te avergüences por decidir qué hacer con tu cuerpo.

—Sabías que me tocaría.

—Esperaba que lo hicieras. En el libro que leías la protagonista lo hizo, disfrutó de su placer. Si quieres que otro entienda tu cuerpo, antes debes

entenderlo tú y exigir lo que te gusta. —Lo miro. Tiene razón—. ¿Te ha gustado acariciarte?

Me mira fijamente y asiento.

—Sí. Pero...

—Olvídate de todo. El hombre se pasa toda la vida dándose placer a sí mismo y parece que es lo que se espera de él. ¿Por qué es tan raro que una mujer lo haga de igual modo? Deja los prejuicios a un lado. ¿Lo volverías a hacer? Y quiero la verdad.

—Sí —digo sin dudar.

Lanza una pequeña sonrisa.

—Ahora dime qué quieres, qué deseas.

Lo miro y no me puedo creer que esto esté pasando, que Kennan me dé la oportunidad de decirle qué deseo de él. Y aunque deseo con todas mis fuerzas todas las promesas sexuales que veo en sus ojos, deseo algo con más fuerza.

—Bésame.

La mirada de Kennan se endurece más si cabe y sus ojos verdeazulados parecen afilados.

—No, eso no.

—¿No? —Siento desilusión; si no me besa será todo muy frío. Será solo sexo y, aunque me muera por tener algo más con él, no quiero esa frialdad. Demasiado es ya saber que él no me desea como yo a él—. Tienes razón, no me gusta el sexo casual. Sea lo que sea esto, si me planteo aceptarlo en algún momento es porque es contigo..., porque confío en ti y lo quiero todo de ti. Todo. Y quiero tus besos. Si no quieres darme eso, mejor te vas.

Kennan asiente y empieza a irse hacia la puerta; no lo retengo. Es lo que quiero. Si solo voy a tener esto de él, lo quiero todo. Y me muero por besarlo desde que tenía doce años y descubrí que me encantaba mi mejor amigo.

Está a punto de abrir la puerta cuando se vuelve y, con una agilidad pasmosa, coge mi cara entre sus manos y me besa.

¡Me besa!

Los labios de Kennan no me dan tregua, nunca un beso me hizo sentir tanto. Su sabor es afrodisíaco y el calor de sus labios sobre los míos me hace ansiar más. Entreabro un poco los labios mientras me los devora y noto cómo

me muerde levemente antes de que su lengua se adentre entre ellos. La mía sale al encuentro de la suya. Me besa como si no hubiera un mañana y noto cómo me hace el amor entre sus labios. Es posible que solo sea sexo, pero para mí será algo más. Ya lidiaré luego con el haber visto lo que no hay. Pero eso luego. Ahora quiero seguir disfrutando de sus labios.

Su lengua recorre mi boca, la explora a conciencia. Gimo entre sus labios y subo mis manos por su pecho. Está duro y es cálido, pero eso no es lo que más me sorprende. Es su corazón, que no late tan acelerado como el mío, su ritmo no es comparable al feroz beso que me está dando. Es como si el beso en verdad no existiera para su cuerpo.

Me separo y lo miro desconcertada; y Kennan parece saber lo que estoy pensando, porque se aparta.

—Hay partes de mí que nunca tendrás. —Noto la tristeza en sus palabras y siento un dolor inmenso en el pecho.

—Kennan...

—Quiero que me digas siempre lo que deseas y te daré todo lo que me sea posible. —Entiendo enseguida que su corazón y su amor no podrán ser míos jamás.

—No me deseas nada..., ¿verdad? —le pregunto notando sus manos en mi cuello. Tras este beso me costaría creer en sus palabras si no hubiera sentido el latido de su corazón bajo mis dedos de esa forma tan escalofriantemente pausada; por eso lo afirmo.

—No. —Noto tal pesar en su mirada que cuando se aleja lo retengo, su impotencia me traspasa y por eso reformulo la pregunta buscando otras palabras.

—¿Quieres hacer esto?

—Sí. Es lo que deseo. —Parece aliviado por mi pregunta, no entiendo qué pasa. Sé que en la oscuridad de sus ojos se encuentra el rompecabezas para comprender todo esto—. ¿Quieres que te muestre lo que es morir de placer?

Me recorre un escalofrío y asiento, sabiendo que por el momento esto es lo único que tendré de Kennan, pero decidida a llegar al fondo de cada uno de sus secretos. Quiero llegar a creer que esto nos unirá más y que, del mismo

modo que él ahora me va a descubrir un mundo inexplorado, yo un día descubriré cada uno de sus secretos.

Me alzo y lo beso, poniendo todo mi empeño en el beso. Kennan me lo devuelve hasta hacerse con el control y hacer que me sienta derretida como mantequilla fundida entre sus brazos.

Su manera de besarme parece hecha para el placer de la mujer, para el pecado. Es como si conociera cada parte erógena de mis labios. Como si en solo un beso ya supiera dónde besarme y dónde acariciar para que acabe gimiendo ansiosa de más.

Mis manos suben por su pecho. Lo acaricio, lo palpo. Me encanta lo duro y caliente que está. Sus manos bajan por mi espalda y van hacia mis pechos. Se quedan ahí y me muero porque me acaricie, porque los toque. Los noto pesados bajo la ropa interior. Se separa y lleva sus manos a los botones de mi camisa.

Los desabrocha sin dejar de mirarme. Mi pecho baja y sube cada vez más agitado, sobre todo cuando aparta la tela y mi sujetador de encaje queda expuesto a sus ojos.

—¿Quieres que te los coma? ¿Que me meta tu endurecido pezón entre los labios? —me pregunta al tiempo que los acaricia.

—Sí, ¿acaso no lo notas? —le respondo a su vez, y Kennan emite una pequeña sonrisa.

—Me pregunto si son tan receptivos como parecen. —Coge el pezón entre sus dedos y lo aprieta.

Me gusta y lo nota, porque repite la acción. Los toca antes de apartar la tela y dejar mis rosadas aureolas a la vista. Las acaricia y casi siento la suavidad de mi pecho traspasar sus dedos. Mete su mano entre mi pelo y tira ligeramente de mi cabeza hacia atrás para que mi cuello quede expuesto a su boca. Me besa desde las orejas hasta la cima de mis pechos y noto su lengua jugando con mi contorno. Me tiemblan las piernas, y si no me caigo es porque la mano de Kennan en mi cintura me sirve de apoyo.

Y por fin centra sus atenciones en uno de mis pezones y deja esta placentera tortura. Noto mi endurecido pezón entre sus labios y cómo lo chupa y succiona, produciéndome un sinfín de escalofríos que van a morir a

mi sexo. Ansío que me toque justo ahí y siento que, como siga así, me correré sin ni siquiera haber posado sus dedos sobre mi humedad.

Me retuerzo, me muevo y le suplico. En vez de tocarme donde ansío, se cambia un pecho por otro y lo colma de atenciones mientras acaricia el otro con los dedos. Se separa y busca mi mano; me la lleva hasta mi endurecido pezón, sé qué quiere que haga y me lo toco como me gusta, mientras siento sus labios y sus dientes torturarme.

—Kennan, quiero más...

—¿Qué quieres, preciosa?

—Lo sabes.

—Dímelo, confía en mí, no me voy a reír nunca de tus deseos. Yo no soy él —dice alzándose para que lo mire a los ojos—. Dime dónde quieres que te toque.

Ahora mismo estoy en una nube y dudo que pudiera negarle nada. Por eso le digo sin miedo y vergüenza lo que quiero. Porque confío en Kennan.

—Quiero que acaricies mi sexo y me des el placer que nunca he conocido.

—Eso está hecho. —Y, tras decir eso, me besa de nuevo en los labios mientras siento sus manos en mi culo.

Me sube la falda a la vez que me acaricia y pasea las manos desde mi trasero hasta mis muslos. Noto el calor de sus dedos cerca de mi sexo y gimo con anticipación. Mi deseo aumenta. El calor sube varios grados por la expectación de lo que viene ahora. Él me hace temblar como una hoja.

Me muevo para que su mano deje de torturarme, y cuando sus dedos llegan a su objetivo y los siento acariciar levemente mis mojados pliegues, gimo fuerte entre sus labios, y esto alienta a Kennan a abrirme más y a buscar todos los secretos que esconde mi sexo.

Pasea sus dedos por mi humedad y retuerce entre los dedos mi clítoris. Lo frota, lo acaricia. Lo tortura. Sabe lo que hace, dónde tocar, y más cuando mete un par de dedos en mi interior, mientras que con su pulgar me acaricia el sexo sin darme tregua. Tiemblo, estoy a punto. Sus dedos entran y salen de mí. Noto cómo mi cuerpo los acoge y succiona, cómo mis piernas tiemblan y cómo el orgasmo prometido está a punto de estallar entre mis piernas.

—Kennan...

—Déjate ir, preciosa, yo estoy contigo. Córrete para mí. —Lo miro a los ojos. A esos ojos que en tantos sueños me han perseguido, y, sin apartar la mirada, dejo que sus dedos obren magia y me corro.

Mi cuerpo explota en cientos de pedacitos. La sensación es tan buena que no tengo palabras para explicarla, y menos cuando Kennan, en vez de detenerse, aumenta las embestidas de sus dedos y me dejo ir de nuevo.

Lo abrazo buscando apoyo y me pilla por sorpresa cuando Kennan me abraza con fuerza, como si temiera que me fuera a desmayar. Ahora mismo no me sorprendería perder el sentido. Sonrío entre sus brazos mientras sale de mí y me arregla la ropa.

—Nunca antes vi nada más hermoso —me dice, y aunque sus ojos no sonrían, aunque parece que le han extirpado los sentimientos, siento que Kennan dice la verdad.

No hago preguntas, no digo nada cuando mi cabeza, que está apoyada contra su pecho, no percibe nada más que un latido tranquilo en su pecho. No digo nada porque pienso descubrir el modo de hacer que su corazón vuelva a la vida.

KENNAN

Observo a Bell dormida en la cama del hotel tras la ducha que se ha dado. Me ha mirado tímida y se ha alzado para besarme con infinita ternura. Sé lo que pretende. Sé qué quiere. El problema es que no hay nada que hacer. Ni siquiera ahora, viéndola dormir y sabiendo que es la mujer más hermosa que he tenido el placer de visualizar, soy capaz de sentir algo en mi pecho.

Hace años se encargaron de eliminar cada parte de mi alma y mi única posibilidad de sobrevivir era protegerla ante todo y ante todos.

Acaricio su mejilla sonrojada y la recuerdo llegando al orgasmo. Cómo sus ojos azules se han oscurecido y cómo sus labios han gritado por el éxtasis mientras temblaba entre mis brazos.

Nunca una mujer me pareció tan bella, tan deseable y, sin embargo...,

nada.

Me alejo de ella sintiendo una vez más el peso de mis decisiones, pues ahora soy consciente más que nunca de todo lo que perdí, de todo lo que me quitaron.

Si pudiera volver atrás en el tiempo...

... no se puede, y es mejor que no lo olvide.

Capítulo 7

BELL

Regreso a casa y, como llevo haciendo todo el fin de semana, no dejo de pensar en Kennan y en lo vivido el viernes por la noche. En su manera de tocarme, de besarme. Sabía que besando sería bueno, pero no tanto. Cuando desperté no estaba, solo había una nota con su nombre donde me decía que, si me acostaba con alguno este fin de semana, se acabaría la propuesta, y también que fuera a verlo cuando regresara y tuviese tiempo.

Seguro que él no lo reconoce, pero quiero creer que, tras esa idea de querer hacer esto como amigo porque me conoce, se esconde algo más. Y, mientras descubro qué es, pienso disfrutar de esto. Quiero hacer latir su corazón hasta que su atronador ruido silencie el mío. Quiero saber todos sus secretos, aunque corra el riesgo de enamorarme más.

Estoy jugando con fuego, lo sé, pero es Kennan, quien una vez fue todo mi mundo. Quien me dio un respiro en esta cárcel de oro.

Me cambio y me pongo ropa cómoda antes de escribirle. Estoy en ello cuando suena el timbre de mi casa. Son las nueve de la noche, no esperaba que nadie viniera a mi casa a estas horas. Si he llegado tan tarde es para no tener que ver a nadie que no quiera.

Llego a la puerta y veo que es Crystal; pongo mala cara, observo mi ropa cómoda y sé que me mirará mal, y así lo hace. Pone cara de asco ante mis mallas y mi sudadera. La de Kennan, claro.

—Vaya pinta. ¿Practicando para trabajar en esa agencia de poca monta?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Se lo ha contado esta tarde tu madre a la mía; que lo haces porque te aburres y porque quieres hacer un estudio sobre lo que les cuesta ganarse la vida a los que no tienen la suerte de ser como nosotros; y todo esto de cara a hacer una colecta y recoger dinero para los más desfavorecidos, contando tu experiencia para sensibilizar más a las personas que son ajenas a todo esto.

—Asiento asombrada por la capacidad que tiene mi madre de darle la vuelta a las cosas para que siempre le resulten favorables—. Aun así, desde mi punto de vista, es un verdadero asco.

—A mí me encanta. Estoy deseando empezar. ¿Quieres algo? —le pregunto con rabia porque trate así a personas que son iguales que ella.

—No, solo quería saber si era cierto, y darte ánimo. Lo vas a necesitar.

Asiento, y por suerte se marcha. Cierro la puerta con llave, y pienso hacerme la tonta si tocan al timbre. O mejor me marcho de mi casa y apago las luces para que así se piensen que estoy durmiendo con los tapones puestos y no me molesten.

No escribo a Kennan, directamente paso a su casa y llamo a la puerta trasera. Lo veo en el salón leyendo y cómo se acerca a abrirme. Mi corazón da un vuelco y siento que me acaloro. Alza la mano para abrirme y recuerdo dónde estuvo esa mano hace dos días y lo que sus dedos hicieron dentro de mí.

—¿Pensamientos impuros, Bell?

—Odio a Crystal —le digo ignorando su pregunta deliberadamente.

—No has respondido a mi pregunta —dice dejándome pasar a su cocina.

—Sabes que sí. ¿Hace falta que te lo diga?

—Me gusta que lo hagas. Eres sincera. —No añades más y noto como si mi sinceridad fuera importante para él—. ¿Qué tal lo has pasado? ¿Has pensado en mi propuesta?

—¿Y pretendes que hable de un tema tan serio con el estómago vacío? He salido huyendo de mi casa, no he comido nada.

—Creo que puedo solucionarlo.

Saca algo para hacernos unos bocadillos y le ayudo. Me doy cuenta de

que tiene mucha maña en la cocina. Me encanta verle cortar la verdura y la carne.

—¿Dónde aprendiste a cocinar?

—Llevo viviendo solo muchos años. Es lo que toca si no quieres morirte de hambre..., y comer siempre comida precocinada no es una opción.

—No seguí tu carrera como modelo. No aparecía nada en internet.

—Mejor, no lo hacía bien. —Noto que una sombra pasa por sus ojos.

—No lo creo así. Me hubiera gustado verte posar en las fotos...

—No lo hacía bien —repite, y su voz me produce un escalofrío.

—Vale. No insistiré más. —«Por el momento», pienso.

Hablamos de qué he estado haciendo y Kennan me cuenta cómo va aquí su trabajo; me dice a las claras que no sabe cómo su padre soporta tantas tonterías.

—Te juro que me cuesta sonreír cuando me piden según qué cosas...

—Kennan, perdona que te corte, pero tú nunca sonríes. No ahora. Y si lo haces, no lo he visto.

—Bueno, entonces te juro que me cuesta no mandarlo todo a la mierda en más de una ocasión.

—Ves, eso ya me cuadra más. —Le sonrío y le ayudo a terminar los bocatas.

Se me cae la baba de lo bien que huelen y estoy deseando hincarles el diente. Kennan saca un par de cervezas y nos sentamos en el sofá con unas bandejas. Me encanta estar así, sentada al estilo indio, sin zapatos y disfrutado de esta cena que no tiene nada de sana y equilibrada y que está deliciosa. Acabo gimiendo de puro placer hasta que me doy cuenta.

—No te cortes, me encantan tus gemidos.

—Sí, se te nota en la cara —bromeo.

Kennan mira hacia el frente; ha terminado de cenar. Yo también, y dejo mis cosas en la mesita de centro. Me arrodillo en el sofá y cojo su cara. Kennan me mira curioso. Su barba incipiente me hace cosquillas. Toco sus labios y se los acaricio antes de alzárselos hacia arriba simulando una sonrisa que ni de lejos alcanza sus bellos ojos. Es increíble cómo una mirada de colores tan vivos puede parecer tan muerta y carente de vida.

—Me encantaba tu sonrisa. Me perdía en ella y me derretía cuando me la dedicabas. Creía que se me iba a salir el corazón del pecho cuando me sonreías solo a mí, pensaba que tu manera de sonreírme era diferente a como lo hacías con el resto.

—Lo era. Ya no.

—Por ahora...

—No me conviertas en tu causa perdida.

—No lo hago. Solo te acaricio. —Me acerco y le beso dulcemente en los labios—. Y te beso. Me dijiste que fuera sincera contigo.

—¿Vas a aceptar Bell?

Siento que para él es importante. Pongo mi mano en su pecho y su corazón late como siempre, pero me parece que da un pequeño vuelco cuando asiento.

—Sí. Estoy aterrada y excitada a partes iguales.

—Confía en mí. Y ahora, a tu casa, tienes tarea que hacer.

Se levanta y va hacia la puerta de la cocina. Lo sigo aturdida; pensé que cuando le dijera que sí me enseñaría nuevos placeres.

—Hoy no.

—Odio que me leas la mente.

—La espera merece la pena. Y ahora quiero que me hagas una lista. Con todo lo que quieres experimentar. Y si quieres coge partes de libros de cosas que quieres probar por ti misma y me los señalas. Mañana la quiero acabada.

—¿Y luego?

—Luego confía en que sabré darte placer. Mientras estemos juntos íntimamente mando yo y, cuando acabe, quiero saber todo lo que piensas y lo que quieres descubrir.

—¿Por qué quieres llevar el control si el otro día me dijiste que te dijera lo que deseo?

—¿No te estoy pidiendo una lista para que me digas qué quieres? —Asiento—. Si lo hago es para que, por una vez en tu vida, seas egoísta y pienses solo en tu placer. Que confíes en que yo sí sabré dártelo. Déjame llevar el control.

—Lo haré, pero como no me guste lo que me haces me pienso quejar.

—Un «no» siempre es un «no», Bell, nunca te forzaría a nada. —Me recorre un escalofrío.

—Kennan...

—No veas cosas donde no las hay, y ahora vete a trabajar.

Camino hacia la puerta hasta que desando los pasos que he dado y me alzo para buscar un beso. Kennan se queda quieto, hasta que me devuelve el beso con ardor. Mi mano está en su pecho y noto otro pequeño cambio en su latido. Intensifico el beso, sintiéndome poderosa, hasta que me separa.

—Te estás jugando que tarde más de lo que deseas en seguir con el juego.

—Y ahora me dirás que no puedo tocarme...

—No, pero que, si lo haces, me llames para que pueda oírte llegar al orgasmo.

Me sonrojo y asiento, y la idea de tener sexo telefónico me intriga. Me despido de Kennan y voy a mi casa corriendo. Me pongo a hacer la lista y decido ser sincera. Con Kennan siento que puedo serlo, que no hay vergüenza, no hay corsés que limiten mi placer. Me siento libre a su lado y me encanta esa euforia de ser yo misma con otra persona. Hasta ahora todas las personas que han estado a mi lado han tratado de atarme; todas menos Kennan, claro. Y sin querer, mientras busco, leo y anoto, me empiezo a ver como una mujer que abraza su sexualidad. Tal vez no hagamos nada de esto, pero sé que lo que Kennan deseaba era que me atreviera a pedir, a decir qué deseo y a buscar el modo de hacerlo realidad.

Me despierto cuando la luz del sol me molesta demasiado y me obligo a abrir los ojos. Lo hago y veo ante mi mesita de noche una caja. Me despierto de golpe y me incorporo en la cama para abrirla. Lo hago y veo dentro un móvil nuevo. Cojo la nota y la leo:

No me fio de que tus padres controlen a quien llamas. Prefiero saber que, siempre que quieras, podrás llamarme, o yo a ti, sin que nadie lo sepa. Úsalo para comunicarte conmigo. Siempre estaré al otro lado. Mi número de móvil ya lo tienes en la agenda.

Sonrío como una tonta y sigo leyendo la nota:

Me voy unos días, volveré pronto. Recuerda que, si quieres darte placer, me tienes que llamar.

Me sonrojo y, acalorada, sigo leyendo:

La lista me la das a la vuelta, y quiero que hagas algo. Quiero que te compres ropa interior sexy, me da igual si es sosa, si es fea para mí o para los demás. Quiero que te compres ropa interior con la que tú al mirarte al espejo te veas increíblemente bella. Eres hermosa, no lo olvides.

La ropa interior que uso es de marca y no es fea, pero mi madre se encarga de comprarla cuando compra la suya. Me apetece entrar a una tienda de lencería y elegir algo para mí. Y sonrío ante la idea de comprarme algo ridículo; sé que Kennan no lo cuestionará. Sé por qué hace esto. Ha crecido conmigo. Sabe que mi madre es la que elige mi ropa. Y, por lo que parece, sospecha que esto sigue así...; ha acertado. Quiere que rompa mis prejuicios y que, cuando me vista, ya desde el interior me sienta mujer. Con Jarrod nunca me molesté, su especialidad eran cinco minutos a oscuras o con la ropa puesta. Visto así, mi vida íntima ha sido horrible, y lo peor es que no lo veía, que estaba ciega. Creo que vivía resignada. Sigo leyendo:

No creo que nunca recupere mi sonrisa, pero ten por seguro que, si lo hiciera, sería por ti.

Siento alegría y tristeza al mismo tiempo. Alegría porque, de sonreír, lo haría por mí, y tristeza porque tengo miedo de que lo que sea que le ocurriera haya apagado su felicidad para siempre.

Por eso cojo el ordenador y decido buscar a fondo cosas de Kennan. Nunca lo he hecho hasta ahora, porque antes lo echaba de menos y temía verlo y darme cuenta de que seguía sintiendo algo por él y nada por mi marido. Ahora todo ha cambiado. Le mentí al decirle que lo había buscado en internet y no había encontrado nada... Quería que me contara algo más de su vida sin tener que recurrir a las redes.

Busco «Kennan Ross» en Google. No veo nada a simple vista. En una web sí parece que participó en un desfile, pero en las fotos que salen no está él. Pincho en «Imágenes» y la gran mayoría es de otros modelos que tampoco

conozco, hasta que al final veo a un Kennan de unos veinte años al lado de una joven, de su edad más o menos, cogiéndolo del brazo. Ella sonrío ampliamente; Kennan parece ya perdido. Hago clic sobre la foto y no pone nada; una vez más se dice que apareció en el desfile, pero nada más. Ni siquiera sale cómo se llama la joven de la foto, tal vez solo fuera una fan.

Estoy a punto de salirme de la página cuando veo a un lado la cara de Kennan en una pequeña foto. Pincho y se hace grande. Es una foto en ropa interior. Sonríe a la cámara y no lleva tatuajes. En esta foto lo reconozco, tenía apenas dieciséis años. Y, según pone bajo la foto, el jovencísimo Kennan Ross había llegado para comerse el mundo e iba a dar mucho de qué hablar.

Viendo su atractivo y su belleza bien podría haber sido cierto; sin embargo, salvo hacer algunas pasarelas y fotos sin trascendencia, su carrera nunca despuntó y Kennan perdió esa sonrisa que veo en la pantalla por el camino. La acaricio con los dedos y me bajo la imagen para tenerla en mi móvil. En mi móvil secreto, claro.

Pienso hacer lo imposible para que la recupere. No voy a cesar en mi empeño.

Entro en la agencia de Fiona. He ido a vender unas joyas que me regaló Jarrod y que nunca me he puesto. No me gustaron entonces y menos ahora, tras lo que me hizo. Quiero usar el dinero para tener algo de liquidez, ahora que mis cuentas están congeladas. He ido también al banco a comprobarlo y me han informado de que mis padres han bloqueado mis cuentas hasta nueva orden.

Fiona me llamó mientras estaba allí y no se lo pude coger, por lo que me mandó un mensaje para decirme que me pasara por su agencia cuando pudiera, que tenía que facilitarle unos datos. Por eso estoy aquí.

—Qué rápida.

—Andaba cerca. ¿Qué necesitas?

Me lo pide, se lo tiendo todo y relleno los datos de la ficha.

—¿El sueldo puede ser en efectivo? Mis padres han congelado mi cuenta

—le digo.

—Qué cabrones, pero así se las gasta esta gente. He conocido a muchos de tu clase cuando fui modelo. Se creen que tienen el poder sobre todo y que con dinero se puede comprar lo que deseen.

—Algunos sí —admito.

—¿Es por trabajar aquí? —pregunta directa.

—Sí, pero me da igual.

—Por si lo siguiente es echarte de casa, cuenta con la mía. Me sobra un cuarto. —Asiento nerviosa.

Me agobia un poco la posibilidad de romper con todo. Prefiero pensar que mi madre no llegará tan lejos. Hablamos de unas cuestiones del trabajo y me dice que está todo listo.

—Una pregunta —le digo antes de irme—. ¿Sabes de una lencería por aquí cerca? —Me sonrojo hasta la raíz, pero me mantengo firme.

—Sí, a dos calles de aquí hay una que tiene unas cosas preciosas, tengo que ir cerca para dejarle unos papeles a mi gestor. Te acompaño y de paso miro las cosas nuevas que hayan traído.

Tras cerrar la agencia, vamos hacia una pequeña tienda de lencería. Hay varias mujeres mayores que nos miran curiosas cuando entramos, y Fiona tira de mí hacia la sección de lencería sexy. Siento sus miradas y casi puedo oír lo que piensan, seguro que creen que queremos esas prendas para poder irnos con unos y con otros. Es lo que pensaría mi madre si viera aquí a Fiona alzando varios tangas y otra ropa que deja poco a la imaginación.

—¿Bell? —Fiona me mira y se preocupa al ver cómo pierdo el color del rostro—. ¿Qué te pasa?

—No suelo hacer esto.

—¿Comprarte bragas? Pues deberías. —Me saca la lengua y me pone en los brazos un conjunto rojo con ligero—. Este es muy sexy. ¿Qué te parece?

Lo miro y me gusta. Me vuelvo hacia las mujeres y pienso en mí. En lo que quiero, en lo que deseo. No hago daño a nadie, solo a mí misma con tantos prejuicios por culpa de esa sociedad, que quiere igualdad pero que siempre cuestiona con una vara más dura los deseos de la mujer.

—Es bonito. —Sonríe y miramos varios más.

Me sorprendo imaginándome con ellos, me veo hermosa, sexy, y me gusta ese toque de picardía. Me siento femenina y me encanta este juego de saber que bajo la ropa llevo ropa tan sexy y que solo lo sé yo.

Me compro varios tangas, sujetadores y ligeros. Nunca he usado tanga, y por eso también me compro varias braguitas y *culottes*. Acompaño a Fiona al gestor y luego, como se nos ha hecho la hora de la comida, vamos a picar algo.

—La verdad es que no sé cuándo voy a poder lucir lo que me he comprado. Pero me chifla la lencería —me dice risueña, y veo pasar un halo de dolor por sus ojos verdes.

—¿Querías a tu ex?

—Me gusta tener a alguien, he vivido en varias casas de acogida hasta que me emancipé y trabajé como modelo —me dice—. No me gustaba, pero me daba para comer y para poder tener un hogar.

—Te entiendo. Alguna vez me planteé tener hijos con Jarrod. Pensaba que si tenía un hijo dejaría de sentir ese vacío que notaba en el pecho. Pero ni él lo sugería ni yo me decidía a dar el paso de hablarlo. Ahora lo agradezco. De haber tenido un hijo, ni se me pasaría por la cabeza el dejarlo. Por mi hijo haría lo que fuera.

—No tienes claro dejarlo.

—Mis padres son mayores, ellos no comprenden que quiera algo más. A mi padre le han dado varios amagos de infarto. No quiero que le pase nada.

—Te comprendo, yo no sé quiénes son mis padres, pero siempre he ansiado tener una familia. No tiene que ser fácil tomar una decisión que te puede hacer perderla.

Me sorprenden sus palabras, porque me entiende, y asiento, sintiendo que por primera vez estoy ante alguien que sí puedo llamar amiga de verdad, y la idea me gusta. Al final hablamos un poco de todo. Me cuenta cómo odiaba estar siempre a dieta para poder caber en los pequeñísimos vestidos de pasarela. Ahora usa la misma talla que yo, una treinta y ocho, y si nos pasamos..., la cuarenta. Y, como ella dice, ahora sí son tallas reales; porque en las pasarelas vio muchas cosas que le hicieron odiar su profesión. Me ha llegado a decir que sintió asco al mirarse al espejo en más de una ocasión,

porque todo su cuerpo eran huesos, y no le gustaba verse así.

Yo creo que ella es una hermosa mujer con curvas y que la perfección reside en los ojos del que mira. Ahora mismo a mí Fiona me parece preciosa, y en las fotos que me ha mostrado parecía como ella ha dicho: solo huesos.

Acabamos en su tienda y me explica varias cosas. No tengo ganas de irme, y más sabiendo que Kennan no estará para colarme en su casa o hacerle una visita. Me despido de ella cuando cierra y me dice que me espera dentro de una semana para empezar mi jornada de trabajo. Lo estoy deseando.

He viajado mucho debido al trabajo de mi padre y luego al de mi marido. Ahora puedo poner todo esto en práctica. Cuando viajaba siempre me entretenía leyendo las guías de viajes y tratando de ir a todos esos lugares que marcaban como atractivos y turísticos. Al final nunca íbamos, porque solo a mí me parecían emocionantes, pero siguen marcados en rojo en los libros y ahora me gustará sugerirle a la gente que visite esos lugares y explicarles lo que se pueden encontrar.

Llego a mi casa y busco las guías; las dejo en mi escritorio para repasarlas. Me doy una ducha y, al salir, veo la bolsa de lencería. La miro hasta que me decido a probármela. Me pongo el tanga negro junto con el ligero y el sujetador a juego, además de unas medias negras, y con todo puesto me miro en el espejo de pie. Siento vergüenza al verme así vestida, hasta que me miro bien, hasta que dejo a un lado los complejos y me miro como mujer: me gusta lo que veo. Mi cuerpo está lejos de ser perfecto, pero incluso me veo sexy.

Doy una vuelta y me río al verme el culo con el ligero y el tanga y, si he de ser sincera, siento la excitación correr por mis venas y el deseo colarse entre mis piernas. De repente soy más consciente que nunca de mi cuerpo y, al mirarme otra vez al espejo, me veo sensual.

Me lo quito y lo guardo todo antes de ponerme el pijama, deseando que Kennan me vea con la lencería nueva...

Me pongo a leer un libro y pienso en la lista cuando el hombre ata a la protagonista a la cama. Me pregunto si me gustaría, y la idea no me desagrada. Sigo haciendo la lista y me veo apuntando más cosas de las que creía. No sabía que tenía tanta curiosidad sexual hasta ahora. Eso sí, tengo

claro que no me gusta nada el sado, ni que me peguen.

Leo varios libros por encima y anoto cosas. Los marco y se los preparo a Kennan y, cuando acabo y me entra sueño, noto que estoy excitada por todo lo que he imaginado. Apago la luz y llevo la mano entre mis piernas..., hasta que recuerdo lo que me dijo Kennan. No me veo preparada para llamarlo tras un día sin verlo y decirle: «Hola, ¿qué tal todo? Pues mira, yo caliente como un volcán a punto de estallar. ¿Me ayudas a que se termine de cocer la cosa?». ¡Pero qué estoy haciendo! Estoy muy mal...

Cojo el móvil que me ha dado Kennan y busco su número. Dudo y al final lo llamo, aunque solo es para oírle. Lo echo de menos.

Me lo coge enseguida y mi corazón da un vuelco. Su voz sexy se cuelga por la línea y por unos instantes me olvido de responderle:

—¿Bell?

—Estoy aquí. —Pareciendo tonta he de añadir—: ¿Qué hacías?

—Lo que me interesa más es qué hacías tú y dónde están tus manos.

Me sonrojo.

—Una en el teléfono y otra en mi estómago.

—Por las horas que son pensé que habías recordado mi promesa y me ibas a deleitar con tus gemidos. Solo eso mejoraría este día de mierda.

—¿De verdad te gusta oírme?

—Me gusta todo lo que tenga que ver contigo, Bell.

Sonrío, aunque sé que Kennan no lo dice porque me desee o porque le guste, por ahora, claro.

—Lo he pensado, pero prefiero hablar contigo. Te he echado de menos.

—Solo he estado un día fuera.

—Ya, pero yo estuve de viaje, y eso son muchos días si los juntas y olvidas que te vi el domingo.

—Sigo pensando que no es mucho tiempo, pero no me pienso quejar porque me extrañes.

—¿Por qué ha sido un día de mierda?

—Porque estoy comprando material para reponer lo que falta en el almacén y tengo un presupuesto marcado por tus vecinos, y que hayan subido los precios no les importa. Pretenden que la gente trabaje gratis y que, si hay

que apretar el sueldo de alguien, que no sea el suyo. Así podrán usarlo para ponerse bótox hasta que no puedan mover la cara.

—Odio el bótox.

—Mejor.

—Siento lo que te están haciendo..., tu padre aguantaba mucho.

—Demasiado, aunque hay cosas peores. —Me recorre un escalofrío por el tono que ha empleado, y voy a preguntar el qué cuando me corta—. ¿Te has comprado ropa interior?

—Eh..., sí.

—¿Y te ves hermosa?

—Yo sí, pero...

—Tú te tienes que ver guapa, al resto que le den si no saben apreciar tu belleza.

—Tienes razón, estoy genial con ella —le digo con una sonrisilla al recordarme.

—¿Has hecho la lista?

—Sí. Me ha sorprendido la cantidad de cosas que he apuntado.

—A mí no, solo hay que mirarte los ojos para ver tu fuego. Claro, que hay quien no sabe mirar o quien teme que una mujer deje de ser una señora si disfruta del sexo... —No digo nada, tiene razón—. Te dejo, a menos que quieras algo más...

—No, hoy no. Ten buena noche.

—Tú también, Bell, y llámame siempre que quieras.

—Lo mismo digo.

Cuelgo y busco su foto, la que me he bajado de internet. Me duermo pensando en su sonrisa y en cómo sería el Kennan hecho hombre si sonriera como ese niño de dieciséis años con ilusiones. Seguro que sería increíblemente hermoso.

Capítulo 8

BELL

Salgo con el coche para ir a trabajar hasta que me detengo para no atropellar a mi madre. Viene hacia la puerta del conductor y me pide que salga.

—Las llaves del coche.

La miro alucinada.

—Es mi coche.

—Lo pagó tu padre, por lo que es nuestro. Las llaves. Si quieres seguir con esta absurda idea de ir a trabajar a ese lugar, será sin este coche.

La miro enfurecida y le tiendo las llaves. Cojo mis cosas y me voy hacia la puerta del complejo mientras llamo a un taxi para que pase a recogerme. Mi madre acaba de joderme un día que había empezado muy bien.

Me he levantado con tiempo, me he dado una ducha relajante y me he esmerado en elegir mi ropa. Al final he optado por unos vaqueros que me compré hace unos días y una camisa con las mangas arremangadas y zapatos de tacón no muy alto. Me ha encantado mi imagen proyectada en el espejo, y salía de casa dispuesta a comerme el mundo. Hasta que mi madre me ha comido a mí, como hace siempre.

Intento que no me amargue mi primer día de trabajo y entro en la agencia con una sonrisa. Fiona me manda trabajo y me explica muchas cosas durante los ratos que no estamos atendiendo a nadie. A la hora de la comida vamos a un restaurante que hace comidas caseras y me sorprende el precio del menú,

por todo lo que he comido y lo deliciosa que estaba la comida. He estado en restaurantes de alta cocina que no le llegaban a estos platos ni a la suela de los zapatos. Está claro que muchas veces lo que se paga es el nombre, y nos olvidamos de buscar las verdaderas maravillas que hay ocultas. Creemos que algo es mucho mejor solo porque es más caro, y no nos paramos a pensar en que la calidad no siempre está en el precio.

Se me pasa el día volando, y Fiona me deja atender a una pareja de enamorados que quiere hacer un viaje de aniversario. Les recomiendo una ciudad donde estuve y acabo cerrando el viaje. Fiona me ayuda y se van contentos.

—Es como si viajara con ellos —le digo a Fiona—. Cuando hablaban de lo que harían y veía su ilusión, me sentía allí —le confieso.

—Por eso monté la agencia, para ser parte de la felicidad de la gente. He viajado mucho por trabajo, pero poco por placer. Y cuando se viaja por placer es como de verdad descubres las ciudades. Paseas por sus calles admirándolo todo. Haces fotos de cosas cotidianas en las que no reparan las personas del lugar. Mucha gente viene luego a traerme una foto, y me encanta ver ese lugar a través de sus ojos. Y aunque lo parezca, no hay dos fotos iguales de un mismo lugar. Todo depende de la óptica con la que mires un mismo paisaje.

—Tienes razón. Nunca me imaginé trabajando aquí, pero ahora no me veo haciéndolo en otro sitio.

—Kennan me dijo que eras un alma inquieta, que este trabajo te gustaría porque la gente se vería animada por tu ilusión. Tenía razón. Transmites ilusión. Curioso, con el entorno que tienes..., pero ahí está. En tus ojos. Y es lo que él necesita.

Agranda los ojos como si supiera que ha metido la pata.

—¿Tú sabes qué es lo que ha apagado la luz de los ojos de Kennan?

—Sé poco, no todo, pero no me corresponde a mí decírtelo. Solo te diré que tengas paciencia. Él no se ha olvidado de ti, aunque no recuerde como era quererte.

—¿Por qué me dices eso?

—Kennan me habló de ti..., de que os conocíais.

—¿Y qué te decía?

—Que fuiste su mejor amiga y alguien con quien creció.

—¿Qué más sabes? Necesito ayudarlo y, para hacerlo, tengo que saber la verdad.

—Solo si te la dice él podrás ayudarlo. Sigue tu instinto, me da que llegarás a donde ansías. —Asiento sabiendo que no me dirá más—. ¿Qué sientes por Kennan?

—Amistad...

—Y deseo. —No lo niego—. Yo creo que algo más, pero ya se verá si estoy equivocada. Y ahora vamos a cerrar.

Lllaman a la puerta y, al volverme, veo a Kennan en la puerta con un par de ramos de flores. Mi corazón se dispara y me quedo boba mirándolo. Está increíble con esa cazadora de cuero. Me encanta. Lleva el pelo rubio despeinado y le cae por las cejas. Siento deseos de acariciarlo. Me retengo.

—¿Qué tal tu primer día? —Me tiende un ramo de flores silvestres precioso y a Fiona le da otro.

—Muy bien. Ha sido increíble. —Huelo las flores—. Son preciosas. Me encantan.

—Trae, voy a ponerlas en un jarrón. Ah, y..., por cierto, no tiene coche. La bruja de su madre le ha quitado el coche también.

Noto que Kennan se enfurece.

—Estoy bien, ya veré cómo hago para venir. Siempre puedo comprarme una moto, es más barata.

—Y más peligrosa. No, yo me encargo. —Abro la boca para protestar—. Confía en mí.

Fiona regresa y no quiero discutir delante de ella. Deja los ramos en nuestras mesas. Quedan preciosos.

Cerramos la tienda y nos despedimos de Fiona antes de ir al coche de Kennan; me ha dicho que me dejará cerca para evitar que nos vean juntos. Me fijo en cómo conduce. Me mira de reojo.

—Estás muy guapo, seguro que eso lo sabes...

—La belleza no es relevante. Desaparece, envejeces...

—No lo digo por lo guapo que eres por fuera..., tenía ganas de verte a ti.

No me estropees un piropo, Kennan.

—Gracias entonces. Y yo puede que un poco a ti también. —Agrando los ojos, ha hecho una broma como las de antes.

—Solo un poco, ¿eh? Y yo que creía que no podías vivir lejos de mí... —sigo la broma.

—¿Tienes la lista? —dice cambiando de tema de manera radical. Lo dejo pasar por esta vez.

—Sí... Creo que he apuntado mucho, tal vez debería darle una vuelta...

—No, la quiero ya. Quiero saber qué deseas. Seré lo que deseas —dice, y me fijo en que aprieta las manos al volante y parece que ha perdido el color de la cara. Aparca en doble fila y se baja del coche.

Se marcha y me quedo impactada. Lo sigo tras coger las llaves y cerrar el coche. Lo encuentro no muy lejos, tenso. Lo abrazo, no se mueve.

—No quiero hacerte daño, nunca, si te hace daño esto...

—No me hace daño. Estoy cansado. Es solo eso.

—Kennan... —Cojo su cara entre mis manos, lo obligo a que sus ojos busquen los míos—. Soy yo, tu pequeña. Mírame. Mírame a mí.

Kennan lo hace y, por un momento, siento que de verdad me mira como antes, hasta que se aleja hasta el coche.

—Estoy bien, solo estoy cansado, he dormido poco. —Miente, lo sé. Como también sé que por ahora debo dejarlo pasar. Que es su escudo.

¿Qué te pasó, Kennan?

Entro en mi casa, y subo a mi cuarto a darme una ducha. Kennan no ha hablado en lo que quedaba de trayecto. Me ha dejado cerca y he venido andando. Me dijo antes de que bajara que me esperaba en su casa para que le diera la lista.

Salgo de la ducha y me seco. Voy hacia mi cuarto solo con la toalla y busco qué ponerme. Abro un cajón y veo la lencería. Dudo, pero al final me pongo un sujetador nuevo y un tanga. Me pongo unos *leggings* negros y un jersey azul claro.

Voy a casa de Kennan cargando con algunos libros y la lista. Me espera

en la cocina haciendo algo de cenar. La puerta está abierta. Dejo las cosas en la mesa y voy hacia él. Dice siempre que haga lo que quiero y hasta ahora no lo he hecho, ya que desde que lo vi me muero por besarlo. Tiro de él y lo beso, alzo mis manos hasta enredarlas en sus rubias hebras.

—Hola. Deseaba besarte. —Lo miro a la espera de una sonrisa. No hay nada, pero sí baja sus labios hacia los míos y me besa, dejándome sin respiración. Se nota que sabe lo que hace—. Me encanta cómo besas.

—Algo bueno tenía que salir de haber tenido tanta práctica. —No lo dice para vacilar, es más la constatación de un hecho, y saber que ha aprendido a ser tan bueno con otras me molesta—. Bell, no deberías sentir celos. Esto solo es sexo. Solo somos amigos.

—Lo sé. Y si no quieres ver algo que no te gusta en mis ojos, mira hacia otro lado.

Me pongo a ayudarlo con la cena y no comentamos nada. Preparamos las bandejas y vamos hacia el salón. Kennan va a la cocina y regresa con mis libros y mi lista. La va leyendo.

—Kennan..., quiero cenar en paz.

—Cena, yo quiero leer esto. —Alza una ceja y me mira.

—¿He puesto algo horrible?

—Nada de lo que has puesto es horrible. Solo que te he imaginado así.

—¿Cómo?

—Atada y yo llevando todo el control. Me gusta esa opción. —Tiemblo de deseo al imaginarme expuesta a Kennan. Ve que dejo de cenar y deja las cosas en la mesita—. Vale, para después.

—Mejor para cuando estés solo.

—Como quieras.

Cenamos y le pido que me cuente qué ha pasado al final con los presupuestos; me dice que le tocó buscar hasta dar con un lugar donde vendían lo que necesitaban por el dinero que tenía. Que por eso ha tardado tanto.

Termino de cenar y dejo mi bandeja junto a la de Kennan. Él coge mi pie descalzo sin previo aviso y, por el tirón, caigo sobre los cojines. Me masajea el pie.

—¿Los pies están en la lista? —me pregunta curioso.

—No, son para andar. No me parecen eróticos.

—Vaya. —Me masajea los dos y, ahora mismo, me planteo si de verdad no lo son o si estoy así de sensible por las manos de Kennan, que saben cómo crear magia.

Sube la mano por mi pierna y, cuando creo que va a tocar mi sexo, lo evita y va hacia la goma de mis *leggings* y los baja hasta ver el inicio del tanga rojo.

—¿Es de los nuevos?

—Sí —le digo, esperando que me pida que se lo muestre.

No lo hace, al contrario, se levanta.

—Ve a tu casa y espera mi llamada.

—Kennan...

—Ahora yo tengo el control de tu placer, Bell, confía en mí. Y si no te gusta, mañana me escribes una lista de quejas o dices «no».

Lo miro y me planteo si decirle ya que «no», pero la curiosidad me hace irme. Eso sí, antes lo miro con el ceño fruncido y lo beso hasta que jadeo entre sus labios y me separa.

—Bell..., confía en mí.

—Bell, confía en mí; confía en mí o di «no» —digo imitándolo mientras me marcho.

Llego a mi casa y cojo el móvil. Veo un mensaje de Kennan:

Desnúdate y quédate solo con la ropa interior y espera mi llamada. No te toques.

Me recorre un escalofrío y me quito la ropa mientras espero. Se hace de rogar, como otras veces, y no paro de imaginarme cómo será, y la incertidumbre enciende mi placer, estoy ardiendo, hace mucho calor en el cuarto. Cuando el teléfono suena doy un bote.

—¿Has hecho lo que te he dicho?

—Sí.

—¿Dónde estás?

—En mi cuarto.

—¿A oscuras?

—Sí.

—Enciende la luz de la mesita y abre la ventana y las cortinas.

—Me van a ver...

—¿Quién, Bell? Solo puedo verte yo, que ya estoy en la oscuridad de mi habitación. Confía en mí, nunca te expondría.

Hago lo que me dice, y cuando está abierta la ventana, miro hacia su cuarto y lo veo entre las sombras; saber que me está viendo llevando solo la ropa interior me excita. Hay algo atractivo en el misterio.

Cojo el teléfono y espero sus indicaciones.

—Tu primer orgasmo fue mío, ahora quiero que el segundo sea solo tuyo. —Me cuesta tragar—. Quiero que conozcas tu cuerpo como yo lo conoceré. Quiero que sepas dónde te gusta más ser acariciada. Solo así podrás guiarme. ¿Estás lista?

—No.

—¿Lo dejamos?

—No.

—Bien, siéntate en la cama.

—¿Puedes verme?

—Puedo, mi cuarto está un pelín más alto que el tuyo y puedo ver tu cama completamente.

—Vale.

Me siento en la cama.

—Pon el manos libres. —Lo hago y dejo el móvil sobre la mesita de noche—. Abre las piernas y lleva las manos a tus pechos. Haz lo que desees, déjate llevar, imagina que son mis manos. Siente cómo mis ojos no pierden detalle de cada parte de tu cuerpo. Hazte el amor mientras yo te observo.

Dudo, pero al final le hago caso y llevo mis manos hasta mis pechos. Los tengo hinchados y pesados y, en cuanto los toco, se endurecen bajo mis dedos. Miro a Kennan mientras los retuerzo por encima del sujetador, mientras pellizco el pezón, y siento que me gusta, pues se me escapa un gemido.

—Eso es, preciosa, no te escondas nada. Eres maravillosa.

Sus palabras de aliento hacen que me olvide de todos mis prejuicios, de todas las razones por las que no debería hacer esto. Solo existimos nosotros dos.

Aparto la tela del sujetador y lo miro.

—No dudes, soy yo.

«Solo mi Kennan», pienso, mientras aparto la tela del sujetador y cojo mi pecho derecho con toda la mano. Me gusta. Me excita el juego. Mi piel se perla de sudor y mi sexo palpita por el deseo.

Llevo mi otra mano sobre el tanga y noto la humedad traspasar la tela y mojar mis dedos. Gimo. Me retuerzo mientras muevo los dedos sobre la tela y siento cómo el roce me produce placer. Abro las piernas y miro hacia las sombras, hacia su cuarto, mientras meto la mano dentro de la ropa interior y busco mi clítoris, que espera ansioso mis mimos. Gimo de nuevo, el placer se concentra en ese punto. Exploro mi sexo y descubro dónde tocarme para obtener más placer.

—Mételos dentro de ti, no tengas miedo, no limites tus deseos.

Me sorprende que haya sabido eso. Meto un par de dedos dentro de mí. Las paredes de mi sexo los succionan. Me acaricio el pecho mientras entro y salgo con los dedos, mientras noto cómo el placer se concentra en ese punto, que pide a gritos que lo libere.

Aumento las embestidas y mis caricias y me dejo ir, sintiendo los ojos de Kennan sobre mi cuerpo. Mi sexo palpita alrededor de mis dedos y el orgasmo me deja saciada y relajada.

Me tiro en la cama y quedo aletargada.

—Buenas noches... —me dice.

—No cuelgues. No lo hagas.

—No lo hago si no quieres.

—No quiero solo sexo contigo. Eres algo más.

—Bell...

—Eres mi mejor amigo. Y te quiero por eso. Está en mi lista. Los abrazos, los mimos, las tardes de cine, las cenas juntos... Siempre puedes negarte, pero dijiste que ibas a conseguir cumplir mis deseos. Y yo deseo lo que tenía y lo que tenemos ahora.

Se queda en silencio y temo que me cuelgue. Los ojos se me llenan de lágrimas y me levanto para cambiarme e irme a la cama.

—Sigo aquí, no te colgaré.

—Gracias, es como antes. Como cuando tenía una pesadilla y te llamaba por el *walkie*.

—Ya no soy el que era. —Noto tristeza en su voz.

—Y, sin embargo, te quiero pese a eso.

No he dicho que lo ame ni que esté enamorada de él, pero sí es cierto que el tiempo no ha hecho que deje de quererlo. Me cambio y regreso a la cama. Cojo el teléfono y lo pongo a mi lado.

—Buenas noches, Kennan.

—Buenas noches, Bell.

Me quedo dormida escuchando su respiración como cuando era una niña y él velaba por mis sueños como yo sabía que nadie lo haría.

KENNAN

Escucho la respiración de Bell mientras trato de dormirme. No dejo de imaginarla dándose placer. Cómo su cuerpo se contraía por el orgasmo y cómo sus ojos me buscaban. La confianza que tiene en mí. Su «te quiero»... Sé que solo me quiere como antes, como amigos. Yo a ella también la quiero. Nunca podría dejar de hacerlo. Y, sin embargo, su confesión no ha agitado nada dentro de mí, salvo el miedo de que, cuando sepa todo lo que he hecho, todo eso que siente se transforme en odio.

Bell no merece que yo esté descubriendo sus secretos más ocultos, que yo la esté guiando. El problema es que me veo incapaz de alejarme, porque una vez más, al mirarla, al besarla, en mi pecho ha latido algo parecido a la esperanza. Y no sé si para ella sería mejor que este hombre roto y amargado no sintiera nada por ella.

Y mientras la escucho dormir, deseo tener el poder de viajar en el tiempo y no haberme marchado, aunque quedarme hubiera significado verla casada con otro y ser siempre su eterno amigo.

Ella fue la razón de que me fuera y ella es lo que me motivaba a regresar aquí, el poder volver a verla de nuevo. Me ha costado admitirlo.

Capítulo 9

BELL

Atiendo a una pareja de ancianos y me parecen adorables. Me encanta ver cómo se miran, como si fueran adolescentes, tras casi sesenta años juntos... Tenían solo quince cuando empezaron a salir. Se quieren ir de viaje por las bodas de oro e invitar a sus hijos, nueras y nietos. Entre Fiona y yo encontramos el lugar perfecto y cerramos el viaje.

—Seguro que serán muy felices.

—Lo somos —dice la mujer mirando enamorada al hombre.

Se van y miro a Fiona.

—Me encanta —le digo soñadora—. Yo quiero un amor así, y con Jarrod nunca hubiera sido así. Hubiéramos venido a buscar un viaje y sería el más caro, además de que seguro que no me hubiera dejado opinar en nada.

—Pues ya sabes, no lo olvides cuando vuelva.

Y sé por qué lo dice. Esta mañana a primera hora me mandó un mensaje para ver cómo me había ido. Le dije que bien, y que se perdiera. Me contestó que cuidara mi genio, que pensaba volver pronto. No le respondí, pero solo la idea de que regrese me da escalofríos. No quiero que lo haga ahora que he empezado lo que sea con Kennan, y ahora que soy feliz trabajando. No quiero tomar ya la decisión de romper con todo y empezar de cero. Necesito más tiempo, ahorrar más dinero, poder tener una estabilidad. Le conté la conversación a Fiona y me dijo que era un capullo que pensaba que podía

romperme todo lo que quisiera y humillarme, que yo siempre seguiría siendo su felpudo favorito. Al ver mi cara lo suavizó un poco, pero es cierto. Para Jarrod no he sido nada más que un felpudo al que pisotear. Es muy triste.

—No es mi intención olvidarlo —le digo.

Recogemos las cosas y al salir va hacia un coche azul eléctrico pequeño muy bonito. Me tira las llaves y las cojo.

—Kennan dice que este es tu nuevo coche y que si no lo aceptas te deja de hablar. —La miro alucinada.

—No puedo aceptarlo...

—Dice que no te queda otra. Que no olvides confiar en él. —Me recorre un escalofrío por que le haya dicho eso—. Nos vemos mañana. Ten cuidado.

Conecto el *bluetooth* del móvil que me dio Kennan y lo llamo en cuanto puedo.

—Esperaba que me llamaras.

—Entonces no hace falta que te diga dónde puedes meterte el coche..., porque supongo que también lo sabes. —Ya estoy casi llegando y la verdad es que el coche se maneja muy bien.

—No vas a hacer tal cosa; ir todos los días en taxi es una pasta. Además, piensa en la cara de tu madre cuando vea frente a su casa ese coche de segunda mano...

Lo pienso y tiene razón; la cara de mi madre será un poema y no podrá quitármelo.

—Te pagaré lo que cuesta.

—Ya se me ocurrirá algo con lo que puedas pagarme.

—Eso suena a proposición sexual...

—Eres un poco malpensada —siento que enrojezco—; me estaba planteando más bien que me ayudaras con la decoración de la casa de mi padre. Está algo anticuada y, mientras esté aquí, quiero hacer eso por él. Nunca me ha dejado. Pero lo de proposición sexual me gusta...

—No, me quedo con lo de ayudarte con la decoración de la casa de tu padre.

—Bien, te espero para cenar. Ten cuidado y no tardes, se enfriará la pasta.

Sonrío porque me encanta su forma de invitarme a cenar. Empiezo a

entender a este nuevo Kennan y me encanta. Llego a casa y mi madre está en la puerta y, al ver mi coche, pierde el color de la cara. Y solo por eso merece la pena aceptar el coche. Lo dejo en el garaje y mi madre me sigue hacia dentro. Salgo y la veo abrir y cerrar la boca, roja de furia, mientras señala el coche.

—¿Qué se supone que es esto?

—Un coche.

—¿Qué haces con ese coche de segunda mano? ¿Te das cuenta de que ha podido ser de cualquier andrajoso?

—¿Eres consciente de lo que estás diciendo? Seguro que era de una persona maravillosa que lo ha vendido para comprarse otro mejor.

—Con poco más habrá conseguido algo mejor que esto... —Señala el coche—. ¿Cómo lo has pagado?

—He vendido las joyas que me dio Jarrod, las que me regalaba para aliviar su culpa por ponerme los cuernos.

—¿Y te has comprado esto? Devuélvelo. O, mejor, dame todas las joyas, no pienso dejar que las uses para tener dinero. —Entra corriendo a mi casa para quitármelas. Sabe dónde las guardo. La sigo y me mira de manera amenazante.

—No tienes derecho a quedarte las joyas. Esto es por tu culpa. ¡Tú me lo has quitado todo!

Mi madre me mira enfurecida.

—¿Has vuelto a ver a Kennan? —Me sorprende su pregunta, pero no hago gesto alguno. Gracias a ella sé cómo mentir.

—No, no nos hablamos desde poco antes de que se fuera para ser modelo. Ya lo sabes.

Asiente; la he convencido, aunque por dentro estoy temblando. No quiero que se entrometa entre lo que hay entre Kennan y yo. No quiero que lo estropee y siento que podría hacerlo y yo tendría que tomar decisiones para las que aún no estoy preparada. Coge mi joyero y todas las bandejas de joyas. La dejo hacer, para que no indague más con lo de Kennan. Las mete en su coche, que está cerca, con su chófer dentro, y me mira.

—Me voy, y más te vale guardar siempre ese coche en el garaje. No

quiero que los vecinos lo vean...

—Según me contó Crystal que le habías dicho tú, la gente piensa que estoy haciendo un experimento social. Así me meto mejor en el papel.

—¡Y que lo digas! Con esa ropa no pareces mi hija. —Me mira con asco—. Cuando haya eventos te mandaré la ropa y las joyas indicadas para ello y luego espero que me las devuelvas. No pienso ponértelo fácil.

Me mira con desprecio y se marcha. Entro a mi casa por el garaje y, cuando se cierra la puerta, expulso la rabia que llevo dentro. No soporto que se meta en mi vida. Y siento que cada vez lo tolero menos. Es como cuando haces algo y lo odias, pero callas, callas, hasta que un día te sales del camino y ves en lo que se ha convertido tu vida y, al regresar, ya nada es igual. Ya no puedes hacer como si nada.

Cojo mis cosas y subo a darme una ducha y a ponerme ropa cómoda. Ni siquiera se me pasa por la cabeza la ropa sexy, ni exterior ni interior. Hoy solo quiero a mi amigo Kennan y, por mucho que me guste sexualmente, no quiero solamente eso de él.

Entro en la cocina de su casa y huele a tomate y orégano. Me encanta el olor. Veo en el horno una fuente. Se me hace la boca agua. Oigo pasos y me vuelvo a mirar a Kennan. Mi corazón se pone a dar volteretas cuando lo ve acercarse y mi deseo por este hombre arde en lo más profundo de mi ser. Lo deseo, lo quiero y lo necesito. Y cuando se pone a mi lado noto la electricidad pasar de su cuerpo al mío. Apoyo mi cabeza sobre su hombro y pasa su brazo por mi espalda.

—Mi madre se ha puesto como una furia.

—Como siempre.

—Cree que te estoy viendo, porque cuando estabas cerca yo decía lo que pensaba. Nunca te lo dije, pero tú eras mi punto seguro. Me dabas fuerza para no temer decir que no. Y lo he vuelto a hacer, por eso sospecha.

—No lo sabía. —Mis ojos azules buscan los suyos—. Esa fuerza es tuya. No me des tanto protagonismo.

—No te quites mérito. —Me fijo en que sus ojos parecen un poco más

cálidos y me alzo para coger su cara entre mis manos—. Me encanta perderme en ellos —sabe a qué me refiero—, tienes unos ojos preciosos.

—Solo son unos ojos.

Se aleja y me quedo fría. Coge un paño para sacar la bandeja de pasta gratinada del horno.

—¿Por qué te molesta que te diga que me pareces guapo? ¿O que tienes un cuerpo de infarto? Un cuerpo que, por cierto, ni siquiera me has dejado ver, aun después de todo lo compartido. Eres un hombre muy atractivo, Kennan...

—Pues desearía no serlo. ¿Cenamos o te vas a tu casa?

Lo miro enfadada porque ha sacado a relucir su lado cabrón. Cojo un plato, me pongo la cena y me marchó.

—Prefiero cenar sola. Gracias por el coche, hombre de las cavernas.

—No voy a ir detrás de ti, no quiero hablar de mí. —Siento que es eso lo que quiero y por eso no dejo de andar.

Me marchó y mi noche empeora mientras ceno sola. Porque sé que, si Kennan no quiere hablar de su belleza, de lo guapo que es, será porque algo muy gordo que tiene que ver con su atractivo le pasó cuando fue modelo, algo que ha hecho que odie tenerlo.

Llego al trabajo sin apenas haber dormido por haber estado dándole vueltas al rompecabezas que es la vida de Kennan, y Google no ha ayudado nada. No he encontrado nada más que lo del otro día, y eso me frustra. Siempre te dicen que hay que preguntarle a Google y, para un día que lo hago, no tiene las respuestas que busco.

Entro y Fiona me tiende un café. Lo cojo y lo dejo en la mesa. Me quito la chaqueta y le pregunto sin andarme por las ramas.

—¿Por qué Kennan odia ser guapo?

—Buenos días a ti también. ¿Qué ha pasado entre los dos?

—Nada. Solo que es tonto.

—¿Y lo es por?

—Le dije que era muy atractivo y se puso idiota.

—Vale. A ver... Yo fui modelo, como sabes, y mi cuerpo era mi medio de trabajo. A nadie le importaba si no había comido, si estaba temblando o si tenía vida fuera de las pasarelas. Era solo una cara bonita y un cuerpo atractivo. En ese mundillo había celos, y muchas envidias. Si te daban el mejor vestido..., malo; luego se rumoreaba que era porque eras la más puta de todas y seguro que se la comías al director. Llega un momento en el que te cansas de que lo único que tienes sea tu atractivo. Eres algo más que eso. Eres mucho más, y te has metido en un círculo vicioso del que ni siquiera sabes salir. —Fiona parece ida, como si recordar eso la afectara; tiene la misma mirada que Kennan..., hasta que se da cuenta y sonrío.

—Kennan es un hombre, y la mitad de las cosas que has dicho no pasan entre hombres. Ellos no son así.

—Ya, bueno, es cierto. Pero también tuvo que ver y vivir la mierda que hay tras las pasarelas. Ser solo un cuerpo y nada más.

—¿Y por qué no hay nada de él en Google? De ti sí, busqué para ver si pasaba lo mismo en tu caso.

—No lo sé. —Sé que lo sabe.

—Lo sabes. ¡¡Quiero saberlo!! ¡Quiero saber cómo llegar a él!

—Se nota que te importa, que lo quieres, pero no vas llegar a él, aunque sepas la verdad. Yo solo sé una parte, y eso no me ha hecho ser más amiga suya. Solo somos conocidos.

—¿Y por qué lo sabes?

—Porque le ayudé cuando más lo necesitaba; y no puedo decirte más. Es su vida. Dale tiempo. Si te dijera lo que sé, te alejaría de él. Seguro que irías a contárselo y él... se iría. Huiría de ti, Bell. Si te lo cuenta algún día él, será porque quiere que encuentres la forma de llegar hasta él.

Asiento y deseo que Kennan me dé esa llave que abre su corazón.

Nos ponemos a trabajar y me voy a comer con ella al mismo sitio que ayer. Disfruto de la buena comida y llego a la agencia hinchada. He comido demasiado.

—Estoy llena.

—Ahora preparo té verde.

Me desabrocho el botón del vaquero y cojo mi móvil para ver si tengo

algo. Nada en el mío, y en el de Kennan... Hay un mensaje. Lo desbloqueo para leerlo:

¿Sigues molesta por que no me encante hablar de mi atractivo? Si no es así, te espero en mi casa esta noche, prometo no pagar mi cabreo por aguantar a este atajo de idiotas contigo. Tú no tienes la culpa de que esté harto de lidiar, desde que llegué a este sitio, con un sinfín de hembras en celo que me tratan más como a un *stripper* que como a un trabajador. Lo siento.

Lo leo una vez más y sé que le ha costado escribirlo. Que reconozca que odia ser el centro de atención alguien que se fue para trabajar de modelo ya llama de por sí la atención, y más porque, en vez de estar feliz por las atenciones femeninas, he visto de primera mano cuánto lo irritan. Me pongo en su lugar, imaginando tener que ir a trabajar y lidiar con un montón de hombres que bien encienden los aspersores para que se me pegue la camisa, o bien estropean las cosas para que me agache y ver mi culo. Es horrible y, en caso de ser así, los denunciaría por acoso; el problema es que los hombres, si sufren ese tipo de acoso, se lo callan. Hay pocos hombres que admitan el acoso en su trabajo y lo denuncien. Le respondo:

Cuando te digo que me encantas, o que me pareces guapo, no es solo por tu físico. Siempre me pareciste el chico más guapo, y no porque no los hubiera más guapos que tú. Es mi forma de decirte que me encantas todo tú. Pero, como te molesta, no te lo diré más. Nos vemos luego.

Kennan en línea. Kennan escribiendo... Espero nerviosa a ver qué me pone.

Cuidado, Bell, recuerda que no puedes enamorarte de mí.

«Idiota», pienso, y escribo:

Solo te quiero como amigo. Ah..., y para el sexo, ese que últimamente no tenemos. O que tengo yo sola.

Le doy a enviar y me sorprende haber dicho eso.

Tendré que remediarlo... Ah, y tú también eres preciosa ;)

No digo nada y leo su mensaje un sinnúmero de veces, por si lo dice refiriéndose a lo que he dicho yo. Con Kennan nunca se sabe; quiere que no me enamore de él, pero dice esto, que contradice sus palabras, como si una parte de él quisiera que no me enamorara y otra me pidiera a gritos que lo haga. Guardo el móvil y decido seguir mi instinto. Hace años no lo seguí, di celos a Kennan con Jarrod, porque no creía que lo que yo sentía fuera cosa de dos. Y no hice nada porque él no lo hizo. Todo hubiera sido diferente si en vez de tratar ver cosas hubiera actuado.

Yo estaba en lo cierto hace años y ahora pienso llegar a Kennan sí o sí.

KENNAN

Leo el mensaje que le he enviado a Bell y me siento idiota. No debí haber puesto eso. No sé ni por qué lo puse... o no quiero aceptar por qué lo hice.

Decido no darle más vueltas y sigo con el trabajo. Bueno..., sigo haciendo como que no me doy cuenta de cómo me están devorando el culo con la mirada y cómo me tocan como quien no quiere la cosa.

—Ups, lo siento —dice la señora Cora, una mujer de cincuenta años a la que esta semana se le ha roto la valla de casa cinco veces.

Dice que es su perro, que tiene mucha fuerza y la rompe. Su perro es un caniche que no podría ni romper una hoja de papel. Tener que hacerme el tonto cuando sé lo que busca me cuesta.

Llego a mi casa, me doy una larga ducha y trato de olvidar todo lo sucedido hoy. Hasta cómo me tocó el culo al pasar y tuve que hacerme el tonto, porque sé que, en caso de decir algo, nunca sería mi verdad la que quedase por encima. Por eso lo hace. Esta gente se cree con poder para todo.

Antes no me hubiera afectado tanto, ya era inmune a todo. El problema es que Bell está despertando una parte de mí. Cuanto más tiempo paso con ella, más recuerdo al hombre que era y que quería ser. Y no sé si me gusta.

Hago la cena mientras miro hacia la puerta; lleva lloviendo un rato y la lluvia golpea contra los cristales. Cuando son casi las diez miro por la

ventana para ver si hay luz en casa de Bell, pero nada. Me inquieto, siento que algo no va bien.

Espero un poco hasta que decido llamarla. Ambos teléfonos están apagados. Decido dejar de hacer el imbécil y no retrasar más lo que sé que acabaré haciendo. Ir a buscarla.

La lluvia dificulta mi visibilidad. Hago el recorrido inverso que hace desde el trabajo, y no la veo. Llego a la agencia y no está el coche. Pienso en que seguramente su madre le ha pedido que vaya a verla y sé que Bell habrá ido corriendo a atender lo que le ha dicho. Me siento tonto por haber venido a buscarla. Por estar preocupado, porque sé el precio que pago por sentir algo.

Empiezo a irme cuando me suena el móvil por los altavoces del coche. Miro la pantalla del *bluetooth* y veo que es Bell.

—Kennan, por fin tengo cobertura. —Oigo la lluvia de fondo.

—¿Dónde estás?

—¿Te acuerdas de la pastelería de Merce, la de la tarta de manzana?

—Sí. ¿La que está a las afueras de la ciudad, en la otra punta de donde vivimos?

—Sí, esa, pues me he quedado tirada de vuelta porque se ha pinchado una rueda. Y no sé cambiarla. No tenía cobertura y no quería dejar el coche solo... Ahora sigo aquí tirada; he tenido que andar hasta poder usar el teléfono... ¿Vienes a por mí?

Me lo dice con una voz tan lastimera que casi la imagino con morritos y a punto de llorar; odiaba las tormentas. Es la misma voz que me ponía antes de refugiarse entre mis brazos, antes de buscarme por el miedo que le producían los rayos. Más de una noche se coló en mi casa, usando la llave de repuesto que guarda mi padre bajo un ladrillo al lado de la puerta de la cocina, y se metía en mi cama.

Noto que algo late dentro de mí, algo que no quiero que lata, algo que temo que desate un sinfín de pesadillas que aún no he afrontado, porque lo mejor para sobrevivir era hacer como si aquello nunca hubiera existido...

—Voy a por ti.

Cuelgo y sé que, aunque quiera detener lo que se está desatando en mí, no puedo ni quiero estar lejos de ella.

Solo espero que mis fantasmas no la arrastren a ella también.

Capítulo 10

BELL

Espero a Kennan dentro del coche, escuchando la tormenta sobre mi cabeza. La lluvia cada vez es más fuerte y pego un grito cuando, tras un imperioso rayo, la luz se va y todo se queda negro a mi alrededor. Estoy calada. No tengo cobertura y no me gustan las tormentas. Las odio.

De repente un nuevo rayo me hace gritar; estoy sentada en el asiento trasero y me abrazo a las rodillas, que tengo alzadas. Llaman a la puerta y miro horrorizada hasta que veo que es Kennan.

Desbloqueo el coche. Kennan abre la puerta al tiempo que llego al asiento de delante y salgo del coche para tirarme en sus brazos, sin que me importe mojarme de nuevo. Lo abrazo con fuerza y, sorprendentemente, él a mí también.

—Siguen dándote miedo.

—Mucho, y más a oscuras; te prometo que creía que alguien me atacaría y esparciría mis intestinos por la carretera.

—Ya estoy contigo. —Sé que no lo dice en más sentidos, pero me encanta cómo suena esa frase. Me gustaría que de verdad estuviera conmigo en todos los sentidos—. Y ahora ve a mi coche, yo arreglaré el tuyo.

Me alejo hacia su coche, que ilumina el mío, y me metro dentro. Observo a Kennan cambiar la rueda y mojarse. Se me va pasando el miedo; él está cerca. Siempre velaba por mí durante las tormentas.

Salgo del coche y voy hasta su lado mientras noto el agua fría empapándome.

—¿Se puede saber qué haces? Te vas a calar.

—Tú también, y por mi culpa... No me parece justo.

—Ah, claro, y lo más justo es que los dos nos mojemos...

—Te quiero ayudar, así te mojarás menos rato. —Duda y me aguanta la mirada; no la aparto, mientras lo desafío a que me mande al coche. No iré.

Se da por vencido y me dice cómo puedo ayudarlo. Cambiamos la rueda y guardamos todo en el maletero.

—Ve tu primero, yo te sigo.

—¿Y luego? —Un nuevo rayo surca el cielo.

—Me parece que esta noche no dormiré solo.

Sonrío y me meto en el coche, feliz, deseando estar en su casa y dormir a su lado. Hemos compartido mucho más, me ha dado placer y me he tocado delante de su ventana, pero esto es mucho más íntimo. Más intenso.

Cuando llego a mi casa sigue lloviendo a cántaros. Me hago una pequeña maleta con mis cosas de dormir y, tras coger los dulces que me han costado el que esté ahora calada, voy a casa de Kennan. Entro en la cocina, dejo los dulces en el frigorífico y voy hacia el salón. Oigo el agua de la ducha y dudo si subir o no. Me encantaría ducharme con él, pero siento que Kennan necesita marcar las líneas que nos separan, y por ahora vamos bien, cada vez lo siento más cerca. Lo oigo salir de la ducha y andar por la parte de arriba.

—¿Kennan?

—¿Sí?

—¿Me puedo duchar en tu baño? Es que con la que está cayendo no quería venir con la ropa de dormir y que se llenara de agua y barro...

—No me des tantas explicaciones, es tu casa, sube y dúchate.

Sonrío porque diga eso, de niña siempre sentí que esa era mi casa.

Subo y voy hacia el cuarto de baño. Solo tiene un baño completo para toda la casa. La casa está bien, pero se nota que cuando la construyeron no pensaron mucho en las comodidades de quien tuviera que vivir aquí. Es como si la hubieran hecho de cualquier manera, sin pensar en que la familia que habitara dentro de esas paredes se mereciera las mismas cosas que el resto de

la gente. Jeff y Kennan han tenido que invertir mucho en arreglos para la casa. En invierno hacía mucho frío porque no estaba bien aislada, y Jeff tuvo que ir sellando poco a poco cada habitación.

Me quito la ropa tras cerrar la puerta y me meto bajo el chorro de agua caliente. Me enjabono el cuerpo imaginándome hace unos instantes a Kennan en esta tesitura y noto cómo el deseo late en mí. Me encantaría pasear mis manos por su cuerpo. Besar, lamer y acariciar cada ondulación y cada curva de su anatomía.

Me noto acalorada y la tentación de acariciarme es tan grande que termino de quitarme el jabón y salgo rápido para secarme y ponerme el pijama. Un pijama de seda blanco que me gusta por la suavidad del tejido sobre la piel.

Me pongo la bata a juego, de color rosita claro, y bajo a buscar a Kennan tras secarme un poco el pelo con el secador.

Kennan ha preparado algo de cenar en el salón. Me siento a su lado y cojo mi bandeja.

—¿Merecía la pena lo que ha pasado por ir a por un poco de tarta de manzana?

—Sí, era tu preferida —le digo mirándolo, y me parece que algo cambia en los ojos de Kennan—. Quería darte algo a ti, por todo, ya que de momento no me dejas pagarte el coche.

—No tienes que darme nada, y por culpa de esa tarta has pinchado una rueda...

—Todo ha salido bien, estamos aquí, ¿no? —Kennan se vuelve, me mira con intensidad y asiente.

Me tomo el sándwich y dejo la bandeja en la mesa. Kennan termina y recoge las dos bandejas para llevarlas a la cocina y traer la famosa tarta de manzana. Trae solo un trozo y dos cucharillas. Me acerca el plato cuando se sienta y la pruebo sin dejar de mirarle a los ojos.

—¿Me has imaginado desnudo en la ducha? —me pregunta directo cuando estoy masticando, y casi me atraganto.

Trago antes de contestar.

—Sí, pero eso ya lo sabes. Me gustaría verte desnudo, aunque algo me

dice que eso no pasará pronto.

—Mi cuerpo no es muy agraciado.

—A mí me encanta.

No he entendido por qué dice eso. La camiseta básica blanca que lleva y el pantalón de pijama gris muestran un cuerpo de infarto. Me quedo mirando el tatuaje que se le ve y llevo mi mano hacia él. Se aparta.

—Tiempo al tiempo.

—¿Significan algo?

—Sí y no, son solo dibujos, pero sí los llevo por algo.

Se acaricia la cadera disimuladamente y mi deseo de saber más se intensifica. Recuerdo las palabras de Fiona, que debía dejar que se abriera a mí, que cuando lo hiciera sería porque me estaría suplicando en silencio que descubriera sus secretos y destruyera sus murallas. Por eso sigo comiendo, como si no me muriera por desentrañar el puzle que es para mí ahora Kennan y el deseo que siento por él no me atizara con más fuerza cada día que pasa.

—¿Te has tocado?

—No —le digo roja como un tomate—. Pero sí he tenido ganas —añado, directa y sin miedo, y Kennan me regala una mirada algo más cálida.

Un relámpago irrumpe en la sala y doy un bote. Parecía que la tormenta se había alejado un poco, pero ha regresado.

—Confía en mí, voy a hacer algo para que la tormenta sea lo último en lo que pienses. ¿Has acabado o quieres algo más?

—Estoy llena.

—Bien, pues vamos a la cama. Espérame en mi cuarto.

Subo a su cuarto y enciendo la luz. Casi todo está como lo recuerdo, salvo la cama, que ahora es de matrimonio. Voy hacia su escritorio y abro el cajón donde estaban nuestras fotos. Esas que nos hacía su padre y que escondíamos al mundo para que nadie supiera que éramos amigos. Lo abro y ahí están, como si el tiempo no hubiera pasado. Las saco y las miro con nostalgia. En todas ellas Kennan sonrío. Tenía una sonrisa fácil, atrayente, y de esas que te calentaban por dentro cuando te la dedicaba. La acaricio con los ojos llenos de unas lágrimas que reprimo. Guardo las fotos y cambio la luz para dar la de la mesita. Observo la cama y espero a que Kennan suba. De repente un

relámpago estalla sobre nuestras cabezas y, del fuerte impacto, los cristales se mueven. Tiemblo. Estoy tan asustada que ni me doy cuenta cuando Kennan entra, hasta que me abraza por detrás y sus fuertes brazos alejan mis temores.

Sus manos tiran de mi bata y me la quitan. Me dejo hacer y, aunque la habitación se vuelve a iluminar por un rayo, solo soy capaz de pensar en lo que él me hace.

Lleva sus manos a mi cintura y la toca con delicadeza antes de tirar de la tela hacia arriba acariciando cada centímetro de mi piel mientras me desnuda. Pasa las manos por mis pechos endurecidos y los toca con sutileza. Le ayudo a quitarme la parte de arriba del pijama. Y, sin perder el tiempo, lleva sus manos a la cinturilla de mis pantalones y tira hacia abajo, dejándome completamente desnuda a sus ojos por primera vez. Me gira y busco su mirada antes de alzarme para besarlo. Cojo su cara entre mis manos y lo beso con todo el ardor que siento, hasta que se separa.

—Túmbate en el centro de la cama —dice tras apartar la colcha.

Dudo un instante antes de hacerle caso y echarme en el centro de la cama. Le veo sacar algo de un cajón. Lazos de color azul, mi color preferido. Me va a atar, y saberlo hace que mi sexo palpite ante la anticipación de lo que está por venir.

Tira de uno de mis brazos y ata el lazo de seda azul primero a mi muñeca y luego al cabecero; me inmoviliza también la pierna derecha, antes de ir hacia el otro lado de la cama, coger mi otra pierna y atar las dos a la madera que sobresale por debajo de la cama. Me acaricia el muslo con sutileza antes de abrirme y dejarme expuesta a lo que él quiera hacerme.

Noto el frío acariciando mi intimidad y cómo eso hace que me recorra un escalofrío por lo que vendrá. Kennan me termina de atar y me mira. Sus ojos me queman ahí por donde pasa. Tiemblo de deseo. Lleva en la mano una cinta más, y sé que es para taparme los ojos. Me alzo para que lo haga.

—Solo siénteme a mí. No existe nada más.

Callo para mí lo que siento, que no existe nadie más que él. Me tapa los ojos y entonces me besa. Y es el beso más tierno que recibo. Como si ahora, que estoy atada e indefensa y sin poder mirarlo, pudiera ser él mismo. Como si no temiera lo que yo pueda hacer en él si lo toco. Así lo siento. Me pierdo

entre sus labios, en su manera de devorarme. Me excito. Quiero más. Noto sus manos en mis pechos. Los acarician, los tocan, los pellizcan. Gimo y me retuerzo, haciendo que la cama suene por mi intento de moverme. Se separa de mis labios y baja un reguero de besos y lamidas por mi cuello hasta llegar a la cima de mis pechos. Me alzo suplicándole más, y me lo da. Sus labios atrapan uno de mis endurecidos pezones, mientras me tortura el otro pecho. Me succiona, me lame. Ardo. Siento mucho calor, como un sinfín de escalofríos van a morir en la unión de mis piernas. Me siento morir de placer y esto no ha hecho más que empezar.

Se aleja y protesto.

—Confía en mí —me repite.

Me estremezco mientras le oigo abrir un cajón. No tarda en regresar y lo noto entre mis piernas. Saber que está ahí me calienta. Y cuando me toca con sus dedos, no puedo evitar gemir alto de puro placer.

Noto cómo me abre los pliegues y juega con mi humedad. Le suplico, me muevo haciendo que las cintas tiren de mis piernas. Me abre más y noto algo frío en la entrada de mi sexo. Algo que nada tiene que ver con él. Sé enseguida que es un vibrador. Noto cómo entra poco a poco en mí. Kennan lo mete lentamente para atormentarme, hasta que lo mete del todo y me siento llena. Lo saca y lo mete de nuevo. Grito, le suplico hasta que siento su aliento sobre mi clítoris y me quedo quieta por la expectación de lo que vendrá. Cuando pasa sus labios sobre mi endurecido botón la sensación es tan buena que ni en sueños hubiera imaginado que sería así. Noto su lengua recorrer mi sexo con maestría mientras juega con el vibrador y lo pone en funcionamiento con una leve vibración, al mismo tiempo que lo mete y lo saca. Me hace el amor con sus labios.

Me siento a punto de explotar. La sensación es tan intensa que no sé cómo manejarla. Estoy sudando, estoy perdida en este mar de placer. Me encanta cómo su lengua juega conmigo mientras el vibrador entra y sale de mí. Cuando estoy cerca, Kennan lo nota y aumenta las embestidas y las caricias de su lengua hasta que me dejo ir gritando su nombre una y otra vez.

—Kennan...

Se aparta y me saca el vibrador. Me quedo medio dormida por la

experiencia y solo despierto cuando noto una toalla caliente entre mis muslos. Me limpia, me mimata. Me parece tan íntimo este momento que siento un poco de vergüenza. Algo raro tras lo vivido, pero es lo que sucede cuando la pasión pasa. Y por eso Kennan tenía razón cuando decía que no sería capaz de hacer esto con alguien a quien no deseara. Porque, cuando la neblina de la pasión se disipa, solo queda la de la realidad, y si esta no te gusta, te sientes incómodo ante lo vivido.

Kennan me desata y me besa con mimo en el lugar donde estaba la cinta. Su ternura me conmueve y hace que mis ojos se llenen de lágrimas, y por eso, cuando me quita la cinta de los ojos y estoy libre del todo, me alzo para abrazarlo con fuerza. Me acoge entre sus brazos.

—Voy a conseguirlo, Kennan.

—¿El qué?

—Devolverte la sonrisa. —Le recorre un escalofrío, pero me deja seguir hablando—. Voy a lograr que vuelvas a mí.

No protesta, no me dice que es un imposible, y sé que es un gran avance. Lo abrazo más fuerte. Kennan me mete en la cama, él también entra, y nos tapa con la colcha. Me abraza por la espalda. Sus fuertes manos descansan en mi cintura. Entrelazo mis dedos con los suyos.

—Voy a llegar a ti. Voy a descubrir lo que me escondes y te voy a ayudar a volver. Te lo juro, Kennan, porque me importas.

Espero que proteste esta vez, pero solo se tensa y me acerca más a él, y me pregunto si es una señal para que no desista en traerlo de vuelta.

Me aprieto más contra él mientras juro que no me daré por vencida.

KENNAN

Escucho a Bell dormir entre mis brazos, su juramento sigue resonando en mi mente y aún no comprendo por qué no me negué. Por qué no dije que desistiera, por qué no le di razones para que se alejara de mí. En el fondo sé que, si no lo hago, es porque quiero salir de esta oscuridad. Y sé que solo ella puede llenarla de luz.

Noto sus curvas amoldarse con las mías. Es preciosa, y su cuerpo es muy receptivo. Encaja a la perfección conmigo... y, sin embargo, el deseo no aparece en mí. O no del todo, porque esta noche mientras le daba placer disfruté haciéndolo.

El problema es que no solo basta con desear. Consiste en poder, y no sé si podré un día acostarme con ella como desea y dejar que vea todas mis marcas, todo lo dañado que estoy, y que mis fantasmas la atrapen, apagando toda su luz en el proceso.

Capítulo 11

BELL

Me levanto de la mesa de trabajo alarmada tras leer el mensaje de Kennan.

—¿Qué pasa?

—Lo había olvidado. —Fiona me mira sin comprender—. La fiesta de esta noche por el aniversario de boda de Crystal.

—Pero aún estás a tiempo de asistir, ¿no? ¿Qué problema hay?

—No sé si estoy preparada para poner cara de acelga..., cada vez me cuesta menos ser como era antes...

—Antes de Kennan. —Asiento.

Estamos a viernes y hace cuatro días desde la noche de la tormenta. No ha vuelto a haber sexo entre Kennan y yo, pero cada noche tras llegar a mi casa y cambiarme me he colado en su casa para cenar. Hemos acabado hablando de viajes y de las ciudades que hemos visto cada uno. Hasta que me entraba sueño y Kennan me mandaba a mi cama. Me costaba irme. La casa nunca me ha parecido tan vacía. Hasta hace poco me alegraba de esa soledad; el problema es que, una vez más, me estaba conformando y eso era mejor que estar con Jarrod.

Estos días he hablado con Fiona, es como si sintiera que con ella mis secretos están seguros. Sabe lo de Kennan y no me ha dicho nada. Le he contado lo que tenemos entre los dos y cómo es mi vida. Me ha aconsejado que me deje llevar, que cuando llegue el momento de tomar decisiones sabré

qué camino tomar. Que no me fuerce ahora en pensar qué elegir.

Tiene razón. El problema es que, cuanto más tiempo paso con ella y con Kennan, más me gusta la persona que soy, la persona que siempre he sido y he ocultado dentro de mí. Llevo años conformándome, pensando que nada cambiaría y aceptando las cosas como eran. Ahora no puedo callarme, no puedo actuar como antes. Me gusta decidir hacia dónde quiero ir.

Por eso temo que esta noche se me note que ya no soy esa Bell impasible que se mostraba apática ante la vida.

Lo que me recuerda el mensaje de Kennan, y sé que, si hago lo que me pide, aún se me notará más el cambio que he dado...

Esta noche tengo que estar en la fiesta de aniversario de Crystal, como trabajador, claro. Pero andaré cerca... No te pongas ropa interior, solo los dos sabremos que no luces nada bajo el vestido que lleves. Solo puedes llevar medias y liguero. ¿Te atreves?

Me deja elegir; aunque me dijo que confiara en él, siempre me deja elegir. Siempre puedo decir «no», y eso me gusta. Deseo hacerlo, pero temo que se note en mis ojos el fuego de la pasión que arde en mi piel por saber que Kennan me estará observando. Temo que vean que ya no soy impasible. Que se den cuenta de que estoy viviendo por primera vez en años. Sé mejor que nadie que, si te mimetizas con el ambiente, la gente no repara en ti y te dan la libertad que te proporciona el ser invisible. Pero si destaco, si hago algo fuera lo de común, despertaré preguntas. No sé si estoy preparada para lidiar con ellas.

—Acuérdate de que mañana te he convencido para irnos a cenar y luego de fiesta, ¿eh?

—Aún no sé cómo he me dejado convencer —bromeo. Desde que me lo propuso sabía que le diría que sí. Me apetece mucho hacer algo de chicas.

Entran un par de clientes y nos ponemos a trabajar. Y mientras sonrío a los clientes y les atiendo lo mejor que sé, no dejo de darle vueltas a la dichosa fiesta de esta noche. Al final, viendo que no voy a llegar a ningún lado inquietándome tanto, me centro en pensar qué ponerme para que no se note que no llevo ropa interior y hago un repaso mental a todo mi armario. Me gusta la idea de jugar a esto con Kennan, pero no quiero que la gente se dé

cuenta.

No sé para qué me he pasado toda la tarde pensando qué ponerme. Nana me esperaba en la puerta con un vestido azul marino recatado y poco favorecedor elegido por mi madre, cómo no. Y me ha traído joyas a juego que debo devolver cuando acabe la fiesta al trabajador que me esperará en la puerta de mi casa. Mi madre lleva la absurdidad al extremo. No me he puesto ropa interior y nadie lo notará. Este vestido me hace parecer más gorda y no acentúa mis curvas ni un poco. Lo único positivo es que el color azul hace resaltar mis ojos. Me he recogido el pelo castaño en un moño sencillo. No le pegaba otra cosa a este vestido.

Entro en casa de Crystal y el mayordomo me hace pasar a la sala. Estoy tan enfadada por lucir una vez más esta ropa tan fea que eso eclipsa lo incómoda que estoy aquí y cómo odio tener que representar un papel. Lo que sí noto es mi rebeldía por no llevar ropa interior. A mi madre le daría un ataque si supiera que, bajo su caro y mojigato vestido elegido para mí, su hija no lleva nada más que un liguero y unas medias negras hasta el muslo. Me pregunto si Kennan lo ha hecho aposta, sabiendo que, como siempre, mi madre me diría qué ponerme y así me ayudaría a darle un toque rebelde.

Me saludan varios amigos de mis padres y sus hijos, me fijo en cómo me devoran con la mirada y me pregunto si son cosas mías, o si siempre ha sido así, o si es que ahora notan que bajo la ropa no llevo nada. Antes siempre miraba al suelo, no me preocupaba por las miradas o estaba tan centrada en ser la esposa perfecta que lo que me rodeaba dejaba de existir.

Mi madre me intercepta a medio camino y me coge del brazo con una amplia sonrisa en la cara, todo lo que le deja el bótox.

—Llegas tarde. Y todo por ese maldito trabajo tuyo.

—Soy feliz y me gusta mi trabajo.

—Sí, un trabajo sin futuro. Menos mal que cuando regrese tu marido todos estos juegos se acabarán y te centrarás en ser un ama de casa perfecta.

—No he dicho que lo vaya a perdonar. —Mi madre da un traspié y me mira de manera amenazante.

—Eso o te quedas sin nada, y nada es nada —me dice por lo bajo con una voz clara y siniestra que me pone los pelos de punta—. Tu padre y yo entramos en el lote. Y cuando te mueras de hambre y no puedas llevarte nada a la boca porque nadie te ayude, dejaremos que te pudras. Sabes que nunca amenazamos en vano.

Tira de mí hacia donde están sus amigas y me dejo llevar mientras noto el malestar anidado en mi estómago; vuelvo a ser la Bell manipulable. Mi madre sabe qué decirme para que el miedo domine mis pasos.

Crystal hace su entrada triunfal con su marido, un hombre que casi le dobla la edad y que, para compensar que no puede pasar tiempo con ella debido al trabajo, le compra todos los caprichos que quiere. Me pregunto si sabe que, mientras él se gana la vida, su mujer se acuesta con unos y con otros. Y si, como muchas mujeres, prefiere callar a admitir que su vida es un engaño.

Nos agradecen que estemos aquí y esperan que pronto sea para celebrar que la familia crece. Lo dudo. Crystal me dijo que tomaba la píldora a escondidas para no quedarse en estado. Que allá cada uno..., pero el problema es que está engañado en esto también a este pobre hombre que se nota que sería un padre maravilloso.

La gente se dispersa tras el brindis y van hacia los jardines. Aún no he visto a Kennan y no he dejado de mirar a los trabajadores para ver dónde podría estar. Voy hacia la barra que han habilitado en los jardines y me siento para pedirme algo. Casi todo el mundo está cerca de la casa para hablar con unos y con otros. Yo prefiero huir. Al menos esto es algo que hacía antes y nadie notará mi ausencia.

—¿Qué te pongo? —Me vuelvo de golpe al oír la voz de Kennan.

—¿Qué haces aquí? No eres camarero.

—No, pero quien tenía que encargarse de esto los dejó tirados y me ha tocado a mí estar aquí... —Me preparara algo para beber. No va vestido como el resto de los camareros. Lleva unos vaqueros y una camisa negra arremangada en los antebrazos.

—Veo que has aceptado, pero con tus condiciones.

—Hasta cierto punto debo seguir con lo que mi padre hacía. —Jeff solía

hacer esto, si alguien faltaba, lo cogían a él de repuesto en las fiestas para trabajar donde hiciera falta.

—Este no es tu trabajo ni era el de tu padre. Y te mereces tus horas libres.

—Me van a pagar muy bien. No te preocupes. —Me pone un Martini con unas aceitunas muy pequeñas pinchadas en un coqueto palillo de color rosa.

Lo pruebo, está muy bueno. Estamos solos, pero aun así Kennan se pone a recoger unos vasos para que nadie nos vea hablando.

—Y ¿qué? ¿Me has hecho caso? —Me sonrojo y noto que el calor se extiende por mi cuerpo.

—Eso deberás descubrirlo... si quieres que vaya a tu casa luego.

—Quiero. Y ya sé que no llevas nada, te conozco. —Lo miro y me devuelve la mirada—. Me gusta ser el único que sabe qué ocultas bajo la ropa. —Sé que no lo dice solo por la ropa y eso me gusta más—. Un vestido que, dicho sea de paso, no te hace justicia. Está claro que, como siempre, lo ha elegido tu madre para que nadie vea lo hermosa que eres.

—Sí, es cosa de mi madre, como ya has adivinado, y... acertaste, no llevo nada.

Asiente y me parece ver en sus ojos una pequeña sonrisa. Es mínima, pero está ahí. Esto hace que la mía sea más intensa y sé que ha llegado el momento de alejarme. Si me quedo más tiempo, no creo que pueda ocultar al resto de los invitados que estoy feliz por haber hablado con un atractivo camarero de ojos verdeazulados.

—Por cierto, ¿cómo llevas lo de trabajar en esa zarrapastrosa agencia? —me pregunta Crystal delante de sus amigas.

Son pasadas las doce y estoy harta de la fiesta. No creo que tarde mucho en irme. El problema es que mi madre no deja que me vaya la primera. Es siempre así. Me puedo ir cuando quiera siempre y cuando no sea la primera en decir adiós. Por eso estoy esperando a ver si alguien se marcha, para ir detrás.

—Genial, no tiene nada de zarrapastrosa y me gusta mucho realizar el trabajo.

—¿De verdad? Me niego a creer que te guste —dice Crystal poniendo mala cara—. Yo prefiero dejar los experimentos para otros y preocuparme de estar guapa para mi maridito.

Saluda a su marido, que se derrite por la sonrisa de su esposa. Odio que lo engañe de esa forma.

—Bueno, solo es por un tiempo, así colaborarás en la asociación benéfica de tu madre aportando tu criterio de cómo son las personas a las que ayudamos con tanto cariño —dice una de sus amigas, y me cuesta morderme la lengua.

Sonrío y no digo nada. Por dentro estoy que echo fuego. No sé cómo consigo mantenerme callada. Me vibra el móvil y lo saco del bolso con cuidado de que no sea visto al darme cuenta de que es el de Kennan.

¿Te imaginas la cara que pondrían tus estiradas amigas si supieran que bajo la ropa vas desnuda?

Me sonrojo y lo miro de reajo. No estamos lejos de donde atiende a los invitados de Crystal. Sé que lo ha hecho aposta para distraerme. Para que no explote. Le escribo.

BELL: Seguro que me tacharían de guarra para arriba, sobre todo Crystal, con tal de que así sus pecados parezcan menos al lado de los de otra.

KENNAN: Sí, ten cuidado con Crystal, te tiene envidia.

BELL: ¿A mí? Imposible. ¿La has visto? Parece una Barbie perfecta, con ese pelo rubio y esos ojos verdes. Y no hablemos de las curvas de su cuerpo de infarto...

KENNAN: A golpe de bisturí. Tú lo eres sin haber pasado por quirófano, tus pechos naturales son mucho mejores que los que ella tiene de plástico. Y sabe que, si quisieras brillar, le harías sombra, al igual que lo sabe tu madre.

Miro a Crystal y la pillo observándome de reajo. No parece feliz, seguro que está fastidiada por no poder seguir con su vida de soltera ahora que está su marido en casa. Es algo que siempre me dice. Me sonrío al verse pillada y le devuelvo la sonrisa. Hablamos de otros temas y, por suerte, dejo de ser el centro de atención. Al poco se despide de Crystal una pareja y yo aprovecho para hacer lo mismo. Estoy deseando irme a mi casa.

Me voy dando un paseo. Kennan me escribe de camino.

No creo que pueda ir pronto. Por lo que parece la fiesta se va a alargar. Descansa, mañana tienes que trabajar y prepararte para una fiesta. Escríbeme cuando llegues. Ten cuidado.

Leo el mensaje sintiéndome desilusionada. Llevo toda la noche asqueada con esa gente, pensando en lo que vendría después. Y ya sé que mañana trabajo y que Kennan seguramente se quede hasta tarde... El problema es que noto que me aleja por otra razón, y me duele que haya iniciado un juego que no estaba dispuesto a acabar. Siento que me ha dejado tan insatisfecha como Jarrod. No tiene sentido, pero mi piel arde por el deseo. Mi cuerpo ansía sus atenciones y solo él sabrá por qué me aleja..., porque bien podría haberme dicho que me colara en su casa usando la llave que está escondida y lo esperara en su cama. Me hubiera dado igual que solo me abrazara al llegar. Lo que me duele es que creo que ha jugado conmigo y me está apartando.

Me enfado y, cuando llego a mi casa, tras darle las joyas al trabajador de mi madre, que tal y como dijo me esperaba en un coche en la puerta de mi casa, pienso callarme como siempre, hasta que digo «basta» y le escribo cómo me ha hecho sentir:

Estoy en mi casa, sana y salva. Cabreada, porque no sé a qué estás jugando y por qué me alejas de ti. Porque te conozco, aunque te joda, y sé que no es porque vayas a llegar tarde. Es porque no quieres que esté cerca de ti esta noche. Pues ¿sabes qué te digo? Que esta noche pienso disfrutar sola, apagar el fuego que tú has encendido, y ya decidiré si quiero o no seguir jugando a este juego contigo; al fin y al cabo, a la vista está que tú no me deseas, tú mismo lo has dicho. Adiós.

Subo a mi cuarto y me quito la ropa furiosa por Kennan. El deseo se ha apagado por completo y ahora tengo el pecho helado. No pienso hacer nada más que dormir o rumiar lo idiota que es. Pero que sepa que yo decido, y que si me trata así, se acabó. Si no quiere hacer nada, que me diga la verdad y que no lo disfrace con excusas.

Me meto en la cama tras ponerme el pijama, dolida. Abrazo las almohadas y espero que el sueño me atrape y así dejar de pensar en cómo odio que Kennan me aleje de su lado y que no me desee. Porque sé que no me desea, que solo hace esto como si yo le hubiera pagado para ello. Sé que le importo, y también sé que todo lo hace de manera mecánica. El otro día lo vi; antes de besarlo vi en sus ojos a un hombre perdido, no a un hombre que

se moría de deseo tras nuestro encuentro. No vi deseo en su mirada.

No sé qué hora es cuando alguien se mete en mi cama y me abraza con fuerza. Sé que es Kennan, está helado y su corazón late muy rápido, parece que haya venido corriendo tras leer mi mensaje.

—Lo siento, y sí, te estaba alejando.

—Y no me deseas.

—No te deseo... Ni a ti ni a nadie. Hace años que no siento placer por el sexo, Bell. —Me quedo paralizada ante su confesión—. Llevo desde los veinticuatro años sin acostarme con nadie y sin acercarme a nadie.

Siento el peso de la tristeza y trato de girarme, pero no me deja.

—No, Bell, déjame seguir. —Asiento, no quiero que entrelace sus ojos con los míos—. Odio no desearte. No hacerlo como hace años, cuando me moría por besarte y cuando te deseaba como no debería... Si me he alejado esta noche es porque te he visto preciosa, te he visto mirarme con esa sonrisa que nosotros compartíamos y que nadie más veía y no he podido devolvértela. Te mereces mucho más que yo. Te mereces conocer todos los placeres del sexo, y no solo el placer mecánico que te doy sin desearlo.

Noto que mis ojos se llenan de lágrimas y cómo caen sin freno por mis mejillas.

—¿Qué te hicieron, Kennan? ¿Qué te ha pasado para ser así?

—No quieres saberlo.

—Sí quiero...

—No.

Me abraza y me giro para abrazarlo con más fuerza. Me deja, y me refugio entre sus brazos mientras lloro por él y por lo que sea que le haya pasado para que alguien como Kennan haya acabado odiando el sexo.

—Te mereces a otro...

—No, no quiero hacer esto si no es contigo. No es solo sexo, no es solo eso... Acepté porque eras tú, porque quería tener esto contigo.

Se queda callado y me doy cuenta de que su corazón late más rápido de lo normal, y ya no es porque haya venido corriendo. Sus brazos me aprietan fuerte y, aunque diga que no me desea, este hombre lo ha dejado todo por venir a buscarme, y sé que si me ha confesado lo que siente es porque en el

fondo espera que me adentre en su coraza. Es lo que dijo Fiona, que si Kennan me contaba parte de su verdad sería su manera de decirme que me quede, pese a todo.

Me alzo y lo beso sin apartar la mano de su corazón, y noto cómo mi tierno beso hace que su corazón lata todavía más rápido.

—Estoy contigo. Porque tú eres lo que deseo.

Cojo su cara entre mis manos y lo beso con más intensidad, hasta que Kennan toma el control del beso y me gira para que mi espalda golpee en el colchón.

Me separo.

—No te fuerces... No me beses si no quieres...

—Te beso con el anhelo de volver a desearte. Ahora ya sabes por qué te alejo. Y que, cuando te toco —pasa la mano por mi costado hasta el bajo de mis pechos—, es porque quiero recordar cuánto te deseaba.

Y, tras decir eso, busca mis labios y me besa mientras se hace un hueco entre mis piernas y lo siento más cerca que nunca, en más de un sentido. Sus manos están en todos lados. Las mías también. Lo acaricio sobre la ropa, sigue llevando la camisa del trabajo y los vaqueros. La rugosa tela me acaricia los muslos, y más cuando se mueve de manera que queda totalmente acoplado entre mis piernas.

Nos vemos como dos adolescentes que tienen las hormonas a flor de piel y ni yo hago nada por ir más lejos ni él tampoco. Aunque lo deseo con locura y siento que estoy ardiendo de placer por este hombre, por esta noche es suficiente.

Me quedo dormida entre los brazos de Kennan, en esta cama que me ha escuchado llorar tantas noches en silencio, sin yo comprender que si lo hacía era por lo infeliz que me sentía en mi matrimonio.

Capítulo 12

BELL

Recojo mis cosas en la agencia para irme con Fiona a comer y luego a su casa, antes de prepararnos para la cena. Me he traído algo de ropa y dice que luego ella se encargará de elegirme lo que mejor me queda.

Esta mañana cuando me desperté Kennan no estaba. En su lugar había una foto de los dos juntos sonriendo. Su padre nos la hizo mientras merendábamos refugiados en el cobertizo. Nos dijo: «Mirad, chicos», y captó esa sonrisa que compartíamos por las bromas. Yo tengo la cara llena de chocolate y Kennan sonrío feliz mirándome a mí.

Kennan tenía dieciséis años y yo casi catorce. Esa foto fue la última que nos hicimos antes de que todo cambiara entre los dos, de que yo empezara con Jarrod y me distanciara de mi amigo, porque no entendía que no me quisiera como yo a él. Sé por qué me ha dejado esa y no otra. Porque quiere regresar al punto en el que estábamos allí, solo él y yo. Cuando éramos felices juntos y todo lo demás no importaba.

Compramos para hacernos algo de comer y vamos hacia el piso de Fiona, que queda cerca. Enseguida me enamora la casa. Es pequeña, pero decorada con muy buen gusto.

Nos ponemos cómodas y preparamos la comida.

—Te prometo que antes era una negada para cocinar —me dice mientras mete en el horno el pescado con patatas que vamos a comer—. Pero al final

no te queda otra.

—Yo sí sé cocinar. Cómo no, mi madre me apuntó a un curso de «cocina para ser una buena ama de casa».

—Te juro que creí que esas cosas no existían ya.

—Ojalá, pero existen. Se pasan de madres a hijas, y más cuando mi madre me saca tantos años...

—Y si tú tuvieras una hija, ¿la tratarías igual? ¿Dejarías que tu madre la manipulara?

—No —digo tajante. Me recorre un escalofrío ante la posibilidad de ver a una niña teniendo que aguantar lo que yo soporté porque nunca he sido perfecta para mis padres—. No.

—Cálmate, Bell. Esa hija no existe y tu marido sigue disfrutando de su falsa soltería. Cuando regrese, será un motivo más para que digas «basta», para que rompas del todo los lazos y no llegues a tener un hijo que llevará una vida que tú odias. Porque sabes que si tienes un hijo con Jarrod, será así. Si es una niña, la manipulará para que sea la hija perfecta que solo sirve para estar en casa; y si es un niño, querrá que sea como él. Además, heredero de tu padre, porque supongo que tú, al ser mujer, no tienes derecho sobre las empresas de tu padre, ¿no? —Niego con la cabeza—. Pues ya sabes, no olvides que aceptar a Jarrod traerá consecuencias, y no solo para ti. Una decisión así cambia tu vida y la de los hijos que están por venir. Y un hijo no se puede devolver. Por mucho que algunos padres lo desearan. —Por la mirada de Fiona pasa un halo de dolor—. Y ahora, olvidémonos de esto y empecemos la fiesta. Tengo cerveza bien fría y un vino barato que está considerado uno de los mejores del mundo. Increíble, ¿no crees?

Asiento y dejo pasar el tema. No era consciente cuando acepté casarme con Jarrod de todo lo que implicaría ser su esposa. Si hubiera tenido una hija, esta hubiera sido manipulada por mi madre, y aunque yo me hubiera opuesto, mi marido habría buscado apoyo en su madre y al final entre todos me hubieran apartado de la educación de mi propia hija. Y si hubiera tenido un hijo, mi padre y el padre de Jarrod lo hubieran educado desde niño para que fuera su viva imagen. No era consciente de todo lo que conllevaba decir que sí. Me dejé llevar, y me pregunto si por eso en el fondo no quise nunca hablar

de tener un hijo con él.

Me abro una cerveza y hablamos del cliente de esta mañana, que tenía dos mujeres y se iba cada semana de sus vacaciones con una para que no lo pillara la otra. Un cerdo. Le hemos atendido mal, y aun así ha comprado el viaje. Esta vez no pude sonreír, porque el tío nos lo decía como si fuera un genio por llevar una doble vida sin que lo supieran.

—Empiezo a pensar que todos los tíos son unos capullos.

—No todos —digo antes de dar un trago a mi cerveza.

—Kennan es especial. ¿Has avanzado con él?

—Supongo que sí, pero no sé qué camino tomar.

—Sigue tu instinto.

Asiento. Comemos y luego vemos la tele tiradas en el sofá mientras comemos chocolate. Me gusta estar así. Con una camisa vieja de Fiona y unos pantalones de pijama que han pasado mejores épocas de lo lavados que están. Me encanta ir en zapatillas de andar por casa y no tener que estar pendiente de la puerta. De aparentar. Me gusta vagar y no sentir que cometo un pecado capital.

Fiona me mira y me sonrío, como si supiera lo que estoy pensando.

Mientras me preparo para salir tras una sesión de maquillaje con Fiona, escribo a Kennan y le pregunto cómo está. Me responde que por qué iba a estar mal. Otra vez se ha cerrado en banda. Espero que me diga algo más, como que tenga cuidado esta noche, y no dice nada. Guardo el móvil y me dedico a esmerarme con mi atuendo.

Acabo con una minifalda, zapatos de tacón negros y una camisa de tirantes brillante. Fiona va con un vestido ajustado que le queda de infarto. Me alisa el pelo de forma que parece que lo llevo larguísimo y me pinta los ojos ahumados. Cuando me miro al espejo no parezco yo. Me gusta.

Nos vamos a cenar a un bar que está lleno de gente y acabamos cenando en la barra, apretujadas con unos chicos que no paran de tirarnos los trastos descaradamente. Nunca he salido de fiesta, y las cenas con mis amigas consistían en ir a casa de alguna o al club de campo. Lo que sé de las fiestas es lo que he leído en los libros, y aunque me encanta leer, vivirlo es mucho más intenso.

—Entonces, ¿qué? —me dice uno de ellos cuando salimos del bar; se llama Alejo—. ¿Os venís al pub de mi amigo a tomar algo? Tiene muy buen ambiente.

Miro a Fiona y esta asiente.

—Vamos, por qué no. —A Fiona parece que le ha gustado uno de ellos, Marcelo.

En la cena no hemos hablado mucho, todo ha consistido más bien en que no paraban de mirarnos y de protegernos disimuladamente cuando la gente se apretaba contra los de barra. Ese detalle me ha gustado, me han parecido caballerosos. Escucho a Alejo hablar mientras vamos al pub. Trabaja como gestor en una pequeña empresa y está muy a gusto con su trabajo. No es feo, alto y moreno de ojos oscuros y sonrisa fácil. El problema es que no es Kennan, y cuando me roza por accidente, no siento nada. Mi corazón no da un vuelco y mi piel no vibra ante su contacto. Me cae bien y no creo que busque nada más. Tal vez solo le hayamos caído bien. Vale, tal vez peque de inocente o será que esto no lo he hecho nunca, pero Alejo no me ha mirado ni una vez los pechos y no me observa de manera lasciva, lo que hace que me sienta cómoda. Hay otro de sus amigos que, sin embargo, no deja de mirarme el culo. Alejo ya le ha tenido que decir varias veces que se pierda cuando trataba de pasarme la mano por la cintura.

Llegamos al pub, donde ya hay mucha gente, y vamos hacia unos sofás del fondo para dejar las cosas.

—Vamos a la barra —dice Fiona tirando de mí cuando me quito el abrigo—. Que me caigan bien no significa que sea tonta, no pierdas tu bebida de vista y no dejes que te invite nadie a nada.

—Parecen buena gente.

—Ya, esos son los peores. Mi ex parecía bueno y tonto, y me la dio con otra. ¿Te recuerdo a tu marido?

—Entonces ¿por qué los hemos seguido? —Llegamos a la barra.

—Porque es divertido, pero hasta ahí. —Asiento. No tengo pensado hacer nada, pero me inquieta la desconfianza de Fiona. Me hace sentir idiota por no ver ninguna maldad en hablar.

Pedimos unos chupitos de tequila y me tomo el mío como hace ella. ¡Está

asqueroso! El segundo más todavía, pero la sigo entre risas. Regresamos a donde están los chicos un poco achispadas y sonrientes. Llevamos una bebida que, después del tequila, parece que no lleva alcohol, pero sé que sí. Me siento al lado de Alejo y me sigue contando cosas de su trabajo y de lo que hace. Le gusta ir a correr bien temprano porque dice que así se siente como si la calle fuera suya. Me termino la copa y, antes de poder decidir si quiero otra, Fiona tira de mí hacia la pista. Llevo el bolso cruzado, pero dejamos los abrigos con los chicos.

—Me cae bien —dice refiriéndose a Marcelo—. Pero no quiero que se lo tenga muy creído y su amigo no para de intentar tocarme el culo.

Me río y la sigo a la pista de baile. Cuando llegamos no sé cómo bailar, por regla general los bailes a los que he asistido han sido en pareja y no tienen nada que ver con este. He bailado sola en mi casa o bajo la ducha, el problema es que no sé qué encaja aquí. Siento como si volviera a tener dieciocho años y no casi veintinueve y viviera la vida por primera vez. Experiencias más propias de una adolescente que de una mujer que se acerca a la treintena. Fiona parece entenderme y me coge para que baile con ella, y acabamos moviéndonos con la música sin que importe quién nos mira. Solo somos dos amigas que disfrutan de una noche de fiesta.

Grito con la música, aunque no me sé la letra de las canciones. Fiona se ríe y bailamos atrayendo miradas de los que nos rodean. De repente siento unas manos en mi cintura, y aunque sé que no es Kennan, deseo que lo sea. Me vuelvo y veo a Alejo, que se une a nuestro baile.

Bailo con él hasta que me siento algo incómoda cuando se acerca demasiado y sus manos me tocan de manera descarada. Me aparto con una sonrisa y espero que lo pille, pero lo intenta de nuevo. No me gusta. No soy tonta para entender lo que busca. Y más cuando otro de sus amigos se acerca y trata de besar a Fiona. Me quedo quieta y regreso a la mesa.

—¿Quieres que busquemos un lugar más íntimo? Mi casa, por ejemplo —me dice Alejo de golpe; se nota que está algo más bebido que antes.

—Por ejemplo, no —le respondo, pero no parece entender que no quiero y me coge para girarme con fuerza.

—Vamos, llevas toda la noche calentándome... —Trato de soltarme, pero

no me deja ir.

—No lo he hecho, y si has visto eso, es que eres idiota.

—Ya, claro, te gusta entonces hacerte la dura. —Me toca el culo de manera descarada e intento abofetearlo, pero no me deja. Me aprieta la muñeca haciéndome daño y le digo que me suelte—. Eres de las sumisas, lo veo en tus ojos. Y no veas cómo me pone eso...

—¡Y tú eres de los capullos! ¿Me puedes soltar? —Me sorprende que me trate así en medio de tanta gente. Que nadie haga nada y que la gente no vea raro que le grite. Pero, claro, la música está alta y nadie parece tener ganas de meterse en problemas.

Intenta tocarme de nuevo, pero alguien se lo impide. Me vuelvo a ver quién es y veo a Kennan, que lo ha cogido de la camisa y lo mira de manera amenazante.

—Te ha dicho que la dejes en paz. ¿Acaso estás sordo? —Alejo niega con la cabeza y parece que va a mearse en los pantalones.

Acaricio la cintura de Kennan para que se calme y este lo suelta. Alejo se marcha y sus amigos, que andaban cerca, también.

—¿Estás bien? —me pregunta cogiendo mi cara con ternura entre sus manos.

—Sí, solo era un idiota, o yo, más bien, por creer que solo quería hablar.

Me acaricia la mejilla antes de soltarme.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Fiona, que acaba de llegar—. Dijiste que no te acercarías... —le dice, y comprendo cómo sabía Kennan que estaba aquí.

—La estaba agrediendo.

—Espero que le cortaras los huevos. Yo a su amigo se los cogí y se los retorcí, porque no entendió un «no» por respuesta hasta que les di una vuelta y se alejó para evitar que hiciera una tortilla con ellos. ¿Estás bien?

—Sí.

Cogemos las cosas y nos vamos fuera. Caminamos hacia la casa de Fiona, no paro de darle vueltas a lo sucedido esta noche y no recuerdo haberme insinuado. Solo era amable con él. Y luego está Kennan, andaba cerca todo el rato y no le importaba que estuviera con otros. Si fuera al revés y lo viera

bailando con otra, yo sentiría celos. Esto, sumado a la confesión de ayer, hace que sienta frío. Frío porque creo que Kennan solo finge lo que yo espero de él. Ni me desea ni le importo.

—Chicos, yo me subo a casa. Ten, mis llaves de repuesto. —Kennan las coge—. Deberías enseñarle los jardines, Kennan.

Fiona sube hacia casa y Kennan camina hacia los jardines que he visto antes desde la ventana del cuarto de Fiona. Abre la puerta y nos adentramos en ellos. Son preciosos. Cientos de enredaderas se entrelazan hasta cubrir el techado de madera. Solo se ven unos trozos de lo que un día fue. Ahora le dan al lugar un aire íntimo y privado. Hay pequeñas luces entre las enredaderas, que hacen que el lugar parezca más mágico si cabe, y también hay una fuente pequeña al fondo. Kennan va hacia el final, a un banco que parece ajeno a todas las miradas. Se sienta y tira de mí, haciendo que caiga sobre sus piernas.

—¿Qué te pasa? —me pregunta directo.

—¿No sentiste celos al verme con él? Intuyo que estabas cerca desde que llegamos. ¿Me vigilabas?

—Te estaba cuidando, que es diferente. No me iba a meter si no pasaba nada...

—¿Y si me hubiera liado con él? —Busco sus ojos y me parece ver vibrar algo en ellos, por eso llevo un poco más lejos la pregunta—. ¿Y si me hubiera dejado llevar por su propuesta de irme a su casa y descubrir el deseo?

Noto que la mirada de Kennan se torna más oscura.

—¿Quieres que te reconozca que estaba celoso y que odiaba ver cómo te miraba? —Asiento—. Lo estaba, Bell, pero es tu decisión. No me hubiera metido, porque tú y yo solo somos amigos y tienes el poder de elegir qué quieres.

Asiento y bajo la mirada.

—Bien. Es tarde, tal vez deba irme... —No me deja acabar y me coge la cara entre las manos para besarme. Lo beso de manera desesperada, tratando de que experimente el mismo deseo que yo, sintiendo que, si no me desea, es culpa mía. Que en verdad no atraigo a los hombres.

Desde que me lo dijo ayer no paro de pensar en que, si de verdad le

gustara, su problema se extinguiría. En las novelas pasaría así. El hombre, con un problema, besa a la chica de su vida y todo cobra otro sentido. Pero en la vida real, Kennan solo me besa porque yo lo espero. Por eso me aparto.

—¿Qué pasa?

—Me gustas mucho, y te deseo como nunca he deseado a nadie. No quiero usarte, no quiero que hagas esto por mí. Porque yo quiero besarte, porque yo quiero saber qué se siente al ser amada..., y nunca podré saberlo si tú no lo deseas. No quiero solo sexo, y menos contigo. Me importas mucho y pensé que me podría conformar solo con eso, pero no puedo. Eres mi amigo, alguien a quien quiero, no mi juguete sexual. —Lo miro a los ojos. Kennan parece perdido, aparta la mirada y se queda callado.

Me empiezo a levantar aceptando que su silencio confirma mis palabras de que no me desea y de que lo estoy usando. No me deja ir, porque tira de mí y coge mi cara entre sus manos para besarme de una forma que no había hecho hasta ahora.

Noto cómo su beso me llega al alma. Coge mi mano y la pone sobre su pecho. Me sigue besando. Devorándome con los labios. Me duele que esto sea fingido por él cuando yo siento que me acaricia el alma, y me separo para mirarlo con lágrimas en los ojos.

—Siempre pones tu mano en el pecho para buscar una emoción en mí —me dice, y me sorprende que lo haya notado—. ¿Qué siente ahora?

Estaba tan preocupada en mi razonamiento que no me he percatado de cómo late su corazón con intensidad bajo mi mano. Lo miro asombrada.

—Late fuerte... —Sonrío feliz y lo beso de nuevo.

—Lo estás despertando. —Noto dolor en su mirada.

—¿Y qué es lo que te afecta?

—Todo. Es más fácil no sentir nada —me dice, y su tristeza me deja helada—. Te deseo, Bell, cada vez más. Me encanta cómo tu cuerpo reacciona a mis caricias, cómo te pierdes y te entregas a mí con confianza. —Me recorre un escalofrío, y más cuando sube sus manos por mi pierna y las adentra bajo la falda, rozando casi mi ropa interior. Llevo liguero y pantis negros, lo que hace que, si sigue subiendo, no tenga ninguna barrera de las medias que le impida adentrarse entre mis muslos—. Tú estás haciendo que

recuerde lo que es amar el cuerpo de una mujer. Tú estás logrando que me muera por tocarte y ver cómo tus ojos azules se tornan oscuros por el deseo. —Me acaricia sobre la ropa interior y me muerdo para tragarme un gemido —. Tú estás consiguiendo que recuerde cómo ser un hombre completo.

Me mueve y noto bajo mi trasero su erección. Siento el deseo correr por mis venas, y más cuando se mueve de forma que, mientras mi trasero nota su miembro endurecido, su mano se cuele bajo mi ropa interior.

—Alguien podría vernos...

—Confía en mí. —Lo miro a los ojos y me pierdo en ellos. El dolor que veo velado en ellos me hace olvidarme de mi placer y preguntarle.

—¿Y qué te asusta?

—Cuanto más te deseo, más batallas debo librar contra mis demonios — reconoce, y veo pesar y determinación en sus ojos.

—No quiero causarte dolor...

—Dolor sentiría si te pierdo —dice, al tiempo que adentra sus dedos dentro de mí—. Ahora siente, Bell. Siente cómo mis dedos se adentran en ti. —Tira de mi camiseta y deja mis pechos desnudos tras soltarme también el sujetador—. Y cómo la brisa de la noche acaricia tus tentadores pechos. —Aumenta las embestidas y noto cómo mis pezones se endurecen por sus palabras y por lo prohibido de lo que estamos haciendo. Si alguien entrara en el jardín nos vería, aunque sé que Kennan nunca me expondría de esa forma. Lo sé con absoluta certeza.

Busco sus labios y lo beso mientras mi mano se posa en su pecho. Su corazón late desbocado. Me retuerzo entre sus brazos. Me muevo para acariciar su sexo con mi trasero. Me muero por tenerlo desnudo y que sea su miembro el que me llene en vez de sus dedos.

Me acaricia los pechos al tiempo que aumenta las embestidas de los dedos. Cada vez más fuerte. Con una intensidad con la que no me había tocado hasta ahora. Baja sus labios por mi cuello y busca mis pechos hasta que me los besa. Los muerde, y esto me da más placer. Sus dedos entran y salen de mí con ímpetu. Siento que por primera vez se deja ir, y me gusta. Me lame el pecho antes de succionarlo.

Siento el orgasmo acariciarme y me dejo ir. Kennan me besa de manera

desesperada, acallando mis gritos mientras mi sexo se contrae en torno a sus dedos.

—Quiero hacerte lo mismo, Kennan. Quiero hacerte el amor de todas las maneras posibles —le digo alzándome.

Kennan se queda rígido. Me coloca la ropa y me mira como si me viera por primera vez.

—Lo siento.

—Me ha gustado. Me has deseado...

—Lo siento, esto no debería haber pasado.

—No soy de cristal, Kennan. ¡Me ha gustado!

El pesar en su mirada hace que mis ojos se llenen de lágrimas.

—Podemos con esto —añado.

—No sé si podré, Bell. Temo que si continuamos, mis pesadillas te atrapen. Esto solo ha sido una muestra de la oscuridad que habita en mí.

—Yo creo que lo que temes es que sepa ver qué te lo causó. Qué fue lo que hizo que odiaras el sexo, que te protegieras para no sentir nada. —Sus ojos se tornan oscuros y sé que ya no me dirá más—. Esto no ha sido oscuridad, ha sido sexo con alguien que deseas. ¿Acaso no has visto el placer que me has dado?

—Es tarde. Te acompaño a casa de Fiona.

Asiento y lo sigo. Ya en la puerta me vuelvo y lo abrazo con fuerza, sintiendo que lo estoy perdiendo.

—Lo haremos juntos. No tengo miedo a tus fantasmas, y me ha encantado que el placer te hiciera desearme de esa forma tan desesperada. — Me alzo y lo miro con una sonrisa. Pero algo en los ojos de Kennan hace que me invada el miedo—. ¿Kennan?

—Tengo que enfrentarme a ellos solo. O, mejor, dejar que sigan encerrados para siempre.

—Si lo haces, nunca... —Me callo, porque aunque yo sé lo que siento por él, no sé qué es lo que siente él por mí. La prudencia me hace callar y no decirle que, si lo hace, no podremos estar juntos.

—Buenas noches. —No me insiste; me pregunto si ya sabía lo que iba a decir y, como no siente lo mismo, ha preferido que calle.

Lo veo alejarse, sintiéndolo muy lejos, y me sorprende después de lo que me ha confesado, después de haber sentido su corazón respondiendo a mis atenciones de esa forma. Hoy lo he sentido más cerca que nunca y, sin embargo, cuando se marcha, noto un inmenso vacío en el pecho, como si me advirtiera de que algo está a punto de cambiar.

KENNAN

Me despierto notando que me falta el aire. No puedo respirar. Las pesadillas han regresado con más fuerza que nunca y no puedo detenerlas. Sé que, si no consigo dominarlas, acabarán por aniquilar, con mis mordaces palabras y mi mal humor, todo lo bueno que hay en mí: Bell. No sé cómo vivir con lo que siento estando con ella, sin dejar que mi oscuridad la destruya.

Cuanto más deseo siento por ella, más recuerdo mi pasado. Más me cuesta controlar lo que llevo dentro, y temo dañarla.

Esta noche lo he visto claro. Esta noche he visto cómo el deseo me dominaba. He sido brusco con ella. He dejado que el pasado me controle. No la he tratado con cariño y mimo... He abusado de su confianza...

No puedo lidiar ahora mismo con lo que ella me hace sentir. Y sé que, si me quedo, la lastimaré.

BELL

Voy a casa de Kennan. Nada más despertarme he recogido mis cosas y me he venido tras despedirme de Fiona. Siento que algo no va bien. No he dejado de darle vueltas a lo de anoche.

Tengo miedo. Miedo de perderlo. Sé lo que es vivir sin él. No quiero pasar otra vez por eso.

Entro en su jardín y llamo a la puerta. Nadie me responde, pese a lo temprano que es. Hago esta misma operación varias veces a lo largo del día, hasta que cae la noche. Hasta que llega el lunes, y espero que salga para irse a

trabajar. Pero veo a uno de los trabajadores dar órdenes a los equipos de reparaciones. Me acerco a ellos, exponiéndome, sin que me importe nada salvo saber dónde está Kennan. Lo he llamado. Le he mandado mensajes y no hay respuesta. Nada, como si hubiera desaparecido.

—¿Lo tenéis claro, chicos? —Asienten y se marchan, el hombre se vuelve hacia mí—. ¿Qué desea, señora?

—¿Sabe dónde está el señor Ross? Tenía que reparar una cosa en mi casa...

—Se ha ido.

—¿Y cuándo regresará?

—No lo sé. Pero no parece que pronto. Le ha surgido algo importante y me ha dado a mí su puesto hasta que él o su padre regresen. ¿Le puedo ayudar yo?

—No.

Me marchó hacia mi casa y cojo el coche para irme a trabajar. Me paso el camino llorando, sintiendo que se ha ido para siempre. Que lo he presionado tanto que ha huido. El problema es que con él no puedo conformarme, lo quiero todo. Lo quiero todo de él.

O tal vez la verdad es que no le importo tanto como creía. El Kennan que yo pensaba que era nunca se hubiera ido sin decirme adiós..., o sí. La primera vez también se marchó sin decir nada. Se alejó de mí sin un adiós. Sin un hasta pronto que me hiciera desear su vuelta.

Cuando llego al trabajo estoy temblando. Fiona al verme me abraza con fuerza.

—Se ha ido...

—Lo sé.

Que se haya despedido de ella me duele más, sobre todo porque creía que Fiona me diría dónde estaba, no simplemente que se había marchado. Y me dice que no lo sabe, cuando le pregunto. La abrazo con fuerza y me siento más perdida que nunca. Aunque trato de sonreír, de dejar los problemas en la puerta, no lo logro. Y por si el día no iba ya suficientemente mal, cuando llego a casa empeora.

—Hola, Cristabell. He vuelto a casa —me dice Jarrod, haciendo que del

impacto caiga al suelo desmayada.

La oscuridad no me asusta. Lo que me asusta es lo que tendré que afrontar cuando despierte y acepte que he perdido a Kennan, que en verdad nunca fue mío, y que Jarrod ha regresado. ¿Por qué ahora?

Capítulo 13

BELL

Tres meses más tarde

Observo por la ventana del salón cómo meten y sacan muebles de la casa de al lado. Lleva meses deshabitada y, desde hace unos días, no para de entrar y salir gente. No sé quién se va a mudar a vivir allí. Tampoco es que me importe, pues la persona que a mí me importa es la que vivía al otro lado, en la casa del jefe de mantenimiento, y desapareció hace tres meses sin dar señales de vida.

Me dolió tanto su partida que, cuando mi marido regresó, no tuve fuerzas para irme, para empezar de cero, sin nada. Para dejarlo todo y vivir mi vida. Había empezado por fin a ser libre y, a la primera de cambio, me habían destrozado. No entiendo qué hice para que Kennan se fuera de esa manera. No me merecía que me dejara así. Sin explicaciones, y eso solo consiguió que me aferrara más a lo conocido y que el miedo a empezar lejos de aquí se acentuara. Por eso cuando Jarrod me propuso volver y dije que no, él y mis padres me advirtieron de que era eso o quedarme sin nada, sola, sin su apoyo; así que acepté, con la condición de que solo sería su esposa de cara a la galería, pero que dentro de casa solo seríamos dos extraños.

Me tocó dejar la agencia y, desde entonces, hacer el papel de amantísima esposa, sin trabajo y en casa todo el día. Menos cuando me escapo para estar con Fiona. Esta me dijo que me fuera con ella, que me ayudaría. El problema

es que tenía mucho miedo y estaba tan dolida y triste que no acepté.

Me aterra lo desconocido, porque temo que para mí no haya nada mejor que esto; y temo también que, si lo busco y no lo hallo, quizá no esté preparada para la caída.

Una vez más me dejo llevar, y ya no me importa, porque mi felicidad y todo lo que sentía se lo llevó Kennan, ahora solo puedo pensar en él con rabia y odio porque me dejara tirada. Porque me dejara atrás. Estaba decidida a elegirlo a él. Solo necesitaba tiempo, tiempo para que el miedo a lo desconocido, a quedarme sin nada, a tener que perder a mis padres, no me paralizara. Necesitaba tener una base. Nadie me puede asegurar que Fiona sea mi amiga siempre y no puedo hacerla cargar con mi cuidado.

Desde entonces los días han pasado sin apenas darme cuenta, hasta el punto de que el día de mi cumpleaños ni siquiera tenía ganas de celebrarlo con nadie. He vuelto a ser la que era. Tenía tan pocas ganas de hacer algo, que mostrarme sosa y sin vida ha resultado fácil. Siempre he sido más un mueble que una persona con ideas propias. Solo al lado de Fiona atisbo a la persona que estaba empezando a ser, y la echo de menos. El problema es que tampoco quedo mucho con ella, porque me recuerda quién fui y lo feliz que era al lado de Kennan. Me costó mucho hacerme a la idea de que se había ido la primera vez, y esta es peor. Y más porque no soporto ver a mi marido cerca. Cuando lo veo llegar a casa siento escalofríos. No compartimos el mismo cuarto. He vuelto a mi habitación de cuando era pequeña. Pero me tengo que poner el despertador todas las mañanas para levantarme antes de que llegue el servicio y hacer la cama. Las sábanas las lavo cuando ya no están en casa, a las tantas de la noche. Una vez más, aparentando que somos un matrimonio que nos queremos. Todo mentira.

Noto el dolor latente en mí y me da rabia que, tras tantos meses, me siga sintiendo como si fuera ayer cuando acepté su partida. Creía que se estaba abriendo a mí, que estaba todo bien. Habíamos avanzado mucho. Pues no. Nada era lo que parecía. En el fondo sé que yo no le gustaba. Ni me deseaba. Que solo trató de ser lo que yo quería, y cuando se dio cuenta, huyó.

Recogí toda la ropa que me había comprado y la guardé en una caja bajo llave. No me fío del servicio, todos contratados por mi madre, claro, ni

tampoco de Jarrod. En mi cuarto también hay cerradura, y cuando no soporto más tener que aparentar, me encierro allí para leer, subir reseñas o lo que sea, menos sonreír como si todo estuviera perfecto.

Por suerte, mi madre, con tal de que vaya a las fiestas que nos invitan y a tomar café con mis falsas amigas, me deja que me encierre, ya que le informan de cuántas veces lo hago. Ahora mismo soy una esclava en mi propia casa.

Me fijo en los muebles que están dejando dentro de la casa de al lado, todos tapados, pero el camión que los transporta es de una tienda que solo vende muebles exclusivos y de diseño. No todo el mundo se puede permitir algo así. Se nota que el nuevo vecino tiene pasta y, como a todos los de este lugar, le gusta que se sepa.

Seguro que tiene una esposa preciosa y que esperará que la salude y finja que vamos a ser unas vecinas memorables. No lo soporto.

Me aparto de la ventana y subo a mi cuarto. Estoy a punto de llegar cuando suena el timbre y rezo para que no sea para mí. No tengo esa suerte, la voz chillona de Crystal penetra en mis oídos. Bajo, al tiempo que el mayordomo sube para avisarme de que mi amiga me espera en el salón y que mandará traer un refrigerio. Tan atento y metomentodo como siempre. Luego le pasa informe a mi madre del tiempo que está aquí Crystal o de las visitas que recibo.

—Hola, querida. —Crystal me da dos besos que no tocan mi cara y se sienta. No tardan en traernos un vermú y unas galletas saladas. Es casi la hora de la comida—. Estoy deseando saber quién va a ser tu nuevo vecino. Se nota que tiene mucha pasta. Y si encima está bueno, será el hombre de mis sueños.

—Junto a tu marido. —Pone mala cara.

—Claro, ¿por quién me tomas? Bueno, a lo que iba. Van a dar una fiesta mañana por la noche y venía a por ti, para ir a comer y de compras. Mi diseñadora ha creado modelos nuevos que estoy desando probarme, y seguro que tiene algo para ti.

Pienso en negarme, pero sé que no puedo. Asiento y le digo que voy a por mi bolso; una vez más me dejo llevar. Me paso la tarde entre compras, esteticista, peluquera y pruebas de los vestidos que va descartando Crystal.

Qué casualidad que el que mejor me queda, según ella, es uno que me hace más baja y gorda. Se cree que soy tonta. No me lo llevo, mañana buscaré qué ponerme y, sabiendo lo que va a llevar ella, destacaré. Todo sea por ver su cara de mala leche cuando me vea aparecer. Con suerte mi madre, como hace últimamente, no me mandará lo que tengo que ponerme. Se fía de mi criterio, y yo necesito por un instante ser rebelde.

—Deberías haberte quedado el vestido, te hacía un cuerpazo —me dice ya en el coche a punto de dejarme en mi casa—. Seguro que Jarrod al verte así no te deja salir de casa sin antes darte un magreo.

Sonríó como si fuera cierto. Se detiene el coche y salgo deseando perderla de vista. Me despido de ella y quedamos para mañana. Mi marido ya está de vuelta cuando llego y me avisan de que me espera para cenar.

Bajo a cenar y, como siempre, está hablando por el móvil mientras teclea en su *tablet*. Ceno en un silencio incómodo. No lo soporto. Aún menos cuando sonrío, como ahora, y parece que es el hombre más simpático del universo. Los tiene a todos engañados. Cuelga y me mira.

—¿Qué tal tu día con Crystal?

—¿La verdad o lo que quieres escuchar? —Estamos solos. Los trabajadores están comiendo en otro cuarto y no hay chismosos cerca.

—La verdad.

—Una mierda. —Me mira enrabiado.

—Deberías controlar tu lengua.

—No quiero. Ya controlo demasiadas cosas. Por cierto, me dijo que mañana tenemos una fiesta a la que acudir.

—Sí, se me olvidó decírtelo, hemos sido invitados por el nuevo vecino. Pero ni siquiera sé su apellido, es todo un misterio.

—Deberías haberme informado.

—¿Acaso tienes algo que hacer? Lo dudo, tu vida es...

—La que tú me obligas a tener, así que ahórrate el decir «aburrida». Me marchó a mi cuarto, he perdido el apetito.

Me cambio de ropa y me encierro en él, no pienso salir ya hasta que sea la hora de levantarme y fingir que duermo con mi marido.

Llamo a Fiona y me lo coge al segundo tono.

—Necesito tu ayuda para mañana. O salgo de esta casa o te juro que me vuelvo loca.

—Mi oferta de empezar de cero sigue en pie, ya lo sabes.

Siento que el miedo me paraliza más que el estar aquí.

—Gracias.

—¿Para qué necesitas mi ayuda? —No insiste, ya me conoce.

—Crystal trató de que me quedara con un vestido horrible para que no le hiciera sombra. Quiero estar espectacular para cerrarle la boca.

—Me encanta el plan, trae todos los vestidos que tengas que sean bonitos y te ayudaré con todo antes de la fiesta. Al idiota de tu marido dile que te vas al salón de belleza. Seguro que no le importará.

—Te aseguro que no.

Fiona me termina de arreglar el pelo. Me ha hecho un recogido hacia un lado y hemos elegido un vestido negro con un pronunciado escote, que no enseña nada pero que da un toque de sensualidad y elegancia. La falda llega por la rodilla; acompañaré el conjunto con unos zapatos de color fucsia a juego con la decoración que llevo en el pelo. Idea de Fiona, y me gusta.

Me retoca el maquillaje y me visto.

—Estás preciosa. —Quedo con ella en que recogeré mis cosas mañana—. Por cierto, he visto a Kennan.

Me recorre un escalofrío y luego me invade la rabia porque haya sacado tiempo para ver a Fiona y no a mí.

—¿Hace mucho?

—Una semana. Bell...

—Me tengo que ir, y no quiero hablar de él.

—Ya te dije que estoy casi segura de que Kennan tiene una buena razón para haberse alejado de ti.

—Claro que la tiene, que no le importo como él a mí.

—Bell...

—Déjalo, no quiero hablar de él. Y menos antes de una fiesta que seguramente será insufrible y en la que mi único consuelo es que Crystal me

vea así vestida y se enrabie porque no es un vestido soso y sin atractivo.

—Me encantaría ver su cara. Estás despampanante. Mañana te veo y hablamos.

La abrazo y se separa para no estropearle el vestido. Al salir me encuentro con Marcelo, lo saludo con calidez. Fiona y él están juntos. Es muy buen tío, en cuanto supo lo que habían tratado de hacer sus amigos los obligó a ir a la agencia a pedirnos perdón. Por lo que sé, no intentó nada con Fiona, solo le pidió bailar, y hasta varias citas después no pasó nada más. Me gusta para ella, porque la comprende y la hace brillar.

Le doy dos besos y me dice que me lo pase bien. Dejó de ser amigo de Alejo, ahora se junta con los de su trabajo y, a mi parecer, ha ganado. Alejo parecía buen tío, pero alguien que no acepta un «no» por respuesta no me parece trigo limpio.

Llego a mi casa y veo a Jarrod dando vueltas. Al verme pone mala cara.

—Ve a cambiarte.

—No me pienso cambiar. Me gusta este vestido.

—Voy a ir a la fiesta con mi mujer, una señora, no con una golfa. Y, por si no te has dado cuenta, se te ven los pechos.

—No se me ve nada —digo tras mirarme.

—No pienso salir contigo así de casa, pareces una fulana. Vas ridícula. Además, no tienes cuerpo para llevar un vestido así; has engordado y se te marcan todos los kilos de más. El vestido que te queda bien lo ha mandado traer tu madre, está sobre tu cama. No tardes.

Lo dice para hacerme daño. No he engordado, estoy como siempre. El problema es que le enfurece que le plante cara. Y desde que regresó, cuando nadie puede vernos, he dejado de ser para él la que aceptaba todo y callaba. Aunque me tenga que cambiar, lo hago dejándole bien claro que es un imbécil.

Subo a mi cuarto y veo el horrible vestido que le dije que no quería a Crystal; seguro que, como vio que no me lo llevé, le dijo a mi madre que me había probado un vestido precioso, y mi madre me lo compró. Me cambio el vestido enrabiada y pienso si largarme por fin. El problema es que sé lo que es buscar trabajo y no encontrarlo y, aunque ahora las cosas con Fiona me

vayan bien, eso no me asegura que las cosas no se puedan torcer..., y sin dinero ni apoyo de nadie veo difícil poder sobrevivir. No es fácil decir que lo dejas todo. Si esto fuera un libro, la protagonista seguro que lo haría, en las novelas que leo es así, pero en la vida real influyen muchos factores, y no se puede vivir del aire. Y desgraciadamente todo lo que tengo es de mi marido y de mis padres. Yo no tengo nada. Lo poco que gané con Fiona ya me lo he gastado. No puedo irme y obligar a alguien a que me mantenga. Si me quedo es por no ser una carga para nadie. No soy cobarde, soy realista.

Me está resultando tan difícil aguantar que siento que cada día que pasa muere una parte de mí, y noto cómo un nuevo escudo se alza a mi alrededor para no sentir nada.

Me cambio y bajo a donde me espera Jarrod. Me mira y asiente. Lo odio. Sin querer recuerdo lo libre que me sentí sin él, a la fiesta que acudí sin ropa interior..., si lo supiera le daría algo, o a cuando salí de fiesta al pub. Era divertido vivir sin ser juzgada.

Entramos en la casa de nuestro vecino. Me fijo por encima en ella, es como todas. Aunque he de admitir que en esta se nota que el propietario, además de tener dinero y estar encantado de que la gente lo sepa, tiene también buen gusto. Me gustan sobre todo los cuadros de paisajes, casi todos son de atardeceres, y me recuerda a los que vi con Kennan desde su casa. «No, no pienses en Kennan.» Y menos ahora que sé que ha estado con Fiona y ni siquiera se ha molestado en buscarme ni en darme una maldita explicación de por qué se fue tras lo que habíamos compartido.

Sigo a Jarrod hasta donde espera la gente para conocer al dueño de la casa. Cojo una copa de champán y la vacío de un trago. Jarrod me mira de manera recriminatoria.

—Lo siento, pero para soportarte tengo que estar borracha —le digo de modo que solo lo oiga él.

—No te conviene jugar conmigo —me dice con una mirada feroz que me recorre entera.

Se hace el silencio de repente y todos miran hacia la escalera del salón. Y me imagino que es porque acaba de aparecer el misterioso vecino.

—No me lo puedo creer..., no puede ser —dice la voz de mi madre a mi

lado.

La miro y parece pálida. Me decido a mirar al misterioso vecino que ha causado esto en alguien que no es fácil de impresionar. Alzo la vista y la impresionada soy yo. «No, no puede ser.» ¿Qué clase de broma es esta?

¿Qué hace Kennan ahí?

Su mirada es más dura. Observa a todos como si supiera algo que los demás ignoran. Se nota su poder ahí en lo alto. Va vestido con un esmoquin que le queda de escándalo y realza su fibroso cuerpo. El pelo rubio lo lleva hacia atrás. Está increíble, perfecto. Y desde que lo he visto mi corazón no ha dejado de latir como un loco. La rabia y la furia por su engaño me ciegan, mientras baja y se abre paso ante sus vecinos, que le creían un trabajador más y resulta que tiene la suficiente fortuna para permitirse esta casa y estos muebles tan caros.

—Bienvenidos a mi humilde casa —dice con esa voz sexy que tiene y con una seguridad en sí mismo asombrosa—. Os sorprenderá mi presencia, pero os tengo que decir a qué se debió mi juego; quería ver el lugar desde dentro para saber si me interesaba o no comprar mi casa aquí. Considerémoslo un experimento social. —La gente sonrío—. Y ahora, por favor, estáis en vuestra casa.

Kennan se presenta a varios vecinos que pronto olvidan que lo humillaron, sobre todo ellas, y lo tratan de tú a tú. Lo miro con rabia, con ganas de gritarle, de abofetearle, de exigirle una explicación de por qué me engañó.

—Voy a saludar a mi amigo del instituto —dice Jarrod.

Kennan y él eran compañeros de clase y ante los ojos de todos parecía que se llevaban bien; Kennan iba a nuestro mismo centro de estudios porque su padre puso la educación de su hijo como una de las condiciones para aceptar el trabajo, y me consta que por eso le bajaron el sueldo.

Tira de mí hacia Kennan y mi madre nos sigue, junto a mi padre. Llegamos hasta Kennan y me cuesta mirarle con indiferencia, no recordar sus besos al observar sus labios o dónde estuvieron esas morenas manos que sostienen ahora una copa. Es un mundo no mirarlo a los ojos y tratar de buscar en ellos una explicación.

Ahora mismo me siento humillada, engañada y dolida como nunca.

—Buenas noches, señor Ross —le dice Jarrod—. Ya veo que ser modelo te dio buenos frutos.

Se saludan con un apretón de manos.

—Sí, algo que debo agradecer a la señora Stone. —Mi madre sí se cambió el apellido, por mi padre, pero yo sigo manteniendo el mío y no he querido llevar el de mi marido; ahora me alegro tras todo lo sucedido—. Ella fue quien me consiguió un contacto en el mundo de la moda viendo el potencial en mí.

Mi madre sonrío, pero está tensa. La miro impactada porque fuera ella la que se encargara de dar a Kennan un trabajo que lo mandara tan lejos. Y sé, sin lugar a dudas, que lo hizo para separarlo de mí. Para que no echara por tierra mi noviazgo con Jarrod.

Ahora mismo me siento traicionada por todos, empezando por Kennan. No dejo de recordar todo lo vivido antes de que se fuera. Cómo confíe en él y cómo se aprovechó de mí. Me siento sucia y tonta por haberme dejado guiar por él cuando a la vista está que no lo conozco. Que no sé quién es ahora. Y que tal vez lo que vi en sus ojos yo creía que era tormento... Y sí, lo era, pero por engañarme. Seguramente se ha reído mucho de mí. Me siento muy humillada.

—Siempre fuiste un chico muy guapo, ahora más, claro. —Mi madre saluda a Kennan como si estuviera tensa y guarda su malestar tras una sonrisa.

Seguro que es porque la he pillado, porque acabo de saber que fue culpa suya que me separara de mi mejor amigo. Aunque ahora mismo lo de Kennan me hace más daño. Solo quiero irme de aquí. No soporto estar en su presencia.

—Y, bueno, ya conoces a mi esposa, Cristabell Stone. —Le tiendo la mano porque no me queda más remedio.

Kennan alza la suya y me la coge, y siento enseguida ese cosquilleo por su contacto. Lo odio todavía más. Me la estrecha y la aparto. Su mirada no se entrelaza con la mía ni una sola vez. Saluda a mi padre y hablan un poco de finanzas. Kennan les cuenta que ganó mucho dinero como modelo y lo supo

invertir bien. «A la vista está», dice Jarrod con esa sonrisa suya tan petulante.

Aguanto la charla deseando desaparecer, y cuando se alejan, agradezco que me separen de Kennan y de lo que siento al tenerlo tan cerca.

Bebo más de lo que debería; por suerte nadie me hace caso y, aunque Crystal me ha mirado triunfal al ver que llevo un vestido que me queda horrible, me da igual. Ahora solo soy consciente del dolor que siento en el pecho. Cuando Jarrod dice de irnos casi lo beso por librarme de este tomento. Me ha costado no seguir con la mirada a Kennan, no mirar con odio cuando se relacionaba con esta gente y sonreía. ¡Sonreía! A mí no me sonrió. Todo fue un engaño, una actuación.

Pienso en qué le he hice para que me tratara así. No le encuentro sentido a nada de lo vivido con él. Voy hacia la puerta y, antes de salir, me vuelvo y mis ojos se encuentran con los suyos; y por un instante me parece ver dolor reflejado en sus ojos verdeazulados. Aparto la mirada. Seguro que lo he imaginado. A él solo le duele no haberse reído más de mí.

Llego a mi casa y Jarrod me dice que, como vuelva a parecer borracha en otra fiesta, empezará a tomar medidas. Llevo un punto, pero no he hecho nada, ni he montado espectáculo alguno. Solo he bebido de más, eso sí.

Lo odio, los odio a todos. A mis padres, a Jarrod, a Kennan. Sobre todo a este último, porque es a quien más quiero.

Me meto en la cama y lloro con rabia porque siento que soy más estúpida de lo que pensaba. Porque mi único error ha sido enamorarme de él.

Capítulo 14

BELL

—No entiendo lo que ha pasado —me dice Fiona, que se pasea por su salón sin dar crédito a lo que le he dicho.

Se lo he contado porque quería saber si ella también me había traicionado. Si se estaba riendo con Kennan de mí. De la tonta de Bell. En cuanto he podido he salido de mi casa y me he venido a buscarla. Por suerte Jarrod está en el club y no vendrá hasta la noche.

—Pues es cierto, parecía uno de ellos... y sonreía.

Fiona me mira impactada y noto que se siente igual de dolida que yo.

—Sabía que Kennan tenía mucho dinero, pero también que odiaba todo eso —me reconoce.

—Yo ahora me he dado cuenta de que en verdad no sabía nada de él.

—El único sentido que le encuentro es que quiera vivir allí para darle en los morros a todos los que una vez lo criticaron a él y a su padre.

—Esto también lo he pensado yo. Pero no sé qué papel tengo yo en todo eso. Yo no le hice nada.

—Deberías hablar con él, decirle cómo te sientes. Y si se pone idiota, darle una bofetada de tu parte y de la mía. O, si quieres, te enseño mi técnica de machacar los huevos.

—No hace falta.

—En serio, ve hablar con él. Míralo a la cara y dile lo que piensas. Ya

callas ante demasiada gente.

—Me da miedo descubrir que se aprovechó de mí. ¿Sabes lo que me costó dejarme llevar por el deseo? Mi marido se burló de mí cuando le propuse probar cosas nuevas y Kennan me hizo sentir mujer. ¿Y si todo eso es mentira?

—Si eso es mentira, yo misma le cortaré sus partes nobles. Te prometo que ahora mismo estoy muy enfadada con él. Y si no tiene un buen motivo, me habrá perdido como amiga.

Paso el día con ella. No hablo mucho, no dejo de pensar en Kennan, en su traición, y en si debería o no enfrentarme a él. Llego a mi casa sin saber qué hacer, y cuando veo que Jarrod no está, ni ningún trabajador, voy hacia el jardín buscando una señal. Todos los barrotes de madera de la valla que comunica su nueva casa con la mía están alineados, y no veo ninguno que me ceda el paso. ¿Y qué esperaba? Si quisiera verme hubiera hallado la manera de dar conmigo. Tenemos una amiga en común...

Voy a la cocina y cojo una de las tartas que deja la cocinera hechas. La preparo para llevar y voy hacia la casa de Kennan como si fuera una vecina más que le está dando la bienvenida al barrio. Seguro que tiene la cocina llena de tartas. Es algo que se suele hacer en este lugar y por eso nadie sospechará si lo hago yo.

Toco al timbre y me abre un atractivo mayordomo de más o menos la edad de Kennan.

—Muchas gracias por la tarta, señora...

—Cristabell Stone. Y quiero ver a su señor.

—Él no acepta visitas. —Le doy la tarta y me cuelo en la casa.

—No me pienso ir sin verlo, soy la vecina de al lado y merezco más consideración. Nunca se sabe qué puede pasar y es mejor llevarse bien.

El mayordomo me mira y, tras asentir, se aleja.

Lo espero nerviosa en este gran *hall*. Oigo sus pasos alejarse y una puerta abrirse. Al poco regresa.

—Sígame, le recibirá en su despacho.

Lo sigo nerviosa y ya no me siento tan valiente como cuando decidí venir a verlo. Llegamos hasta una puerta y me dice que pase. Lo hago y busco a

Kennan. Lo encuentro tras su mesa, mirándome, cómo no, con frialdad.

Mi corazón da un vuelco y me parece increíble que ese hombre que me mira con tanta hostilidad hace poco me abrazara y me amara como nadie lo ha hecho. Nada de esto tiene sentido.

—Está bien, puede dejarnos.

Me adentro en la sala y el mayordomo se marcha, cerrando la puerta tras él. Me encamino hacia la mesa y dejo que la rabia que siento salga de mí.

—¿Por qué? ¿Te has reído mucho a mi costa? ¿Te has divertido seduciéndome para luego irte sin más? ¡¿Qué querías conseguir al hacerme sentir como una mierda, al saber que eres un embustero?!

Kennan no se inmuta y se echa hacia atrás en su sillón.

—¿Qué tal te va con tu marido? Supongo que bien. Se os ve muy bien juntos.

No veo celos en su mirada, no veo nada.

—¿Por qué no me dijiste nada? ¿Por qué te fuiste?

—No me vengas a pedir explicaciones cuando solo dos días después de mi partida estabas en la cama con Jarrod, reconciliándote con él. Ni yo tengo que explicarte nada ni tú a mí.

Lo miro impactada y veo que son celos, que pensó que había vuelto con mi marido.

—¿Es por eso? ¿Son celos?

—No, ya sabes que no te deseo. —Sus palabras me duelen.

Noto el peso de las lágrimas y las retengo.

—Tienes razón, la reconciliación fue memorable. Él al menos sí me desea. Que te aproveche tu nueva vida.

Voy hacia la puerta, dolida, y me cuesta mucho retener las lágrimas. Me cuesta mucho fingir que estoy bien cuando estoy hecha una mierda. Entro en mi casa y subo a mi cuarto, donde me encierro y doy rienda suelta a mi dolor. Por suerte Jarrod no viene a cenar y no tengo que darle explicaciones de por qué no quiero comer nada.

No lo entiendo, no entiendo qué ha podido cambiar.

KENNAN

Me quedo mirando la noche tras la ventana de mi cuarto, observando la casa de Bell. Y sintiendo cómo el odio me ciega al imaginarla con él. Me marché porque temía hacerle daño, lastimarla. Temía pagar con su cuerpo el odio que habita en mí.

Hasta que pensé en regresar, en buscarla para darle una explicación, y me enteré de que había vuelto su marido y se había quedado con él. Y por el barrio circulaban rumores de lo enamorados que estaban tras la vuelta de este y lo memorable que había sido la primera noche. Me marché decidido a extirpar esa imagen de mi mente.

Estaba dispuesto a enfrentarme a mis fantasmas por ella; pero ella ni lo dudó. Como hace años, cuando aceptó sin más estar con él.

El problema es que no dejo de ver sus ojos cargados de dolor, y estoy casi convencido de que me mentía cuando dijo que la reconciliación fue maravillosa.

Estoy empezando a pensar con claridad y no solo cegado por los celos. Por esa rabia que me carcomía por dentro de saber que está con él de nuevo. Esta vez duele más que la primera. Duele más que hace años, cuando mi padre me dijo que se iba a casar con Jarrod. Duele mucho más, porque lo compartido con ella ahora no es comparable a lo vivido hace años.

No dejo de ver sus ojos cargados de las lágrimas que trataba de reprimir y es por esa mirada triste por la que salgo de mi casa y acabo por saltar la valla que separa nuestras dos casas. Lo que voy a hacer me puede poner en peligro. Pero estoy casi seguro de que está sola. Que Jarrod no ha regresado.

Uso las llaves que tengo de su casa y abro la puerta trasera que da a la cocina. Me adentro sin hacer ruido y cierro con cuidado. Y subo en silencio hacia su cuarto. Entro en él y veo que la cama está vacía. Voy hacia el cuarto de Bell cuando era adolescente y trato de abrir, pero está cerrado. Oigo sus sollozos tras la puerta y se me parte el alma. Toco la puerta con los nudillos y espero a que abra.

—No tengo ganas de verte, Jarrod. Vete a tu cama. —Insisto porque quiero ver dónde llega esta conversación antes de decirle quién soy—. ¡Que

te pierdas! ¡No hay nadie cerca para que tengamos que aparentar nada!

Siento tal alivio que toco de nuevo para que me abra, sabiendo que lo hará, y que lo hará cabreada. Y así lo hace. Abre la puerta, llena de rabia, y se queda pálida cuando me ve.

—Kennan... Pero ¿qué...?

No la dejo acabar y cojo su cara entre mis manos para besarla como deseo hacer desde hace tiempo. Como deseé hacer ayer en cuanto mis ojos se cruzaron con los de ella. El deseo late de nuevo en mí. Ella lo despertó y estos meses alejados he hecho algo que no había hecho hasta ahora, romper las murallas que me protegían para evitar sentir nada. Ella las resquebrajó y yo decidí echarlas abajo del todo. En el fondo deseaba que ella no hubiera vuelto a Jarrod porque lo quisiera, sino por miedo ante una vida desconocida. Hubiera venido antes, pero me fue imposible.

Bell se repone de la sorpresa inicial y me devuelve el beso con el mismo ardor con el que la beso. Por primera vez desde que regresé a ella me permito sentir. Me permito desearla.

Cojo su mano y la llevo a mi pecho como tantas veces hacía ella buscando el latido acelerado de mi corazón y noto su sorpresa cuando lo oye latir con fuerza. Noto el sabor salado de sus lágrimas y su otra mano adentrarse en mi pelo para retenerme. Ella ignora que, aunque quiera, no puedo alejarme de su lado.

La alzo y sus piernas se enredan en mi cintura. Mi miembro endurecido crece entre la unión de sus muslos. El deseo se desata en mí y me cuesta controlarlo. Me cuesta refrenarme. Por eso me daba miedo darle rienda suelta, por eso temía liberarlo. Porque temo asustarla o lastimarla. Y más porque ella es la única mujer que he deseado siempre y porque temo que, cuando sepa de mi pasado, huya.

Su lengua pide paso en mi boca y la dejo entrar, enlazando la mía con la suya hasta que gime de placer. La dejo sobre la cama. Sobre esa cama de niña donde la veía leer desde mi cuarto. Donde la escuchaba por el *walkie* hasta que se quedaba dormida.

Con cuidado de no aplastarla me pongo entre sus piernas. Lleva la misma ropa con la que vino a mi casa. Esa ropa que la hace parecer mayor y fría.

Tiro de ella, odiando que se vista como le dicen, como le imponen. Odiando que no pueda ser ella misma.

Le quito el vestido y acaricio sus pechos. Son perfectos. Del tamaño justo, y sensibles a mis deseos. Los acaricio sobre la ropa interior. Se endurecen, se retuerce.

—Kennan...

—No quiero hacerte daño.

—Me lo haces si te alejas otra vez —me dice con sinceridad—. Confío en ti. No soy de cristal. Deja de tratarme como si lo fuera.

Sus ojos se entrelazan con los míos y la beso con el ardor que siento, mientras mis manos van hacia su sujetador y tiro de él, notando el desgarramiento de la tela. Se retuerce entre mis brazos, más cuando cojo su pecho entre mis dedos y lo pellizco. Me muerde los labios, igualando mi pasión a la suya. Sus manos tiran de mi ropa. Sé que desea verme, pero no sé si estoy preparado para ver el asco en su mirada. Mi cuerpo no es perfecto.

Me separo para atrapar sus pechos. Cojo el endurecido pezón entre mis labios y lo muerdo. Lo chupo. Lo succiono y tiro de él hasta que está duro entre mis dientes. Hasta que siento que, si sigo así, conseguirá correrse sin que la toque ahí donde más desea.

—Kennan...

Estoy a punto de acariciarla íntimamente cuando oímos la puerta del garaje abrirse.

—No...

—Me marchó.

—Kennan..., tenemos que hablar.

—Sí, pero no aquí. Enciende el móvil que te regalé. Ese será nuestro medio de contacto.

Asiente. La beso una vez más antes de perderme entre las sombras. Me oculto en ellas y veo cómo Bell cierra la puerta de su cuarto con llave y cómo Jarrod entra en su habitación y también cierra la puerta. Me marchó de aquí como he entrado y regreso a mi casa, sabiendo que, llegado a este punto, no puedo dar marcha atrás. El problema es que, para que todo salga bien, ella debe seguir representando su papel de esposa de Jarrod y no sé si podré con

estos celos...

Capítulo 15

BELL

Me cuesta mucho mantener la cara impasible mientras Jarrod desayuna a mi lado en la cocina. Los trabajadores ya han llegado y tengo que aparentar que me importa lo que me está contando. Me comenta que tiene mucho trabajo y que llegará tarde esta noche, como ayer. Le digo que me parece bien con una falsa sonrisa.

Me tomo el desayuno pensando en Kennan, en cómo vino a buscarme y en sus besos. Me besaba de manera diferente, como si ahora de verdad me deseara con toda su alma, y tengo miedo a equivocarme, a que cuando hablemos me vuelva a hacer daño. Siento que no, Kennan nunca se hubiera arriesgado a que lo pillaran y venir a mi casa. Quiero ser prudente. Anoche no pude hacer ni decir nada; cuando me besó se me nublaron los sentidos. Era tan intenso, tan pasional, que solo podía pensar en que el beso no acabara nunca.

Cuando se marchó, me dejó ardiendo por su contacto y no pude evitar acabar con mis manos lo que él había empezado, mientras imaginaba que en verdad eran sus manos las que me tocaban y sus dedos los que me llenaban.

Noto calor y doy un trago al café para centrarme.

—Me marchó, pásalo bien.

—Seguramente saldré al salón de belleza o a comprar ropa —le digo antes de que me dé un asqueroso beso en la mejilla.

—Diviértete y no te prives de comprarte todo lo que quieras.

—Gracias, querido.

Se marcha tras darme el beso, y por dentro lo odio. Termino el desayuno y me voy a mi cuarto, cierro la puerta con llave, porque no me fío de los trabajadores, y saco el móvil de Kennan, veo un mensaje. Me da indicaciones para ir a un hotel. Y me dice que si acepto me hará llegar la llave para que pueda aparcar en el garaje y subir directamente a la habitación que ha reservado. Me espera esta tarde sobre las cuatro y me pregunta si puedo ir sin problemas; le contesto que allí estaré.

Guardo el móvil nerviosa y deseosa de este encuentro. Ansío conocer por qué se fue.

Llego al hotel siguiendo las indicaciones del GPS del coche y aparco cerca del ascensor. Kennan me dejó la llave en mi cuarto, junto a mi otro móvil. Está claro que se ha vuelto a colar en la casa. Que nadie le haya visto es sorprendente. Me he vestido como siempre, para que nadie note nada, pero me he permitido el lujo, por si se diera la ocasión, de ponerme bajo la ropa esa lencería que me encantó y me compré para Kennan.

Meto la tarjeta en la ranura del ascensor, tal y como me ha explicado él, y veo que se pone verde la luz que tiene al lado. La saco y espero a que suba.

Estoy muy nerviosa. Tengo miedo de lo que pueda decirme Kennan, miedo de que ahora me quiera lejos de nuevo. Estoy tan concentrada en mis pensamientos que me cuesta darme cuenta de que el ascensor se ha parado y las puertas se han abierto. Alzo la mirada y mis ojos se cruzan con los de Kennan, que me espera en el centro de una preciosa habitación del hotel de lujo.

Tiemblo, su presencia altera todos mis sentidos. Me divido entre correr a abrazarlo o quedarme lejos para evitar besarle hasta que no haya respondido a todas mis preguntas.

Salgo del ascensor y voy hacia él, quedándome a unos dos metros. En sus ojos veo calidez, y me encanta. Y más cuando me sonrío. Me sonrío. La sensación es tan mágica como cuando anoche noté bajo mi mano los latidos

acelerados de su corazón.

—Kennan...

Su sonrisa no alcanza sus ojos, pero es más de lo que había hace unos meses. Doy un paso más hacia él. Me cuesta mucho recordar que estamos aquí para hablar. Que debo dejarle claro que me dolió su partida y que me tratara el otro día de esa forma. Solo por eso me quedo quieta y lo miro, dejándole clara mi postura.

Hoy luce una camisa azul claro y unos pantalones azul marino. Está espectacular. Aunque también me encanta con sus vaqueros y su ropa de trabajo. Me gusta él. Lo demás es solo un añadido a su belleza.

—Quiero respuestas, quiero saber por qué te fuiste. Por qué lo hiciste sin decirme nada. Me dejaste sola en el peor momento... —Me repongo—. Creía que lo que había entre los dos no era solo cosa mía. Ahora ya no sé qué pensar, ya no sé si me deseas, si me deseabas, o si te di lástima por querer saber qué era sentir deseo. Ya no sé nada.

Asiente.

—Ven, siéntate. —Lo sigo hacia el saloncito y me siento en un mullido sofá de cuero. Lo agradezco, porque me temblaban las piernas—. Me fui porque temí hacerte daño. Y no regresé antes porque creía que lo habías vuelto a elegir a él. Estaba celoso.

Me lo reconoce a las claras.

—Kennan..., yo no lo quiero. Yo no siento más que odio por él. Pero me amenazaron cuando lo rechacé. Y sí, podía ir a casa de Fiona, pero no soy su responsabilidad. Me daba miedo no tener trabajo, quedarme en la calle... Me asusté y estaba tan mal por tu partida que me quedé, con condiciones. No soy su esposa en todos los sentidos. Solo de cara a la galería.

—Lo noté anoche cuando fui a buscarte. Lo siento... Y no fue la única razón.

Lo miro intrigada. Kennan va hacia el mueble bar y nos prepara algo para beber. Me lo tiende y le doy pequeños tragos. Él se lo bebe entero.

—Ya te dije que llevaba años sin sentir deseo..., sin sentir nada. Era la única forma de protegerme, y cuando me quise dar cuenta, no sabía cómo manejarlo. Tú me hiciste volver a sentir. Lo habrás notado. —Asiento—. Y

empecé a desearte con una intensidad abrumadora.

—¿Y eso es malo? En tus ojos veo que eso para ti sí lo es.

—No quiero hacerte daño, y tengo muchos fantasmas ligados al sexo, muchos que no sé si podré dominar. No sé si, llegado el caso, te haré daño. No sé si podré evitar que esos fantasmas del pasado me cieguen y me pierda en los recuerdos cuando esté contigo íntimamente. O si pagaré con tu cuerpo el dolor que recibí por culpa de otros... —Noto que los ojos se me llenan de lágrimas, porque tras sus palabras hay mucho sufrimiento.

Kennan se lleva las manos a los botones de su camisa y los va desabrochando. Me fijo en que tiene más tatuajes de los que pensaba. Uno en el pecho derecho y otro en el costado. Duda, y se gira; me alzo, sabiendo que necesita mi fuerza. Me pongo ante él y termino de quitarle la camisa, y es entonces cuando veo lo que sus tatuajes tapan. Las cicatrices, el dolor sufrido. Recorro con mis dedos las marcas sobre su cuerpo. En el brazo tiene otra. Tiene varias cicatrices irregulares, casi parece como si alguien se hubiera ensañado con él, como si trataran de romper la belleza de sus líneas.

—Kennan...

—Estoy marcado por dentro y por fuera. Y no sé qué pasará cuando desate mis pesadillas. Tengo miedo de hacerte daño. Tengo miedo de no poder controlarlas.

Cojo su cara entre mis manos y busco sus ojos. El dolor que veo en su mirada libera un nuevo torrente de lágrimas.

—¿Qué pasó? ¿Quién te hizo esto?

—No puedo decirte más. Solo que confíes en mí. Si por mí fuera, nada me separaría de ti, Bell. Si me alejé de ti es porque tengo miedo de que tú pagues lo que otros hicieron.

—Soy mucho más fuerte de lo que crees. Y no me voy a romper. Confío en ti, Kennan, siempre lo he hecho. Me dijiste que te contara lo que deseo. Te deseo a ti, ya te lo dije. Te deseo a ti por entero, con todas y cada una de tus cicatrices. Esas que yo me empeñaré en curar, deja que sea tu cura. Y no temo a tus fantasmas. Solo temo que les dejes vencer nuevamente y llegue a perderte.

—No sabes lo que dices, Bell.

—Solo sé que piensas demasiado, Kennan. Si yo he despertado tu deseo, si yo he desatado tus fantasmas, deja que sea yo la que los enfrente. Siempre fuimos un equipo. Lo seguimos siendo.

Cojo su mano y la llevo a mi pecho, sobre mi corazón, que late acelerado por él.

—Bell..., no sé si puedo. Te lo he contado para que no pienses que me aproveché de ti. Acepté darte placer porque la idea de que otro lo hiciera me cabreaba. Lo acepté porque en el fondo quería estar a tu lado y quería experimentar todo con lo que había soñado. Siempre fuiste única para mí.

—¡Deja que lo siga siendo!

—¿Y si te hago daño? —Se aleja y se apoya en el respaldo del sofá.

Me pongo de pie en el sofá tras quitarme los zapatos. Así soy un poco más alta que él. Y cuando alza la mirada su cabeza está a la altura de mi barbilla. Lo abrazo y parece más un abrazo maternal, ese que él nunca ha tenido porque su madre lo abandonó. Por un momento le veo como a un niño perdido y no como a un hombre. Lo abrazo dándole mi fuerza.

—Tengo miedo a muchas cosas, a quedarme sola, a no poder vivir del aire, a las tormentas, a quedarme encerrada..., pero nada me aterrera tanto como perderte. Y te aseguro que, entre las cosas que me dan miedo, no está el que tú puedas hacerme daño en la cama. —Cojo su cara entre mis manos—. La noche que te dejaste llevar, que me besaste con tanta pasión y me diste ese placer descontrolado con tus manos, me encantó. Sé que eso fue lo que te hizo tomar la decisión de irte, ahora que lo comprendo todo. Pero me gustó, Kennan. Yo estoy preparada para librar esta guerra. ¿Lo estás tú? Demuéstrame cuánto te importo.

Mis ojos buscan su mirada verdeazulada, y el tormento que veo en sus ojos me hace temblar; y pienso que dirá que no. Que me dejará ir.

Maldice un segundo antes de ceder y de alzarse para atrapar mis labios entre los suyos. Lo beso entre lágrimas y sonrisas. Lo abrazo fuerte, sabiendo que necesita tiempo para contarme toda la verdad, pero estamos cerca. Llora porque lo hirieron y río porque, a pesar de todo, va a luchar por mí.

Nos besamos con intensidad y ternura. Lo abrazo sintiendo su piel bajo los dedos y lo acerco más a mí. Kennan me alza para que pase por encima del

sofá. Caigo sobre su cintura y me enredo en ella. La falda que llevo se sube y noto el aire en mis muslos desnudos, en la parte que no está cubierta por los pantis.

Apoya mi culo en el respaldo del sofá y, sin dejar de besarme, baja sus manos a mi trasero y me alza para que mi sexo acaricie al suyo. El placer me recorre por entera y noto que hasta se me encogen los dedos de los pies.

—No sabes cuánto te deseo, cuánto deseo estar dentro de ti... Pero ha pasado mucho tiempo. Mucho tiempo desde que estuve con una mujer.

—Yo nunca he estado con un hombre de verdad. —Sonríe, y me encanta su sonrisa. Alzo mi mano y la acaricio—. Un día llegará del todo a tus ojos. Es preciosa.

No dice nada y me besa de nuevo. Subo mis manos por su espalda y noto nuevas marcas. Las recorro con los dedos y me separo. Me mira desconcertado hasta que me acerco a la que tiene en el pecho y la recorro con mis labios. La beso y la lamo.

—¿Estuviste a punto de morir? —Ya sé la respuesta antes de que la diga.

—Sí.

Lo abrazo con fuerza y lloro entre sus brazos por ello. La idea de que casi muriera me aterra. El miedo a perderlo me asfixia. Lo abrazo más fuerte y Kennan me devuelve el gesto. En el fondo siento rabia e impotencia por no haber estado a su lado. Y miedo por si nunca más lo hubiera podido ver. Había tantas cosas que decirle...

—Nunca nos despedimos —le digo entre sollozos.

—Nunca podría despedirme de ti. Creo que por eso tampoco esta vez pude hacerlo, es como si temiera que, si te digo adiós..., sea para siempre —me confiesa.

Y yo siento lo mismo. Nos hemos visto separados por las circunstancias, porque su padre no tuvo «la suerte» de ser un hombre rico. Por fantasmas. Y no quiero que una tercera cosa nos separe.

Me separo ante su atenta mirada y me quito la ropa. Me deja hacer. Estoy temblando. Pero la seguridad de lo que deseo me hace seguir. Me desabrocho la camisa y luego la falda. Me quedo en ropa interior y me suelto el pelo. Lo miro decidida y le tiendo una mano.

—Hazme el amor. Y, tranquilo, sabré dominar la fiera que habita en ti.

Le sonrío con toda la seguridad que siento y espero a que se decida. Que claudique. Que me acepte.

Estoy nerviosa, sabiendo que, si no acepta, esta vez no dejaré de luchar por conseguirlo.

Se acerca y coge mi mano y siento que ahora mismo tengo todo lo que quiero en el mundo entre mis dedos.

Capítulo 16

BELL

Kennan alza sus manos y coge mi cara entre ellas, como si yo fuera su bien máspreciado. Me mira con intensidad un segundo antes de atrapar mis labios y devorarlos con ansia. Le devuelvo el beso, perdida en este mar de pasión, y recorro con mis manos su cuerpo y cada una de sus marcas. El beso cada vez se hace más tórrido y la pasión se puede cortar en el aire. Noto cómo un sinfín de escalofríos van a morir entre mis piernas y cómo mi piel se torna más sensible al tacto.

Baja sus manos por mi cuerpo y me acaricia primero con ternura y luego con ansia, con deseo.

Me alza para que mis piernas se enreden en su cintura y poder caminar hacia la cama. Lo hago notando cómo su dureza, que no puede ocultarse bajo sus pantalones, se anida ahí donde reside todo mi calor. Me encanta saber que yo soy la causante de encender su deseo. Me hace sentir poderosa.

Nuestras lenguas se encuentran y nos devoramos. Me deja caer sobre la cama y se acopla entre mis piernas, sosteniendo su peso con un brazo para evitar aplastarme.

Bajo mis manos por su pecho y acaricio su corto vello rubio hasta llegar a una de sus cicatrices, y la recorro, dando gracias por tener ahora mismo a Kennan entre mis brazos.

Se separa de mis labios y un reguero de besos desciende por mi cuello.

Me chupa, me muerde levemente, me besa. Noto cómo se acerca hacia mis pechos y cómo juega con la cima de estos, sin llegar al ansiado lugar donde quiero que pose su boca. Tira del sujetador, abriéndolo del cierre que tiene delante, y noto cómo mis pechos hinchados se liberan. Y por fin sus labios se posan sobre uno de mis endurecidos pezones, mientras tortura al otro con su mano. Me retuerzo y gimo de placer cuando lo mueve levemente antes de succionarlo como si bebiera de ellos. Un sinfín de escalofríos va a morir a la unión de mis muslos y me muevo haciendo que el contacto con su sexo calme un poco este placer que me nubla los sentidos. Creo que podría correrme si sigue así, por eso tiro de su pelo para alzarlo. Lo beso mientras, con mis manos, busco el cierre de sus pantalones. Me coge las manos.

—No se sí... —Veo el miedo a hacerme daño en sus ojos.

—Soy más fuerte de lo que crees —le digo tirando del botón de su pantalón y luego de la cremallera. El terror en los ojos de Kennan me hace ir despacio y seguir, sin dejar de mirarlo. Para que vea mi determinación, mi fuerza.

Metó las manos bajo su ropa y atrapo su dureza entre mis dedos. Kennan tiembla de deseo. Su cuerpo se contrae por mi contacto y se aleja.

—Kennan...

—Espera... —me dice alejándose hacia el servicio.

Al poco regresa y trae preservativos. Los deja sobre la cama, va hacia un cajón de la cómoda y saca dos cintas de seda negra. Pienso que me va a atar y la idea me gusta, pero no comprendo que, si teme hacerme daño, me ate a mí.

Se planta delante de mí y me da las cintas. Veo miedo y duda en sus ojos. Siento que entregarme el control le aterra.

—Kennan, confío en ti...

—Yo no. Y aunque esto no me gusta, me aterra el hacerte daño. Deja que sea así la primera vez. Te cedo el control de mi cuerpo —me dice, y noto que por sus ojos pasa un halo de dolor. Me levanto en la cama y lo atraigo hacia mí para besarle mientras lo abrazo.

—Kennan, no tenemos que hacer nada. Yo no quiero hacerte daño.

—Lo sé, te estoy pidiendo ayuda para que alejes mis fantasmas. Creí que tenías ganas de luchar contra ellos.

Se separa de mí tras besarme y lo veo quitarse la ropa sin dejar de mirarme. Guardo un grito de horror cuando veo nuevas cicatrices por sus piernas. Tiene dos, una en cada una. Alzo la mirada por su cuerpo desnudo. Todo fibra y músculos. Y tatuajes que guardan una verdad oculta. Es magnífico..., un Adonis; y su sexo no es para menos. Siento un instante de miedo al verlo. Lo miro a los ojos y sé lo que debo hacer. Tengo que tomar el control ante este hombre que se siente perdido por el dolor que le han hecho.

—Tumbate. Eres todo mío —le digo.

Kennan sonrío de medio lado y hace lo que le pido, tumbándose boca arriba en la cama. Cojo su mano y noto su rigidez. No me mira. Beso su palma y su muñeca. Lo mimo antes de atarle la muñeca a los barrotes de la cama.

—Soy yo. No dejes de mirarme. De mirar quién es la mujer que te va a hacer el amor. —Kennan me mira mientras cojo su otra mano y sigo el mismo proceso.

Cuando está atado me quedo observándolo mientras me quito la ropa interior y me quedo solo con las medias negras. Su mirada cada vez es más oscura por el deseo y eso me alienta a tocarlo con levedad. A pasar mis dedos por mis pechos y llevarlos luego a mi sexo, que, mojado, espera mi contacto. Me acaricio ante él un instante antes de subirme a la cama.

Recorro con mis dedos cada una de sus marcas y las beso, las chupo y las lamo para que el recuerdo de esa atrocidad sea cambiado por el del placer. Me cuesta no dejarme llevar por el dolor, por el miedo de lo que pudo haber sido.

Kennan se retuerce bajo mis labios y noto cómo su cuerpo se eriza por mi contacto. Estoy en sus piernas. Y evito tocar su sexo a propósito. Hasta que lo cojo entre mis manos y le hago el amor con ellas. Nunca he hecho esto con Jarrod. De hecho, nuestros encuentros eran tan rápidos y fríos que, pasado el primer año, siempre era a oscuras o con ropa. Él no sentía deseo de acariciar mi cuerpo ni de tomarse su tiempo para darme placer. Solo pensaba en él. Ahora lo sé. Y yo no puedo conformarme. Yo también tengo deseos, el sexo es cosa de dos.

Subo y bajo mis manos en torno al miembro de Kennan y lo miro a los

ojos. Parece lejos de aquí, veo su tormento en la mirada y me aparto para coger el preservativo.

—¿Alguna vez lo has hecho sin condón? —pregunto con él entre mis dedos.

—No, nunca.

—Yo tampoco, y tomo la píldora. Quiero que me sientas a mí como no has sentido a nadie. Quiero que sientas cómo te hago el amor sin que nada nos separe. Ni tan si quiera esto. —Tiro el preservativo, y ahora sí tengo captada toda su atención—. Confía en mí y no dejes de mirarme. Hoy soy yo quien está contigo.

Noto cómo el tormento de los ojos de Kennan se disipa un tanto, no pierde detalle de cómo me alzo hasta poner su endurecido miembro entre mis piernas. Cierro los ojos cuando su punta acaricia mi sexo. Me muevo para sentirla recorrer mi humedecido sexo y luego la coloco para hacer que entre poco a poco en mi interior. Noto cómo se abre paso en mi sexo y cómo me abro a su invasión. La sensación es increíble. Nunca he sentido a Jarrod así, y sé que no es una cuestión de tamaños, es una cuestión de corazón y de empatía. Nunca he conectado ni física ni emocionalmente con mi marido como sí conecto con Kennan en todos los sentidos.

Me apoyo en su pecho antes de bajar y hacer que se meta del todo dentro de mí. Me quedo quieta, absorbiendo este momento de estar unida a este hombre al que quiero y deseo tanto. Lo miro a los ojos. Los tiene cerrados. Pongo mi frente en la suya y lo acaricio. Le doy tiempo. Espero hasta que abre los ojos, y lo que veo en los suyos es puro y denso deseo. Me muevo sin dejar de mirarlo y gimo por el placer que me produce. Es demasiado bueno. Mi respiración se agita, los latidos de mi corazón se disparan y también los de Kennan. Hago que entre y salga de mí cada vez con más premura. Me agacho y lo beso sin dejar de moverme, sintiendo que, al estar así, mi clítoris está más expuesto a los roces y mi placer aumenta. Nos movemos juntos, noto que estoy cerca... y hago algo que no sé si Kennan aprobará. Lo desato.

—Bell...

—Te cedo el control de mi cuerpo. Hazme el amor como deseas.

—Maldita sea... —Le desato la otra mano y me muevo con más

intensidad.

Noto cómo se controla, y lo hago más rápido hasta que pierde el control y nos gira en la cama para que mi espalda golpee contra el colchón. Atrapa mis labios con ardor y los devora mientras entra y sale de mí con ímpetu. El placer es demasiado intenso. Siento que estoy a punto y Kennan también parece notarlo, porque aumenta las embestidas, hasta que exploto en torno a su miembro. Noto cómo mi orgasmo provoca el suyo y cómo gime entre mis labios mientras nos dejamos ir en este mar de pasión y él se derrama dentro de mí, llenándome con su esencia.

Me abraza con fuerza cuando termina y me cobijo entre sus brazos. Y solo entonces lloro, por el tormento que he visto en sus ojos. Empiezo a creer que alguien le hizo esto porque Kennan estaba con su mujer o con la chica que él deseaba, y fue una cuestión de celos. Y que desde entonces Kennan no ha estado con nadie porque se avergüenza de su cuerpo. O tal vez no..., pero me cuesta encontrar una explicación para sus cicatrices y sus fantasmas que tenga que ver con su falta de ganas de estar con alguien íntimamente. Y todo apunta a que una mujer lo lastimó, y ella, o alguien de su entorno, le hizo esto.

Lloro por este hombre, que ha sufrido a manos de unos desgraciados.

—Lo siento —me dice confundiendo mis lágrimas.

—Tú no me has hecho daño. Lloro por lo que te hicieron sufrir. —Salgo del cobijo de su pecho y lo beso con ternura—. Todo está bien, Kennan.

Veo alivio en su mirada antes de besarme de nuevo. Nos quedamos así. Abrazados, sintiendo cómo los latidos de nuestros corazones se acompañan.

Hemos ganado la primera batalla contra sus fantasmas, y ojalá sea la última, pero siento que vendrán muchas más. Estoy preparada. No pienso echarme atrás.

Me acomodo en los brazos de Kennan, dentro de la bañera, sin querer salir de aquí. Nos habíamos quedado dormidos en la cama, abrazados, y cuando él se despertó, llenó la bañera y me trajo tras despertarme. Su pecho acaricia mi espalda y juego con sus brazos, que me rodean.

—No quiero irme. No quiero regresar a esa casa. ¿Por qué no nos quedamos aquí? —Le recorre un escalofrío.

—No puedo, aunque me encantaría. Tengo algo que hacer. No estoy allí por placer, Bell.

—¿Y por qué, entonces?

—No puedo decirte más. Confía en mí. Te juro que a mí me hace la misma poca gracia que a ti dejar que vayas a tu casa con ese desgraciado.

—Él y yo no estamos juntos como marido y mujer, ya lo sabes —le aclaro de nuevo.

—No lo soportaría. Nunca he soportado que te toque.

—¿Por eso aceptaste el trabajo de modelo?

—Sí —me dice sin duda alguna.

—Y te lo buscó mi madre para separarte de mí... No sabes cómo la odio. No sabía que ella tuviera una agencia de modelos...

—No la tiene; pero me hizo fotos y se las dio a una amiga, que me buscó y me ofreció un buen trabajo. Cobrando un buen sueldo. A la vista está lo que tengo. Pero el dinero nunca fue importante para mí. Solo supe invertirlo bien y triplicar mis ingresos.

—¿Y por qué regresaste para trabajar sustituyendo a tu padre?

—Me dijo que le debía un favor, y lo hice por él. No he dejado de trabajar, Bell, el dinero no me ha cambiado. Solo es algo que tengo. No soy como tus conocidos. No me gusta alardear de ello.

—Y, sin embargo, te has comprado una casa con todo tipo de lujos para que todos sepan que ahora tienes lo mismo que ellos. —Me giro entre sus brazos hasta quedar de cara—. ¿Qué me ocultas? ¿No confías en mí?

—Confío en ti, pero no puedo hablar. Dame tiempo. —Asiento porque noto la angustia en sus bellos ojos.

—¿Y cuándo podremos vernos?

—Yo te lo diré. Tienes que hacer lo que te diga. Necesito que nadie note lo que hay entre los dos.

—¿Y qué hay entre los dos? —le pregunto acariciando su barba incipiente.

—Lo que siempre hubo. Eres mía porque yo soy tuyo.

Sonrío enamorada y lo beso confirmando sus palabras.

Entro en mi casa recordando lo vivido y sabiendo que debo aparentar frialdad delante de todo el mundo. Sobre todo ante Jarrod. No creo que le siente muy bien saber que su mujer tiene un amante. Es tan egoísta que cree que él puede hacer lo que quiera y yo tengo que quedarme en casa a expensas de sus deseos. En el fondo se merece ser un cornudo, porque yo lo soy. Porque este juego es de dos, y si él me faltó al respeto, yo no le tengo ninguno. Para mí este matrimonio está roto.

No saber los motivos de Kennan para seguir con la farsa me inquieta, aunque me haya dicho que soy suyo y aunque sienta que le importo. Temo que no sea suficiente. Temo que lo que sea que tiene que hacer aquí nos separe de nuevo. No me gusta estar apartada de algo que, como es evidente, es importante para él.

Me cambio de ropa, aunque sigo llevando ropa que para nada es cómoda. Estoy yendo hacia la cocina cuando suena el timbre de la puerta. Espero a que abran. Veo aparecer a mi madre y me cuesta mucho mantenerme impasible. Por su culpa Kennan se fue. Por su culpa yo me vi más unida a Jarrod, porque sentía que era el único al que le importaba.

—¿Dónde estabas?

—En el salón de belleza y de compras.

—Sí, se nota que han hecho un buen trabajo, tu piel resplandece. —Me cuesta no sonreír, porque si resplandece es por acostarme con quien ella tanto odia—. ¿Por qué te has ido sola? Podrías haber llamado a Crystal. Su marido se ha vuelto a ir de viaje y me consta que ha venido a verte y a pasar la tarde contigo.

—Me gusta hacer cosas sola. Como a todo el mundo, supongo.

—Bueno, pero no te acostumbres o la gente pensará que tienes un amante —dice, y me inquieta que pueda saber algo—. Me quedo a cenar contigo. Tu padre está con sus amigos en el club.

Asiento, no me queda otra. El mayordomo me informa de que mi marido no vendrá a cenar, que avisó antes. Espero a que preparen la mesa, y cuando

la cena está servida, me siento al lado de mi madre y ceno como si no estuviera desando perderme en la soledad de mi cuarto.

—Estas fiestas las pasaremos en el club.

—Pensaba que la Navidad era para pasarla en familia.

—Idea de tu padre. Este hombre ya chochea —dice con desprecio—. Os pasaré información de la hora de la cena. —Asiento—. A ver si este año que entra al fin me traéis un nieto.

Casi echo la comida de la boca. Trago con dificultad y la miro.

—No está en mis planes ser madre aún.

—¿Aún? Ya tienes veintinueve años —me dice remarcando la edad que cumplí hace una semana—, es hora de que dejes de ser tan egoísta y pienses en que, como no te pongas pronto, te va a costar tanto como a mí concebir.

Me recorre un escalofrío, no porque no quiera tener hijos, sino porque no me veo teniéndolos con Jarrod. No quiero esto para mi hijo. No quiero esta vida. Quiero que sea libre para elegir. Que su vida no esté marcada desde niño. Que su destino solo lo escriba él.

—Ya se verá —le digo, sabiendo que es el único modo de que me deje en paz.

Terminamos de cenar y, tras el postre, se marcha. Los trabajadores recogen y se van también a sus casas. Me quedo sola y me voy a mi cuarto. Me encierro en él y veo sobre la cama una caja y una nota. Sé que es de Kennan antes de cogerla. La nota no está firmada, pero reconocería su letra en cualquier parte.

Por tu cumpleaños. Que sea un año cargado de decisiones propias.

La abro y miro asombrada la pulsera. Es preciosa. Me encanta. Son dos corazones entrelazados. Lloro de felicidad, porque esta era la pulsera que yo quise hace tantos años. En aquella época, poco antes de mi cumpleaños, le dije que había visto en una tienda una pulsera preciosa con dos corazones entrelazados; esperaba que él me la regalara. Era de plata y no costaba mucho. En el fondo ansiaba que, si me la regalaba, fuera una señal de que sentía algo por mí. Fui una niña ilusa que tuvo que aceptar que Kennan no

tenía los mismos sentimientos que yo. O eso creía. Porque esta es la pulsera. Y dudo que la acabe de comprar, han pasado más de catorce años. La compré, pero nunca me la dio, esperando el momento perfecto para dármela.

Me la pongo ilusionada, sabiendo que tengo que luchar por esto. Que no puedo dejar que nadie más nos separe. Y mucho menos él mismo.

KENNAN

Me despierto agitado por las pesadillas. Me doblo de dolor, como si las heridas de mi cuerpo estuvieran abiertas, recordando cada perforación y todo aquello que sentí. Voy hacia el cuarto de baño y me lavo la cara con agua fría. Al mirarme en el espejo me cuesta reconocerse, es como si hubiera viajado en el tiempo. Como si siguiera siendo aquel chico manipulable, aquel que sin saberlo vendió su alma.

Trato de alejar estos pensamientos, de encerrarlos, pero no puedo. Están ligados a lo que siento por Bell, a mi deseo por ella. Sabía que, si me acostaba con ella, esto pasaría. El placer va ligado al dolor, y cuanto más la deseo, más recuerdo lo que sufrí.

¿Cuánto tiempo podré soportar esto sin destruirnos a los dos?

Capítulo 17

BELL

Observo a Fiona atender a unos clientes. Me he escapado diciendo que me iba de compras; he comprado algunas cosas, por tener algo, y he venido aquí. Todo con tal de salir de esa casa. Mañana es Nochebuena y vamos a ir a una fiesta en el club social. Desde el lunes no veo a Kennan, aunque sí nos hemos escrito cada noche. Le di las gracias por la pulsera y le pregunté si es la que yo quería hace años, y me dijo que sí. Cambió de tema para que no indagara más, aunque yo ya tenía suficiente con esa afirmación. No me la he quitado desde entonces. Me encanta llevarla y mirarla. Es nuestro secreto.

Fiona lo sabe todo y tampoco entiende qué puede querer Kennan de allí, aunque vi inquietud en su mirada..., y ella sí sabe más que yo de su pasado. Que se inquietara no me dejó tranquila.

—Bueno, ¿preparada para la fiesta de mañana? —me pregunta en cuanto nos quedamos solas.

—No, la verdad es que no tengo ganas de pasar así la Navidad. Debería de estar acostumbrada, desde niña nunca he tenido una Navidad normal.

—¿Cómo es normal para ti? —me pregunta.

—No sé, supongo que siendo felices y no estando encorsetada en el papel que debes representar ante los demás.

—Te entiendo... Yo la pasaré con Marcelo y sus padres. Estoy algo nerviosa.

—Seguro que os va muy bien, se nota que le importas.

—Bueno, eso parece. Todo es muy bonito al principio, muchos «te quiero» y frases dignas de un libro romántico, pero luego todo se apaga y, si no son reales, no queda nada. Ahí es cuando los hechos son lo único que queda, cuando te das cuenta de si todo eran palabras vacías.

—Dale tiempo.

—¿Y tú? ¿Verás a Kennan?

—No lo sé. Parece que me está evitando —le reconozco.

—Dale tiempo —dice sacándome la lengua tras repetir mi frase.

Entran unos nuevos clientes y me voy a por unos cafés y un poco de tarta. Al regresar está Fiona sola y nos los tomamos mientras hablamos.

—Una noche tienes que ingeniártelas para venir a mi casa. Lo pasé bien cuando salí contigo.

—Yo también. A ver si Jarrod sale de viaje. Últimamente hace pocos y estoy desando que se pierda unos días por ahí.

—No me extraña, no sé cómo lo soportas. Aunque, ahora que tienes a Kennan, es todo más fácil de llevar.

—¿De verdad tengo a Kennan? A veces temo que, cuando me descuide, se haya ido.

Por la mirada de Fiona pasa algo que no sé cómo descifrar...; una vez más, los secretos de Kennan me ponen de los nervios. Tengo que investigar y llegar al fondo de esto si él no me lo cuenta. Saber que lo que sucedió le llevó a que casi lo mataran no me deja especialmente tranquila.

He llegado a pensar si la chica con la que sale en esa foto que vi en Google fue algo suyo y es por ella por lo que odia el sexo. Siento celos cada vez que busco la foto y los veo juntos. Ella tan sonriente; y él, resignado. Tal vez no vayan por ahí los tiros, pero no sé qué más pensar. Solo que la vida que llevó como modelo le dejase tocado. Fiestas, alcohol, drogas y sexo con diferentes mujeres. Esa opción tampoco me gusta. No me gusta imaginar a Kennan entre tantas mujeres.

Me despido de Fiona y me marcho de vuelta a mi casa, rezando para cenar sola, para no tener que soportar la cara de Jarrod. No tengo esa suerte, en cuanto salgo del garaje por la cocina oigo su voz y luego su risa. Está claro

que está con alguien.

No me apetece soportar a ninguno de sus amigotes o socios. Son todos igual que él. Me arreglo la ropa y voy hacia el salón. Cuando llego y veo con quien está Jarrod me cuesta mucho mostrarme impasible. Nuestro invitado es Kennan, que me observa de reojo mientras da un trago a su copa.

—Querida —dice Jarrod viniendo hacia mí y cogiéndome la mano, cariñoso—, espero que no te importe que haya invitado al señor Ross a cenar. Hemos estado toda la tarde hablando de negocios y me pareció lo menos que podía hacer por él.

—Me parece bien, encantada de verlo, señor Ross —le digo con una sonrisa en los labios y una mirada aterrada, porque esta situación de tener a mi marido y a mi amante en la misma casa no es muy grata—. Ahora mismo bajo.

Subo a dejar lo que compré y a relajarme. Me retoco el maquillaje y bajo a donde se encuentran los dos hombres. Llego al salón y veo a Kennan solo, mirando por la ventana hacia su antigua casa. Me acerco al mueble bar que está a su lado y me sirvo algo. No me mira, pero sé que está pendiente de todo lo que hago.

—¿Qué haces aquí? —le digo observando que nadie me vea.

—Negocios. Tranquila, Bell, trátame como siempre. No es la primera vez que fingimos ante todos que no nos conocemos.

—Ya, pero empiezo a estar harta de esto —le reconozco.

—Tiempo. Es lo único que te puedo decir.

—¿Y luego qué? No hemos hablado de estar juntos, de que me propongas algo... No sé qué sientes por mí.

—No es lugar para hablar de esto —me dice tenso, y se aleja.

Me bebo la copa de un trago. Jarrod aparece y nos dice que la cena está lista. No ve nada raro entre Kennan y yo, porque cada uno estamos en una punta. Voy hacia la mesa, siguiéndolos. Jarrod se sienta presidiendo la mesa y yo a su izquierda. Kennan a su derecha, enfrente de mí, y me cuesta mucho no mirarlo. No admirar lo atractivo que está con el traje que luce y no desear apartarle de la ceja el pelo rubio que le cae sobre esta, como si se hubiera pasado los dedos varias veces entre sus hebras.

Me cuesta no pensar en sus manos recorriendo mi cuerpo cuando de reojo las veo coger la copa o comer. O no recordar lo que sentí cuando lo tenía dentro, cuando al respirar su perfume penetra mis sentidos.

Cuesta estar tranquila cuando escucho cómo Kennan, que es mi amante, habla con el hombre al que le he jurado fidelidad, como si nada. Hablan de negocios y no me prestan atención alguna. Me centro en comer mientras pienso qué puede ser lo que Kennan quiere de Jarrod. ¿Tendrá este algo que ver con sus heridas?

Miro a mi marido de reojo y... no me extrañaría. Pero sé que, de hacerlo, él no se hubiera ensuciado las manos. Hubiera mandado a otra persona. ¿Está Kennan tratando de descubrir algo que pruebe que está detrás de su intento de asesinato?

Se me cae el tenedor de golpe al plato y ambos me miran. Creo que empiezo a ser consciente de lo que Kennan busca aquí. Siento que está buscando venganza.

—Lo siento..., me distraje.

—No pasa nada. —Jarrod hace de amoroso esposo y me acaricia la mejilla.

Alzo los ojos y veo a Kennan mirándolo de manera asesina. Aparta la mirada y, por suerte, Jarrod, su mano. Su contacto me repugna, y más si ha tenido algo que ver con lo que le sucedió a Kennan.

La cena llega a su fin y espero que pasemos a tomar una copa, pero ellos parecen tener otros planes.

—Nos vamos a ir a tomar algo fuera. No llegaré tarde —me dice Jarrod dándome un beso en los labios.

No lo ha hecho desde que regresé, y que lo haga delante de Kennan me inquieta, sobre todo porque solo puedo sonreír y no tengo oportunidad de recordarle que este no era el trato. Me aparto con una sonrisa y me despido de ellos para subir a mi cuarto.

No tardan en irse. Cuando me quedo sola, me encierro en el cuarto con mi ordenador para buscar trapos sucios de mi marido.

Tras más de una hora mirando en la red no encuentro nada. Solo sale su nombre en algunos eventos a los que ha acudido o acuerdos que ha cerrado.

No hay nada. Nada que me haga pensar que esconde algo oscuro. Pero es Jarrod..., el hombre que me engañó durante años, es el rey del engaño, el rey de las dos caras. Tengo que estar atenta.

Estoy pensando en acostarme cuando suena mi teléfono, es el de Kennan. Lo cojo.

—Hola. ¿Qué tal os va la fiesta?

—Bien, a tu marido mejor a que a mí, que se ha perdido con dos mujeres. Te espero en la puerta trasera de mi casa. Al final de la valla he dejado dos maderas sueltas para que puedas pasar.

—Qué bien que quieras verme. Pensé que esta semana me evitabas.

—Es posible. No tardes, estoy llegando. Y ponte ropa de abrigo. Hace mucho frío.

Cuelga, dejando un halo de misterio. Me pongo ropa de abrigo y pienso por dónde salir. No hay nadie en la casa, pero quiero dejar la puerta de mi cuarto cerrada con llave por si viene Jarrod, para que no pueda entrar y ver que no estoy. Así que salgo por la ventana y uso la enredadera para bajar.

Lo hago sin pensar; de niña lo hacía muy a menudo para ir a casa de Kennan. Bajo y camino hacia donde me ha indicado Kennan para pasar la valla. Toco las maderas y, tras levantarlas, me dejan, miro hacia arriba iluminada por mi móvil y veo que ha puesto unas bisagras para moverlas mejor y que nadie note nada. Me adentro en su propiedad y espero. Al poco se abre la puerta y aparece Kennan con la ropa de antes.

—Pasa.

Entro en la casa y me sorprende cuando me coge la cara entre sus manos y me besa. Sé que trata de borrar el rastro de los labios de Jarrod. Estoy jadeando cuando se separa.

—No soporto que te toque, y menos que te bese.

—Es la primera vez que lo hace desde que ha regresado. ¿Crees que ha notado algo?

—No creo, si no se hubiera quedado contigo en casa y no se habría ido a ponerte los cuernos.

—Déjalo, a ver si se pierde unos días y me deja en paz. ¿Dónde vamos? Dudo que me hayas hecho abrigarme tanto para estar en tu casa, aunque el

plan me gustaría...

—Nos vamos. Es sorpresa.

—No sé si alegrarme por la sorpresa o enfadarme porque sigas ignorándome.

—No te ignoro. —Eso dice, pero noto que sí.

—Kennan...

—Ve al garaje. Me cambio y bajo.

—¿Y si me ve alguno de tus trabajadores?

—Estoy solo por las noches. Ve, ahora voy yo.

Voy hacia el garaje y veo en él varios coches. Me fijo en que tiene un Ferrari rojo. No me pega esto con el Kennan que conozco. ¿Y si no estoy viendo la realidad?

—¿Te gusta?

—No. ¿Y a ti?

—Bell, solo es un papel...

—Pero este dinero es tuyo. —Asiente—. ¿Quién eres?

—Soy yo, soy lo que ves. El dinero no me ha cambiado.

—El dinero no, pero otras cosas sí.

—Sí.

—¿Corres peligro? ¿Vas tras tu asesino? ¿Estás buscando si fue Jarrod quien mandó matarte? —Tenso, se acerca. Coge mi cara entre sus firmes manos.

—Confía en mí. Y, por favor, no investigues. Mantente al margen o, mejor, deja a tu marido y vete a casa de Fiona.

—No lo haré; si tú te quedas, yo también. Yo decido, ¿no?

—Bell —dice mi nombre con cariño y firmeza—, te juro que, si fuera arriesgado o corriera algún tipo de peligro, ya te hubiera sacado de aquí, aunque me odieras toda tu vida. Nunca haría nada que te pusiera en peligro.

Me tranquiliza, porque tal vez esté viendo cosas donde no las hay y quizá solo quiera dejar claro a esta gente que ha tratado tan mal a su padre y a él que nunca se debe menospreciar a nadie, porque la vida da muchas vueltas y un día te puedes tragar tus palabras. Tal vez lo que necesita Kennan es demostrarles que ha triunfado y por eso pide tiempo... Es posible, pero no lo

tengo claro. Hay algo que no me cuadra en todo esto y sé que no lo dejaré pasar así como así.

Asiento. Tira de mí hacia un Mercedes muy elegante con los cristales tintados.

Me pide que me ponga el gorro y me alce la bufanda de modo que solo se me vean los ojos. Salimos de su casa y luego del recinto de la urbanización, y entonces me quito el gorro y la bufanda. Kennan me pasa su móvil para que pueda cambiar de música. Miro sus listas de reproducción. Hay una carpeta que es de la música que solíamos escuchar en el cobertizo. La pongo y, como hace años, acabo cantando a grito pelado y moviéndome con la música sin pensar en el ridículo. Lo miro de reojo mientras hago el tonto y lo veo sonreír. Su sonrisa es más intensa por momentos y me enamora más cada vez que la veo. Acabo cantando dos canciones más, feliz y riendo. Detiene el coche al rato y me cuesta darme cuenta de que se ha parado, hasta que siento la intensa mirada de Kennan, que no pierde detalle de lo que hago. Me pierdo en sus ojos, que parecen más cálidos que nunca.

No sé quién da el primero paso, solo sé que acabo sobre Kennan, besándolo como si no hubiera un mañana, presa de esta felicidad del momento. Me separo jadeante y apoyo mi frente en la suya.

—Hola —le digo, como si en cierto modo acabáramos de encontrarnos.

—Hola. Cantas igual de mal que hace años. —Le golpeo de broma y se ríe. Se ríe.

Me quedo impactada por su risa. Es ronca y sensual. Se calla y me mira, feliz.

—Hazlo otra vez —digo acariciando sus labios.

—No creo que me salga, y ahora vayámonos o no podré enseñarte lo que deseo.

Abre la puerta y me ayuda a salir del coche. Coge mi gorro y mi bufanda. Hace mucho frío y pronto sé por qué. ¡Está nevado! Miro impactada a mi alrededor y enseguida sé dónde estamos. Kennan cierra el coche y viene hacia mí, que observo dichosa este entrañable pueblo en la montaña. No me puedo creer que se acordara. De niña le decía que deseaba ver este pueblo del que la gente hablaba, donde siempre nieva por Navidad y que está decorado

con cientos de luces amarillas en cada uno de sus árboles. Nunca he tenido tiempo para venir a verlo. Es de esos lugares que ansías ver pero que esperas el momento indicado para que sea más placentera la visita.

Andamos por el pueblo, que está vacío por las horas que son, cerca de las dos de la mañana. Llegamos a la plaza del pueblo, donde hay un inmenso árbol de Navidad. Es mucho más bonito de lo que pensaba.

Me quedo mirándolo embobada hasta que un pequeño regalo aparece delante de mis ojos y centro mi vista en él.

—Feliz Navidad. Dudo que podamos celebrarlo juntos en otro momento...

Me vuelvo para mirar a Kennan, que se ha apoyado en la barandilla que rodea al árbol.

—Yo no tengo nada...

—No lo necesito, te tengo a ti. —Me sonrojo—. Ábrelo.

Curiosa lo abro y veo un llavero que es una B, de mi diminutivo. Solo él me llama así y, bueno, ahora también Fiona. Desde niña todo el mundo me dice Cristabell, pero cuando yo pienso en mí misma lo hago como Bell, porque me recuerda a cómo me llama Kennan desde siempre. Lo miro a la espera de que me explique el mensaje oculto. Kennan parece cortado de golpe.

—Yo sí me veo en un futuro a tu lado, Bell. No podemos poner nombre a lo nuestro, pero eso no le resta importancia.

Me emocionan sus palabras y me lanzo a sus brazos para besarlo. Nos besamos hasta que el beso se hace más intenso y entonces nos separamos para recorrer este pequeño pueblo con cuidado de no resbalar, hasta que se me ocurre una idea y voy hacia un montón de nieve.

—No, Bell...

—Sí, Kennan, no seas viejo.

—No seas tú cría. —Le saco la lengua y desiste cuando ve que me pongo a hacer bolas grandes con la nieve para crear un muñeco.

Kennan está sentado en un banco que no tiene nieve. Me río mientras creo mi obra de arte y, cuando lo acabo, me quito los guantes y la bufanda para ponérselos al muñeco de nieve y le paso una mano por sus supuestos hombros. Kennan me hace varias fotos y, una vez más, aparece su sonrisa.

Me quedo boba mirándola; quiero ir hacia él, con la mala suerte de que me resbalo y caigo sobre el muñeco de nieve, destrozándolo.

Se ríe mientras viene a por mí; tiro de él cuando me ayuda a levantarme y acabamos los dos en el suelo, rodeados de nieve. Está sobre mí, aguantando su peso para no aplastarme.

—Te vas a resfriar.

—Así me pierdo la fiesta de mañana. No quiero ir. ¿Irás tú?

—No, me voy a pasar unos días con mi padre.

Saber que se va me deja triste, pero sonrío para que no lo note. Es normal que quiera ir a ver su padre en unas fechas tan señaladas.

—¿Qué tal le va?

—No se acostumbra a estar sin hacer nada. No creo que tarde mucho en buscarse un trabajo.

—Oye, ¿y por qué no se retiró hace años? Podías mantenerlo. —Por los ojos de Kennan pasa un halo de dolor.

—Mi padre no quiere nada que venga del dinero que gané.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Porque no —lo imito—. Eres irritante.

Se levanta y me tiende una mano.

—Y tú vas a coger una pulmonía.

Andamos hacia su coche. Las luces de Navidad del pueblo se apagan y nos guiamos por las de las farolas. Llegamos y me pide que me quite todo lo que esté mojado. Menos la ropa interior y mi jersey, todo está calado. Él se ha mojado menos que yo y, cuando me siento, me pasa por las piernas su jersey y su bufanda. Pone la calefacción y nos quedamos en el coche escuchando música, ninguno de los dos tiene ganas de regresar a la realidad.

—Quiero saber más cosas de ti. ¿Cómo era ser modelo? ¿Vivías solo?

Kennan piensa en qué decirme y por un momento creo que no me dirá nada, hasta que se lanza a hablar.

—Vivía con unos compañeros de trabajo. Y ser modelo fue muy bonito, al principio. Luego te das cuenta de la mierda que te rodea y dejas de ver su atractivo.

—¿Qué pasó?

—Uno de mis compañeros de piso casi muere por anorexia. Estaba tan obsesionado con ser perfecto que casi no comía nada. Por suerte lo cogieron a tiempo.

—Lo siento. Sí, es cierto que cuando se trata de problemas alimenticios se suele pensar más en mujeres, pero los hombres no están exentos de esto — señalo—. ¿Y tú? ¿Eras un metrosexual? Ahora se nota que no, y de pequeño tampoco dabas mucha importancia al aspecto físico.

—Hacía mi trabajo. Estaba como ellos me decían. Cuando dejé todo eso... me abandoné bastante.

—¿En plan ermitaño de barba de varios días y greñas? —Asiente—. Ahora los chicos con barba están de moda..., además, dudo que aun así estuvieras feo.

—La belleza no lo es todo.

—Cuando te digo que me pareces guapo es mi forma de decirte que me gustas —le digo molesta porque me haga sentir superficial—. Jarrod es guapo y, sin embargo, para mí es horrible.

—Ahora te parece así, Bell, te recuerdo que te gustaba.

—Me gustaba, pero no lo quería; te quería a ti, por si lo has olvidado. Y tú pasaste de mí. —Se vuelve y me mira de reojo—. Mi madre te quería lejos porque sabía que estaba enamorada de ti. En parte la culpa de que fueras modelo es por mí. Aunque te ha ido bien...

—El dinero no lo es todo —dice serio, y otra vez me hace sentir mal.

—¿Sabes qué te digo? Que te den. ¿No te gustó ser modelo? ¡Dime por qué! Haz que entienda por qué odias lo que fuiste. Te vi en una foto de cuando empezaste. De hecho, la tengo aquí. —La busco en el móvil al recordarlo y se la muestro—. En esta foto parecías feliz.

Kennan coge el teléfono y luego me mira.

—¿De dónde has sacado esta foto?

—De Google. Pero no hay más. Y en ella sonrías.

—En esta foto pensaba que todo iba a salir bien. Que ese mundo no era una mierda y que podría sacar a mi padre de ese agujero.

Veo el odio brillar en sus ojos verdes.

—¿Y qué pasó luego?

—Que descubrí que la vida es una mierda y que, cuanto más reluce algo, más te ciegas. ¿Qué más quieres saber? —me dice de forma borde.

—Quiero irme a casa, no quiero seguir sentada con un borde que no me explica por qué es así, que me hace sentir una mierda porque trato de entenderlo y, además, la cago por decirle que me parece guapo y porque las cosas le vayan bien. Sé mejor que nadie que el dinero no da la felicidad. Y que la belleza no lo es todo. Te olvidas de que hablas conmigo, tu amiga, la niña pija que nunca ha tenido amor. Que los únicos que la han tratado con cariño en toda su vida habéis sido tú y tu padre. Así que no me digas que el dinero no lo es todo, porque te aseguro que ya lo sé.

Kennan maldice y me coge para sentarme encima de sus piernas. Lo miro enfadada y entrelazo mis brazos ante mi pecho para demostrarle que estoy muy cabreada. No lo parece, teniendo en cuenta que estoy en braguitas ahora mismo sobre él.

—Me fui con la idea de volver a ti, Bell. Quería ser digno de ti —me reconoce, y me recorre la espalda con las manos. Debe de notar el escalofrío que siento por sus palabras—. Tu madre me dijo que, si me iba y regresaba hecho un hombre de provecho, no se opondría a mis intenciones de tenerte. Que sabía lo que yo sentía por ti.

—Y yo me casé antes de que pudieras volver —adivino—. Yo no lo sabía.

—Lo sé. Al año de haberme ido ya había olvidado mi meta. Estaba perdido en ese mundo donde te crees famoso. Donde te engañan y te hacen creer que vas a ser el próximo modelo de moda. Tienes solo diecisiete años, pero vives en un mundo de adultos. Un mundo que no entiendes, y te crees el amo de todo. Piensas ilusamente que tienes el control, hasta que te das cuenta de que el control no es tuyo y que no puedes salir de esa mierda. Cuando quise salir ya era tarde. Y ya no era digno de regresar a ti, por mucho dinero que tuviera.

—¿De dónde quisiste salir? —le digo bajando los brazos.

—De todo aquello. Fiestas, drogas... —me dice tenso por mi reacción—, ya no era yo mismo. Mi idea de volver a ti estaba lejana y me centré en lo que

sabía de ti por mi padre. En que estabas con otro, en que eras la prometida de Jarrod. No quería reconocer que me dolía —admite. Lo abrazo, apoyando mi frente en la suya—. Acabé odiando el sexo, y casi se me olvida lo que es desearte como te mereces. Y en ese proceso acabé siendo lo que soy ahora, un capullo que hace daño a quien más le importa.

—Bueno, pero eres mi capullo, y me gusta cómo encuentras siempre el modo de llegar a mí. —Lo beso y me pierdo en sus labios. Me apoyo en el hueco de su cuello y lo abrazo, sintiendo cómo me rodea—. Me hubiera gustado verte desfilar. Con esa chulería de chico despreocupado que tienes.

—Era pésimo. Si hubiera sido feo, no me hubieran pasado muchas. Pero en las fotos quedaba bien, y era deseado por el público. Eso lo compensaba todo. —Le recorre un escalofrío al recordar eso—. Ahora estoy aquí. No debo olvidarlo.

Me separo y lo miro. Agacha la cabeza.

—¿Qué me ocultas?

—Nada.

Miente, aunque no puedo verlo en sus ojos. Espero que me bese, que diga algo, que sigamos hablando. No quiero irme. Sin embargo, hace lo que menos deseo: me deja en mi asiento y me dice que nos vamos. Me paso la vuelta sin comprender por qué estamos yendo a casa, por qué no me ha besado como deseo, por qué tras varios días sin vernos y una noche mágica, pese a todo, no hace el amago de ir a más. Espero que solo sean sensaciones mías y que cuando lleguemos haya una explicación. Pero no. Al llegar a su garaje me pregunta si me acompaña a mi casa. Está distante, como si me evitara. Odio sentir este deseo crecer en mí, pienso que soy una salida por desear a mi hombre. Es lo que sentía cuando mi marido me dejaba insatisfecha. Me da miedo decirle que lo deseo, por si piensa que solo quiero eso de él. Y mientras le digo que no, me despido de él con un casto beso, demasiado casto para el fuego que siento dentro, y me marcho temerosa de que piense mal de mí. Lo miro a los ojos, sabiendo que leerá lo que me pasa. Sabiendo que, si no quiere dar un paso, es porque algo se lo impide, y cuando veo que se despide de mí de manera superficial, todo el deseo que siento se transforma en enfado.

Me está evitando. Ahora tengo que saber por qué.

Llego a mi cuarto usando la enredadera y trato de montar mentalmente el rompecabezas que es Kennan. Trato de saber en qué punto todo se tornó oscuro en su alma. O si solo fue porque se dejó llevar, como ha dicho, por ese mundo de fiestas, drogas y sexo. Seguro que a Kennan no le han faltado atenciones femeninas, como ya temía. Hasta los veinticuatro años... Luego algo le hace no desear acostarse con nadie. Hasta que llego yo, pero teme que el deseo que siente por mí me destruya. No hay duda de que me evita porque no sabe si me lastimará.

Bajo de nuevo por la enredadera y voy hacia su casa. Toco la puerta de la cocina. Me asomo y busco luz. No veo nada. Lo llamo, pero tiene el móvil apagado, y en el fondo sé que no está, que se ha ido, como si solo la distancia pudiera evitar que me siguiera, que aceptara el deseo que había en mi mirada.

Lo odio por dejarme de lado. Por no contarme la pieza que falta en todo este rompecabezas. Y me juro a mí misma que, si él no me la cuenta, yo la averiguaré. No pienso volver a mantenerme al margen, y mucho menos ante el hombre que amo.

Capítulo 18

KENNAN

Observo a Bell con Crystal. Esta última no deja de hablar y todas se ríen, menos Bell, que da pequeños tragos a su copa antes de volverse a mirar la noche tras el cristal; y es entonces cuando me ve reflejado en este y veo cómo sus ojos se agrandan y su espalda se pone rígida. Nadie se da cuenta, salvo yo. Se vuelve y me mira de reojo. Noto cómo cambia su postura y pasa de estar apática a cobrar vida. Veo la furia en su manera de fruncir los labios y cómo el pecho le sube y baja con rapidez. Se toma el vino de un sorbo y trata de recomponerse. De que nadie note cómo su cabreo conmigo la desconcierta.

Hoy es la fiesta de Año Nuevo. Llevo sin llamarla desde que salí con el coche precipitadamente para evitar acudir a ella. Para impedirme ir a buscarla y hacerle el amor como deseaba. El problema es que temía que el deseo me cegara. No he dejado de soñar con ella y con mis pesadillas. Paso del placer al dolor en un segundo y tengo miedo de no poder diferenciarlo una vez me adentre en su cuerpo. Temo que transforme en furia el deseo.

La miro sin que nadie se dé cuenta y voy hacia donde está su marido. Me he acercado a él, entre otras cosas, para estar cerca de ella y para controlar que no le haga daño, que no la lastime. Es un bocazas, todos los que le rodean saben que le pone los cuernos a su mujer y no parece importarle. No mientras Bell parezca tonta y no haga nada por mandarlo a la mierda.

Me saluda y me dice que me ha echado de menos. Sé que no es así, pero le gusta que los demás crean que somos íntimos, ahora que me he convertido en el nuevo vecino rico.

Me fijo en Bell y la pillo mirándome un instante. Está preciosa, como siempre, pero no es ella. El vestido que lleva oculta sus atractivas curvas y ese peinado, con un moño algo rígido, le hace parecer más mayor de lo que es. Me gusta más con su pelo castaño suelto. Aun así, nunca ninguna mujer ha conseguido que mirarla se convierta en un placer para mis ojos. Y luego la juzgo a ella por decirme que le gusto... No es que no me halague..., pero me trae recuerdos de cuando no me gustaba mi cara. De cuando odiaba ser atractivo y no poder escapar.

—¿Te apuntas luego a una fiesta de verdad? —me dice Jarrod.

—No sé si podré.

—Vamos, no puedes rajarte. Conozco un lugar especial para... tú ya me entiendes —sonríe. El otro día le hice creer que me fui con dos y lo único que hice fue darles el dinero y salir de allí sin delatarme.

—Claro.

—Hola, chicos —dice Filippo acercándose a nosotros. Está muy sonriente. Mira a Crystal y la saluda.

—Se te ve muy feliz. Demasiado, he de añadir —dice Jarrod—. ¿Algo que debamos saber?

Filippo mira a nuestro alrededor y, al ver que nadie nos presta atención, habla.

—Creo que mi mujer está en estado. Estoy esperando que me lo confirme, pero lleva unos días vomitando y creo que es una señal. Llevamos mucho tiempo intentándolo. —El hombre parece verdaderamente feliz y siento lástima por él—. Bueno, os dejo, voy a hablar con mi suegro.

Lo veo alejarse y miro un segundo a Bell antes de centrarme en su marido. Sigue enfadada, aunque nadie lo note. Tengo que hablar con ella.

—Ese pobre infeliz no sabe que ese niño bien podría ser de cualquiera de los que están aquí. Es un cornudo y ni siquiera lo sabe. —Da un trago a su copa—. Yo por lo menos sí tengo la certeza de que, de tener un hijo, sería mío cien por cien. Mi mujer, la pobre, es tan inocente que ni se le pasaría por

la cabeza serme infiel. —Me cuesta mucho contenerme y hacer como si nada—. En fin, es lo que pasa cuando no atas en corto a tu pareja, que acaba por rebelarse. Eso no me pasará a mí nunca con Cristabell. —La saluda y siento deseos de golpearlo por lo cínico que es—. Bueno, vamos, me aburro aquí. Voy a llevar a mi amada esposa a casa y quedamos luego en el pub. Te mando las indicaciones.

Me marcho y espero a estar casi llegando para llamar a Bell. No me lo coge. Me manda un mensaje que leo cuando aparco.

No pienso estar solo para cuando tú quieras. Si quieres algo, ya sabes dónde encontrarme, pero que sepas que, si te veo, pienso acostarme contigo. Si no, mejor ni me busques.

Leo el mensaje varias veces y recuerdo su mirada dolida. Sabía lo que sentía. La humillé. Y no le supe decir que la deseaba con locura y que me apartaba por miedo. Ahora toca decidir si quiero correr el riesgo de volver a hacerle el amor y mantener a raya mis temores.

BELL

Me cuesta mantenerme despierta y ni siquiera lo bueno que es el libro consigue despejarme. Llego a una escena erótica y la forma de narrar de la autora hace que se me erice la piel. Me imagino a Kennan amándome de esa forma y... acabo por cerrarlo, porque me hace añorar lo que no tengo. Y duele más ahora que lo conozco. Ahora que sé lo que es que mi piel arda hasta la combustión en los brazos de mi amante.

Es más duro sabiendo que el sexo es lo que me separa del hombre que quiero.

Estoy apagando la luz cuando tocan mi puerta. Me tenso porque pueda ser Jarrod. Cada vez lo soporto menos, y siento que me observa como si notara en mí el cambio que se ha producido por la llegada de Kennan. Temo que me corte más las alas. Me acerco a la puerta y cautelosa pregunto:

—¿Quién es?

—Soy Kennan.

Abro la puerta y encuentro al hombre de mis desvelos tras ella. Parece perdido y a su vez decidido. Entra y cierra la puerta detrás de mí.

—Te deseo demasiado para saber si podré controlarme.

—Siempre te puedo decir que pares, siempre puedo elegir. Ahora te elijo a ti ¿Acaso no lo ves? Si no quieres hacer esto, di no; si no puedes, dímelo. Si me alejas, solo me haces daño. Me recuerdas a la gente de mi alrededor, que se piensan que soy tonta y no me entero de nada.

—Yo nunca podría pensar eso de ti, el resto están ciegos por no ver tu fuego... O precisamente ese es el problema, que no quieren que les hagas sombra.

Me acaricia los labios y luego mete las manos entre mi pelo.

—Hazme el amor, Kennan.

—No puedo ser blando...

—No quiero que lo seas. Libremos juntos tu batalla. ¿Es que no ves que soy toda tuya?

Kennan baja la vista y lleva su mano a mi camiseta. No llevo sujetador y los pezones se me marcan bajo la prenda.

—Lo veo. —Los acaricia y se endurecen.

—Hazme el amor, Kennan...

—No voy a hacerte el amor, Bell, voy a follarte. ¿Entiendes eso? —
Asiento.

—Entiende tú que no me voy a romper, que solo lo haría en mil pedazos si te alejas. Y ahora, demuéstame cuánto me deseas.

Kennan duda un instante antes de alzarme y besarme con ardor. Noto su fuerza. Su deseo. Su desenfreno. Me besa. Me devora los labios sin dejar ningún resquicio de mi boca sin explorar. Gimo entre sus labios mientras tiro de su ropa. Se separa lo justo para quitarse la camisa. Atrapa mis labios al tiempo que tira de mi camiseta del pijama hasta romperla. Noto el desgarrar de la tela y, no sé por qué, eso me enciende más. Siento cómo el centro de mi ser palpita de deseo y clama atenciones. Su lengua se enreda con la mía y sus manos cogen mis pechos y los estrujan. Retuerce mi endurecido pezón entre sus dedos hasta dejarlo duro y más sensible al tacto que nunca. Se separa de

mis labios y me alza hasta que mis pechos quedan a la altura de sus labios.

Se los mete en la boca mientras anda conmigo hacia la cama. Los muerde. Los chupa. Suplico. Gimo. Enredo mis manos entre su pelo rubio y tiro de él por el placer que me produce su boca en mis sensibles cimas. Tira de mi pantalón del pijama y me deja desnuda antes de llegar a la cama. Me deja sobre ella y me observa.

—Tócate, quiero ver cuánto me deseas mientras me quito la ropa.

Su petición me excita, y no dudo como otras veces. Me acerco al borde de la cama y abro las piernas para que vea cómo la humedad empapa mis pliegues, y llevo mis dedos hasta allí sin dejar de mirarlo a los ojos, de invitarle a que me posea y me haga el amor, aunque él insista en ponerle otro nombre, porque teme que, el hacerlo de forma más ruda, empañe la palabra «amar».

KENNAN

Observo a Bell abierta para mí en su cama. Estoy ciego de pasión y, mientras la veo a ella, mi pasado pugna por salir a la superficie. Me centro en sus ojos azules y me pierdo en ellos mientras termino de quitarme la ropa.

Noto cómo juega con su sexo. Cómo gime cuando toca ese punto que la vuelve loca, y no puedo resistir más el arrodillarme ante ella y tocar ese punto con mi lengua tras pasarle la pierna sobre mi hombro. La abro más y llevo una de mis manos a sus pechos. Me encanta lo sensibles que son. Los retuerzo. Escucho los gemidos de Bell y, por un instante, mi mente se va a otro lugar, hasta que alzo la mirada y ella, como si supiera de mi tormento, me sonrío.

La saboreo entre mis labios y notar el deseo hace que me pierda. Que me cueste mucho separar la realidad de los recuerdos.

Llevo uno de mis dedos a su sexo y lo adentro en su interior notando cómo el orgasmo se anida allí. Meto dos dedos y los saco de ella al ritmo que marca mi boca. Me pierdo en ella. En esta bruma de placer, hasta que se corre y noto la presión entre mis dedos.

Sé que debo detenerme, pero no puedo. Estoy ciego por los recuerdos. Es como si fuera otra persona. Me cuesta verla. Me cuesta alejar esos pensamientos, y siento que solo puedo alejarlos con sexo.

Por eso me incorporo, la levanto y la giro para que me dé la espalda. Y me adentro en ella sin miramientos.

Ahora mismo solo pienso en acabar. Incluso cuando noto la presión de su sexo en torno a mi miembro no soy capaz de detenerme. Estoy muy lejos de aquí. La follo como en el fondo no quiero. Y entro y salgo de ella con desenfreno, hasta que se corre y su orgasmo arrastra el mío. Noto cómo me derramo dentro de ella, y solo eso hace que reaccione.

Salgo de ella y la miro como si la viera por primera vez. Me horrorizo por lo que acabo de hacer. Ella lo nota y me abraza con fuerza mientras me pide que regrese. Mientras me ruega entre lágrimas que luche por ella. Que no me pierda entre mis fantasmas. Mientras me dice que está conmigo y que entre los dos podemos con esto.

La abrazo con fuerza y me dejo caer en el suelo, con ella entre mis brazos.

¿Qué he hecho para merecerla? No lo entiendo. Me abraza con fuerza y me calma. Me acaricia y busca mi consuelo; y esta vez, al mirarla a los ojos, cuando le alzo la cabeza, solo la veo a ella, y respiro aliviado por su sonrisa.

Sigue aquí. No se ha ido. No la he perdido.

BELL

Kennan deja algo de fruta sobre su cama. Después de vestirnos fuimos a su casa porque le dije que lo pensaba seguir sí o sí. Nos hemos dado una ducha rápida sin mimos en su casa y le he dejado bajar a por algo de comer, sabiendo que necesita tiempo.

Parece más calmado. Se tumba en la cama. Lleva solo un pantalón de pijama, y yo la camisa. Cojo la fruta y me la como.

—¿Te violaron? —pregunto de golpe.

Kennan me mira horrorizado.

—No —dice con frialdad.

—Pero alguien usó el sexo para hacerte daño y ahora lo ves en tu mente cuando te acuestas conmigo, ¿no? —Duda, pero asiente—. Vale, vamos mejorando, Kennan. Estamos consiguiendo mucho.

Me pongo de rodillas y gateo hasta apoyarme en su pecho. Me rodea con sus brazos de manera protectora. Entrelazo mis dedos con los suyos.

—Lo siento, Kennan, me siento en parte responsable de que te fueras por mí..., porque nunca tuve la fuerza de elegirte...

—Tenías catorce años, Bell, yo nunca te hubiera dejado elegirme si eso significaba quedarte sin nada. Me hubiera ido de igual modo para alejarme de ti y que tuvieras una vida mejor.

—Pero has dicho que querías volver...

—Sí, pero una cosa es lo que se quiera hacer y otra lo que se deba hacer. Me fui porque quise. No te culpes.

Asiento.

—Tal vez lo mejor es que no haya sexo hasta que no estés bien... No por mí, pues te confieso que me ha gustado. ¿Es eso malo? —Kennan se separa y me vuelve para que lo mire a los ojos.

—No, Bell, disfrutar del sexo conmigo no es malo. Me alegra que te haya gustado.

—No quiero hacerte daño.

—Yo tampoco.

—¿Y eso dónde nos deja?

—En seguir como hasta ahora. —Emite una pequeña sonrisa—. No se puede huir eternamente.

—¿Está aquí quien te hizo daño?

—No.

—¿Y por qué no lo dejamos todo y nos vamos? Te elijo a ti, Kennan —le digo con firmeza—. Vayámonos.

—No voy a huir. Debo hacer algo antes —me dice apartando la mirada.

—Algo que no me quieres contar. —Niega con la cabeza—. No me alejes de tus problemas. Si no, yo haré lo mismo contigo. No se puede exigir lo que no se da —le digo con firmeza, y no responde.

Me giro y me apoyo en su pecho. Me digo a mí misma que tengo que tener paciencia con él. Estamos avanzando mucho. Pensar que alguien usó el sexo para hacerle daño me entristece.

—No lo pienses, Bell.

—No puedo evitarlo. —No me sorprende que sepa lo que estoy pensando —. No soporto que te hagan daño.

Noto los ojos llenos de lágrimas. Me gira y lloro contra su pecho por ese joven que se vio metido en un mundo que no comprendía y acabó con una parte de él. Me acabo quedando medio dormida en sus brazos. Kennan se levanta para retirar la comida, que casi ni hemos tocado, y, tras programar el despertador para irme de vuelta a mi cuarto, me mete bajo las mantas y me atrae a su pecho para abrazarme con fuerza, y yo a él. Y así, protegida entre sus brazos, me duermo hasta que las pesadillas de Kennan me sacan de golpe del sueño.

Me despierto y enciendo la luz cuando no reacciona. Está sudando. Parece que se contiene y, aunque lo zarandeo, no se despierta.

—No quiero hacerlo. No quiero hacerlo... —dice entre dientes.

—Kennan, soy yo. —Nada, no despierta.

Asustada porque cada vez está más tenso, le grito, y eso le hace despertar de golpe. Me mira a los ojos. Los tiene rojos por las pesadillas y cargados de angustia. Su dolor me traspasa y se retuerce en mi pecho. Me mira aturdido, perdido, como si aún siguiera soñando. Apago la luz y lo abrazo. Mientras le digo que estoy con él, que no dejaré que nadie le haga daño. Y noto cómo mi voz calmada y mis caricias lo sumergen en un nuevo sueño. Él duerme tranquilo mientras yo no dejo de darle vueltas a todo.

Capítulo 19

BELL

—El tonto de mi marido ha corrido el rumor de que estoy embarazada —dice Crystal tomando el té en mi casa.

—¿Y es cierto? —Me mira un segundo y asiente.

—Claro, pero sigue siendo tonto.

—Enhorabuena. —Me sorprende que esté en estado cuando decía que seguía con la píldora...; tal vez haya decidido dejarla para ser madre.

—En fin, tendré que asumir que este cuerpazo se va a desfigurar. O no, porque pienso tomar medidas, como operarme nada más parir. Tu madre no se desfiguró nada contigo. Yo creo que hizo eso.

—Ya..., lo he visto en las fotos.

—Yo pienso seguir su ejemplo. Voy a ser la embarazada más hermosa de todo el vecindario.

La belleza es lo único que le preocupa. Asiento y sigo tomando mi té. Hoy es la noche de Reyes. Mis padres lo celebran en su casa con sus amigos. Luego iré con Jarrod. Estos días desde Año Nuevo he estado hablando con Kennan a través de mensajes y por teléfono. No lo he vuelto a ver en privado. No sé cómo actuar ante alguien que ha sufrido tanto. Siento que debo ser yo misma. Que debo hacer lo que haría con otras personas, pues si lo trato de diferente manera quizá le recuerde su pasado. El problema es que Kennan me evita y me aleja de su lado, y yo lo noto. Y sí, el hecho de que quiera

permanecer aquí y no le importe que siga casada con otro me molesta. ¿Por qué no nos vamos? ¿Por qué continuar aquí? Que no me lo explique me hace temer que no le importe tanto, o que en verdad estaba enamorado de la Bell que era hace años y ahora se aferra a mí por ese pasado que añora. No sé qué pensar. Tengo miedo, porque cada día lo quiero más. Y nada tiene que ver con ese enamoramiento infantil. Ahora lo amo con una intensidad que me asusta.

Crystal coge el mando de la tele de plasma y la pone. Aparece la cabalgata y cientos de niños. Toda la vida me ha gustado; mis padres lo han considerado siempre una pérdida de tiempo y nunca me llevaban a verla. Luego te haces mayor y dejas de darle importancia.

—Qué asco de críos. De verdad, no sé si soportaré al mío. Por suerte tengo niñeras que lo cuidarán. No sé cómo las familias menos adineradas pueden apañarse con ellos y sobrevivir. Yo si no duermo mis ocho horas seguidas soy un fantasma.

—Yo creo que debe de ser maravilloso cuidar a alguien que es parte de ti.

—Ya, claro, porque la preñada soy yo. Tú por el momento sigues sin quedarte embarazada de Jarrod.

Me recorre un escalofrío solo de pensarlo. Asiento porque no tengo ganas de hablar y que note cómo me desagrada ese tema. Crystal se marcha al cabo de un rato; me quedo sola.

Escribo a Kennan mientras me cambio de ropa y le digo de quedar en la puerta de la tienda de Fiona, ya que la cabalgata pasa justo por su calle. No pienso seguir renunciando a lo que quiero hacer. Me marcho de casa directa a la cabalgata que dicen que es para niños y que yo pienso disfrutar como una enana.

Llego a la puerta y no está Kennan, no lo veo entre tanta gente que mira el desfile de carrozas. Miro el móvil y no hay nada. Ni llamadas ni nada. Tengo dos opciones, que esto me amargue la salida, o disfrutar ya que estoy aquí. Decido disfrutar. Miro la cabalgata y la ilusión de los niños me traspasa. Me pone los pelos de punta ver sus ojos cargados de sueños y de emoción. Yo supe que los Reyes no existían desde bien pequeña. Creo que tenía solo tres años cuando mi madre me dio mi regalo sin hacer la parafernalia de

dejarlo en el árbol. Nunca me han ocultado que todo esto no existe, y envidio esa inocencia. No consigo imaginarme esa fuerza de creer en algo imposible. De imaginar que la magia existe.

No sé cuánto tiempo pasa cuando alguien me abraza por detrás, y sé que es Kennan, porque mi cuerpo reacciona así solo por él.

—Debería haberme ido.

—Estaba en una reunión, tenía el móvil en silencio.

—¿En una reunión? ¿De qué trabajas? Pensé que invertías tu dinero... —
Me vuelvo y lo miro a los ojos.

—Tengo gestores que llevan mi fortuna y que me aconsejan qué inmuebles comprar para revenderlos y sacar dinero por ellos. A eso lo llamo trabajo —sonríe de medio lado.

—Vale, gracias por darme explicaciones, porque no soporto que me mientas. —Me parece ver algo raro pasar por sus ojos, pero es tan rápido que no puedo analizarlo. Lo dejo pasar y giro entre sus brazos para ver la cabalgata.

—Alguien podría vernos —me dice al oído. Su aliento me acaricia.

—A mí no me importa, eres tú el que quiere que siga con esta farsa.

Se tensa. No se aparta, pero sé que quisiera hacerlo...; por alguna razón nadie puede saber que estamos juntos. Me atrae más a él, como si notara mi molestia, y me aplaco un poco mientras disfruto de las últimas carrozas. Al terminar andamos hacia mi coche sin tocarnos. Está claro que el momento de ser una pareja a los ojos de todos ha pasado. Creo que es porque, si nos vieran así, Kennan hubiera dicho simplemente que somos amigos. ¿Es eso lo que somos? Nadie ha hablado de amor. Solo hemos hablado de un amor pasado.

—Bell...

—Estoy bien, tú tienes tus secretos y yo los míos. Es lo que hay.

Le digo segura, sin miedo a decir lo que pienso, con él no. Niega con la cabeza y maldice hasta que algo detrás de mí le llama la atención.

—Tengo que irme. —Me vuelvo, pero no veo nada—. Nos vemos pronto.

Me acaricia los labios y luego se aleja. ¿Qué le ha tensado? Lo observo hasta que lo pierdo de vista. ¿He imaginado su malestar? ¡No lo sé! Ya no sé

si veo cosas de más para tratar de explicar todo esto. Para darle una explicación a que sigamos aquí. Una que no sea porque no le importo tanto como él a mí. Yo no soportaría verlo casado con otra y ser solo su amante.

Regreso a mi casa y me cambio para ir a la de mis padres. Por supuesto no hay ni roscón ni chocolate. Jarrod y yo no tardamos en irnos a casa, y el día de Reyes ni Kennan me llama ni yo a él tampoco. Fiona no abre la agencia el sábado, porque ha hecho puente, por eso voy a su casa decidida a sonsacarle cosas. Ella debe de saber algo que me pueda dar una pista de la que tirar.

—Qué alegría tenerte aquí. —Tira de mí hacia el salón—. Marcelo está de viaje y se me caía la casa encima. No sé para qué he cerrado tantos días. ¿Qué tal estás?

—Bien, aburrida de mi entorno y de estar en mi casa.

—Pues esta noche deberíamos salir. ¿Acaso no puedes tener una noche de chicas?

Lo pienso y asiento. Si a Jarrod le molesta, ya acarrearé con las consecuencias. Yo también necesito salir y evadirme.

—Lo malo es que no tengo nada que ponerme. Aunque podemos ir de compras. A mi marido no creo que le importe —digo pensando en su tarjeta.

—Y si le molesta que le den. Sigo sin entender por qué sigues con él si estás con Kennan, y cómo Kennan puede soportarlo sabiendo que eres la mujer de otro.

—Yo tampoco lo entiendo, creo que Kennan se aferra a mí porque le recuerdo el que era y no porque me quiera ahora. Creo que soy su cura..., pero no su amor.

—No digas tonterías.

—No son tonterías, yo no soportaría verlo casado con otra si tuviera los medios para dejarlo todo y que estuviera conmigo. ¿A qué esperamos?

—¿A qué esperas tú para irte? Vete.

—¿Adónde? Perdería todo y... creo que Kennan trama algo, Fiona. Creo que está ahí por una razón.

—¿Por qué crees eso?

—Es eso o creer que no le importo. Si es por una razón, quiero estar cerca

y descubrir de qué se trata. Para eso necesito tu ayuda. Dime todos los nombres que recuerdes de la gente con la que Kennan se relacionó cuando era modelo. Estoy casi convencida de que está allí para vengarse, y quiero saber de quién, para evitar que esto le afecte.

Fiona lo sopesa y al final trae un papel y, preocupada por su amigo, hacemos una lista de las personas que conocieron ella y Kennan en ese mundillo. No me suena ningún nombre de los que me dice. Nadie vive en mi barrio y, gracias a mi madre, me los conozco a todos.

—Ahora mismo no recuerdo más nombres. ¿No te suena ninguno? — Niego con la cabeza—. Si recuerdo a alguien más, te lo digo.

—Gracias, y de esto nada a Kennan, si él quiere hacer esto solo, nosotras también. —Asiente.

Nos vamos de compras y disfruto probándome varios vestidos. Al final me dejo aconsejar por Fiona y me pongo uno plateado que se me ajusta al cuerpo sin que quede descarado. Compramos cosas para hacer la cena en su casa y nos vamos hacia allí para arreglarnos.

—Esta pizza que hemos preparado está deliciosa —le digo tras dar un bocado. Hemos comprado la masa hecha y luego hemos puesto los ingredientes que más nos han apetecido.

—Y tú estás muy graciosa con los rulos —se ríe y meneo la cabeza haciendo que se muevan.

Ella también lleva. Los hemos visto y nos ha dado por experimentar. Son calientes, un sistema muy antiguo. Llevan agua dentro, los calientas y luego te los pones. Dicen que estropean menos el pelo. No lo sé. Lo que me apetecía era probarlos y disfrutar de esta tarde de chicas. Solo nos falta la mascarilla en la cara.

Terminamos de cenar y nos quitamos los rulos; no está muy mal el pelo, pero me gusta más como se queda con la plancha o trabajado con un secador. Algunas puntas se han quedado algo raras, y se notan las marcas de los rulos. Acabamos haciéndonos un recogido despeinado y, tras maquillarnos, nos vestimos. Cogemos los abrigos y nos vamos a un bar que hay cerca, a beber unas cervezas para ponernos a tono antes de ir al pub a bailar. Es de un amigo de Fiona y al vernos nos hace sitio en la barra, echando amablemente a dos

hombres que había allí apostados.

—Dejad a las chicas guapas —les dice, y los hombres nos dejan paso—. Decidme qué os pongo y soy todo vuestro —dice con una sonrisa descarada.

—Yo tengo novio, como sabes, y ella está casada, así que despliega tus encantos con otras —bromea Fiona, y su amigo se hace el ofendido.

Nos pone unas cervezas bien frías y nos las tomamos mientras Fiona me cuenta qué tal le va con Marcelo. Se nota que le gusta mucho; de hecho, de vez en cuando mira el móvil y le manda un mensaje. Yo he llamado al mayordomo de mi casa para decirle que me iba a un hotel con *spa* a tomar masajes, y después he apagado el móvil. A Kennan no le he dicho nada. Si él quiere pasar de mí, que pase, ya somos dos. Pero sí es cierto que me inquieta este distanciamiento.

Tras dos cervezas me veo riendo por tonterías y a Fiona le pasa lo mismo. Pagamos y vamos hacia el pub a bailar. Al llegar hay mucha gente en la cola. Y en la cola vip, nadie. Me acerco a ella y paso la tarjeta sin pensarlo mucho. Entramos y vamos hacia la barra tras dejar los abrigos en el ropero. Nos pedimos algo de beber y, con las copas en la mano, nos encaminamos a la pista de baile, que está llena de gente. Bailo con Fiona, grito al son de la música y me pido otra copa en cuanto se me acaba la que tengo en la mano. Regreso a la pista y me pierdo en este mar de gente.

De repente, alguien tira de mi brazo de tal forma que me hace daño. Me vuelvo para apartarme y decirle dónde puede irse cuando veo que es Jarrod, y por su cara no está nada contento.

—Nos vamos, más te vale no montar un espectáculo —me dice al oído.

Tira de mí y me vuelvo hacia Fiona.

—Me marchó. —Asiente y me mira preocupada, sonrío para que no note nada raro.

Estoy temblando porque Jarrod me haya pillado. No creo que me espere más que una charla donde dejará claro lo que piensa de mí y de mi actitud. Recojo mi abrigo y me quito el bolso que llevo colgado para ponérmelo. Tira de mí con rabia hacia su coche y casi me mete de un empujón. No dice nada de camino a casa, pero su cara transmite tanta furia que, por un momento, tengo miedo.

Llegamos a casa y trato de irme a mi cuarto, pero me atrapa en la escalera y me lleva hacia la que era nuestra habitación, y me tira sobre la cama.

—No eres más que una puta. ¿Acaso esperabas que no te pillara si usabas la tarjeta para pagar la zona vip? Aparte de guarra, tonta. Eres tonta.

Trato de irme, pero se ciernen sobre mí y me cogen las manos.

—Déjame ir. No tienes control sobre mí. Estoy harta de ser tu juguete. Si tú puedes irte con unas y con otras, yo también.

Se pone rojo de rabia y abre mi abrigo con furia.

—¿Acaso haces esto para que te haga caso? Tendré que remediarlo entonces. —Me aplasta y noto el desgarramiento de la tela y cómo mis pechos quedan al aire. Me los coge y me hace daño—. ¿Es esto lo que quieres?

—¡No! ¡Déjame! No quiero nada contigo. ¡Te odio! —Se pone más furioso y sube sus manos por el interior de mis muslos para tirar de la ropa interior. Al ver que llevo liguero, se enfurece más.

—¿Qué se supone que haces vestida como una cualquiera?! Si es lo que quieres, te trataré como tal.

Me rompe la ropa interior y me toca. Me retuerzo.

—¡Aléjate! ¡Te odio! —Se aparta y veo cómo se baja la cremallera. Me va a violar y, sin saber por qué, digo algo que sé que lo desconcertará y espero que me dé la posibilidad de poder huir—. Tengo un amante.

Se queda pálido y, como yo esperaba, no asimila la información. Lo empujo y consigo huir hasta que me atrapa en la puerta y me golpea contra ella al cogermelo. Alza la mano para pegarme. Estoy esperando el puñetazo, hasta que se lo piensa y se aleja.

—Las mosquitas muertas son las peores. No sabes cómo te detesto.

—Lo sé, porque yo siento lo mismo por ti.

Le digo, antes de entrar en mi cuarto. Cierro con llave y me dejo caer apoyándome en la puerta. Llora al ver mi ropa desgarrada, me iba a violar. Me iba a forzar, y la impotencia de no poder hacer nada era horrible. Que sea mi marido no mejora las cosas.

Temblando me quito la ropa rasgada y me voy hacia la ducha. Me meto bajo el chorro y me dejo caer al suelo. Llora rota de dolor por el miedo que he pasado. Por el temor de que me violara y porque sé que mi confesión solo

va a empeorarlo todo.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando alguien me abraza. Me alejo temerosa de que sea Jarrod, hasta que Kennan habla.

—Bell, soy yo. Fiona me dijo que tu marido te pilló. —Me habla con suavidad, pero al mirarlo a los ojos veo su furia—. ¿Qué te ha hecho ese desgraciado? Te juro que lo mato como te haya tocado. —Me creo su amenaza y siento que sería capaz.

Pienso por un momento en decirle la verdad, pero no lo hago. No porque lo mate, pues sé que no llegaría tan lejos, sino porque quiero salir de aquí, pero luego recuerdo que, si lo hago, si me marcho de aquí, dejaré a Kennan solo y no podré investigar qué es lo que busca de nuestros vecinos.

—Nada, solo me gritó lo puta que era por salir de fiesta así vestida. Lo odio. Odio que me haga sentir así.

Kennan me abraza. Lleva la ropa puesta y le da igual mojarse la camisa y los pantalones vaqueros, no va vestido como cuando juega a ser un hombre de dinero. Ahora parece más el de siempre. Es como si tuviera dos caras y no sé cuál es la verdadera. Pero ahora mismo, cuando el miedo sigue cortándome la respiración, decido dejarlo para luego y acepto su cariño y su abrazo bajo el agua caliente.

Me ayuda a ponerme el pijama y me acompaña a la cama. No se ha quitado la ropa mojada. Sé que se tiene que ir y, como no quiero que Jarrod lo encuentre aquí, le miento y le digo que estoy bien antes de que se marche por la ventana.

Me duermo entre lágrimas y el dolor de sentir que Kennan cada vez está más lejos de mí.

Las cosas en mi casa están muy mal. Tanto que decido cortar por lo sano. No puedo seguir con esta vida. No puedo seguir con un guardaespaldas que me persigue a todos lados. Ahora Jarrod no deja que me encierre en mi cuarto. Ha quitado la puerta. Es o dormir en él sin intimidad o en su cama. Me ha

dejado claro que, si quiero seguir aquí, estas son las normas, y si no quiero esto, debo firmar el divorcio, perderlo todo y asumir que les dirá a todos que, si me marché, fue porque era una cualquiera que le puso los cuernos y que él me pilló.

Estoy aterrada. A Kennan no le he dicho nada de esto. Está de viaje, y cuando me llama, hago como si nada. Como si no estuviera planteándome esto. Miro los papales del divorcio y sé lo que conlleva firmarlos.

El problema es que, si me quedo, tampoco puedo ayudar a Kennan, porque a todos lados tengo que ir con una mujer que han puesto para vigilarme. No puedo hacer nada sin que lo sepa. No puedo moverme con libertad. Y, por si esto fuera poco, ha puesto rejas en mi ventana, tal vez aconsejado por mi madre, que sabe que me iba por ella alguna vez. Esto es más una cárcel que una casa.

No puedo más. Llevo quince días así y no puedo soportarlo. No he hecho nada para merecer esto. No me puede culpar por tener un amante cuando él hace lo mismo. Creo que en el fondo espera que no firme, que aguante. Que recapacite y le pida perdón. Que me arrastre como siempre. Ya no. Ya no puedo más.

Cojo el boli y firmo el divorcio. Siento un alivio inmenso cuando lo hago. Cuando me libero de mi marido. Cuando al fin soy libre. Sin nada. Y este desgraciado es al fin mi exmarido; ya nada nos ata. Me quito el anillo y lo dejo sobre los papeles. Libre al fin de sus tentáculos.

Mi madre está al tanto de todo y ya me dijo que, si seguía así, lo perdía todo. Jarrod le contó lo de mi amante, cómo se lo eché en cara. Omitió que se lo dije cuando él estaba casi violándome y tengo mis dudas de que, de saberlo, mi madre se hubiera puesto de mi parte. Ella tal vez considera que estaba en su derecho de forzarme.

Siento el miedo paralizarme mientras espero que Jarrod regrese. Una maleta con mis cosas, las que me he comprado yo y las que me ha dado Kennan, está ya en casa de Fiona, que está al tanto de todo. Por supuesto me ha ofrecido su casa y me ha pedido que se lo cuente a Kennan, pero me he negado. Esta noche tendré que hablar con él, o mañana. Cuando lo vea, pero esta decisión es mía.

Jarrood llega y, al ver la luz del despacho encendida, entra. Me ve ante los papeles y noto cómo se queda lívido. Los alzo para que vea mi firma junto a la suya y doblo mi copia.

—Adiós, Jarrod. Cuenta lo que quieras de mí, los dos sabemos la verdad.

—¿Te vas con él? —Viene hacia mí enfurecido y otra vez creo que me va pegar—. ¡Todos lo van a saber! ¡Van a saber que no eres más que una puta!

—Que lo sepan, me da igual.

Lleva la mano a mi cuello y tira de la cadena que me regaló mi madre de niña. La veo caer al suelo.

—No te vas a llevar nada de esta casa. Nada. Ni mío ni de tus padres. Espero que no falte ninguna de las joyas.

—Tranquilo, no quiero nada. Y ya sabes que las joyas las tiene mi madre y no me las ha devuelto, solo me las presta. Te he dejado las tarjetas sobre la mesa, aunque supongo que mañana mismo las cancelarás. El móvil también está ahí, y he dejado una nota con mi dirección, para que se la des a mis padres.

—Ellos te van a repudiar.

—Me da igual, eres tú el que va a quedar como un cornudo, no yo. — Levanta la mano y espero el tortazo. No me golpea, pero es como si lo hubiera hecho, pues mi cara se ha contraído para amortiguar el daño.

—Vete... ¡Vete!

Salgo de la casa sin nada más que lo puesto. El móvil de Kennan lo he dejado en casa de Fiona, por si mi marido..., mi exmarido oficialmente ya, me registraba. Me voy lejos de este complejo de casas que me ha visto creer y donde he sido más infeliz que feliz.

Dejo esta vida, la única que conozco, y ando hacia casa de Fiona con miedo y el anhelo de que lo que me espera sea mejor. No puede ser peor que lo que he vivido. No puede ser peor que estar encerrada en una cárcel de oro...

... O eso creía yo, porque cuando estoy llegando a casa de Fiona veo en una cafetería de lujo a alguien que conozco muy bien. Alguien que sonrío y que parece que tontea con una mujer a la que no veo muy bien. Kennan.

Me quedo impactada cuando esta le acaricia la mano sobre la mesa y le

guiña un ojo. Parecen un par de amantes. Kennan parece otro, parece hasta feliz. Se me retuercen las tripas. Siento ganas de vomitar. No me puedo creer que esto sea cierto. Por eso voy hacia el cristal y observo cómo sus manos ahora están entrelazadas. Miro hacia la mujer y me quedo de piedra, porque la reconozco. Es una amiga de mi madre, aunque esta es mucho más joven que mi madre, debe de tener unos cuarenta y cinco años, pero gracias a los arreglos estéticos aparenta muchos menos.

Le sonrío y devora a Kennan con la mirada. Kennan le acaricia la mano, y es entonces cuando me ve. Su mirada cambia, y parece arrepentido, claro indicio de que lo he pillado. Yo creyendo que estaba de viaje, lejos, y él tan cerca... y con otra.

Me marchó. Y espero que me siga, no viene. Me detengo. No me sigue. ¿Ni tan siquiera va a darme una explicación?

Llego a casa de Fiona temblando. Cuando me abre la puerta, tira de mí y me abraza con fuerza. La abrazo y lloro como una niña que no sabe qué será de su vida. Nunca me he sentido tan perdida. Me pregunta qué me pasa y se lo cuento entre sollozos; escucho cómo se enfada con Kennan y cómo, tras un rato, me dice que seguro que hay una explicación, pero, por su voz, ni siquiera ella se lo cree.

Me deja sola en mi cuarto cuando se lo pido y me hago un ovillo en la cama.

Siento a Kennan antes de que hable.

—Bell...

—No me has seguido... Estás con ella. —Él calla—. En el fondo tenía razón. Solo estabas a mi lado porque te recordaba quién eras. Solo era para ti alguien de tu pasado... Vete, Kennan. Todo está claro.

Se queda en silencio, como si le costara hablar.

—Vive, y no dejes que nadie te diga nunca más qué camino debes tomar. Al fin eres libre, Bell.

—Pues nunca creí que la libertad tuviera un sabor tan amargo.

Le digo rota de dolor, al asimilar que no va a luchar por mí, que me ha

engañado. Que yo creía que era especial. Que lo nuestro era un «para siempre», y no era así.

Me acaricia la mejilla y lo aparto. Duele mucho saber que este será su último contacto.

—Vete.

Se queda callado y no sé cuánto tiempo pasa antes de que se marche. Antes de que me deje más sola y perdida de lo que me he sentido nunca. Y, aunque lo haya perdido todo, aunque no tenga dinero, lo que más me duele es haberlo perdido a él.

KENNAN

—Espero que tengas una buena razón para ser un capullo, porque o me la dices o también se ha acabado nuestra amistad.

—Cuida de ella, Fiona.

—¿Que cuide de ella? ¿Y ya está? ¡¡Ella te quiere, imbécil!! ¿Acaso tú no?

Voy hacia la puerta y me marcho sin responder a esa pregunta.

Sin decirle que la amo más que a nada y que, si la he dejado ir, es por ella. Porque sé que está libre de su marido. Ya me han llegado los rumores que van contando y sé que al fin podrá ser libre y estará lejos de ese lugar.

Saber que la alejo por su bien no hace esto más fácil. Y me cuesta mucho alejarme de la casa de Fiona sabiendo que la dejo tan destrozada y que no tengo la certeza de que volveré a estar a su lado.

Capítulo 20

BELL

He recuperado mi trabajo en la agencia. Fiona no quiso contratar a nadie, como si sintiera que al final regresaría. Sonrío a los clientes y les muestro una felicidad que estoy lejos de sentir.

Intento que nadie note que cada noche me acuesto llorando y que, cuando me despierto, por las mañanas me cuesta ver lo brillante que luce el sol cada nuevo día y ser feliz. No encuentro razones para sonreír.

Han pasado solo quince días desde que lo dejé todo y, en el fondo, esperaba que mis padres vinieran a verme. No me puedo creer que de verdad les importe tan poco. Que no les inquiete mi suerte. Duele saber que has dedicado veintinueve años de tu vida a contentar a personas que no te quieren.

Hoy es sábado y me voy a quedar sola este fin de semana, porque Fiona se va de viaje con su novio. Me ha costado convencerla, temía dejarme sola cuando más compañía necesito.

—¿De verdad no te importa? —me pregunta cuando ya hemos cerrado la tienda y está a punto de irse con su novio, que ha venido a por ella.

—Marcelo, llévatela ya, antes de que tenga que repetirme una vez más que estaré perfectamente.

—Ten cuidado. —Marcelo me da dos besos y se va hacia su coche tras coger la maleta de su chica. Ha venido a por ella a la agencia.

—Te he dejado una lista de todo; si pones la lavadora, recuerda, no mezcles los colores.

—Me lo has dicho unas cuantas veces.

—Solo te cuido. —Me abraza—. Llámame si lo necesitas, ¡ah!, y hay helado de chocolate en el congelador.

Me guiña un ojo y se marcha sin dejar de mirarme hasta que pierdo el coche de vista. Me voy a comprar lo que necesito para el fin de semana. Compro lo básico. No puedo despilfarrar el dinero. No me ha costado adaptarme a esta vida. Tal vez porque tengo más placeres que carencias. El primero de ellos lo hago nada más llegar a casa: ponerme ropa cómoda. De esa que, si llaman a la puerta, hasta el repartidor de pizza se asustaría. Me hago un moño con el pelo y me pongo a calentarme la comida. Sé cocinar, o más bien me defiendo gracias a los cursos, pero, como hemos tenido servicio toda la vida, nunca lo he puesto en práctica, y las veces que lo he intentado estos días estoy tan distraída que he acabado quemando la comida. Por eso Fiona me ha dejado provisiones. No sé si por mí o por miedo a que le queme la casa. Sonrío con cariño por la gran amiga que he encontrado. Hasta ahora ella es la única que no me ha fallado.

Pienso en Kennan mientras la comida se calienta en el microondas y noto cómo el vacío que siento en el pecho se hace inmenso, hasta casi engullirme por completo. No derrumbarme es muy difícil, y más estando sola. Lo echo de menos. Y lo peor es que debería estar acostumbrada. Kennan no ha parado de entrar y salir de mi vida y, sin embargo, cada vez es peor que la anterior.

Me trago las lágrimas y me siento a comer viendo la tele. Algo que no he hecho hasta ahora. Mi madre odiaba poner la tele mientras comíamos y Jarrod, también. Ahora puedo hacer *zapping* y comer en el sofá con una bandeja. Como hacía con Kennan. Me entristezco de nuevo y pierdo el apetito. Lo dejo para luego y lo guardo.

Pongo mi primera lavadora y, mientras se lava la ropa, me pongo a leer un libro de Fiona. Mi lector de novelas y el portátil se quedaron en mi casa. Lo formateé todo antes para que no quedara rastro de mi vida en ellos. Es lo que más echo de menos, y aunque Fiona me ha dicho que me deja el suyo, es algo muy personal y no me siento cómoda abusando de su confianza.

Llego a la esperada escena del beso y noto cómo me invade el dolor y acabo por extraer el malestar que siento en forma de lágrimas. Sigo sin comprender qué pasó. No entiendo por qué pasó de parecer necesitarme a no querer saber de mí.

Es tarde cuando busco en el móvil nuestros mensajes compartidos. Los leo hasta que veo que Kennan está escribiendo. Espero con el corazón latiendo como un loco. Espero y desespero cuando veo que no llega nada y no paro de refrescar la pantalla para ver si llega. Entro y salgo, y cuando veo que no dice nada, asimilo que lo que sea que me haya querido decir no era importante.

Duele, duele mucho estar sin él.

—Entonces, ¿qué tal te va tu vida de soltera? —me pregunta Mariano, un compañero de trabajo de Marcelo.

Ha pasado un mes desde que me fui de casa. Me ha costado adaptarme, sobre todo porque trato de sonreír cuando por dentro estoy muriendo de dolor. Pero pese a eso sé que ahora no podría volver a llevar la vida que tenía. Para mí era más fácil seguir esa vida porque no conocía nada mejor. Ahora lo conozco, y esta libertad de poder elegir, de decisión, no tiene precio. Ni todo el dinero que tienen mis padres y mi exmarido vale el precio que yo pagaba por no ser más que un mueble. Al menos algo en claro he sacado de todo esto.

Me encanta trabajar con Fiona, y he salido con ella casi todos los sábados. Hoy estamos en casa viendo el partido con Marcelo y su compañero, ahora su único amigo desde que empezó con Fiona. Sus otros amigos prefieren salir solos, sin nadie que tenga compromisos.

Mariano es muy guapo, ojos azules y pelo negro. Es de mi edad y trabaja con Marcelo en una inmobiliaria. Él dice que tiene el don de vender hasta una cueva como si fuera un palacio, y me lo creo, tiene don de gentes y es buen chico. Al vivir con Fiona me he adaptado a su vida. Y a sus amigos, y por eso Marcelo y Mariano son ahora mis amigos. Hasta tenemos un grupo de WhatsApp donde mandan *memes* graciosos y paridas varias.

Si no echara de menos a Kennan y aceptara el hecho de que mis padres no me quieren, todo sería perfecto. Lo más triste es que a mis padres no les echo de menos, es como si los quisiera solo porque son mis padres, pero nada de lo que han hecho por mí me hace añorarlos. No hay nada de ellos que extrañe, y es triste que en veintinueve años solo los quiera porque es lo que debo hacer y no porque se lo merezcan.

Mariano espera mi respuesta y sonrío antes de contestar.

—Genial. Mi ex no se merecía que lo quisiera.

—No, eso es cierto —me dice sonriente.

El partido llega al intermedio y me levanto para recoger y traer algo de beber. Estoy recogiendo cuando algo llama mi atención en la tele. Me creo que se trata de una broma..., no puede ser; me fijo mejor. En la pantalla aparece una mujer preciosa, y cuando cambia la imagen, aparece él. El hombre de mis sueños, de mis desvelos y el culpable de que me cueste hasta respirar. Kennan.

¿Qué hace en la tele? Va vestido de traje. La pantalla lo adora y su belleza brilla con luz propia. El halo de misterio que tiene hace realzar su atractivo. El corazón se me dispara, y más cuando va hacia la joven, coge su cara entre sus manos y hace amago de besarla. Se acaba ahí el anuncio y dicen la marca de ropa. Me quedo impactada y ni siquiera he sido consciente de que he dejado caer todo lo que tenía en las manos. Fiona me grita y yo me disculpo y me voy a mi cuarto para encerrarme en él. O esa era mi idea, porque Fiona me sigue.

—¿Tú lo sabías?

—Yo llevo sin hablar con él desde que te dejó. No me puedo creer que haya regresado a eso. Lo odiaba.

—Yo también creía que lo odiaba, pero ese anuncio es nuevo. Es de ahora. ¿Qué está haciendo?

—Ni idea, casi parece que se haya vuelto loco.

La miro a la espera de saber algo más. Aún veo la imagen de Kennan en la pantalla. Está impresionante, puede tener a la mujer que quiera. Eso está claro. Tal vez en sus planes de volver a ese mundo no entraba el estar con nadie y por eso no quiso cargar conmigo cuando lo dejé todo, porque ya sabía

que regresaría a la fama y no quería que nada le atara. Duele. Duele mucho.

—Les voy a decir que nos quedamos en casa y...

—No, vete con ellos. Yo quiero estar sola.

—No quiero dejarte así.

—Se me pasará, solo quiero dormir.

Duda, pero al final asiente. Me quedo en mi cuarto hasta que se marchan. Una vez sola bajo al jardín privado y voy hacia el banco donde estuve con Kennan. Me tapo con la manta que me he bajado. Me abrazo las piernas mientras trato de buscar una explicación. O algo que me haga olvidarlo. Que evite que siga sintiendo este dolor en el pecho.

Me quedo dormida y me despierto congelada de frío. Miro a mi alrededor desorientada. Regreso a mi cama y noto que el frío se me ha metido en los huesos. Me doy una ducha caliente, pero ni aun así consigo entrar en calor. Me acuesto tiritando y pienso que el frío que siento en mi pecho se ha extendido por todo mi cuerpo y este es el resultado.

—¡Estás ardiendo! —Escucho que dice Fiona, que trata de despertarme, yo estoy sumergida en un mundo de pesadillas hasta que aparece Kennan y me sonrío.

—Kennan, has vuelto...

—¡No! ¡Bell, tienes que despertar, es un sueño! Marcelo, llama a un médico. No tiene buena pinta.

Noto que me mueven y me ponen algo frío en la frente. Yo sonrío y me pierdo en estos sueños felices donde Kennan me abraza con fuerza, donde me sonrío como si yo fuera su vida misma. Y cuando Fiona me dice que despierte, que luce, no encuentro fuerzas para hacerlo, porque en mis sueños al menos me siento menos sola.

—Bell, tienes que despertar. —La voz de Kennan se cuela entre mis sueños. Siento su caricia en mi mejilla y es como antes.

Lloro de impotencia y en sueños le hablo.

—No. Te perderé..., no quiero vivir sin ti.

Le digo, y sigo perdida en esos sueños; recuerdo al Kennan niño, al que

me compraba dulces. Al que me abrazaba y luego se apartaba corriendo. Al que se fue haciendo un hombre que aceptaba mis abrazos sin decir nada. Recuerdo nuestra vida juntos. Soy feliz en sueños. Soy niña de nuevo y huyo a su casa para verlo. Lo elijo a él luchando contra todos. No me dan miedo las represalias y esta vez no lo pierdo, no dejo que la vida nos separe. Esta vez envejecemos juntos y pasamos de la adolescencia a la madurez, juntos, sin nadie que nos haga daño. Solo nosotros.

Es tan bonito que no quiero despertar. Me gusta mirar al Kennan hombre y verlo sonreír sin ese halo de dolor. Me gusta que me diga que me quiere. Lo abrazo con fuerza hasta que su voz se cuele de nuevo.

—Tienes que luchar, no puedo perderte..., no puedes dejarme.

No tienen sentido sus palabras, él me dejó a mí. Por eso me pierdo entre esos felices sueños, porque el resto me parece irreal.

Abro los ojos y veo a una preocupada Fiona que, al ver que tengo los ojos abiertos, me abraza con fuerza, y yo, mientras miro la sala, acepto al despertar que todo sigue como antes.

—Has vuelto. Cogiste una pulmonía por dormir al aire libre. Has tenido fiebre muy alta. Temí por ti.

La abrazo y digo adiós a mis sueños mientras le sonrío.

—Estoy aquí.

—Tenía tanto miedo que llamé a tus padres. —Se separa y sé lo que me va a decir antes de que lo haga—. No han venido.

Me duele que ni en estas circunstancias vengan a verme. Soy su hija. Les doy igual. Sonrío, aunque por dentro estoy destrozada.

—No pasa nada.

Fiona me abraza de nuevo y me pide que no le dé más estos sustos. Asiento y me duermo de nuevo, y esta vez en mis sueños ya no aparece Kennan.

—Tenemos que celebrar que sigues viva —dice Fiona chocando nuestras

copas.

Hace una semana que me dieron el alta. Hoy hemos salido a celebrarlo como solemos hacer los sábados. Esta semana Mariano no se ha separado de mí. Tampoco en el hospital. Cuando podía, venía a hacerme compañía y cada día me traía un ramo de flores diferentes y una novela romántica. Sus detalles me han llegado al alma y han hecho que lo aprecie más como amigo. Por eso he aceptado irme con él mañana de cena. Él espera algo más, lo sé; yo le he dicho que no puede haber nada, pero entre sonrisas me dijo que era muy buen vendedor y que al final conseguiría conquistarme. Lo tiene muy claro, y acepté en agradecimiento y porque en parte quiero dejar de sentir dolor.

El anuncio de Kennan no para de salir en la tele. Y he visto ya vallas publicitarias. Está espectacular. Increíble. Y verlo me duele mucho. Cada vez que lo veo me recuerdo a su lado. Lo echo mucho de menos y sigo sin comprender bien qué pasó entre los dos. En el fondo no llego a creerme que me fuera infiel, que se acostara con esa mujer. No me lo creo, porque he visto y experimentado sus fantasmas, son reales, y Kennan no está curado. He atisbado su miedo a hacerme daño, no me cuadra que se acueste con otra cuando yo era la que estaba tratando de curarlo. O quizá ya se sentía curado... No lo sé. En el fondo temo estar buscando una razón que me haga localizarlo y tener una oportunidad de estar con él.

Decidimos ir al pub de moda pronto, por si hay que hacer cola. Y, sí, hay cola. Nos ponemos en ella y, como llevamos ya un puntito por la bebida, acabamos riéndonos de cualquier tontería.

—Ese lleva peluca —dice Mariano señalándome a un hombre bastante cachas.

—Yo no lo creo.

—Que sí, fíjate en las patillas. —Miro hacia las patillas y veo que una está medio despegada. Agrando los ojos—. Te lo dije. Sinceramente, creo que ahora que ser calvo está de moda, debería dejarse de tonterías.

—Las modas cambian. —Asiente—. Y un hombre tiene el mismo derecho a ponerse lo que quiera en su cabeza o en su cuerpo. Igual que las mujeres llevan extensiones o pestañas postizas, y mil cosas más.

Asiente dándome la razón.

Tardamos un rato en entrar y, al pasar dentro y dejar mi abrigo, recuerdo cuando Jarrod me sacó de aquí y luego casi me violó. Me recorre un escalofrío que Mariano nota y me coge la cara con ternura para que regrese.

—¿Va todo bien?

—Un recuerdo desagradable de mi ex.

—Pues esta noche se queda fuera de esta fiesta, y siempre. Ya no te molestará más.

Es cierto. Ya nunca más tendré que lidiar con Jarrod. Solo por eso sonrío feliz. Vamos a la barra y pedimos una ronda para todos de chupitos. Tras la segunda vamos a bailar a la pista. Me encanta bailar. Disfruto como una enana bailando y cantando con Fiona. Hasta nos marcamos un baile ridículo juntas que su novio graba en el móvil.

Me entra sed y voy a la barra a pedirme algo, me cuesta encontrar sitio, y cuando por fin lo hago, me pego al lado de un hombre que acelera mis sentidos. Intrigada porque mi cuerpo haya reaccionado de esta forma, me vuelvo y me quedo petrificada cuando pillo a Kennan mirándome como si no diera crédito a que estemos tan juntos. No sé qué decir. No sé qué hacer. Solo puedo mirarlo embobada y acariciar con mi mirada cada centímetro de su cara. Me detengo en los labios, en esos labios que me besaban como si no hubiera un mañana. Tiemblo y bajo la vista. Error, porque son sus manos lo que ocupan mi campo de visión, y recuerdo todas las cosas que me descubrí con ellas. ¿Qué hace aquí? Siento un inmenso dolor en el pecho, tan cerca pero tan lejos. No habla, no dice nada. Como si fuéramos dos extraños. Por eso me armo de valor y me alejo con todo el dolor que siento por hacerlo.

Duele mucho. No le he hecho nada para que me trate con esta frialdad.

Me pierdo entre la gente y evito a mis amigos. Me voy hacia otra zona y me pongo a bailar como si todo fuera bien, deseando que vea lo feliz que estoy sin él y no cómo me estoy rompiendo a pedazos. Bailo sola hasta que un tío se me acerca y pone sus manos en mi cintura. Me vuelvo y veo que es muy guapo. No es mi tipo, pero en el fondo quiero joder a Kennan. Una parte de mí quiere hacerle creer que he pasado página, y otra pensar que le dará celos. Que sienta el mismo dolor que yo al imaginarlo con otra.

El hombre se viene arriba y me soba más de lo que me apetece. Sé que

solo lo acepto por la rabia de los celos y porque voy algo pedo. Me gira y trata de besarme, y digo «trata» porque alguien lo impide, separándome de él. No sé si lo hubiera besado. Sé que, de hacerlo, me habría arrepentido mucho mañana. Pero ahora solo quería dejar de sentir este dolor lacerante en el pecho.

Me vuelvo y veo a Kennan mirar con cara de pocos amigos a mi ligue y cómo este se marcha como si sintiera que, de quedarse, acabará con la nariz rota esta noche. Kennan tira de mí y me dejo llevar. Entramos en el aseo de los hombres, que, como siempre, está vacío y vamos hacia el último cubículo. Cierra la puerta tras nosotros y me besa con desesperación.

Me besa con ardor. Como si quisiera marcar a fuego sus labios en mi piel. Lo beso de la misma forma. Con la misma ansia. Tiro de su pelo al tiempo que me alzo y enredo mis piernas en su cintura. Me restriego en su dureza. Sé que, si no estuviera borracha, le pediría explicaciones, pero ahora solo puedo pensar en lo mucho que lo deseo y en que está aquí conmigo. Y una parte de mí espera que esto no sea solo un escarceo amoroso más.

Tiro de su camisa cuando baja sus besos por mi cuello. Me alza, usando la pared para bajarme el vestido y tener acceso a mis pechos. Me siento morir cuando baja la ropa y atrapa un pezón entre sus labios. Lo retuerce, lo chupa. Su aliento me quema. Gime sobre mi pecho y yo hago lo mismo, sin importarme que puedan oírnos. Ahora mismo la pasión me nubla el resto de los sentidos, y la prudencia y la venganza fueron los primeros en desaparecer.

Me baja y exploro su pecho, se separa lo justo y me deja en el suelo. Le veo sacar un preservativo y estoy a punto de decirle que no he estado con nadie cuando pienso que tal vez él sí, y eso me hace alejarme, hasta que me besa de nuevo como si sintiera que me está perdiendo y me olvido del resto. Me alza y se introduce en mí de una firme estocada tras apartar la ropa interior. Me siento morir de placer cuando lo noto crecer en mi interior y llenarme por completo. Me da poca tregua antes de moverse dentro de mí casi con brutalidad. Los besos son igual de intensos y nos devoramos la boca mientras el orgasmo se empieza a concentrar ahí donde nuestros cuerpos se unen. Exploto entre sus brazos y Kennan acalla mis gemidos antes de seguirme y correrse conmigo.

Me abraza y lo abrazo con fuerza; y mientras el placer se aleja, el peso de lo sucedido me deja helada, porque temo lo que vendrá ahora.

Kennan me baja y arregla mi ropa antes de recomponerse él y, al mirarlo a los ojos, veo arrepentimiento y sé qué dirá antes de que abra la boca.

—Esto no debería haber pasado...

—Te odio. ¿Por qué tienes que ser así? ¡Has sentido celos de verme con otro! ¿Acaso no te importo?

Lo golpeo en el pecho cuando se abrocha la camisa y veo dolor en sus ojos. Un dolor tan profundo que es comparable al mío.

—Bell...

—¿Por qué te has alejado de mí? ¿Te he importado alguna vez? —Noto el peso de las lágrimas en mis ojos—. ¿Por qué me has buscado ahora? ¡Nunca te he importado! Por eso es mejor que pase página y empiece a salir con otros..., es hora de dejar de esperarte. Mañana tengo una cita con un buen amigo y pienso dejarme llevar. Está claro que a ti en verdad nunca te importé. Que me usaste para recordar quién eras y curarte, y así poder estar con otras...

Duele tanto pensarlo y que no diga nada que salgo del aseo precipitadamente. Por suerte no hay nadie, y tampoco en el de mujeres. Me cuelo en él para encerrarme en uno de los cubículos y pensar, o más bien arrepentirme, de haber llegado tan lejos esta noche con Kennan cuando está claro que no quiere de mí más que sexo. Es curioso que así sea, cuando al principio ni siquiera me deseaba.

Cuando regreso con mis amigos, aunque me he retocado el maquillaje y sonrío, Fiona nota que me pasa lago.

—He visto a Kennan. ¿Te ha dicho algo?

—Todo está bien.

—No me mientas.

—No me quiero romper aquí. Ahora solo pienso en beber unas copas y disfrutar.

Fiona duda y por eso voy hacia Mariano, que encantado me acompaña a la barra. No me fijo en si Kennan está cerca, y cuando sonrío a Mariano es

porque este hombre se lo curra y me saca una sonrisa. Es un buen amigo y que se tome la molestia de hacerme sonreír me halaga. Poca gente en mi vida ha tenido el detalle de hacer algo tan sencillo por mí.

Nos acompañan a casa y Mariano se va tras recordarme que me recogerá a las ocho. Asiento y me pierdo en mi cuarto, sabiendo que Fiona y Marcelo tienen en mente otros planes.

Me doy una ducha muy caliente y evito pensar en Kennan. El problema es que, cuando estoy en la cama, los recuerdos de lo sucedido se agolpan en mi mente y no paro de recordar sus besos, que parecían desesperados, y su forma de hacerme el amor; y lo más triste es que yo lo llamo «hacer el amor», y seguramente solo haya sido follar con un ex en un baño público.

Duele, porque yo lo sigo amando y no sé cómo continuar con mi vida.

Capítulo 21

BELL

Fiona me ayuda a elegir la ropa para mi cita. No tengo ningunas ganas de ir. Solo lo hago porque Mariano me cae bien y quiero dejar de pensar en Kennan. Aunque, sinceramente, hubiera pasado el día durmiendo. No he dejado de soñar con Kennan y en sueños no había este distanciamiento. Éramos amigos y amantes. Era genial estar así con él. Despertar y recordar lo vivido, sumado al malestar por la resaca, ha sido un palo gordo.

Temo derrumbarme, por eso me esmero en la ropa y en estar bonita. Solo lo hago porque necesito salir de aquí y no pensar en lo triste que estoy.

—Estás preciosa —me dice Fiona cuando salgo a por mi abrigo y el bolso.

—Gracias, es raro que no haya tocado al timbre, ya llego tarde.

—Seguro que te espera abajo. Busca tu felicidad, y a quien no lo comprenda... que le den.

Me sorprende su mensaje y asiento antes de darle un abrazo.

Salgo de casa y en el ascensor reviso el móvil. No debería seguir usando el móvil de prepago que me regaló Kennan; cada vez que lo miro me recuerda a él. El problema es que no sé cómo romper con todo. Sigo llevando su pulsera. Quizá ha llegado el momento de hacerlo. De cerrar la puerta.

Me llevo la mano a la pulsera y hago amago de quitarla, y sé que si lo hago ahora es porque en el fondo esperaba que, tras lo de anoche, me

buscara. No lo ha hecho y le da igual que salga con otro. Me quito la pulsera y la guardo en la palma de mi mano.

El ascensor se detiene y me cuesta salir. Estoy temblando. Tomo aire y salgo hacia la calle, donde espero que esté Mariano, ahora mismo no puedo estar sola. No cuando noto el peso de la pulsera en mi palma y mis deseos de ponérmela de nuevo se intensifican.

Miro a mi alrededor en busca de Mariano y no lo veo, pero sí veo a alguien que conozco muy bien apoyado en un coche negro. Kennan.

Se me para el corazón ante su imagen un segundo antes de acelerarse hasta que parece que se me va a salir. Kennan se levanta y se acerca hasta mí. No me puedo mover, solo puedo mirarlo. Y al buscar su mirada encuentro un gran pesar en sus ojos verdeazulados que se compara al mío. Es como si me mirara en un espejo. Llega a mi lado y me abraza, apoyando su frente en la mía.

Su mano acaricia mi mejilla. No puedo respirar, estoy temblando por su cercanía.

—Pensé que podría dejarte ir, alejarme de ti. Que vivieras tu vida libre, sin que nadie te limitara. Pensé que saber que lo hacía por ti lo haría más fácil. Pero, joder —maldice—, imaginarte con otros era malo, pero verte en directo fue horrible. No lo soporto, Bell, no soy más que un egoísta que, aun sabiendo que estarías ahora mismo mejor sin mí, no encuentro la fuerza para seguir lejos de ti.

Las lágrimas que he retenido caen por mis mejillas. Él las seca.

—Me dejaste, te fuiste con otra...

—No, nunca he estado con otra. Eso era solo trabajo.

—¿Trabajo?

—Bell, estoy tratando de atrapar a la persona que me mandó matar. —Me recorre un escalofrío—. Esa mujer es mi enlace.

Es la primera vez que es tan sincero conmigo, sin que yo le insista, y me hace darme cuenta de lo sinceras que son sus palabras.

—¿Corres peligro?

—Es posible, por eso no quería que te salpicara. Y menos ahora que estabas lejos de ese lugar lleno de complots y de gente que, con tal de tener

más dinero, es capaz de cualquier cosa. —Me acaricia la mejilla—. No sabes el horror que ha sido estar apartado de ti.

—Lo sé, yo he sentido lo mismo. Pero... ¿sigues corriendo peligro?

—Sí, pero ahora estás lejos y dudo que vayan contra ti si tienes cuidado. Esto siempre ha sido algo contra mí. Sobre todo tienes que confiar en mi si...

—¿Si qué? —pregunto cuando se calla.

—Si me perdonas y me das otra oportunidad.

—¿Para que sea tu amante? ¿El bálsamo de tus heridas? ¿La persona que te recuerda cómo fuiste?

—Para ser mi amante, con quien comparto un pasado que no quiero olvidar, y mi salvación. Sí, porque sin ti estoy muerto por dentro, Bell. —Mi corazón da un vuelco y siento deseos de pellizcarme por si esto no es real—. Y, respondiendo a la pregunta que no me has formulado por miedo, sí, para que seas mi novia, Bell. Ya nada impide que estemos juntos.

Sonrío porque haya sabido leer entre líneas. Cierro los ojos un instante, necesito pensar. Asimilar que esto es real. Sus caricias no cesan. Coge mi mano y nota la pulsera. Me la quita y la lleva a su pecho. Late tan fuerte como el mío. Yo lo he devuelto a la vida y él me ha enseñado lo que es vivir.

Abro los ojos y hago lo que deseo hacer desde que se marchó aquella noche. Lo abrazo con fuerza. Llora de felicidad, de dolor por lo mal que lo he pasado y de miedo por lo que le pueda pasar.

—Bell, preciosa. Ya estoy contigo.

Sus palabras son un bálsamo para mí. Nos quedamos abrazados en medio de la calle sin que nos importe nada ni nadie. Haciendo de este lugar nuestro propio universo.

Sigo a Kennan por este parque de la ciudad, que a estas horas y con este frío está vacío. Llegamos al lago central y buscamos un banco en el que sentarnos.

No hemos dicho nada de camino aquí, solo me dijo que quería hablar conmigo en otro lugar y asentí. Tenemos mucho de lo que hablar. Y lo que me ha confesado no deja de dar vueltas en mi mente. Ahora mismo solo

pienso en protegerlo, en no dejar que nada le pase.

Me ha dicho que había hablado con Mariano, que le dijo que era mi exnovio y que quería recuperarme. Mariano solo se fue cuando llamó a Fiona y le preguntó si esto era cierto y ella le dijo que sí, y que necesitábamos hablar. Yo no me enteré de todo esto, claro. Ahora entiendo las palabras de Fiona antes de marcharme. Se refería a Kennan.

Kennan se sienta y deja el brazo apoyado en el respaldo, invitándome a sentarme a su lado y dejar que su brazo me rodee. Lo hago y me acerca a su pecho. Busco la mano que tiene apoyada en la pierna y la enredo con la mía. Llevo la pulsera puesta de nuevo. Kennan me la puso sin decir nada. Obviando el hecho de que me la había quitado cuando estaba a punto de quedar con otro.

Entrelazo mis dedos con los suyos buscando su calor antes de empezar a hablar. Cojo fuerza y le hago las preguntas que anidan en mi cabeza.

—¿No sabes quién trató de matarte?

—No.

—¿Y lo quieres encontrar?

—Quiero encontrar al desgraciado que lleva la agencia de modelos.

—¿Por qué? ¿Él fue quien quiso destrozarte?

Se calla, alza la cabeza y veo el tormento en sus ojos. Hay algo que no me quiere decir y siento como si le avergonzara. Como si callara por miedo a mi reacción.

—Kennan, estoy contigo. Dime lo que sea.

—La culpa de que hiciera ciertas cosas fue suya. Quiero hacerle pagar. Quiero cerrar del todo esa etapa.

—Y sabes que está en nuestro complejo... —Asiente—. ¿Es peligroso?

—Espero que no. Pero no quiero correr ese riesgo contigo.

—¿Pensabas que era Jarrod?

—No, ese idiota solo piensa en gastar dinero, fingir que sabe lo que hace e ir con unas y con otras. No tiene cabeza para más.

—Pero te acercaste a él por una razón.

—Sí, porque tiene contactos y conoce a mucha gente, y además es un bocazas. Sobre todo cuando bebe. Es algo que no ha cambiado con los años.

—Y quieres que sea tu amigo y así te dé pistas de quién puede ser.

—Sí, también lo hice para saber si te hacía daño.

—¿Has avanzado algo?

—He descartado a varios.

—¿Y por qué has vuelto a ser modelo? Lo odias, o tal vez ya no...

—Porque si estoy dentro me será más fácil llegar a ellos. Hasta ahora no he conseguido mucho. Ya no soy ese niño que trataron de manipular. Solo he aceptado con un montón de condiciones.

—No me gusta todo esto. —Su gesto se endurece y al mirarme veo pesar—. Estoy contigo, eso no cambia lo que me digas. Pero ¿y si fuera yo la que estuviera en tu lugar? ¿Te quedarías al margen?

—Sé que es difícil. Sé que te pido un imposible, pero confía en mí. Mi idea era acabar con todo esto y luego volver a por ti..., si es que tú seguías sintiendo algo por este pobre idiota y ningún otro había conseguido enamorarte más que yo.

—¿Quién ha hablado de amor? Yo solo te deseo —bromeo mientras me siento en su regazo y le paso los brazos por el cuello—. Creo que eso sería imposible. Pero ¿y tú? Ahora eres medio famosillo.

—Medio famosillo, dice..., y yo que creía que era famoso porque mi cara estaba en todos lados... —Noto cómo le irrita todo esto y que, aunque trata de bromear, no es feliz—. No va a haber otra.

Admite, y sonrío porque sepa leer tan bien lo que quiero... Hasta que recuerdo algo.

—Ayer usaste preservativo —le digo molesta y sonrojada al recordar nuestro encuentro.

—No hemos estado juntos en todo este tiempo. Ignoro si sigues tomando la píldora. Y aunque me encantará un día tener un hijo contigo, ahora no es el momento. No he estado con nadie, Bell. —Sonrío feliz y más relajada—. ¿Y tú?

Veo en su mirada la misma inseguridad que tenía yo hace unos instantes.

—No, no podía, estaba ocupada en echarme de menos y tratar de hacerme con esta nueva vida. Y tomo la píldora, o creo que la tomo. A veces no me acuerdo ni en qué día vivo —le admito. Y es cierto. Creo que la llevo al día,

pero no lo tengo claro, porque los días me parecen tan iguales que dudo a veces si me la he tomado o no.

—¿Eres feliz?

Lo miro a los ojos y sonrío feliz.

—Ahora sí, pero me sigue inquietando lo que me has contado, y sé que hay algo más. —Aparta la mirada.

—Dame tiempo —me pide, y el horror que veo en sus ojos hace que mi curiosidad se active. ¿Qué es lo que le produce esa reacción?

—Vale, pero no me alejes más. Odio separarme de ti.

—Y yo, preciosa. —Me quedo mirando sus labios y creo que me va a besar, pero me ayuda a levantarme y coge mi mano—. Vamos a dar un paseo.

—Me gustaba más el plan de besarte hasta perder el sentido.

—Ya habrá tiempo para eso. —Me guiña un ojo juguetón, y me gusta este Kennan.

Está regresando. Poco a poco su verdadera personalidad sale a la superficie. Damos un paseo por el lago. Hace frío y Kennan me abraza, acercándose a él. Apoyo mi cabeza en su hombro mientras camino. Me encanta estar así con él. Me cuesta creer que todo sea real. Que la pesadilla haya terminado.

—¿Qué tal te va en el trabajo?

—Muy bien, me encanta. Creo que de tener que regresar a la vida que llevaba, ya no podría.

—Nunca tendrás que volver. ¿Estás mejor? Estuve allí hasta que despertaste.

Me vuelvo y me paro de repente.

—Te escuché, pero pensaba que eras parte de mi sueño.

—Lo sé. Nunca más vuelvas a darme un susto así. —Acaricia mi mejilla—. Por eso estaba anoche en la discoteca. Verte tan mal me hacía imposible estar lejos. Fiona me contó que ibais a ir.

—No sabía que habías vuelto a verla.

—Fue en el hospital. Le expliqué lo mismo que te he dicho a ti. Y me dijo que luchara por ti. Que te contara esto.

—Me alegra que le hieras caso, pero te ha costado.

—Un poco —sonríe de medio lado.

Tomo su mano y retomo el paseo.

—¿Qué sentiste al rodar ese anuncio? Debió de ser duro, si es algo de tu pasado que odias.

—Solo pienso en conseguir mi meta. Y eso hace que esta vez tenga otro sentido. No espero ser un gran modelo o dedicarme a esto. Tengo un objetivo claro.

—¿Y tienes que acudir a fiestas y eso?

—Algunas —admite.

—Puedo acompañarte. —Le recorre un escalofrío.

—No. Déjame hacer esto a mi modo, Bell.

—Si me lo contaras todo...

—Lo haré, si no lo hago es porque temo perderte después. Yo mismo me avergüenzo de ello, no puedo esperar que tú no lo hagas.

Ahí está la verdad de todo. Me pongo ante él y le hago que me mire.

—A menos que hayas matado a alguien, no me vas a decir nada que me haga huir.

—No he matado a nadie, pero sé cómo hacerlo —me dice, y me recorre un escalofrío por su forma de decirlo, y sé que es cierto. Que sabe defenderse —. Dame tiempo.

Asiento y seguimos con el paseo hasta que regresamos al coche de Kennan; aún no me ha besado y me muero porque lo haga, pero no quiero que piense que solo lo quiero por eso.

—Te quiero llevar a un lugar importante para mí. Está algo lejos. Pararemos de camino para cenar algo. ¿Te apetece?

—Sí. Mucho.

Entramos en su coche y, como ha dicho, paramos a cenar en un bar de carretera. No tiene mucha gente, pero la cocinera reconoce a Kennan y le pide un autógrafo y varias fotos. Cuando ella le pregunta por su Twitter, le dice que se lo tiene que hacer, pero que no tiene.

—No seas celosa —me dice al oído cuando regresa y se sienta mi lado.

—No lo soy, bueno, sí, pero no por esa mujer. Sino por las que vendrán.
—Sonríe de medio lado y sé que le gustan mis celos.

Nos traen para cenar mucho más de lo que hemos pedido. La mujer le dice a Kennan que cuando se haga la cuenta lo etiquetará para que la gente sepa que estuvo en este lugar. Nos despedimos hinchados. La comida estaba deliciosa, pero ahora mismo si pienso en comer algo más creo que vomitaré.

Me dejo caer en su coche y sé que me quedará dormida enseguida, anoche dormí fatal. Y así es. Al poco de poner Kennan el coche en marcha, me quedo dormida.

—Hemos llegado, preciosa. —Kennan me acaricia la mejilla con suavidad.

—Cinco minutos más.

—Te prometo que dormiremos pronto.

Abro los ojos y me pierdo en los suyos. En la ternura que veo en ellos. Me da un beso en la mejilla y me desmerezo. Abre mi puerta y me da la mano para salir del coche. Me coge por la cintura porque ahora mismo estoy más dormida que despierta. Andamos por un sendero de piedra y me fijo, gracias a la luz de la luna, en que estamos en una vivienda en obras. Lo miro intrigada. Llegamos a la puerta y la abre.

—Esta es la que quiero que sea mi casa —me dice dejándome paso.

Entro impactada por sus palabras. La casa está en obras, hay andamios y utensilios de obra por todos lados. La están acabando de construir y solo están los tabiques. Aun así, veo a los lejos, tras una cristalera, el mar iluminado por la luna.

—¿Llevas el llavero? —Asiento y lo saco del bolso. Lo llevo guardado en un bolsillo, como hice con la pulsera; pese al dolor de tenerlos cerca no podía desprenderme de ellos.

Se lo tiendo y veo que coge otro par de llaves y las mete en él. Mi respiración se agita.

—Espero que un día esta sea nuestra casa. —Las cojo emocionada y me alzo para besarlo cansada de esperar.

Me separo jadeante y le digo lo que tanto tiempo llevo callando, temerosa de que, buscando el momento indicado, nunca llegue a decírselo.

—Te quiero, Kennan... Bueno, siempre te he querido. Lo que quiero decir

es que te amo, que lo hago de todas las formas posibles en que se puede amar a un hombre.

Kennan me mira emocionado antes de besarme.

—Te amo, Bell, nunca lo dudes, pase lo que pase.

Ese «pase lo que pase» me inquieta, y más porque, pese a la escasa luz, otra vez veo en sus ojos el miedo a que lo rechace tarde o temprano.

Kennan cierra la puerta y me lleva hacia la escalera. Subimos a la segunda planta y entramos en la única habitación que parece habitada. En ella hay un colchón en el suelo, ante un balcón.

—He dormido aquí algunas noches —me explica.

—Me encanta el lugar, rodeado de mar. El mar siempre me recuerda a la libertad. Es como si, al mirarlo, sus aguas se llevaran lejos todos mis temores y me trajeran esperanza con sus olas. Digo tonterías...

—No, a mí el mar también me da sensación de libertad. La casa que tengo ahora me produce asfixia.

—Te entiendo.

Kennan se va hacia la chimenea que hay en ese cuarto y la enciende. Se aleja, creo que para comprobar que todo esté cerrado, y me quito el abrigo. Me acerco al fuego y me quedo absorta mirando las llamas. Tanto que cuando Kennan me abraza por detrás me sobresalto.

—Soy yo. —Me aparta el pelo de la nuca y me besa, haciendo que me recorran cientos de escalofríos—. Deja que por fin te haga el amor.

—Siempre hemos hecho el amor. No te empeñes en buscar otro nombre a lo que hacemos. Que sea más intenso no lo hace ser diferente —le digo con firmeza. Asiente, pero no está muy convencido. Odia perder el control conmigo por si me hace daño—. Hazme el amor, pero solo con la condición de que no limites tu deseo. Te deseo por completo, Kennan, y no pienso ocultar todo lo que me produces.

Kennan duda un segundo antes de besarme con pasión. Esta batalla la he ganado yo.

Vamos hacia la cama quitándonos la ropa y separando nuestros labios lo justo para poder hacerlo. Cada vez que nuestros labios se juntan de nuevo el beso es más impetuoso que el anterior y nuestro deseo más acentuado.

Cuando me deja sobre la cama estoy completamente desnuda. Se separa y se quita el resto de la ropa antes de acercarse a mí. Me quedo admirando su cuerpo iluminado por la luz de las llamas. Es magnífico. Todo un Adonis, y sus cicatrices no estropean su perfecta belleza. Se acerca y abre mis piernas con sus rodillas para hacerse un hueco entre ellas, al tiempo que sus labios atrapan los míos de nuevo.

Me encanta sentir su piel acariciando la mía. Sentir cómo se calienta por el placer y cómo nuestros cuerpos se funden. Cada vez que se mueve, mis pechos, sensibles y endurecidos, se frotan con su pecho y el corto vello me roza produciéndome escalofríos. Se mueve lo justo para que su sexo acaricie al mío, que ya está mojado y listo para él. Nos tocamos, sin dejar de explorar cada parte de cuerpo del otro. Lo deseo como nunca, pero también quiero saborear este momento.

El problema es que cada caricia de Kennan intensifica mi placer, y más cuando sus labios y su lengua bajan hasta mis pechos y juegan con mis pezones. Bajo la vista y veo cómo chupa uno de ellos. Cómo tortura mis pezones, tan sensibles a sus caricias. Gimo. Me retuerzo y noto cómo mi placer aumenta en ese punto que me muero porque sea atendido como se merece. Kennan lleva su mano a mi sexo, leyéndome la mente una vez más, y la pasea por el interior de mis pliegues.

—No sabes cómo me gusta saber que yo soy el causante de que estés así.
—Y tras decirlo mete un par de dedos dentro de mí y los saca, dejándome anhelante de más—. Me encanta ver cómo te retuerces de placer. Te recordaba así en sueños, abierta, dispuesta para mí y preciosa.

Introduce otra vez más dos dedos dentro de mí y noto una descarga de placer; cuando los saca y no los mete de nuevo, protesto. Él sonríe.

—¿Qué quieres?

—Ya lo sabes, puedes leer mi mente, ¿recuerdas?

—Me gusta que me lo digas. —Me pasa los dedos por el sexo y cuando llega a mi clítoris lo retuerce como sabe que me gusta, para luego alejarse.

—Kennan..., te quiero dentro de mí, ¡ya! ¿He sido lo bastante clara?

Sonríe de medio lado y coge mi mano. Se lleva mis dedos a la boca y los chupa. Nunca creí que algo así fuera tan placentero. Me encuentro

retorciéndome de placer hasta que se separa y los lleva a mi sexo. Lo miro desconcertada.

—Tócate aquí y no te corras. —Los posa sobre mi clítoris y lo veo arrodillarse entre mis piernas—. Vamos, Bell.

Me insta y hago lo que me dice ante su atenta mirada. Muevo los dedos notando cómo mi placer aumenta y me cuesta mucho no correrme, porque sé tocar donde más placer siento. Kennan lo nota y sonrío.

—No te corras, no sin mí dentro. —Sus palabras casi hacen que me corra, y más cuando lo veo acercarse a mi sexo y lo recorre con la lengua, acariciado mis dedos.

—Kennan, me lo estás poniendo muy difícil.

—Yo confío en ti —dice rozándome el sexo con sus palabras.

Me besa y me lame mientras yo me doy placer, evitando el lugar exacto donde sé que no podría evitar el orgasmo deseado.

Kennan me tortura hasta que me retuerzo y no puedo más. Entonces se levanta y me besa. Lo beso como si no hubiera un mañana mientras lo noto todo endurecido en mi cavidad, donde antes ha estado su lengua explorándome.

—¿Estás lista? —pregunta con una sonrisa, porque sabe que me está torturando.

—¡Sí! ¡Métemela ya!

Se ríe y me besa al tiempo que se introduce dentro de mí. Casi me corro por la sensación de tenerlo del todo en mi interior. Noto cómo me llena. Cómo mi cuerpo se amolda a su invasión, y espero a que se mueva. Por suerte esta vez no me tortura demasiado y entra y sale de mí haciendo que el placer se intensifique cada vez más. Estoy tan a punto que dudo que pueda aguantar mucho. Y menos si me besa de esta manera..., como si yo fuera el aire que respira.

Esta noche no hay fantasmas, solo estamos él y yo, y pienso que es un gran avance. Que los estamos venciendo.

Intensifica las embestidas y lleva su mano a mi sexo para frotar el punto que se muere por ser mimado.

—Córrete, preciosa. Yo estoy contigo.

Sus palabras desatan mi orgasmo y me corro sin dejar de decir su nombre. Kennan me sigue y noto cómo se vierte en mi interior. Cómo me llena con su esencia.

Nos abrazamos con fuerza tratando de regresar a la tierra y lo beso emocionada por lo sucedido.

—Te amo —le repito, y la felicidad que veo en los ojos de Kennan me hace creer que de verdad sus fantasmas se han ido para siempre...

... no se han ido y parecen peores que nunca. Kennan se retuerce en sueños y repite que no quiere una y otra vez. Veo su dolor, su impotencia y su rabia. Trato de despertarlo, pero no lo consigo. No puede salir de esa pesadilla y siento como si lo deseara, pero se ve atrapado en ella. Y sé que en verdad es una parte de lo que fue su vida. Ahora queda saber qué lo tenía atrapado y de qué se avergüenza. Él me dijo que no fue violado, pero viendo esto me cuesta creer que no fuese así, y pienso que pudo ser esto lo que le pasó y que se avergüenza de ello.

Lo abrazo mientras lo llamo hasta que se calma y vuelve a quedarse dormido. Yo ya no puedo conciliar el sueño. Solo puedo velar por este hombre que tanto ha sufrido.

Capítulo 22

KENNAN

Me preparo para una tediosa noche con Jarrod. Se piensa que somos íntimos y, ahora que no está casado, no se oculta a la hora de irse de fiesta, y en muchas me quiere a su lado. No le caigo bien, él a mí tampoco, pero le gusta que la gente piense que somos amigos. Le encanta el poder que eso le da, sobre todo ahora que ha salido mi anuncio emitido, y cuando vamos a un pub, las mujeres se nos acercan. Le gusta el poder que tiene por ser amigo de un famoso.

Lo odio, no lo soporto. Esa cara de niño bueno que tiene..., sobre todo cuando empieza a contar cómo está de mal porque su mujer lo engañaba con otro; me dan ganas de mandarlo todo a la mierda y decirle que el otro soy yo, ese al que llama amigo del alma. Un día se lo diré, lo tengo claro. Solo me estoy conteniendo por mi plan. Porque hasta ahora todo está yendo muy bien, pero muy lento. En mi cabeza todo era más fácil. Hacer ese anuncio solo fue una medida desesperada para llegar a la persona que me amargó la vida y poder destruirlo, hacerle pagar como se merece. He cerrado bastante el círculo de los que pueden ser, pero no tengo nada claro que pueda desenmascararlos.

Sé que, hasta que no cierre esta puerta a cal y canto, no podré ser feliz. Hasta que no se haga justicia no descansaré en paz. Llevo años queriendo huir de ello y ha sido imposible, y el estar ahora con Bell lo intensifica todo.

No quiero que nada nos separe. Y menos mi pasado. El problema es que temo que, cuando sepa la verdad, sienta tanto asco por mí como en su día lo tuve yo por mí mismo.

No la he visto desde el otro día, que la dejé en el trabajo tras pasar por su casa para cambiarse. Estaba muerta de sueño, pero eso no impidió que me besara lentamente y me sonriera como solo ella sabe hacerlo.

Alejarme de Bell me resultó insoportable, sobre todo tras estar tantos días sin ella. Viviendo un infierno en vida.

La dejé ir porque temía, y temo, que le suceda algo. Que todo esto la perjudique. No quiero que mi pasado la salpique y tampoco puedo estar sin ella. Pensé que en parte también la dejaba ir por su bien. Había vivido toda la vida atada a los deseos de otros y ahora tenía la oportunidad de ser libre. De decidir su camino. Hasta que vi cómo otro la trataba de tocar... y mirar hacia otro lado me resultó difícil. Ya era malo imaginarla con otro, pero verla en directo fue desgarrador. No pude quedarme al margen, y menos cuando sentí que, pese a que tenía la libertad de elegir, me escogía a mí. Me quedé desbastado sabiendo que no podía estar lejos de ella.

El problema es que, hasta que esto acabe, tengo que seguir fingiendo y viviendo esta farsa.

Tocan al timbre y bajo a abrir. Tras la puerta aparece Jarrod con Filippo, que no parece nada contento de estar aquí.

Los hago pasar al salón y les sirvo una copa. Filippo dice que solo se toma una y se va, que no quiere dejar a su mujer sola ahora que está en estado. Se lo ve tan emocionado por ese niño que, por un momento, me imagino a mí mismo en su situación. Me veo abrazando la tripa redondeada de Bell y sintiendo bajo mis manos cómo un pequeño cobra vida. Nunca me he imaginado siendo padre. Cuando descubrí que estaba enamorado de ella, era demasiado joven para pensar en ello. Y después creí de verdad que nada me haría volver a sentir. Subestimé lo que sentía por Bell. Algo que no hizo mi padre. Él está al tanto de todo y me ha pedido que vayamos a verlo este fin de semana a pasar unos días con él. No sé si podremos pasar todo el fin de semana, pero sacaré tiempo para estar con él y con Bell.

Hoy es jueves y Jarrod quiere salir justo hoy, porque ahora le van las

universitarias. Se hace pasar por alguien de menos edad de la que tiene, aunque intelectualmente no tiene que rebajarse mucho la edad.

Terminamos la copa y Filippo se marcha deseándonos que lo pasemos bien. Me da pena el pobre hombre, está enamorado hasta las trancas de Crystal y esta no para de engañarlo. Por lo que sé, estar embarazada no la priva de tener amantes. A mí se me ha insinuado varias veces sin éxito.

Vamos hacia un pub de moda entre universitarios. No me apetece estar aquí, pero me conviene, porque Jarrod es un bocazas. Me entero de muchas cosas cuando lleva dos copas de más. Y, al igual que otras noches, empieza a hablar tras varios cubatas.

—Míralas, deseando que te las folles —se ríe y me empuja. Me vuelvo y veo a dos jóvenes que me devoran con la mirada y, al saberse observadas, me sonrían y saludan. Las ignoro—. Vamos, diles algo, esas caen fijo, y están muy buenas. Y es carne fresca...

—No me apetece.

—A mí sí. Si están pidiendo a gritos ser folladas. Así vestidas...; estas mujeres son las que quieres para una cosa y no para casarte con ellas.

—¿Y eso por qué? —le digo sabiendo por dónde va a salir este cromañón.

—Porque uno nunca se casa con la mujer que se tira en un váter de mala muerte o entre dos coches.

Pienso en Bell el otro día en el aseo. No me enorgullezco de ello, pero tengo claro que, sin ninguna duda, sí me casaría con ella.

—Pienso que, al igual que los hombres, ellas pueden hacer lo que quieran con su vida y con su cuerpo. —Jarrod me mira amenazante.

—No lo veo así. Una mujer digna de ser mi esposa no puede ser una cualquiera.

Me cuesta mucho callarme y decirle cuatro cosas. No lo hago, porque tengo un fin mayor y porque tarde o temprano le callaré la boca.

—Y hablando de mujeres... —Da un trago largo a su copa y la vacía—. Estoy pensando en recuperar a la mía. En el fondo creo que no me fue infiel, sino que lo dijo solo para joderme.

Por encima de mi cadáver, pienso; contenerme esta vez me parece casi

imposible.

—¿Y eso lo piensas después de haber dicho tantas cosas malas de ella?

—Ya, bueno, eso fue antes de que mi suegra me diera mucho dinero por reconquistarla. —No me extraña ese tipo de comportamiento en él—. Cuando me acepte, diré que dije todo eso de ella por el dolor que sentía al perderla.

Sonríe y luego saluda a las mujeres, que no paran de mirarnos, y estas se acercan.

—Y ahora me voy a disfrutar. Tú deberías hacer lo mismo.

Ahora mismo de lo único que tengo ganas es de partirle la cara. No lo hago porque no puedo y porque hacerlo ahora estropearía todo mi plan. Las mujeres vienen y tratan de camelarme. Como paso de ellas, se van a por Jarrod, que omite que han venido antes a buscar mis atenciones. Se acaba yendo con las dos tras unas copas y me quedo solo.

Dejo el coche aquí y me pongo a andar recordando por qué hago esto. Cuesta, cuando tienes que fingir ante tanta gente y, una vez más, olvidarte de ser tú mismo. Algo que llevaba muchos años haciendo, hasta que Bell me recordó quién quería ser.

BELL

Solo queda una hora para que me vaya con Kennan a casa de su padre. Tengo muchas ganas de verlo, pues desde el lunes solo hemos podido hablar por teléfono, y de ver a su padre también. Lo he echado de menos. Ha sido más un padre para mí que mi propio padre.

Hoy estoy sola. Fiona ha salido de viaje y me toca cerrar a mí. La mañana está siendo tranquila y espero que siga así hasta que cierre.

Me pongo a revisar mi agenda para ver que no se me pase nada y estoy en ello cuando entra un nuevo cliente. Alzo la cabeza y me quedo de piedra al ver quién es. Mi padre.

Lo miro impactada sin saber qué decir y noto que me hago más pequeña.

—Hola, Cristabell.

—Hola, papá.

—Acabo de saber que estuviste enferma, muy enferma. ¿Puedo sentarme?

—Asiento—. Se te ve bien.

Me quedo quieta, sin hablar, sin saber qué decirle, no lo esperaba.

—Lo siento, no sé qué decir.

—Solo quería saber si estabas mejor.

—¿Por qué ahora?

—No estoy aquí porque haya cambiado. Solo vine a ver que estuvieras bien y a darte algo. Además, esperaba que tú regresaras. Aunque tal vez lo hagas cuando tu exmarido venga a reconquistarte; tu madre está insistiendo en que lo haga. Esta vida no es para ti.

—No pienso regresar.

—Deberías. Ten, esto es para ti. —Me tiende un paquete con dinero en efectivo.

—No lo quiero, no lo necesito...

—Supe que habías estado enferma porque yo tuve otro amago de infarto y la enfermera me lo contó. Si te pasa otra vez, al menos que tengas dinero para el tratamiento. Tu muerte no le haría ningún bien a mis empresas.

Y ahí está la verdad. Solo hace esto por su egoísmo. Porque no quiere que nada empañe sus negocios. Es un hombre horrible y sin escrúpulos. Lo más triste es que, cuando vino, llegué a pensar que lo hacía porque se preocupaba por mí.

Se levanta para irse. No se despide, no me dice adiós, y sé que, pese a todo, como él ha dicho, no va a cambiar. Pero al menos por esta vez ha tenido un detalle y se ha puesto de mi lado.

Guardo el sobre en mi pequeña maleta para estos días y pienso en lo que dijo mi padre de que mi madre quería que regresara con Jarrod. No sé cómo se le puede ocurrir que aceptaré. Que lo piense siquiera me enfurece.

Entra una pareja de recién casados y la atiendo, olvidando a mi familia y lo horribles que son. Estoy acabando con los trámites de la venta cuando la puerta se abre, y esta vez aparece Kennan.

Lleva las gafas de sol puestas y el pelo algo despeinado. Me cuesta recordar hasta mi nombre al verlo ante mí vestido con esos vaqueros desgastados y esa chupa de cuero marrón. Me quedo desconcertada y, por la

media sonrisa de Kennan, sé que se ha dado cuenta de lo que me ha producido el verlo así.

Se acerca y se apoya en la mesa de Fiona mientras espera. No soy la única que lo mira embobada. La chica no para de mirarlo disimuladamente mientras yo cierro la venta con su novio. Se van y me vuelvo hacia Kennan.

—Lo has hecho aposta —digo yendo hacia él.

—¿El qué? —pregunta inocente tirando de mí.

—El venir aquí así, con tanta testosterona suelta.

—Eso es que tú estás muy salida. —Me sonrojo—. Y me encanta que sea por mí.

Me besa y me pierdo entre sus labios. No me suelta hasta que estamos jadeantes.

—Te he echado de menos. Lo reconozco.

—Y yo. —Noto pesar en su mirada—. Vayámonos, o llegaremos muy tarde a comer, y mi padre ya me está llamando para recordarme que nos espera.

Jeff no vive muy lejos, en menos de cuarenta minutos estamos en su casa. Es una pequeña vivienda en un barrio de trabajadores. Kennan aparca en la puerta y, antes de llamar, la verja de hierro que da a la calle se abre y entramos en un pequeño jardín cuidado con mimo y detalle. Jeff sale de la casa y viene a recibirnos. Lo abrazo y sonrío. Se sonroja por mi abrazo.

—Tenía ganas de verte, pequeña —me dice dándome un par de besos. Luego se vuelve a su hijo y se saludan con una inclinación de cabeza.

—Qué sosos sois, podéis daros un abrazo y un beso. No pasa nada. —Les pico como cuando era pequeña; por un instante siento que nada ha cambiado.

Jeff no le besa, pero le da una palmada en la espalda y nos insta a que pasemos dentro. Ya huele a comida y se me hace la boca agua. El salón es acogedor y tiene casi todos los muebles que eran suyos de la otra vivienda. Así como las fotos de su hijo desde pequeño. La mesa está puesta en una esquina junto a la ventana.

Tras lavarme las manos me siento a comer. Jeff nos sirve la comida y parece como si hubiera retrocedido en el tiempo, a esos años en los que me escapaba a su casa para estar con Kennan y para sentir lo que era de verdad

tener una familia que te quiere.

—Me alegra mucho que estéis juntos al fin —dice de repente Jeff mirando a su hijo.

Kennan asiente, pero veo el miedo pasar por sus ojos. Jeff también lo ve, porque pone mala cara y siento que él conoce los temores de su hijo.

—Nos ha costado un poco llegar hasta aquí —digo para aliviar la tensión del ambiente.

—Es cierto, pero quien tuviera ojos en la cara siempre hubiera visto lo que yo —añade mirándome, y espero a que diga lo que vio—. Vi hace años que estabais hechos el uno para el otro. Aunque, bueno, tu madre también lo vio y metió a mi hijo en ese lugar.

—Papá... —le recrimina Kennan.

—Me dijiste que ya sabía que su madre era la culpable de todo.

—Deja el tema —pide Kennan cansado.

—Mi madre es horrible, por eso es mejor que no nos amargue esta deliciosa comida. Sigues teniendo una mano increíble con la cocina.

Jeff asiente orgulloso y me cuenta cómo ha elaborado este plato. Sigo comiendo mientras hablo con Jeff de su nuevo trabajo. Solo trabaja media jornada en un colegio, llevando el mantenimiento, hasta que se jubile. No sabía que habían despedido a Kennan por alejarse aquel fin de semana y no estar disponible las veinticuatro horas. Cosa que, por contrato, no deberían poder hacer. Y, al despedir a Kennan, se cargaron de paso a Jeff; le pagaron lo que le correspondía y adiós. Tantos años de servicio para nada. Y seguro que tras todo esto está la mano de mi madre. Siempre ha hecho lo imposible por separarme de Kennan. Y a la vista está que no lo ha conseguido. Lo que me molesta es que Kennan no me lo dijera. Me dijo que su padre no se veía jubilándose...

Terminamos de comer y me pongo a fregar mientras Kennan seca y Jeff hace el café y saca unos pasteles que ha comprado.

—¿No pensabas decirme que te habían despedido? Voy a empezar yo también a no contarte según qué cosas.

—No discutáis —nos dice Jeff desde la puerta—. Y, Kennan, si estás con ella, es con todas las consecuencias. No la puedes alejar de tus problemas.

—Gracias, Jeff, a ver si a tu hijo se le mete eso en la cabeza.

Kennan se tensa y no hace comentario alguno. Lo miro exasperada y sigo fregando. Terminamos de recogerlo todo, nos sentamos en el sofá del salón y entonces veo el álbum de fotos que tenía Jeff de ellos dos y de mí cuando Kennan y yo éramos pequeños.

—No me puedo creer que hayas sacado eso —dice Kennan molesto cuando paso la primera página y aparece un precioso bebé rubio de grandes ojos—. Me voy a hacer unas llamadas. —Se termina el café de un trago y, tras darme un beso en la frente, recoge sus cosas y se marcha.

—Dale tiempo.

—No entiendo por qué no le gusta ver unas fotos antiguas.

Jeff se sienta a mi lado y señala algo en la cara de Kennan en una foto de cuando tenía no más de tres años. Señala su sonrisa.

—Kennan odia mirar al pasado y no saber regresar a él. Aunque cada vez es más quien fue.

—Hasta que no me cuente la verdad, no se quitará el lastre que lleva sobre los hombros. —A Jeff le recorre un escalofrío.

—Teme que lo dejes cuando lo sepas.

—¿Y podría ser eso posible? Sabes que amo a tu hijo...

—El amor no siempre es suficiente. Yo quería a la madre de Kennan, y ella a mí no. Tampoco quiso a su hijo.

—Nunca me ha hablado de su madre, ni siquiera sé si la conoce. —Jeff pasa las páginas del álbum y nos veo a los dos juntos de pequeños. Ambos sonrientes, felices.

—Kennan nunca te hablará de ella, pero sí la conoce, y ojalá no lo hiciera. Esa mujer destruye todo lo que toca.

Percibo la rabia crecer en él.

—Kennan guarda muchos secretos. A veces siento que en verdad solo está a mi lado, pero no conmigo. Que no soy parte de él.

—Lo eres, la más importante, Bell, siempre ha sido así, pero es imposible esperar el perdón de la persona que amas cuando no eres capaz de perdonarte a ti mismo por algo que ya no se puede cambiar. Si tú no consigues que lo haga..., nada ni nadie lo hará.

Siento de repente una profunda tristeza; los ojos de Jeff están cargados de pesar. Lo que sea que le pasó a Kennan, debió de ser muy duro.

Seguimos hablando, pero esta vez ya de las fotos. De cuando solo éramos dos niños ajenos a todo lo que pasaba fuera de nuestro mundo de felicidad.

Ponemos una película cuando son cerca de las seis y Kennan todavía no ha regresado. Tampoco responde a las llamadas. Odio que haga eso. No soporto que me aleje de sus problemas. Si tanto me quiere, debería aprender a no mantenerme al margen.

Veo la película junto con Jeff y la disfruto. Hace palomitas y todo, como antes. La comentamos y nos reímos con las escenas graciosas. Al terminar, viendo que Kennan no ha llegado, me pregunta si quiero pizza para cenar, que espera que nos quedemos a dormir, y no puedo decirle que no. Kennan regresa cuando llega el repartidor con las cajas de pizzas y le paga él mismo, cogiendo las cajas en la puerta. Lo miro dolida mientras pongo la mesa y deja las pizzas a mi lado.

—Lo siento —dice abrazándome por detrás.

Está helado y, por su voz, afectado.

—Odio que me dejes fuera.

—Y yo recordar a alguien que no volverá. Temo que estés enamorada de quien fui. El que soy ahora no es gran cosa —me confiesa, y sé que le ha costado mucho.

Me vuelvo entre sus brazos. Entrelazo mi mirada con la suya y paso mis manos bajo su chaqueta.

—Me encanta cómo eres ahora y, aunque tú no lo veas, ese Kennan adolescente sigue estando ahí. Y, en el caso de que no estuviera, cuando regresaste eras el eco de un viejo amor y poco a poco tú me has enamorado de nuevo con lo que eres ahora. Una relación no se puede mantener con un recuerdo, y menos sin superar los altibajos que tiene la nuestra. Cuéntame qué te pasó, lo comprenderé...

—Lo comprenderás y sentirás asco. Voy a cambiarme.

Kennan se va al cuarto donde hemos dejado nuestras cosas, y Jeff me mira de una forma que sé que me pide tiempo. Asiento como si lo necesitara, pero sé que no pienso esperar. Le doy quince días, si no me cuenta la verdad,

la investigaré. Siento que, si no lo descubro yo, Kennan no me contará nada y necesito saber qué es lo que le da tanto miedo y lo que le hace temer que lo repudie. ¿Tan malo es lo que me oculta?

Me he quedado dormida en el sofá y Kennan me ha traído a la cama que compartimos en la planta baja. Me abraza por detrás tras taparnos y apagar la luz y me preparo para dormir hasta que siento sus manos colarse bajo mi pijama e ir hacia mi sexo.

—Kennan, tu padre...

—No hagas ruido si no quieres que te oiga —me dice al oído antes de chuparme el cuello.

Me recorre un escalofrío y noto cómo mi piel se calienta poco a poco y cómo mi sexo se prepara para recibirlo. Sus dedos me torturan hasta que estoy lista y, sin hacer ruido ni esperar más, se adentra en mí y me hace el amor lentamente, torturándome, hasta que no puedo más y estallo en un potente orgasmo que acallo por miedo a que sea oído y que hace que Kennan me siga.

Me abraza con tanta fuerza cuando termina que puedo notar en su gesto su miedo a perderme. Se me parte el alma por sentir su dolor y noto la impotencia crecer en mí por no saber qué es lo que nos separa.

KENNAN

Espero a Bell apoyado en el coche mientras se despide de mi padre y promete venir a verlo pronto. Le abro la puerta para que pase. Una vez lo hace, me voy hacia mi lado y entro en el coche. Sé qué va a decir antes de que hable. Le ha costado dejarlo para luego. Si no lo ha hecho antes ha sido solo por la felicidad de mi padre. Esta mañana fuimos a tomar churros a una churrería cercana y ni a Bell ni a mí se nos pasó por alto las miradas que se lanzaban la camarera y mi padre. Una hermosa mujer de más o menos la misma edad que él. Bell me miró y supe que pensaba lo mismo que yo, que entre esos dos

había algo. Espero que así sea, si alguien se merece ser feliz, ese es mi padre.

—No me dijiste que te habían despedido, y seguramente fue cosa de mi madre. Ayer tu padre no nos dejó tener esa conversación.

—No lo vi relevante.

—Que te jodan, Kennan, para ti nada es relevante. Quieres que te quiera por lo que eres ahora, pero te empeñas en que no lo descubra del todo. Sabes que tarde o temprano lo sabré. ¿Por qué alargarlo?

Aprieto el volante hasta que los nudillos se me ponen blancos.

—Y tampoco me has dicho nunca que conoces a tu madre...

—No quiero hablar de ella.

—No quieres hablar de nada, y eso es lo que nos separa, tus secretos.

Se vuelve enfadada y mira hacia la ventana. Sé que tiene razón, lo sé, y también veo cómo la pierdo cuando pasan los días y no le cuento nada. El problema es que no sé si podré revivir mi pasado sin retroceder. Sin volver a ser ese chico que llegó a sentir asco de sí mismo, hasta desear su propia muerte.

Capítulo 23

KENNAN

Entro en mi habitación del hotel donde estoy alojado desde hace ya una semana. He venido aquí con Jarrod, siguiendo una pista. Tiene un congreso y me preguntó si quería acompañarlo como inversor que soy de su compañía. Acepté solo porque pensaba que entre esta gente estaba la persona a la que busco. Tras estos días ya no lo tengo tan claro.

Es tarde, cerca de las doce, y hoy casi no he podido hablar con Bell. Solo responder sus mensajes cuando tenía tiempo. Hace dos semanas que fuimos a casa de mi padre y, aunque antes de irme al congreso la vi tanto como podía, las cosas están tensas entre los dos. Bell no va a ceder hasta saber todos mis secretos, y aunque ella no lo sepa, se alejará. No lo hace conscientemente, pero ahí está la separación entre los dos. Le duele que no la incluya en algo que a mí me causa tanto pesar.

Me he planteado decirle la verdad, pero no puedo. No quiero ver el horror en su cara. Me mataría ver en sus ojos la misma repulsión que tantas veces he visto en los míos al mirarme en un espejo y ver mi reflejo.

Me doy una ducha y me pongo ropa cómoda. Cojo el teléfono cuando estoy en la cama y pienso en llamar a Bell. No lo hago por las horas que son y voy hacia nuestro chat para mandarle un mensaje; me sorprende ver que está en línea. Le escribo.

KENNAN: ¿Despierta a estas horas? Seguro que leyendo. ¿Algún libro erótico?

BELL: Pues sí, estaba leyendo, y sí, estaba en una escena erótica.

KENNAN: ¿De qué trata? Seguro que te ha puesto caliente y no me pensabas llamar.

BELL: No sé si tienes tiempo para mí. Estás muy ocupado.

Me lanza enfadada, y la llamo. Lo coge enseguida.

—Lo siento —le digo.

—Ya puedes sentirlo, me cuesta horrores hablar contigo últimamente. Me evitas.

—Y tú a mí.

—Los dos sabemos también por qué.

—No quiero hablar de eso ahora —le digo para cortar este tema—. Dime qué leías.

Silencio..., sé que está debatiendo si quiere dejar el tema. Al final suspira y habla.

—Estaba leyendo una novela muy chula...

—¿Estabas en una escena erótica? —Oigo cómo su respiración cambia y se acelera.

—Sí.

—¿De qué trataba?

—Estaban haciendo sexo cibernético.

—¿Te gustaría probarlo? —Noto cómo se me acelera el corazón solo de imaginármela desnuda.

Nunca pensé que recuperaría el deseo y sé que si lo he vuelto a sentir es solo por ella. Ninguna mujer despierta en mi esto. Me levanto y voy a por el ordenador mientras decide qué responder. Porque si dice que sí, lo haremos esta noche.

—Sí, pero...

—¿No estás sola?

—Estoy sola en mi cuarto y en la casa. Además, no creo que Fiona y Marcelo se espantaran si me escuchasen, yo los he oído a ellos. —Noto malestar en su voz, sé que se siente una intrusa en casa de su amiga.

—Paciencia, nena, un día podremos ir a nuestra casa.

—¿Un día? Lo ves lejano.

Callo, pues tiene razón, me siento muy impotente porque no he avanzado

tanto como esperaba.

—Pronto. Enciende tu ordenador, vamos a inaugurarlo.

—Te lo pienso pagar.

Sonrío, esta semana le mandé un ordenador con una tableta y un lector de libros. Fiona me dijo que se lo había tenido que dejar en su casa y se notaba que lo extrañaba. Protestó y me dijo que no lo pensaba usar. Solo lo aceptó con la condición de que un día me lo pagaría todo. No pienso aceptar su dinero, pero ella que crea lo que quiera.

—Lo que tú digas. Ve a por varios cubitos de hielo y ponlos en un cuenco. Ahora te llamo por Skype.

Espero un poco y me quito la camiseta. Sé que le pone de los nervios esperar, pero también que, mientras se imagina qué sucederá, se enciende y se pone más caliente. Pongo el ordenador de manera estratégica y la llamo. Responde enseguida.

Está preciosa, como siempre. Lleva el pelo castaño suelto y sus ojos azules ya están algo vidriosos por el deseo. No va maquillada y lleva un pijama de felpa antierótico, que yo encuentro adorable. Si hasta me parece que son ositos los que luce.

—No te metas con mi pijama. Hace frío.

—No me meto con tu pijama, es muy sexy —bromeo, y me encanta cómo brillan sus ojos cuando lo hago.

Le encanta ver mi sonrisa, y a mí también. Juro que hubo un momento en que pensé que nunca la recuperaría. Casi me parece increíble volver a recuperar mi humor y mis ganas de sonreír de nuevo.

—Debajo no llevo ropa interior —me dice sonrojada.

—¿De verdad?

—No, no te esperaba esta noche..., de ninguna manera, pero te hubiera sorprendido, ¿eh? —me dice pícara.

—Mucho. Pero eso tiene arreglo, desnúdate para mí, Bell.

—Me da un poco de vergüenza hacerlo delante del ordenador —confiesa, y espero que se decida, no quiero obligarla. Nunca la obligaría a nada.

Se separa un poco y veo cómo se levanta. Duda, pero al final se quita la camiseta y la tira lejos. No lleva sujetador, veo sus hinchados pechos y me

los imagino entre los labios. Noto cómo la temperatura aumenta, y más cuando termina de desnudarse y se queda ante mí con ese cuerpo perfecto lleno de curvas y de sensualidad. Se sienta en la cama con la espalda apoyada en el cabecero, de forma que puedo ver todo su cuerpo y el rubor que lo cubre. Veo cómo su pecho sube y baja preso del deseo.

—Tócate, preciosa, piensa que son mis manos las que lo hacen. Que son mis dedos los que te acarician. Indícame cómo te gusta hacerlo. —Bell se lleva las manos a los pechos y noto cómo solo de verla rozarse hace que mi miembro se endurezca más de lo que ya lo está. La veo retorcerse los pechos, pellizcárselos como sé que le gusta—. Coge el hielo y pásatelo por ellos, deja que el calor los derrita y que el agua baje y encuentre su camino hacia tu palpitante sexo.

Bell gime y se retuerce mientras el hielo se derrite en sus endurecidas cimas, poniéndolas duras como guijarros. Veo cómo el agua baja por su estómago hacia su ombligo y cómo se pierde entre los pliegues de su sexo.

—Tócate, tócate como deseo hacer yo. Haz que el agua fría se evapore por el calor de tu cuerpo.

Gime. Se muerde el labio antes de bajar su mano e introducirla en los pliegues de su sexo. Observo cómo juega con su humedad, como acaricia el clítoris antes de meter un par de dedos dentro de ella, y no puedo más.

Llevo mis manos a mi sexo y hago algo que hace años que no hacía. Me acaricio en busca de placer. De alivio. Me imagino entrando en ella. Devorando sus rojos labios y calentando con mis manos sus pechos fríos por el hielo.

La escucho gemir, está cerca, su respiración está más acelerada y los gemidos que emite son diferentes.

—Eso es, preciosa, piensa que estoy dentro de ti. Que te estoy haciendo el amor. Nota cómo entro y salgo de tu aterciopelado interior.

—Kennan...

—Córrete, Bell, córrete para mí.

Y, tras decir eso, se corre, haciendo que yo la siga por el placer de verla. Su cuerpo se convulsiona. Dice mi hombre y se echa hacia atrás. Agarra los almohadones y me mira con una tierna sonrisa. Me quedo mirándola.

Maldiciéndome por no poder estar cerca. Nos miramos sin decir nada, a veces sobran las palabras, y pese a eso nos gusta decirlas para que no quede ninguna posible duda de lo que transmite nuestra mirada.

—Te amo. No lo olvides.

—No lo hagas tú tampoco.

Me despierto sudando, y siento la rabia y el dolor corriendo por mis venas. Me he visto a mí mismo y he sentido asco. Repulsión por lo que me vi obligado a hacer. Y sé que se debe al miedo a que ella lo sepa. Al miedo a perderla.

No puedo decirle la verdad. No quiero que la persona que más quiero me mire con asco. No podría soportarlo.

BELL

No puedo retrasar más saber la verdad y si alguien lo sabe debe de ser la mujer que contrató a Kennan. Ha pasado casi un mes desde que estamos juntos y, por más paciencia que tengo, no puedo aguantar más; esto nos está distanciando. Y aunque cuando estamos juntos todo es perfecto y el deseo nos nubla la mente, afortunadamente ya sin más fantasmas, cuando la pasión pasa Kennan me abraza de una forma que me hace ser consciente del miedo que tiene a perderme. No puedo soportar ver que sufre y no saber la razón. En el fondo creo que nunca me la dirá, que le avergüenza tanto que prefiere que esto sea motivo de separación entre los dos. Por eso voy a hacer algo en lo que llevo pensando mucho tiempo. Buscar el teléfono o el contacto de Manuela di Pietro, la mujer con la que vi a Kennan y la que lo metió en ese mundillo. La he visto muchas veces con mi madre, seguro que me recuerda.

Busco sus datos en Google y me parece increíble la cantidad de imágenes en las que sale. Sale rodeada de varios modelos. La consideran una cazatalentos. Es preciosa. Aunque a mí siempre me ha dado escalofríos. Busco su web y veo que tiene el teléfono de su empresa de modelos.

Dudo. Dudo si llamar o no. Me voy hacia el perfil de Kennan en Twitter. Se lo ha hecho ella misma y hay varias fotos de Kennan en el rodaje y varias fotografías para el anuncio. Está espectacular y ese aire oscuro que tiene no ha hecho más que disparar sus seguidores. Los mensajes que le dejan son sobre todo de mujeres que le dicen lo guapo que es y lo que le harían. Le piden un posado desnudo, cosa que sé que no hará. Kennan odia sus cicatrices.

Pulso una imagen donde se ven sus ojos verdeazulados y los amplío hasta perderme en ellos. Duele que me mantenga al margen de lo que lo aflige y sé que, si no lo descubro, no me lo dirá. No sé qué hacer.

Tomo aire y le pido perdón mientras busco el número y lo marco.

—Despacho de Manuela di Pietro. ¿En qué puedo ayudarle?

—Soy la hija de una amiga suya, mi nombre es Cristabell Stone.

—Un momento a ver si puede atenderte.

Espero con el corazón en un puño. Cuando vuelve a coger el teléfono la secretaria, no la escucho hablar de los nervios.

—Perdona —le digo—, ¿qué has dicho?

—Te paso con ella.

Asiento como si me viera y espero. Manuela di Pietro no tarda en cogerlo.

—Querida niña, qué alegría escucharte. Me ha dicho mi secretaria que querías hablar conmigo.

—Sí, era por tus desfiles. —Se queda callada.

—Es mejor no hablar de eso por teléfono. Pásate por mi despacho, le diré a mi secretaria que te dé hora. Nos vemos.

Me pasa en espera y oigo la música desconcertada pensando que se ha vuelto loca. No entiendo muy bien qué ha podido pasar.

—¿Señorita Stone? —me pregunta su secretaria—. Puede atenderla mañana a primera hora. ¿La anoto para entonces?

—Sí, allí estaré.

Se despide de mí con amabilidad y cuelgo pensando en lo raro que es todo esto. No tiene sentido. Me paso toda la tarde pensando en si debería ir o no. Que Kennan no me llame esta noche ayuda a que mi decisión de llegar al final se haga más intensa. Le pido a Fiona entrar un poco más tarde porque

tengo que ir a un recado y no me pone pegas. Y, sin darme cuenta, estoy frente a la puerta de Manuela di Pietro esperando a que me deje entrar.

Me he vestido con mis mejores galas, y he cogido algo prestado a Fiona. Cuando me vio tan elegante me preguntó si me vestía así para buscar trabajo y le dije que no. No me pidió más explicaciones y se lo agradecí, no sabía qué decirle que justificara este atuendo, algo más parecido al que lucía antes.

—Por aquí —me dice la secretaria de Manuela abriéndome la puerta.

La sigo y veo a Manuela, tan rubia y guapa como siempre. Me da dos besos y me hace sentar en un sofá.

—Supongo que tu madre te ha puesto al corriente de todo. Y sabrás que, antes de que te cuente nada, debes firmar esto. De hecho, solo te lo cuento por ser hija de quien eres. Si no, querida, ni te lo mencionaría.

Asiento haciéndome la tonta, si quiero llegar al final de esto tengo que mentir un poco.

Miro los papeles y los leo. Son un contrato de confidencialidad. Juro no decir nada de lo que me cuente o vea y, como pena, lo que yo dijera se volvería en mi contra. Trago con dificultad y me pregunto dónde me estoy metiendo. Recuerdo que lo hago por Kennan y firmo sin querer seguir leyendo. Me da mi copia y se guarda la suya.

—Ya sé que puedo confiar en ti. Te conozco desde que eras una niña pequeña, pero siempre hago esto antes de abrir la boca. Nunca se puede saber. Y bien, supongo que lo que quieres es venir a una de mis fiestas. —Asiento—. Mañana habrá un pase, en un hotel de lujo, espero que tengas el dinero. —Me dice la cantidad que necesito y es casi todo lo que me dio mi padre... Asiento—. Cómo me alegro. Te lo vas a pasar genial. Ya lo verás. —Se sienta a mi lado y coge mis manos—. Cómo me emociona tenerte aquí. Me encanta que sigas los pasos de tu madre. Ella no quería, pero sé que es porque no le gusta revelar sus secretos, estoy segura de que esto os unirá más. Y a ver si te hace volver con tu marido.

Me aprieta las manos y asiento, se supone que sé de lo que habla, por eso tengo que evitar hacer según qué preguntas que podrían estropearlo todo. Ni siquiera sabía que mi madre era miembro y que eso me lo pondría tan fácil. No puede ser tan malo si me está hablando de ello así sin más... Vale, tras

firmar un contrato de confidencialidad... Dios, estoy aterrada por lo que sea que voy a descubrir.

Quedo con ella para el viernes, tengo tres días para prepararme para esa fiesta y buscar una excusa que darle a Kennan de por qué no puedo quedar con él. Aunque tal vez ni siquiera haga falta. Es viernes y tendrá que fingir que es amigo de Jarrod e irse de fiesta con él. No me gusta que mienta, que lleve esa doble vida. Quiero que lo deje, esa es la verdad; quiero que la venganza no sea para él tan importante. Otra cosa más que nos separa. Siempre creí que cuando amas fuertemente a alguien nada os puede separar, y ahora sé que podéis distanciaros por las circunstancias, aunque cada paso que das lejos de esa persona te matará poco a poco por dentro.

Como ya suponía, Kennan tiene planes para esta noche y Fiona ha quedado con su novio para ir a casa de este. Les he dicho que me quedaría viendo pelis e hinchándome a chocolate. Lo que no saben es que a medio día fui de compras y me he comprado un precioso vestido negro elegante y sofisticado para una fiesta a la que debo acudir con máscara. Me dio las indicaciones la secretaria de Manuela cuando me llamó esta mañana.

Tanto misterio me pone de los nervios. Y más conforme el taxi se aproxima al hotel. Tengo una información en el bolso que enseñé al de la puerta, como me han dicho, y este me lleva a un ascensor que está en la parte trasera del hotel. Oigo resonar mis tacones en el suelo. El hombre no me mira. Ya llevo el antifaz, era el trato, que no entrara sin él. En parte mejor, porque así puedo esconderme tras la máscara.

Llegamos a la planta y el hombre me abre una puerta que está cerrada con llave.

—Que disfrute, señora. —Me deja pasar.

Asiento y me sumerjo en este mundo que desconozco y que espero que me dé las respuestas sobre qué fue lo que le sucedió a Kennan. Siento un poco de desilusión cuando veo a varias mujeres bebiendo champán alrededor de una pasarela blanca. La luz es tenue. Y no parece más que un desfile. No veo nada raro. Hasta hay algunos hombres hablando con ellas. Lo único raro

es que todas llevan antifaz. Me relaja que todo sea tan normal, entre comillas, claro. Cojo una copa de champán y me siento cuando dicen que el desfile empieza en cinco minutos.

Me tienden una cartilla. El dinero lo tengo en el bolso y aún no me lo han solicitado. Pensaba que lo harían en la puerta. Me parece un poco increíble lo que piden para ver el desfile, pero cosas peores he visto entre la gente de dinero.

Me acomodo y cojo otra copa.

—Dios, me han dicho que hay un jovencito muy potente recién incorporado. Me muero por verlo —dice la mujer que hay detrás de mí.

—Yo también he odio hablar de él. Me ha asegurado Manuela que hay nuevas incorporaciones. Nada como carne fresca y joven...

Su manera de hablar es inquietante. Las miro. No sé quiénes son por las máscaras, pero al verme ponen una mueca y sonríen como si nada.

Anuncian el desfile y el presentador dice que no olvidemos mirar los números. Y entonces empieza. Empiezan a salir chicos jóvenes uno tras otro con un número en su torso pintado en negro. No llevan más que un bóxer negro y nada más. Desfilan como modelos. Y no pensaría nada raro si lucieran algo más que esa escasez de ropa. Me quedo mirando la cara perdida de los jóvenes. Sus ojos vidriosos. Me doy cuenta de que más de uno va drogado, si no todos.

—Dios, estoy deseando que se cumplan todos mis deseos —dice la mujer de atrás; la miro y una vez más me mira como si estuviera loca por mirarla así.

No puede ser lo que estoy pensando. No puede ser. Aquí ha estado mi madre. Mi madre. Mantengo la calma hasta que salen todos los jóvenes y las luces se encienden. Todos se quedan en línea mientras las mujeres se levantan y van con cheques y dinero en efectivo hacia un hombre. Y conforme pagan les dan a los jóvenes una pastilla y un vaso de agua y me fijo en cómo sus erecciones aumentan.

Trato de asimilar todo mientras siento que la sangre se me va del cuerpo. Alguien se sienta a mi lado.

—¿Acaso no te gusta ninguno? Te aseguro que cumplirán todas tus

fantasías sexuales. Estos chicos están aleccionados y motivados por una milagrosa pastilla —me dice Manuela, que por supuesto lleva antifaz, pero la reconocería en cualquier parte.

—Kennan... —digo con un hilo de voz.

—No, Kennan no está. Pero ahora ya sabes cuál fue su pasado. Tu madre aceptó que te dejara pasar para que supieras el pasado del hombre con el que te acuestas. Ella me dijo que eras muy curiosa y, mira, tenía razón. Al final has dado conmigo. Porque si lo has hecho es porque Kennan nunca te dirá nada. Lo conozco bien y no lo hará. Esperaba que tú te conformaras sin saber su pasado. Un secreto así no se puede ocultar eternamente, y menos uno que hace que tu hombre odie el sexo. Tú querías respuestas y somos tan buenas que te las hemos dado. —El alma se me cae a los pies cuando confirma mis peores pesadillas—. Aunque ahora ya eres miembro. Yo que tú, disfrutaría. Me consta que con Kennan no puedes...

Siento asco porque mi madre haya querido que esté aquí para que me avergüence de Kennan y para que sepa que odió el sexo por culpa de todo esto.

Me cuesta respirar. Me cuesta moverme.

—Yo..., creo que otro día..., yo...

—No deberías prolongar el estar con otro que no sea tu esposo. Sé que él dice que le has puesto cuernos, yo creo que te has cansado de que él te los pusiera a ti. Ahora que estás dentro, debes disfrutar y, si sigues mi consejo, regresa con tu marido. Y cuando no puedas más con tu aburrida vida de casada, ven a mis fiestas. Anda, ven. Sé de alguien que te hará feliz. Y cumplirá todos tus deseos.

—No, otro día —sonrío—. Otro día vengo.

—Como quieras, querida, y recuerda, no digas nada, o todo de lo que nos acuses recaerá sobre ti —me dice con una mirada mordaz, y me recorre un escalofrío.

Asiento y me levanto; antes de irme miro a los adolescentes y siento pena por ellos. Uno de ellos me mira de la misma forma que he visto a Kennan mirarme. Y por un momento no lo veo a él, veo a Kennan atrapado en este mundo, vendiendo su cuerpo a los deseos de estas mujeres. Veo a Kennan

siendo objeto sexual de ellas y haciendo de él un muñeco que, para protegerse, acabó por odiar el sexo, porque para él solo era dolor.

Me marchó de aquí sin llamar la atención de nadie, conteniendo mis ganas de vomitar y de retorcerme de dolor. Camino con paso decidido hacia mi casa. No me quito la máscara. No puedo hacerlo. No quiero que nadie vea cómo mis incesantes lágrimas no han dejado de salir. Entro en casa y voy corriendo al servicio.

Me doblo de dolor y vomito asqueada por lo vivido. Tiemblo y me agito como si alguien me estuviera golpeando. No puede ser. No puede ser cierto. Kennan no pudo venderse de esa forma. Oigo el móvil sonar y lo ignoro. Lo oigo una y otra vez. No puedo moverme. Ahora estoy bajo la ducha como si necesitara el agua caliente para quitarme el asco de lo que he visto. ¡¡Eran niños!! Kennan solo era un niño asustado. Lo siento así. Y mi madre lo sabía, sabía dónde lo metía.

Ahora más que nunca entiendo su venganza. Ahora sé que lo que trata de hacer es detener esto y hacer pagar al desgraciado o desgraciados que se encargan de ello y liberar a todos esos adolescentes.

No sé qué tiempo ha pasado cuando alguien me zarandea. Creo que es Kennan, hasta que veo a una preocupada Fiona. No la había oído entrar, el agua del grifo me impedía oír nada.

—Bell, ¿qué pasa? ¿Qué ha pasado? Kennan me ha llamado preocupado. Venía hacia aquí, pero me he acercado también yo, para ver si estabas bien. No tiene que tardar. ¿Qué ha pasado?

Apaga el grifo y me parece oír una puerta abrirse, no estoy muy segura. Me tiende una toalla. La miro y ni la cojo.

—Lo sé todo. Sé que Kennan se prostituyó. Sé que se vendió por dinero...

Fiona se queda en silencio, hasta que oímos la puerta del piso cerrarse con fuerza y no tengo dudas de que Kennan estaba en la casa y ha escuchado todo lo que le he dicho a su amiga, y seguro que piensa que lo miraré con asco.

Cojo la toalla y corro tras él, chorreando. Abro la puerta, salgo al rellano y oigo sus pasos resonar por la escalera del edificio; lo sigo hasta que resbalo y me caigo, dándome en el culo. Grito y lo llamo, pero no viene. Oigo la

puerta del portal cerrándose en la lejanía.

Fiona, que me ha seguido, me ayuda a ponerme en pie. Subimos, vamos a mi cuarto y me tiende otra toalla. Me cambio mientras ella recoge todo, y cuando estoy cambiada, la busco.

—Es horrible.

—Lo es, ignoro cómo lo has descubierto, pero intuyo que por Kennan.

—No.

—Tenías que haber dejado que él te lo contara...

—No lo hará. Ha tenido ocasiones para hacerlo...

—¿Y cómo esperas que le diga a su novia que ha sido *gigolo* de pago? Se avergüenza, Bell. Se odia por lo que se vio obligado a hacer...

—¿Tú también eras...?

—No. Por suerte, él me salvó un poco por casualidad.

—No lo entiendo.

—Yo iba a ser presentada esa noche, en el desfile para hombres y mujeres, me dijeron que podría ganar mucho dinero. Me camelaron. Pensaba que solo sería un desfile y acepté. Firmé contratos sin leer la letra pequeña y fui. Estaba nerviosa por el desfile cuando oí un golpe en una de las salas, entré y vi a Kennan siendo apuñalado por tres hombres con pasamontañas. Kennan tenía los ojos y la boca tapados. Su cuerpo estaba lleno de cortes desiguales, querían marcarlo. Y lo siguiente iba a ser su cara. Lo vi claro, tan claro como que corrí hacia él y me puse delante, protegiéndole, notando cómo el cuchillo me desgarraba la espalda. —Se quita la camiseta y veo una marca como las de Kennan—. Grité y, aterrados por si alguien los pillaba, nos dejaron allí, desangrándonos. Manuela, al oírme, vino a ver qué pasaba y, antes de desmayarme, vi cómo llamaba a los servicios de urgencia. Me curé y me dijeron que mi marca me sacaba fuera de mercado. Nadie quería estar con una lisiada, y a Kennan le pasó lo mismo.

—No sabéis quién fue. —Niega con la cabeza—. Tengo que encontrarlo, tengo que decirle que no cambia nada. Que lo sigo amando.

—No creo que lo encuentres. Él teme que lo mires con el mismo asco con el que se mira él.

—¿Por qué lo conoces tan bien?

—Porque yo sentí lo mismo tras esto. Aunque nunca me prostituyera, me costaba aceptar que me había dejado engañar por dinero, por la promesa de un futuro mejor. Y lo de Kennan es peor. Porque una vez estás dentro, salir es casi imposible. No puedes hasta que ellos se cansan de ti. O cuando ya no les sirves.

—¿Y quiénes son ellos?

—Es lo que Kennan está tratando de averiguar.

La miro como si la viera por primera vez. Me doy cuenta de que ella, que es amiga de Kennan, sabe más que yo, que se supone que soy su novia y hace años era su mejor amiga. Entiendo a Kennan, pero me conoce mejor que nadie. Debería saber que nunca lo miraría así.

—Tengo que encontrarlo.

—Hazlo. Dudo que se deje ver hasta que decida.

—Lo conoces bien —le digo con tristeza.

—Yo haría lo mismo. Yo lo he hecho muchas veces.

—No ahora con Marcelo.

—No, porque no sabe ni nunca sabrá de mi pasado —dice tajante.

—Es un error, yo hubiera preferido saberlo por él. Enterarme así ha sido peor —le digo firme.

Me pongo ropa cómoda y cojo el bolso y dinero para buscar a Kennan. Lo llamo y tiene el móvil apagado. Le dejo cientos de mensajes diciéndole que quiero verlo, que no me avergüenzo de él. Voy hacia su casa y no me dejan pasar a la entrada del complejo. Tengo prohibida la entrada. Llamo a Crystal y no tarda en decirles que me dejen pasar. Ando hacia la casa de Kennan y toco al timbre. No hay nadie. Me alejo, con la mala suerte de que se abre la puerta de mi casa y aparece Jarrod, que parece salir.

—Cristabell, qué grata sorpresa.

—No vengo a verte a ti.

—Ya, claro. Hazte la tonta. —Viene hacia mí y me pregunto si sabe algo, si conoce lo que les hacen a esos esos jóvenes, por eso cuando trata de tocarme, me aparto. He llegado a pensar que mi padre me dio ese dinero por si decidía investigar a Kennan. Sabiendo que han llegado tan lejos para separarme de Kennan, no me extrañaría. Pero creen conocerme. Sabían que

investigaría, sí, pero no saben que eso no me alejará del hombre que amo. Yo no soy como ellos. Y ahora más que nunca me alegro.

—Déjame.

—Tenías prohibida la entrada...

—Por eso iba a casa de Crystal.

—Ah, ven, pasa, tomemos algo. Iba al club, pero prefiero estar contigo.

—Me coge y me suelto.

—No quiero verte. No quiero estar contigo, no te quiero.

Me mira con odio y rabia. Y siento que, una vez más, quiere ejercer su fuerza conmigo, pero el pitido de un coche evita que lo haga.

—Nos vemos pronto —dice mirando tras de mí—. Esto no acaba aquí.

Me recorre un escalofrío y me vuelvo sabiendo que será Crystal. Voy hacia su coche y entro.

—Qué alegría verte. Qué ropa más horrible. Supongo que es tu *look* de pobretona.

—No soy pobretona.

—No, pero me echabas de menos. Qué bien que hayas venido, hoy no tenía planes y quiero que me cuentes qué ha sido de tu vida.

Asiento siguiéndole la corriente, porque nunca se sabe cuándo podría necesitar este contacto. Llegamos a su casa y pide que nos preparen algo de comer en una salita. Le cuento sin muchas ganas cómo me va en la agencia, y aunque pone mala cara, no me dice que calle. Le digo que vivo con Fiona en un pequeño piso y que soy feliz.

—Ya será para menos —dice comiéndose una galleta—. ¿Y qué tal con Jarrod? Dice que va a reconquistarte.

—No lo hará, no pienso volver con él.

—Haces bien, no me gusta —dice con seriedad.

—¿Por qué?

—Es un cerdo, eso es todo —me pregunto si hay algo más, sobre todo tras lo que he descubierto esta noche.

Me estremezco y noto cómo se me revuelve lo que he comido.

—¿Conoces a Manuela di Pietro? —le suelto de golpe.

—Sí, claro, todo el mundo aquí la conoce. ¿Por qué me lo preguntas?

Recuerdo el contrato de confidencialidad y sé que tengo las manos pilladas, no puedo decirle lo que sé para descubrir qué sabe ella y me pregunto si Crystal ha ido a esos eventos. No me extrañaría nada.

—No, por curiosidad. He escuchado que ha relanzado a Kennan Ross.

—Sí, Kennan..., Dios, ese hombre se merece un monumento.

—Es muy guapo.

—Es más que guapo, es leal —me sorprende que diga eso—. Y ahora cuéntame a cuántos te has follado. —Me suelta de repente. Esto ya es más propio de ella—. Y con quién le pusiste los cuernos a Jarrod.

—Otro día, hoy estoy agotada.

—Sí, es cierto, tienes mala cara. Ven, te mando preparar un cuarto y mañana te dejo a primera hora en tu casa.

Dudo, pero al final asiento. Me prepararán un cuarto cerca del suyo y me deja algo para dormir. Un camisón de seda que dice ella que ya no se puede poner por su embarazo. Lo cierto es que se le va notando. Y la cara le ha cambiado. Se la ve más redondita. Está muy guapa, pero eso es algo que siempre ha sido así.

Me cuesta dormir, y cuando lo hago, revivo el horror por el que ha tenido que pasar Kennan. Sueño que soy él y que me piden que me acueste con gente que no conozco, expuesta a los deseos de otros. A ser lo que ellos desean. Me despierto agitada y lloro lágrimas silenciosas. Lo llamo sin éxito hasta que llega la hora de levantarse.

Crystal ya está levantada y ha pedido un succulento desayuno. Casi no me entra nada. Por suerte hoy está poco habladora y me lleva a mi casa sin muchas preguntas.

—Llámame cuando quieras venir.

—Perdí tu número. No me dejaron llevarme nada —le digo. Busca una tarjeta y me la da—. Gracias, te llamaré. Si necesitas algo tú o te apetece algún día venir a verme, en el tercero está mi casa.

Asiento. Me marcho y voy hacia mi casa esperando que Kennan esté allí. Pero no es así y, sin poder evitarlo, me derrumbo en mi cuarto haciendo que Fiona se despierte y venga a abrazarme.

—Lo odio, odio que me aleje de él cuando más lo necesito, cuando más

me necesita —le reconozco.

—Sé que sabrás cómo llegar a él y traerlo de vuelta a ti.

Espero que sí, porque tengo claro que no pienso dejar que Kennan me aleje de él.

Capítulo 24

BELL

Llevo más de una semana sin localizar a Kennan. He visitado a Crystal de nuevo y he pasado por casa de Kennan. Una de las veces llamé y su mayordomo me dijo que no estaba. Ya no sé qué hacer para verlo. Si hasta he ido a ver a su padre y tampoco sabe nada...

Estoy desesperada. Ahora mismo estoy cerrando un viaje y me cuesta mucho concentrarme. Estos días han sido horribles. No dejo de ver a Kennan expuesto a los deseos de esas mujeres. Cada vez que cierro los ojos aparecen. No estoy bien y no sé qué más hacer para buscarlo. Para que me mire a los ojos y vea que no siento asco. Que solo me duele por lo que tuvo que vivir. Quiero que me cuente la verdad. Que esta ya no nos separe más. Y aunque él diga que no, esas mujeres le violaron, porque él no quería estar allí, y si las deseaba era por esas pastillas y drogas que le daban.

Es horrible no saber cómo llegar a la persona que amas.

La puerta se abre y alzo la cabeza, estoy sola y preparo una falsa sonrisa para atender al nuevo cliente, sonrisa que pierdo al ver de quién se trata.

Jarrod.

—¿Qué haces aquí?

Deja un ramo de flores en mi mesa.

—Quiero reconquistarte. Te echo de menos.

Cojo el ramo de flores y lo tiro a la papelera.

—No vas a conseguirlo.

—Eso lo veremos. —Se sienta y deja sobre la mesa las llaves de su coche y el móvil—. ¿Qué tal el trabajo? —me pregunta como si le importara.

—Genial, sobre todo porque no tengo que verte la cara y todo es mucho mejor. —Se le contrae un músculo del cuello.

—Antes no eras así.

—No, antes era estúpida, ahora soy como me gusta ser, y me encanta estar lejos de capullos como tú. Así que, si te puedes ir... —Le señalo la puerta justo cuando suena su móvil. Miro la pantalla y veo que se trata de Kennan, me cuesta mucho mantenerme impasible.

—¡Eh!, hola, cabronazo. Llevo días sin dar contigo. —Mi corazón da un vuelco y, por su voz amistosa, sé que Jarrod no sabe nada de Kennan ni de que es mi amante. Mi madre no se lo ha dicho—. Sí, esta noche hay una fiesta en el club... Vale, allí nos vemos. Y luego nos vamos... —me mira—, a tomar algo tranquilos.

Sí, ya. Cuelga y sigo a lo mío. No me puedo creer que Jarrod me haya dado el modo de llegar a Kennan.

—Por dónde iba...

—Estabas a punto de levantarte e irte. Tendrás que prepararte para aparentar menos de treinta y dos años. —Por su mirada veo pasar la rabia, odia parecer más mayor de veinticinco—. Tienes mucho trabajo, te recomiendo que te largues ya, y recuerda usar protección cuando vayáis a tomar algo... tranquilos.

—Eres... —Se controla—. Esto no ha acabado aquí.

Recoge sus cosas y se marcha. Solo cuando lo hace expulso el aire que ignoraba que estaba conteniendo. Llamo a Crystal para preguntarle lo de la fiesta y si podría ir con ella. Acepta y me dice que, como sabe que no tengo dinero, me dejará uno de sus vestidos, pero declino la oferta. Seguro que me pone un saco de patatas y dice que es la última moda.

Por suerte es sábado y tengo la tarde libre. Uso el dinero que me dio mi padre para irme a la peluquería y comprarme un vestido despampanante. De esos que odiaban mi marido y mi madre. Si tengo que volver, será por todo lo alto y con la clara idea de que mi hombre no pueda apartarse de mí en toda la

noche.

Me hacen un recogido bajo y algunos mechones sueltos. Me visto en mi casa usando un liguero, medias negras y un tanga también negro. No puedo llevar sujetador porque la espalda es al aire. El vestido es de color azul oscuro con detalles en plata. Me encanta y, aunque estoy de los nervios por la reacción de Kennan, estoy segura de mí misma. Esta vez iré a una fiesta en el club donde nadie me va a hacer agachar la cabeza.

El taxi me deja en la puerta del club. Gracias a Crystal puedo pasar sin problemas. Le pago y me bajo. Tomo aire. Estoy aterrada. Pensé que nunca tendría que regresar aquí. Miro a mi alrededor. Algunas personas ya se han percatado de mi presencia y me miran curiosas. No dudo de que esta noche seré la comidilla de todos. Y más cuando vaya tras Kennan, y no detrás de Jarrod.

—Ya estás aquí. —Crystal sale seguida de sus amigas y me tira de la capa negra para que la deje en el ropero. Cuando me la quita pone cara de espanto —. ¡Dios mío! ¡A tu madre fijo que le da un ataque!

—A mí me encanta. Ya no sigo las reglas de nadie, solo las mías —le digo segura de mí misma para que no note todos mis miedos.

—Seguro que esta noche reconquistas a tu marido. O te lo llevas a la cama —dice mordaz una de sus amigas.

—No estoy aquí por Jarrod —le respondo.

Entramos y casi me parece oír cómo se hace el silencio en la sala antes de que todas las miradas se posen en mí. Contengo la respiración. Los cuchicheos empiezan. La gente me señala como si no me diera cuenta. Me miran de arriba abajo, escondidos tras sus copas. Los ignoro y busco a Kennan. No tardo en verlo en un rincón. Está tenso, sé que me ha visto pero se niega a mirarme a los ojos. Mi corazón late acelerado y cientos de mariposas bailan libres en mi estómago. Pienso qué hacer. Si esperar a que él venga, si ser discreta... No hago nada de esto. Ya no espero lo que quiero. Ahora voy tras ello. Por eso ando con paso decidido hacia Kennan. El problema es que está al lado de Jarrod, y cuando llego, este se me pone delante y me mira con una sonrisa pensando que estoy aquí por él.

—Querida, sabía que cambiarías de opinión. —Lo aparto sin miramientos

y me pongo ante Kennan.

—No voy a volver a dejar que huyas de mí —le digo con firmeza.

Ahora sí que se hace el silencio y me parece oír un grito de alguien y una copa que se cae de la impresión. Kennan evita mirarme, cojo su cara entre mis manos y le hago entrelazar su mirada con la mía.

—¿Qué se supone que es esto? ¡¿Qué hacéis?! —estalla Jarrod.

Yo solo tengo ojos para Kennan, y cuando por fin me mira, veo en su bella mirada el tormento que ha vivido. Se me parte el alma y, delante de todos, lo abrazo sin importarme las normas de etiqueta ni nada que me hayan impuesto desde niña.

Kennan se tensa, pero al final cierra los brazos en torno a mí y siento cómo suspira aliviado, aceptando que no siento asco por su pasado. Me abraza hasta que la voz de Jarrod, molesta, nos hace separarnos, y también la de mi madre, que grita «¡¿Qué es esto?!».

Se separa, y Kennan pasa la mano por mi espalda desnuda. Su contacto me quema.

—Mamá, Jarrod —los miro; mi padre se mantiene al margen—, os presento a mi novio. Y espero que un día no muy lejano sea mi marido. Gracias, madre, por haberme ayudado a conocer todos sus secretos y que esto nos acerque más. —Por los ojos de mi madre pasa la rabia más absoluta—. Os recomiendo que dejéis de intentar que regrese con Jarrod, porque no lo haré en la vida, y tú —miro a mi madre—, deja de intentar separarme de Kennan, porque te juro que ya no voy a quedarme callada nunca más y pienso luchar con uñas y dientes por lo que quiero.

Me mira desafiante y le aguanto la mirada.

—Eres un mal amigo. ¡¿Cómo has podido hacerme esto?! ¡Sabías que la quería! —dice Jarrod.

Demasiado tarde recuerdo el plan de Kennan, y que posiblemente lo he estropeado todo. Pero ya no puedo hacer nada.

—A alguien que se quiere no se la trata como tú me tratabas a mí. No se la engaña con unas y con otras y se le hace sentir vergüenza por desear a su marido. No pienso volver a avergonzarme por ser mujer y aceptar que tenemos el mismo derecho que los hombres de pedir y exigir lo que

deseamos. Algo que tú nunca has sabido ver —le digo, y la gente murmura asombrada—. Tú no te quieres más que a ti mismo, por eso no soportabas que yo te hiciera sombra. Es lo que tiene ser un acomplejado.

—¿Y así es como eres? ¿Una maleducada desagradecida?

—No, soy una mujer que no se calla y agacha la cabeza. Soy algo más que un mueble que queda bien en el salón. Soy mucho más. —Jarrod se enfurece y mi madre está a punto de estallar y mira a Kennan; este no dice nada, pero noto su caricia en mi espalda. Sé que, aunque le he jodido el plan, apoya que haga esto—. Entiendo que estés rabiando, ninguno de tus intentos por separarme de Kennan ha funcionado.

—¿Nos vamos o tienes que decir algo más? —me pregunta Kennan.

—Podemos irnos. Solo vine por ti.

Asiente y vamos hacia la puerta. Crystal me mira impactada y me dice que luego me llamará para que se lo cuente todo. Asiento, porque no me sabe bien que se sienta utilizada y estoy aquí gracias a ella.

El aparcacoches va a por el coche de Kennan y no tarda en traerlo y tenderle las llaves. Ya me han traído mi capa y Kennan me la ha puesto. No hemos dicho nada. No puedo hablar, me castañean los dientes de los nervios y del frío también. Es como si se me hubiera calado en los huesos y, aunque me siento liberada por haber dicho lo que tantos años he callado, no pudo evitar sentir dolor, porque sé que he perdido del todo a mis padres, lo he visto en su cara. Pero sé que en parte ya los perdí cuando supe de lo que habían sido capaces. Kennan solo era un niño y lo metieron en ese mundo porque cometió el error de ser mi amigo. Es horrible. Odio que su sangre corra por mis venas.

Kennan me guía hasta la puerta del pasajero y me la abre para que pase. Entro y me pongo el cinturón mientras Kennan rodea el coche hasta llegar al asiento del conductor. Se monta y se quita la chaqueta y la pajarita. Las tira en los asientos traseros y, tras ponerse el cinturón, pone el coche en marcha.

No es tonto..., sabe que quiero saberlo todo, que no puedo seguir huyendo, porque volveré a encontrarlo. Estoy feliz de tenerlo cerca de nuevo y aterrada por lo que me va a contar. Por no saber mantenerme impasible hasta que termine y por si se calla al ver el dolor que me va producir escuchar

lo sucedido. Tengo que ser fuerte por él, por mí y porque la verdad al fin salga a la luz.

Kennan conduce tenso. No hemos dicho nada y no dejo de mirarlo de reojo. De repente detiene el coche en el arcén y de improviso me quita el cinturón y me lleva hacia sus brazos. Nos abrazamos con fuerza. Como dos personas que han temido no verse más y se reencuentran tras muchos años sin verse.

Me acerco más a él. Kennan enreda una de sus manos en mi pelo. Oigo cómo se caen algunas horquillas. La otra mano la interna bajo mi capa, hasta mi desnuda espalda.

Me apoyo en el hueco de su cuello y aspiro su aroma, ese olor tan propio suyo que me embriaga los sentidos. Su corazón late tan acelerado como el mío. Noto los ojos llenos de lágrimas y me cuesta mucho reprimirlas. Al final noto cómo algunas mojan su blanca camisa.

Se separa y me las seca con ternura con los pulgares.

—No sabes cómo temía que me miraras con el mismo odio con el que yo me miro. Con el mismo asco.

—Sé que hay un motivo, y también que es parte de tu pasado. Y quiero saberlo todo.

—Y yo quiero saber cómo te enteraste. —Pitan por si necesitamos algo y Kennan me ayuda a volver a mi sitio—. Es mejor que vayamos a otro lugar.

Conduce tenso y me fijo, cuando las farolas lo permiten, en que ha perdido peso. Que parece igual de demacrado que yo si no llevara capas de pintura. Para él estos días tampoco han sido fáciles. Le costaba recordar en qué día vivía.

Conduce hasta su casa en obras, la que espera sea la nuestra, y me alegra que haya elegido este lugar. Entramos y vamos hacia el único cuarto habitable. Enciende la chimenea y me quito los zapatos y la capa. Me siento ante el fuego en una mullida alfombra y espero a que Kennan haga lo mismo. Lo hace y se sienta detrás de mí, rodeándome con sus brazos.

—¿Cómo lo supiste?

—No sé por qué me da que te vas a enfadar. —Cojo su mano y acaricio sus dedos.

—Es posible.

—Tú no me lo ibas a contar, lo sentía así, y el secreto cada vez nos separaba más.

—No es fácil para mí hablar de algo así. Ni esperar que lo aceptes cuando yo siento asco de mí mismo.

—Debiste haberte arriesgado. Me conoces, sabes cómo soy. —Se queda callado—. Yo no soy como el resto de las personas. Te quiero...

—Mi padre estuvo años sin mirarme a la cara porque sentía asco por lo que hice —me reconoce, y me sorprende mucho—. Le costó aceptarlo. Nunca me dio la espalda, siempre me apoyó, pero evitaba mirarme a los ojos.

—Entiendo. No debió de ser fácil para ti salir del hospital y tener que enfrentarte al pasado. Por fin eras libre. Fiona me lo ha contado.

—Sí, pero ya nada era igual.

—¿Pasó cuando tenías veinticuatro años?

—Sí.

—Y tu padre hasta entonces no sabía nada, ¿verdad?

—No, mi padre se enteró de todo cuando estuve en el hospital, porque hablaba en sueños y luego me preguntó por la verdad.

—¿Y no temías decírsela?

—No, estaba tan drogado por los sedantes que ni pensé en el contrato. En el fondo sabía que mi padre nunca diría nada, porque ambos sabíamos que, de hacerlo, esa gente nos silenciaría. —Me recorre un escalofrío—. Dime cómo lo supiste.

—Por Manuela di Pietro. —Kennan se tensa y se lo cuento todo—. Fue horrible, vi a esos chicos allí plantados y era como verte a ti. Sentí deseos de sacarlos a todos. De liberarlos... Entiendo que quieras acabar con todo eso.

—La gente piensa que es fácil salir de eso. Que basta con negarte. Buscar ayuda..., pero te prometo que no es tan fácil. Y menos cuando saben qué decirte para hacerte daño, para retenerte. En mi caso amenazaban con matar a mi padre y con contarle antes lo que hacía su hijo y que todo el mundo que lo respetaba lo supiera. La vergüenza me hacía callar. —Me recorre un escalofrío y Kennan me acerca más a él.

—Empieza por el principio, Kennan.

Toma aire y noto la tensión recorrer su cuerpo. Acaricio sus brazos para darle fuerzas.

—Como sabes, me marché creyendo que iba a tener una prometedora carrera para ser modelo. —Asiento—. Mi idea era seguir estudiando y compaginar los estudios con el modelaje. Así me hicieron creer que sería. Y al principio todo fue así. La foto que viste en internet es de esos primeros meses. Mi padre vino a verme a varios desfiles. Todo apuntaba que podía tener una buena vida. Hasta que me llevaron a otro tipo de desfiles. Como siempre, firmé el contrato sin leer. Confiando en la palabra de Manuela, pensando que no me podría engañar. Me llevaron de fiesta y, como era habitual en mí, iba desfasado de alcohol y drogas. Me creía el amo. Tenía solo dieciséis años y la fama se me había subido un poco a la cabeza. Hasta que me metieron a una sala con una mujer mayor y me dijeron que tenía que acostarme con ella. Me negué y me contaron la verdad. Me dijeron que a partir de ese momento no era más que un *gigolo* de lujo y las consecuencias que tendría si me marchaba. Aterrado acepté y, como no sentía deseo alguno, me dieron una pastilla para poder seguir con eso. Sabía que no podía acudir a mi padre, y si le decía algo, eso podría suponer su muerte. Y ahí empezó todo. Tuve que atender sus deseos. Hacer cosas que me asqueaban. Y solo fue el principio.

Noto que una cálida lágrima cae sobre nuestras manos entrelazadas. Se calla.

—Sigue —le pido.

—Yo no quería esa vida. Odiaba ser un juguete sexual en manos de esas mujeres, ser guapo y que me eligieran una y otra vez. Odiaba que me tocaran y, para soportarlo, no solo tomaba esas pastillas, también me daban drogas, para ser un juguete. Jugaban con mi voluntad. Y lo peor es que al despertar lo recordaba todo. Recordaba cómo me tocaban, cómo me usaban para su propio placer... —Cierro los ojos, me cuesta contener los sollozos—. Fue horrible y poco a poco me fui encerrando en mí mismo. Acabé por odiar el sexo. Por dejar de sentir deseos por nada ni por nadie. A todos nos pasaba. El sexo era nuestro castigo y no era el primero que sentía asco ante ese acto. Cada vez que me acostaba con una de esas mujeres, algo moría dentro de mí,

hasta que dejé de saber quién era.

—Y yo te pedí lo mismo...

—No, Bell, tú me dejaste elegir y me recordaste lo que era desear y elegir. Yo elegí tenerte.

—Ahora entiendo tus pesadillas. Tu dolor... No sé cómo pudiste soportarlo. Yo no hubiera podido. Si me costaba acostarme con Jarrod y lo hacía porque era mi marido..., me hubiera acabado matando por dentro. Como a ti.

—Pensé que nunca saldría de allí. Era el más cotizado. Cuanto mayor me hacía, más dinero pagaban por mí.

—Ya, eras guapo de joven, pero ahora eres impresionante. Y me imagino que, igual que yo me he dado cuenta, ellos también.

—Es posible. Y de repente alguien mandó desfigurarme.

—Y fue tu liberación.

—Ya no les servía así. Y por suerte... —Se calla.

—Fiona tampoco, me contó que te salvó cuando vio que te iban a cortar la cara. —Asiente—. Y os hicisteis amigos.

—Ella no tenía dónde ir y se quedó allí, a mi lado, mientras me curaba. Cuando salí del hospital, le di dinero para que pudiera estudiar y vivir por su cuenta; y aunque se negó al principio, finalmente aceptó. Me lo ha devuelto.

—Noto el cariño en su voz—. Aunque yo no quería.

—Y el dinero que ganaste lo invertiste.

—Sí.

—Creo que tu ataque fue el de un marido celoso.

—Yo también lo creo. Lo que no sé es de quién.

—Y ahora lo he estropeado todo...

—Sí, pero no cambiaría esta noche por nada del mundo. Aunque tenga que poner un nuevo plan en funcionamiento. Me gustó verte entrar con la cabeza alta y decidida. Esta noche no solo yo me he enfrentado al pasado. Tú también lo has hecho, y has demostrado a todos quién eres. Y me has elegido.

—Siempre te elegiría a ti. Y sentí liberación y dolor por parte de mi madre. —Me acaricia.

Me giro para ponerme de frente a él. Paso mis piernas por su cintura. El

vestido se me sube y se me ven las medias y el ligero. Noto cómo la respiración de Kennan cambia y se hace más trabajosa.

—No quiero forzarte nunca a nada. Solo quiero que hagas lo que desees. Que tengas la libertad de decir «no». No te querré menos si te niegas. Si no quieres hacer algo...

—Bell —me silencia y lleva mi mano a su pecho—, tú has hecho que vuelva a sentir. Que recuerde lo que era amarte.

Sus palabras se me clavan en el pecho y lo beso con todo el amor que siento...; entonces recuerdo algo y me voy hacia atrás. Me retiene contrariado y temeroso de que lo rechace.

—Mi madre..., ella..., ella... Ella sabía dónde ibas, y quería que yo lo supiera... Ella y tú... —La bilis se me retuerce en el pecho.

—Ella sabía dónde me mandaban, sí, y que nunca podría salir. Pero nunca pujó por mí. Nunca me he acostado con ella.

Siento alivio por el hecho de que no se acostara con ella, pero también un odio creciente por lo que hizo para que yo supiera el pasado de Kennan y sintiera asco por algo que era culpa suya, que ella provocó.

—Lo siento. Yo...

—No fue por tu culpa. —Me acaricia le mejilla empapada.

—No sabes cómo odio que hayas tenido que pasar por esto, por el egoísmo de la gente. Por las personas que son incapaces de aceptar que no son dueños de la vida de otros. Tienes que hacérselo pagar. Tienes que ayudar a esos jóvenes.

—Lo voy a hacer. Se me ocurrirá algo. —Asiento y lo beso de nuevo.

El beso cada vez se hace más intenso. Recuerdo su pasado, su falta de elección, y decido hacer algo. Me levanto ante su atenta mirada y me quito el vestido. Sus ojos no pierden detalle de mi cuerpo. Me miran de una forma que me eriza la piel. Me quito el tanga y me quedo solo con el ligero y las medias antes de ponerme de rodillas y hacer la pose de sumisa.

—Soy tuya...

—Bell, tienes menos alma de sumisa que yo de futbolista.

—Es posible —digo entre morros—. Pero quiero que tengas elección, que sea tu deseo.

Viene hacia mí y me ayuda a levantarme. Me abraza.

—Tú eres lo que deseo. Con todas y cada una de tus rarezas, con todos y cada uno de tus defectos y con todos y cada uno de tus deseos.

Lo miro enamorada porque haya repetido mis palabras con tanta fuerza y determinación. Tiro de sus botones.

—Pues ahora mismo te deseo a ti y tengo una meta clara.

—¿Cuál?

—Hacerte olvidar con mis caricias todo lo que ellas te hicieron. Amarte hasta que no quede ningún amargo recuerdo en ti. Hasta extirparlos del todo.

Kennan no dice nada y me deja hacer. Le abro la camisa y se la quito para, posteriormente, lamer, chupar y besar cada cercenamiento de su cincelado pecho. Me pierdo entre sus pectorales y bajo la mano por sus marcados oblicuos. Llevo mis labios hasta ellos y le abro los pantalones antes de ponerme de rodillas de nuevo.

—Bell...

—Déjame hacer, puedes detenerme cuando quieras. —Le guiño un ojo y saco de su confinamiento su endurecido miembro.

Lo acaricio y miro a este pedazo de hombre que no deja de observar, cegado por el placer. Le sonrío con amor antes de usar mis manos para jugar con su sexo. Hasta que llevo mis labios a su glande y lo lamo con mimo. Le recorre un escalofrío. Otro cuando repito la acción. Suplica cuando me la meto del todo. La meto y la saco de mi boca. Es más placentero de lo que esperaba, y más suave.

Lo lamo y lo chupo con deleite. Kennan lleva sus manos a mi cabeza para retenerme.

—Estoy cerca, preciosa, creo que...

—Déjate ir. Yo estoy contigo —le digo antes de intensificar las embestidas con mi boca, hasta que siento que su simiente me llena.

Cae de rodillas y me abraza saciado. Me abraza hasta que recuerda que yo no he recibido nada, y lleva sus manos a mi sexo. Las aparto. No porque no lo desee. Sino porque así todo está bien.

—Esta es tu noche.

Kennan se levanta y, tras quitarse la ropa, tira de mí hacia la cama y nos

dormimos abrazados, una vez más como si esto, en vez de un reencuentro, fuera una despedida, como si temiéramos que algo nos tratara de separar de nuevo.

Capítulo 25

KENNAN

Sentado en un butacón observo a Bell dormir plácidamente, abrazada a la almohada donde antes reposaba mi cabeza, iluminada por la luz del amanecer. Es preciosa y me sorprende que aún siga aquí. Que en sus ojos no haya visto censura ni asco ante mi pasado, ante lo que me vi obligado a hacer. Me cuesta asimilar que solo vi dolor, como si le hubiera sucedido a ella.

Tenía tanto miedo de perderla..., por eso callaba, para retenerla un poco más a mi lado. Todo con tal de robar nuevos recuerdos que atesorar si finalmente me abandonaba.

Me sorprende hasta dónde fue capaz de llegar para saber la verdad. No debí subestimarla, pensar que se quedaría a un lado y esperaría. Bell tiene mucha fuerza; aunque han tratado de debilitarla, nunca han podido, y ahora que al fin es libre su verdadera personalidad ve la luz. Es una luchadora y ayer me lo demostró. Caminó segura hacia mí, sin que nadie notara cómo temblaba, solo quien la conoce bien, y en esa sala solo yo sé leer entre líneas en lo referente a ella.

Me miró con seguridad y me eligió ante esa gente, que hasta hace poco eran todo su mundo. Mandó las normas sociales y lo que le habían enseñado a paseo y demostró ante todos que ya no piensa agachar la cabeza por nadie. Mi admiración por ella creció, y aunque ahora no sé qué camino tomar, dije en serio que no cambiaría ese momento por nada. Era como ver un ave fénix

renacer de sus cenizas. Como ver una mariposa alzar sus alas por primera vez.

Fue mágico.

Se mueve y sus pechos quedan al descubierto. Recuerdo cómo anoche me dio placer y cómo se ofreció para ser mi sumisa. Me sorprendió su gesto, porque buscaba que fuese yo el que decidiera. Quiso entregarse, confiando en mí. Me dio el poder de elegir lo que deseaba. Y decidí que los dos tuviéramos el mismo poder.

Me cuesta recordar lo sucedido años atrás sin sentir asco. Estaba drogado y puesto de pastillas para poder satisfacer a las mujeres. Era como vivir una pesadilla. Odiaba que me tocaran, sentir sus cuerpos desnudos y adentrarme en ellas. Odiaba todo. El dolor, el tacto... El sexo pasó a ser una pesadilla. Y lo único que podía hacer era dejar de sentir. Y poco a poco me vi sumido en la oscuridad. Hacía todo de manera mecánica. No sentía. No padecía. No hacía nada. Nada latía en mí. Era como si mi alma hubiera abandonado mi cuerpo. Como si solo quedara en mí un cascarón vacío carente de emociones.

Mi padre me dijo, antes de que yo aceptara su trabajo para encontrar al jefe de toda esa trama, que Bell me haría recordar quién era. Yo le dije que era imposible, que aceptara que estaba muerto por dentro. Y una vez más, él tenía razón.

Vibra mi móvil en la mesita de noche, donde lo dejé. Lo cojo y veo que es un mensaje de quien me esperaba:

Se ha estropeado todo. Más te vale arreglarlo pronto.

Bloqueo el móvil y lo dejo donde estaba. Sé que tengo que trazar un nuevo plan, pero no hoy. Ahora mismo solo pienso en perderme entre las curvas de la mujer que amo.

Despierto a Bell con besos antes de adentrarme en ella. Le hago el amor lentamente, hasta que los dos estallamos juntos.

Ella me enseñó la diferencia entre practicar el sexo y hacer el amor.

Bell me abraza antes de irse hacia su casa. Me ha pedido que me quede a cenar y dormir con ella, pero no puedo porque necesito pensar en qué plan trazar ahora, y si la tengo cerca dudo que pueda concentrarme en algo que no sea ella. La veo alejarse hacia el portal y, antes de cerrar la puerta, me sonrío.

Regreso al coche recordando el día de hoy. Hemos ido a comprar comida para llevar y hemos comido donde quiero que esté el salón. Bell ha preparado una mesa con los plásticos, y entre risas y mucha imaginación hemos inaugurado el salón.

Estoy parado en el semáforo cuando maldigo y decido regresar. Ya pensaré en todo mañana.

Aparco cerca del portal y bajo para ir a casa de Bell y Fiona. Tengo llaves de todo el edificio y, por supuesto, de su casa, porque es mío. No lo he vendido porque no me dan por él lo suficiente y porque a Fiona le encanta este lugar.

Cojo el ascensor, y cuando llego al piso de Bell, me parece oír gritos. Me pongo alerta y, al salir del ascensor, los escucho amortiguados, como si alguien impidiera que se oyeran. Me aterro y corro hacia la puerta de su casa.

Está cerrada, y me cuesta abrirla, mientras escucho a Bell gritar; otra vez ha conseguido liberarse del agarre.

Abro y me quedo petrificado al verla tirada en el suelo y a Jarrod sobre ella, tratando de violarla. Rezo para que no la haya violado, pues, si así fuera, nada evitará que lo mate.

Voy hacia él y lo alzo con facilidad. Le estampo un puñetazo en esa cara de niño bonito que tiene y le pego otro antes de sentir a Bell agarrarme.

—¡Kennan, para! Lo vas a matar. —Lo ha visto en mis ojos, lo sabe.

Me abraza y ruega.

—¿Te ha violado? —le pregunto con la voz contenida, y me detengo esperando su respuesta.

—No, llegaste a tiempo.

La miro y la veo con el labio partido y la ropa rasgada. Me cuesta mucho no lanzar a este desgraciado por el hueco de la escalera. ¿Qué habría pasado si no hubiera cambiado de idea? Solo de pensarlo me hierve la sangre.

—Espérame aquí y no salgas. Ahora vuelvo —le digo, y miro a Jarrod,

que nos observa con la cara destrozada.

Se ríe y, antes de que lo vea venir, saca una navaja y me corta en el brazo, librándose de mi agarre. Corro tras él por la escalera. Y, al llegar a la calle, lo sigo de cerca hasta que lo pierdo entre un grupo grande de gente que va de fiesta. Lo busco sin prestar atención a mi herida sangrante. No puedo perder a ese desgraciado. Juro que, como lo encuentre, lo mato, por lo que ha tratado de hacerle. Y sobre todo porque, si llevaba esa navaja, es porque pensaba llegar tan lejos como hiciera falta para tenerla, y tal vez marcarla para siempre. Como a mí hace años...

BELL

Jarrod me estaba esperando. Estaba ciego de celos y de rabia, estaba decidido a violarme, a destrozarme, para que no pudiera estar con Kennan. A llegar hasta el final, y «por un momento pensé que lo lograría», me digo a mí misma mientras el agua caliente de la ducha cae sobre mi cuerpo.

Me encontraba abriendo la puerta de mi casa, recordando el maravilloso día con Kennan, cuando alguien salió de las sombras y me metió dentro sin miramientos.

Cuando vi que era mi exmarido, corrí para encerrarme, para alejarme, pero me alcanzó. Estuve forcejeando con él hasta que me tiró al suelo y me golpeó para usarme. Si no me había violado antes de que Kennan llegara, es porque tuve la suerte de que, el muy desgraciado, me relató primero cómo pensaba follarme con rabia hasta hacerme sangrar de dolor. Y cómo pensaba marcar mi piel con sus dedos, aunque ahora, tras ver la navaja, me pregunto si me quería marcar de otra forma. El odio que vi en sus ojos era tan intenso que no tuve dudas de que iba a ser muy desagradable, y por un momento pensé en Kennan, en ese joven que se vio violado, pues de haber podido siempre habría dicho que no.

Lloro por mí, por él y por todas las personas que se ven en esta situación.

Siento que Kennan está cerca antes de que me atraiga hacia su cuerpo desnudo y me abrace. Está temblando. He visto en sus ojos el miedo por lo

que me podría haber pasado.

—Lo has...

—No soy un asesino, pero ganas no me han faltado, te lo puedo jurar.

—Te iba a decir si lo habías atrapado.

—No. Se me escapó.

Noto la rabia en su voz y la tensión de su cuerpo.

—Si no llegas a venir, esta vez sí me hubiera violado.

—¿Esta vez? —Me doy cuenta tarde de que he hablado de más. Me vuelve y me alza la cabeza—. ¿Qué me ocultas?

Sus ojos siguen transmitiendo furia y sé que, hasta que no se lo diga, no parará. Le cuento lo que pasó y, como ya esperaba, su cabreo aumenta.

—Debiste habérmelo dicho, te hubiera mandado proteger...

—No sabía que llegaría tan lejos, Kennan, y no puedes tenerme en una burbuja. Estoy bien.

—Yo no, no dejo de verte a su merced. —Acaricia mi labio, donde Jarrod me ha golpeado—. Deja que cuide de ti.

Asiento porque sé que lo necesita. Me enjabona el cuerpo y la cabeza con mimo antes de aclararlos. Luego me seca y me lleva hacia mi cuarto. Me siento querida como nunca y sé que no solo él necesitaba esto. En el fondo los dos sabemos que, cuando me abraza, dejaré que el miedo salga de mí en forma de lágrimas. Y así pasa cuando se acuesta conmigo, al lado, tras curarse la mano, cuando me abraza y tiembla tanto como yo por lo que podría haber sucedido.

Juntos venceremos esto. Y me aferro a Kennan, absorbiendo su fuerza como sé que él absorbe la mía.

Capítulo 26

BELL

Han pasado quince días desde el ataque de Jarrod. Sé por Crystal que Jarrod se fue de viaje y ha dejado su puesto de trabajo. Kennan me dijo que, como se me acercara, pensaba darle su merecido. Sé que Kennan me ha puesto seguridad, pero no los veo nunca. Cuando le pregunto solo me dice que confíe en él. Que lo tiene todo controlado. Y lo hago, pero es inquietante saber que alguien me vigila y no verle nunca.

Aun así, confiaré en Kennan.

Ahora ya sé qué es lo que empañaba su mirada y veo cómo cada día su sonrisa es más franca y alcanza sus ojos. Ya no queda nada de ese hombre oscuro.

Me encanta no tener más secretos con él. Saber que confía en mí plenamente como para haberme contado lo que vivió. Estamos mejor que nunca, y si no fuera porque sigue sin encontrar la forma de llegar al cabecilla de esa red de prostitución, todo sería fantástico.

Sigue llevando su vida con mis antiguos vecinos. Cuando le preguntan si soy su novia, dice que sí, pero que nos lo estamos tomando con calma. He ido a su casa alguna vez, pero no me gusta estar allí, en ese barrio, ni ver al pasar la casa donde viví con Jarrod. Quiero que todo esto acabe, estoy muy preocupada por Kennan, le he propuesto ir a la policía, pero se niega. Quiere hacerlo solo y temo que el que trató de matarlo acabe con lo que ya empezó

hace años.

La felicidad que siento por estar tan bien con Kennan se ve empañada por todo eso. Me cuesta seguir con mi vida como si nada, sobre todo ahora, cuando lo sucedido apunta a que Jarrod está metido en esto y casi seguro que fue él quien lo agredió hace años. Seguro que mi madre le dijo lo importante que era Kennan para mí y lo quiso destruir para que, de regresar a mi vida, lo hiciera hundido. Tras ver su mirada enferma cuando casi me violó y cómo tenía claro marcarme, no tengo dudas de que es él. Espero que Kennan lo encuentre y al fin pague por sus pecados. Y sé que lo haría con mayor rapidez si lo denunciara. Que no quiera hacerlo me molesta.

—Bueno, mañana será otro día. Te invito a cenar —me dice Fiona apoyándose en mi mesa.

—¿No has quedado con Marcelo?

—No. ¿Dónde quieres ir? —Estoy a punto de decirle algo cuando me suena el móvil.

Lo saco del cajón y veo que es una llamada de Manuela. Me inquieto antes de responder.

—Hola, señora Di Pietro.

—Hola, Cristabell, y, por favor, llámame Manuela.

—Como quiera.

—Y hálbame de tú, presiento que vamos a ser muy buenas amigas. —No entiendo su actitud—. He escuchado que estás con Kennan, pese a todo...

—Un momento. —Pongo la llamada en espera—. Tengo algo que hacer, te llamo ahora.

—Claro, vete, ya cierro yo.

Recojo mis cosas y, tras ponerme el abrigo, salgo hacia la calle.

—¿Manuela? —pregunto cuando vuelvo a la llamada.

—Sí, aquí estoy. Como te decía, me ha sorprendido que sigas con Kennan pese a todo, y sé que ese pedazo de hombre ya no es lo que era. Y aunque tu madre solo quería que entraras aquí para saber la verdad, eres miembro le guste o no, y mi deber es cuidar a mis miembros. ¿Me equivoco al pensar que Kennan solo tiene de hombre el nombre? Les pasa a muchos, no sé por qué.

Su hipocresía me da asco. Que diga que es menos hombre porque no le

guste el sexo es repulsivo. Me da asco, pero me está brindando una oportunidad en bandeja, sin ella saberlo.

—No te equivocas..., él no funciona bien. Ya ves, un desperdicio, y yo soy joven... Y tras lo que vi la otra noche, algo se despertó en mí. Puedo tener a mi hombre y no dejar de sentir placer.

—No me digas más, te comprendo, querida. Una tiene sus deseos y sus fantasías... —me dice segura de sí misma, y yo la odio por esa frialdad.

—Sí, una tiene deseos —le digo para dejar este tema, que me deje en paz y no liarla más.

—Por eso mismo te llamaba. El viernes próximo hay una gran fiesta y habrá jóvenes muy muy guapos. De hecho, uno me recuerda a Kennan, y sé que te hará sentir mujer. ¿Te apuntas?

Estoy a punto de negarme cuando de repente se me cruza una idea por la cabeza. Algo para ayudar a Kennan.

—Me encantará ir, ¿puedes mandarme la invitación?

—Lo haré, querida. Lo pasarás muy bien. Y este será nuestro secreto. No diré nada a nadie. En parte porque el hecho de que tu hombre no te desee es culpa mía. Y se lo debo, el tener a su mujer contenta.

Cuelgo y siento asco. Recuerdo que hago esto para acabar con ellos y con esa idea busco un taxi para ir a casa de Kennan y ponerlo al corriente de todo. No quiero secretos entre nosotros. No más.

El taxi me deja en la puerta de Kennan. He llamado a Fiona para decirle de ir a cenar otro día. Kennan sabe que vengo, porque lo llamé para ver si estaba en su casa.

Pago al taxista y bajo del coche. Kennan me abre la puerta. Ha debido de verme llegar o le ha avisado el misterioso guardaespaldas. Le doy un beso y lo abrazo. Cierra la puerta y me pierdo entre sus labios. Me separo y veo que va vestido de negro.

—¿Y ese atuendo? —le digo, y sonrío.

—Es la moda.

—Ya. Bueno, tengo algo que decirte. Algo importante. —Vamos hacia el salón y me quito la chaqueta antes de contárselo—. Sé cómo conseguir el contacto que has perdido. Sé cómo lograr información.

—¿Cómo?

—Yo.

—¿Tú? —me pregunta intrigado.

—Manuela quiere que vaya a una fiesta, le caigo bien, y he pensado que...

—No —dice de manera tajante.

—¿Por qué no? ¡Es un buen plan! Puedo atacar desde dentro...

—¡He dicho que no y punto! —Parece fuera de sí, no lo entiendo.

—¿Te das cuenta de que ahora mismo pareces mi madre? ¡Yo decido qué hacer con mi vida!

—¡No si eso te pone en peligro!

—¡No soy tonta! Y solo voy a hacer algunas preguntas...

—No es no, y punto.

Me empiezo a enfadar..., nunca lo he visto así de serio. Sé que le preocupo, que me quiere, pero esto parece algo más.

—¿Se puede saber qué te pasa? Sabes que puedo conseguir...

—¡No vas a hacer nada, y menos volver a hablar con Manuela di Pietro!

—¿Te estás dando cuenta de que estás siendo un idiota? ¡Me lo estás imponiendo! ¡No lo estamos hablando como pareja que somos! ¿Se puede saber qué pasa?

Espero, pero no me dice nada.

—Es un buen plan, Ross. —Nos volvemos hacia el mayordomo, que hoy va de negro, como Kennan.

—Cállate —le dice Kennan de una manera que hasta a mí me dan escalofríos.

—No, no me voy a callar. Esto es serio, y cada día que perdemos un nuevo joven puede ser atrapado.

—Lárgate —le dice Kennan.

—En esta misión soy tu superior. —Agrando los ojos y veo cómo Kennan se queda lívido—. Y sabes que es una buena idea...

—¿Qué misión? ¿Qué está pasando?

—Cállate —le pide Kennan.

—¡No! ¡Quiero saber qué está pasando! Porque hasta hace unos minutos pensaba que ya no me ocultabas nada y ahora resulta que tu mayordomo es tu

superior. ¿De qué?!

Lo miro dolida, Kennan se da cuenta de que no tiene escapatoria y saca algo del bolsillo trasero de su pantalón. Abre una cartera negra que nunca he visto y veo una placa. ¡Una placa!

—Soy detective de policía, y estoy en una misión por mi pasado. —Miro atónita la placa.

Ni en un millón de años hubiera imaginado esto. Nunca lo hubiera pensado. Pero ahora todo encaja. Kennan nunca trabajó solo. Todo era un plan bien trazado por él y su equipo; y yo muerta de preocupación por él, pensando que lo hacía solo... Y lo que es más importante, yo he estado pensando que era una persona que no es. Me ha mentido, como a todos. Yo creí que no había más secretos, pero había uno muy importante.

—Me has mentido.

—Déjanos solos.

—No, no quiero que se vaya —digo refiriéndome a su compañero—. Lo haré. Haré lo que queráis.

—Bell, tenemos que hablar.

—¡No! ¡Has tenido mucho tiempo para hablar! ¡Somos novios! O lo éramos... —matizo, porque ahora mismo no sé cómo estamos—. Antes sabía que me ocultabas algo, pero ahora me tenías engañada. ¡Como a todos! Ahora mismo dudo hasta de que me quieras. Siento que solo me has utilizado para este plan tan bien trazado. ¿Cómo has podido ocultarme eso? ¡No sé quién eres! ¡No sé si te quiero a ti o a la imagen que has creado de ti mismo!

Me voy hacia la puerta. Kennan, que parece tremendamente dolido, trata de detenerme.

—No me toques —le digo con rabia.

—Yo te llevo, así lo preparamos todo —dice el «mayordomo».

—¡No te metas, joder!

—¡Es nuestra mejor baza! ¡Es de fiar!

—¿Ahora es de fiar?! —estalla Kennan, y me detiene, poniéndose delante de mí—. Bell, deja que me explique. —Parece desesperado, pero no me dejo engañar, llevamos juntos muchos días y no me había dicho nada.

—No, llega tarde tu explicación. No confío en ti. Ya no.

Veo un profundo dolor en sus bellos ojos y me marché de su casa tremendamente triste y herida, porque me ha ocultado esto. Porque me ha dejado creer lo mismo que a todos, que ha invertido su dinero. Porque ahora descubro que mi novio, «exnovio», pienso con tristeza, es detective de policía. ¡Detective! No me lo puedo creer.

Duele, duele mucho saber que, por mucho que le haya dicho que lo amo, por mucho que haya compartido conmigo su pasado oscuro, en verdad nunca me dijo quién era él ahora, en el presente.

Al final me ha tratado como a los demás, ha decidido por mí. Ha decidido qué ocultarme y qué decirme para tenerme contenta.

KENNAN

Voy tras ella. La llamo usando el manos libres, pero no me lo coge. Maldigo y la llamo una vez tras otra hasta que llega a su casa. Entro usando mis llaves y no hay nadie. El piso está vacío. Llamo al metomentodo de mi compañero, Camilo, el que hasta ahora se hacía pasar por mi mayordomo. No me lo coge. Me paso por el cuarto de Bell agobiado con todo esto.

Pensaba contarle la verdad, no quería ocultarle esto; si no se lo conté es porque es una misión peligrosa y, si alguien la interrogaba sobre mí, no habría sabido mentir. Nadie va a interrogarla sobre si fui un *gigolo*, porque no les interesa que se sepa, pero si el culpable tiene sospechas de cuál es mi misión en todo esto, puede ir a por ella. Por eso callaba, para protegerla.

Pero Camilo, desesperado por no tener ningún resultado, ha metido las narices donde no lo llaman, porque esa idea de que Bell usara su contacto con Manuela ya se le había ocurrido a él...

Tengo que explicárselo. Hacer que comprenda que, si callé, solo fue para que no le pasara nada. Para que, de salir esto mal, no le salpicara. Era mejor que pensarán que ella no sabía nada. Que era ajena a mi trabajo, bueno, a mi profesión desde hace ya siete años. Así, si tenían que tomar represalias, no lo harían con Bell si ella desconocía mi doble juego y no sabía nada de esto. Son muy capaces de matar a una persona para silenciarla. No podía

jugármela.

Cuando salí del hospital solo tenía en mente una cosa. Acabar con esa organización. Sabía que no tenía los medios adecuados. Por eso empecé a prepararme para entrar en la policía. Cuando pasé las pruebas, les conté de dónde venía y lo que esperaba destapar; me daba igual mi pacto, me daba igual todo con tal de atraparlos y pedí que mi padre pasara a ser protegido si la noticia se filtraba. Por eso me tuvieron como secreta y me prepararon en varias misiones sin que nadie supiera de mi identidad. Para estar listo y llegar al fondo de todo.

Tratamos de destapar esa organización desde fuera, con lo que sabía yo y lo que nos contaban otros que seguían allí y no habían podido salir. No conseguimos nada. Fue entonces cuando mi padre me propuso cubrirlo mientras él se tomaba un año de descanso, que al final solo fueron unas semanas, y tracé un plan. Si estaba dentro, podría conseguir más información; si algo teníamos claro es que el jefe de la organización estaba aquí. En estos años habíamos cerrado mucho el círculo y todo apuntaba a que el desgraciado que lo dirige vivía aquí. Sabía que ver a Bell me removería cosas, pero también pensaba que ni siquiera ella conseguiría hacer que me moviera algo más que mi sed de venganza. Estaba equivocado, y lo que he sentido por ella ha puesto el plan una y otra vez patas arriba.

Huir de aquí la primera vez lo complicó todo, pero tracé otro plan para volver a estar dentro. Usando el dinero que tenía invertido y dejando pasar unos meses para que mi reaparición fuera más impactante. Todo lo demás que le he contado a Bell es cierto, salvo mi verdadero trabajo. Una profesión que no pensaba que me fuera a gustar, pero que hoy en día me encanta ejercer. Me gusta sentir que ayudo a limpiar las calles de mierda.

Camilo estaba desesperado porque no teníamos nada. Hemos detenido a muchos, pero seguimos sin tener un culpable claro. Un hilo del que tirar hasta destaparlo todo. Y entre los sospechosos, cómo no, están los padres de Bell. Si ella lo supiera, pensaría una vez más lo peor de mí. Me acerqué a Jarrod para saber cosas de ellos y poder acceder a ellos, ya que Jarrod tiene mejor relación con los padres de Bell que ella misma.

No contarle eso me mataba, y saber que lo hacía por ella no aligeraba el

peso que sentía. Me siento en su cama y miro hacia la pared, donde tiene un corcho con fotos nuestras que ha ido sacando con su móvil. En casi todas ella sale sonriendo, feliz, y yo con una media sonrisa. Cojo una en la que me está dando un beso en la mejilla. Acaricio la foto. Y me quedo a oscuras esperando a que regrese de donde sea que esté.

Son cerca de las doce cuando la puerta se abre y salgo casi corriendo a recibirla por si fuera ella. Es Fiona con Marcelo.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta alterada.

—Os dejo solos. —Marcelo besa a su chica y se va al cuarto de estar, donde se encierra.

—Sabe cuál es mi verdadero trabajo.

—Y por tu cara veo que no ha sido por ti —me golpea en el pecho—. ¡Te dije que se lo dijeras! ¿Sabes lo que me ha costado no decirle nada?

—No podía decírselo; Bell no sabe mentir.

—Sí sabe, lleva toda su puñetera vida fingiendo. La he visto sonreír cuando estaba destrozada. Sí sabe mentir...

—No cuando se trata de mí o cuando le preguntan por mí. Yo soy su punto débil, y lo sabes. Sabes que respecto a todo lo que tenga que ver conmigo, Bell no es impasible. Si cree que corro peligro, pensará en mí antes que en su propio bienestar. Y si las que le preguntan son las personas que yo creo, sabrán qué decirle para que confiese todo. Era mejor que no supiera nada, que vieran en sus ojos que era ajena a esto.

—No lo sé, Kennan, solo sé que, si estás aquí y ella no, es que todo se ha ido a la mierda.

—Se quiere meter en el club para conseguir información. —Se queda pálida.

—No la dejes...

—Manuela la ha acogido bajo su ala.

—Tú sabes por qué lo hace, y ella supongo que no.

—No, no lo sabe.

—¡Dios! ¿Cómo puedes ser tan idiota? Tienes tanto miedo a perderla, a que le pase algo, a que la vida le haga el mismo daño a que a ti, que tú solito la has colocado en esto. Nadie tiene la culpa de esto salvo tú.

—No soportaría que le pasara nada. Me costó mucho no matar al desgraciado de su ex cuando casi la violó. Y ese desgraciado sigue sin aparecer desde ese día.

—Bell tiene seguridad desde entonces. Me consta que ella lo sabe. Podrías haberle dicho en ese momento que eras de la policía secreta, y más cuando ella te propuso ir a denunciar a su exmarido por intento de violación. —No digo nada—. Eres un cobarde, y si no se lo dijiste es porque sabías que, al haberte callado durante tanto tiempo, el decírselo ahora la haría irse. Tú sabías que ella reaccionaría así.

—Sí, lo sabía. ¿Y ahora qué hago? Tan lista que eres...

—No la tomes conmigo, rubito.

—Lo siento, estoy desesperado.

—Yo la buscaría y le diría la verdad. Y no más secretos. Ni uno más.

Asiento y la llamo una vez más. Llevo sin saber nada de ella toda la noche. Cuando Camilo me llama y me dice que vaya a mi casa, lo hago con un humor de perros.

—¿Dónde está? —le digo nada más entrar en el salón.

—Protegida. Ha pedido estar en un piso protegido.

—Dime dónde.

—No, su condición para seguir con esto es que tú no estés en la misión.

—¡No puedes haber permitido eso! ¡Es la mujer que amo y tú la estás poniendo en la boca del lobo! —Lo cojo de la solapa de la camisa—. ¡Eres un puto desgraciado!

Se aparta.

—Hay una misión que hacer. A ella no le pasará nada, y si acabamos con esto, liberaremos a muchos jóvenes que, como tú, han padecido un infierno. Así que deja de pensar con la polla y céntrate de una puta vez en la misión. Y como la cagues o no me hagas caso, te saco de ella. ¿Me entiendes?

Le suelto un puñetazo que le da en la barbilla de refilón, porque me esquiva. Se lo merece, por capullo. Me marcho a mi cuarto. Ya allí pienso en lo que me ha dicho, que me centre en la misión. Bell me quiere fuera, pero no me han dado esa orden. Sigo dentro de esto..., sin que ella lo sepa. Tal vez sea lo único que pueda hacer para protegerla. Sé que si la cago me mandarán

lejos.

Qué difícil es mantenerse al margen y esperar cuando sabes que estás dejando que la mujer que quieres se meta en la boca del lobo y se rodee de las personas que casi te mataron.

BELL

Me preparo para el baile en esta casa donde he estado viviendo esta semana. Me miro en el espejo y, gracias al maquillaje, no se notan los ojos hinchados ni los signos de cansancio.

No consigo dormir bien desde hace días. Desde que descubrí la verdad.

No he encendido el móvil desde entonces. Camilo se ha ocupado de informar a Fiona. Y de decirle a Kennan que lo quiero fuera de esto.

Me han contado todo lo que debo saber y los posibles nombres de los que sospechan que son jefes de esto..., y mis padres son los que tienen todas las papeletas. Y no me extrañaría. Mi madre metió a Kennan en esto, y cuando llamé para indagar, me metieron sin más, y esperaban que lo hiciera para descubrir el pasado de Kennan. Saber que mis padres pueden tener una red de prostitución es horrible, sobre todo porque siento que Kennan me ha usado para llegar hasta ellos. He confiado en él en todos los sentidos. He experimentado con él el placer sin esconderme nada. He sido yo misma y ahora...

No sé ahora mismo lo que ha sido verdad y lo que no.

Duele mucho que las personas en quien yo más he confiado toda mi vida me engañaran. Una cosa es ocultarme cosas que sabes que están ahí, otra distinta engañarte como a todos y llevar una doble vida. Y eso no es lo peor. Lo peor lo leí en un informe y aún trato de asimilarlo.

Tomo aire y cojo la máscara azul oscuro con brillantes.

Entro en el coche que me han proporcionado. El conductor es un compañero de Kennan. Se llama Luis y ha estado esta semana poniéndome al día de todo.

—Recuerda, cualquier cosa rara, sales de ahí echando leches y te

protegeremos.

—Lo sé, me lo has dicho varias veces.

—No puedes llevar micro por si te lo pillan, pero no te obligan a estar allí. Investiga, pero con cabeza.

—Sí, lo haré bien.

—No tengo dudas. Kennan tiene suerte de tenerte.

—No quiero hablar de él, y ya no es nada mío.

No añade más. Ha tratado de decirme que Kennan me quiere y que, si no lo dijo, fue para protegerme. Por miedo a que me pasara algo si lo pillaban. Lo sé. Y también sé que sabía que, si me lo contaba todo ahora, yo me habría enfadado porque hubiera tardado tanto en contarme la verdad. Todo lo que pueda decirme ya lo sé. Ese no es el problema, el problema es que me siento tonta por haber confiado tan ciegamente en él y no haber visto nada que me avisara de que me ocultaba esto. Me siento como si hubiera vivido una mentira y no lo vi venir. Me da escalofríos que haya podido engañarme tan bien, hasta el punto de no ver en su mirada arrepentimiento por ocultarme su verdadera profesión.

Me siento muy boba y me cuesta creer que no volverá a decidir por mí. Y no quiero que nadie más decida nunca más por mí. Nadie.

Tomo aire y salgo del coche decidida a no dejar que nada me afecte salvo la misión. Ya llevo el antifaz puesto y, en cuanto llego a la entrada, me guían hacia unos ascensores. Subo a la última planta y entrego mi tarjeta al de la puerta. Me deja pasar tras desearme una perfecta noche.

Entro y, como la otra vez, cientos de mujeres van de un lado a otro. Esta vez no hay pasarela. Esta vez los chicos van en traje de chaqueta y se codean con las mujeres como si estuviesen a gusto. Se me hace difícil estar aquí, sobre todo sabiendo la verdad, y me recuerdo a mí misma que lo hago por ellos. Ando y veo a un joven de no más de dieciséis años mirar a las mujeres y temblar. Es muy guapo. Moreno, de ojos negros. Me han dicho que suelen coger a muchos que tienen problemas en casa, o que vienen de una familia desestructurada. Jóvenes que, por miedo a defraudar a sus padres, hacen lo que se les dice. O que no tienen nada, como pasó con Fiona, a ella la amenazaban con su propia vida. O hacía lo que deseaban, o la mataban. Es

escalofriante.

—Hola —le digo, y me mira temeroso—. ¿Cómo te llamas?

—Como usted quiera que me llame, señora. —Su sumisión me entristece.

Me mira a los ojos y el miedo que veo en ellos me da fuerzas para seguir con esto.

Me muevo adaptando la actitud como si fuera una más y miro a los jóvenes como si quisiera acostarme con ellos. Pobrecitos. No soporto ver sus caras de horror.

Desde lejos parece una fiesta más, no solo hay adolescentes, hay también algunos de mi edad. Todos lucen la misma ropa y llevan números en las solapas de la chaqueta. Es un mercado de carne y da asco. Veo cómo las mujeres babeaban ante ellos.

—Qué alegría verte, querida —me dice Manuela di Pietro.

Tomo aire y trato de relajarme para enfrentarme a la encargada de organizar esto, que además es la madre de Kennan, algo que he sabido hace muy poco; un nuevo secreto suyo que, por supuesto, no me ha contado él.

Capítulo 27

KENNAN

Espero entre las sombras a ver cómo va todo. He visto salir a Bell del coche, estaba preciosa. Pero incluso bajo la máscara he notado su miedo e incertidumbre. Si no he ido tras ella ha sido porque no quiero que me saquen de la misión.

Camilo está cerca. Tras una dura discusión, hicimos las paces. Es un poco mayor que yo y es un buen tío. Aunque esta semana ha sido un incordio cada vez que me recordaba que tenía que comer algo o dormir.

Me ha asegurado que Bell estará bien y hay compañeros por todo el lugar y por los alrededores de la casa baja donde la han alojado.

Si no hacemos nada, si no entramos y los detenemos, es porque esto solo es una parte. Y cuando liberásemos a los jóvenes alguien daría la orden de acabar con sus familias en ese mismo instante. Ya se ha intentado otras veces y las consecuencias fueron lamentables. Estamos con las manos atadas y ellos lo saben, por eso no ha quedado más remedio que probar una nueva táctica.

Y por primera vez tenemos de nuestro a lado a alguien de dentro. No es fácil entrar. No entra cualquiera, solo si eres hijo de uno de los fundadores o recomendado por ellos. Desde el principio supe que Bell podría entrar, por eso no dije nada. Porque en el fondo sabía que ella haría lo que está haciendo. Y que mi equipo la apoyaría. Antes Camilo no confiaba en ella, pero desde que me elogió delante de todos se ganó su respeto.

Miro hacia la última planta y me remuevo inquieto.

—Estará bien, sabe cuidar de sí misma.

—Me gustaría saber si estarías tan tranquilo si tu mujer estuviera ahí dentro.

—No lo sé, porque no tengo, pero tu madre le tiene cariño porque sabe que te debe muchas... La cuidará.

—Esa mujer no es mi madre, solo es una desgraciada que me tuvo y me abandonó.

—Como quieras, pero en su mente enfermiza piensa que Bell es tu chica. Además, ella trata de compensarte, por no poder evitar en su día que casi la palmaras cuando estabas bajo su cuidado... Y también sabes que por eso la seguridad se vio reforzada. No va a pasarle nada. Confía en su instinto. Los dos sabemos que Bell ha aprendido mucho todos estos años en los que ha estado observando a la gente sin que se dieran cuenta. Va a hacerlo bien.

Asiento, pero no estoy nada tranquilo. No me gusta todo esto, solo quiero que termine, atrapar a estos desgraciados y cerrar para siempre esta página de mi vida; y, a poder ser, empezar un nuevo capítulo de esta junto con Bell. El problema es que no sé cómo hacer que eso sea posible.

Pienso en Bell y en mi madre y siento odio una vez más hacia esa mujer. Es mi madre porque me dio la vida, pero nada más me une a esa mujer retorcida. Supe de ella cuando entré en esto. Vino a buscarme como mi agente de modelos, esa es su tapadera. Tiene una empresa de modelos y algunos tienen la suerte de no saber nunca de sus oscuros juegos. Otros, como yo, se ven arrastrados por ella hacia esto. La escuché hablar con mi padre, gritándose el uno al otro, y me sorprendió que la gritara sin conocerla. Yo ya había decidido marcharme y así se lo comuniqué a mi padre. Ella dijo que me cuidaría y, sin más, confié en ella. Hasta que me metió en esto y se acabó lo prometido. Una noche me dijo que no me preocupara, que me buscaría buenas mujeres, que al fin y al cabo qué menos que cuidar a un hijo...

Mi sorpresa fue tal que se rio en mi cara y me contó que, tras dar a luz, por supuesto en un lugar escondido para que nadie supiera de mí, me entregó a mi padre, como tenían acordado. Y desapareció de mi vida. Ella vivía en el barrio y se encaprichó de mi padre. Era un hombre muy guapo y se dejó

seducir por ella hasta que le dijo que solo lo quería usar y no quiso hacerse cargo de mí. Su idea era darme en adopción, pero mi padre dijo que él cuidaría de mí aunque tuviera que trabajar a todas horas para que no me faltara de nada. Y ella se desentendió, hasta que la madre de Bell la llamó para mandarle mis fotos y vio en mí un gran potencial.

Sé que no supo nada de mi ataque. Antes de perder el conocimiento vi su cara de horror y cómo se encargó de todo y mandó que buscaran a los culpables. Tras darme la libertad, porque alegó que así no le servía, no supe más de ella hasta que fui a buscarla a su agencia para ser modelo. Solo modelo. Como ya me temía, siendo solamente modelo no he descubierto nada. Ese lado de su vida es todo lo legal que debe ser. Nadie sospecha lo que hace. No soy tonto para saber que el hecho de que Bell esté dentro nos da ventaja. Lo sé. Pero, joder, es Bell, y no quiero que le pase nada. Si por mí fuera la encerraría lejos, aislada de peligros hasta que todo esto acabara.

Le llega una llamada a Camilo.

—Entiendo..., vale. El coche estará listo. —Cuelga y me mira.

—¿Qué pasa?

—Bell ha salido corriendo hacia la escalera, no sabemos qué ha pasado dentro... ¡Kennan!

Me llama cuando entro al hotel por la puerta trasera y voy corriendo a buscarla, preocupado por lo que sea que le han hecho. Subo la escalera de cuatro en cuatro y doy con ella entre la tercera y la segunda planta. Cae entre mis brazos, porque literalmente la arrastro a ellos y, de lo rápido que bajaba, no le queda otra opción para estabilizarse. La abrazo con fuerza. Está temblando, o tal vez sea yo. Me abraza unos instantes con la misma intensidad y siento que estoy en el cielo, hasta que se aparta y me aleja, llevándome de nuevo al infierno que es vivir sin ella.

—No, no quiero esto...

—¡Maldita sea, Bell! ¡Soy yo!

—No sé quién eres. No quiero necesitarte.

—Dime qué te han hecho...

—No, es algo de mi vida, algo que yo contaré a quien quiera, cuando quiera. Al igual que tú, con mis secretos hago lo que me da la gana —me lo

dice dolida.

Le alzo la cara y, pese al maquillaje, veo que no está bien. No tiene buena cara. La misma que yo.

—Bell, deja que te explique. —Aparta mi mano.

—Sé que me dirás que lo hiciste por mí, por el miedo que tienes a que me pase algo. Y que llegó un punto que temías perderme si lo sabía. Te conozco, aunque no lo creas —dice afectada—. Ese no es el problema. El problema es que has hecho conmigo lo que han hecho todos desde que nací, decidir por mí. Y yo creía que tú y yo éramos un equipo y decidíamos juntos. He confiado en ti con los ojos cerrados, Kennan, y tú te has aprovechado de eso para tenerme ciega ante la verdad de tu vida. Nunca sentí nada raro, es escalofriante lo bien que me has engañado. No confío en ti. Se ha roto esa confianza que tenía..., y no creo que se restaure. Lo siento.

Me deja destrozado, sin saber qué camino tomar mientras la veo alejarse.

—Te amo, Bell —le digo, y se detiene.

—Yo también, y te echo de menos. Y, sin embargo, no quiero estar contigo.

Se marcha y la oigo alejarse mientras me quedo devastado y más perdido y angustiado que cuando tuve que ser un juguete en manos de otros. Nada es comparable al dolor de perderla.

BELL

Entro al coche y le pido que me lleve de vuelta a donde me alojo. Aún siento los brazos de Kennan y cómo temblaba. Su lastimero «te amo» me perseguirá siempre. El problema es que no sé cómo volver a ser la que era con él. No sé cómo seguir a su lado sin recordar su engaño.

Lo echo de menos, y que no pueda estar con él no significa que no duela horrores no ceder.

He estado a punto de contarle qué me pasaba, hasta que he recordado que él no me contó nada, ni en qué trabajaba ni quién era su madre ni nada. Su madre... Esa mujer es horrible y lo más triste es que no lo sabe. Que se cree

que es simpática. Recuerdo nuestra conversación y el dolor que me ha producido se extiende por mi pecho mientras lo hago...

Tras saludarme fuimos hacia el joven que yo había visto y me lo presentó. Luego nos alejamos y me dijo que ese joven era nuevo y que seguramente podría hacer con él lo que quisiera. Sentí asco y sonreí de milagro. Nunca he agradecido tanto mis años de fingir como ahora. Es como si de algún modo me hubieran estado preparando para esto.

Manuela no vio nada raro y me cogió del brazo. Me paseó por la sala y luego fuimos a tomar algo.

—Tu madre no disfrutaba mucho de esto. Tú sonríes más que ella y sé que, cuando decidas a quién llevarte a la cama y empieces, no podrás parar.

—Espero, solo necesito encontrar el momento indicado.

—Date tiempo, aquí tú eres quien decide.

—¿Y por qué venía mi madre si no disfrutaba?

—Vamos, no te hagas la tonta. Seguro que lo sabes. Con lo que disfruta tu madre haciéndote daño, seguro que ya te lo ha echado en cara más de una vez. —Se rio y me miró a la espera de que se lo dijera—. Porque tenía un propósito. Uno al que yo le ayudé, claro. Porque aquí siempre se usa protección..., pero se puede pinchar. —Se rio de nuevo y empecé a comprender por dónde iba—. Tú eras su misión, querida. La verdad es que me sentí un poco como una cigüeña. —Soltó una carcajada y yo solo pude sonreír mientras asimilaba todo—. Tu padre no podía tener hijos y tu madre tenía que someterse a pruebas de inseminación y todo eso. No quería, se negaba, odiaba la idea de que pudiera venir más de un bebé y lo que estos podrían hacerle a su cuerpo..., y tras años dándole vueltas, decidió entrar en el club y aceptar mi invitación. Me contó su plan de quedarse en estado de manera natural... y estuvo con unos y con otros hasta que se quedó.

—¿Y mi padre?

—Tu verdadero padre, ni idea, y nunca lo sabrás. Tu madre no perdía el tiempo. Y tu padre adoptivo sabía todo esto y le parecía bien mientras nadie lo supiera. Solo nosotros tres lo sabemos. Bueno, y ahora tú, porque por tu

cara parece que no sabías nada.

—No, no lo sabía, pero gracias por decírmelo.

—De nada. Yo no he sido la mejor madre del mundo, pero al menos sí tuve el valor de decirle la verdad a mi hijo.

—A Kennan.

—Sí. —Miró a su alrededor—. Mejor que nadie lo sepa. No lo repitas aquí.

—No lo haré. ¿Te importa si me marchó? Acabo de descubrir que mi padre no es mi padre..., y no estoy de humor ahora para estar con ningún hombre...

—Claro, no te preocupes, te mandaré datos de la próxima fiesta.

Me dio un abrazo y se alejó. Me marché tan rápido como pude, tratando de asimilar que mi madre había practicado sexo con estos jóvenes para engendrarme. En el fondo sé que nunca conoceré la identidad de mi verdadero padre. Y quien me ha criado nunca ha ejercido como tal. Ahora tal vez entienda por qué nunca lo hizo. Aunque mi madre sí que es mi madre biológica y tampoco le ha tirado nunca la sangre...

Me hago un ovillo en el asiento y lloro presa del dolor. Estoy agotada de tantas mentiras. De tantos engaños. De descubrir cómo la gente es capaz de vivir una mentira y ser feliz creyendo que tiene un fin para ello. Mentir nunca es la salida.

Estoy cansada de no ser más que un monigote en la vida de otros. Estoy decidida a acabar con todo esto. A demostrarles a todos que me han subestimado y que nunca fui un mueble ni alguien que no era capaz de tomar decisiones.

Es hora de que la verdad salga a la luz.

Capítulo 28

BELL

—Levanta más los brazos. Así, y ahora trata de golpearme. —Lo hago, le doy fuerte, y por su cara tengo la aprobación de Luis.

Sonrío. Han pasado quince días desde la horrible fiesta. Aún no he sabido nada de la próxima. Y han querido prepararme en el arte de la defensa personal por si lo necesitaba. Acepté, porque así por lo menos no pienso en nada más. Les conté lo que había descubierto y me dijeron que era casi imposible dar con mi padre biológico. Ya tengo asumido eso. Luis se encarga de entrenarme. Pasamos tanto tiempo juntos que ya lo considero un amigo.

Es de mi edad. Ojos azules y pelo negro, muy guapo y agradable. Menos cuando llega cada mañana con una rosa roja de parte de Kennan. No hay notas ni nada, pero sé que es la forma que tiene Kennan de darme espacio y, a su vez, de que no me olvide de que sigue ahí y que me sigue queriendo. Esto me hace pedazos y siento deseos de llamarle y pedirle que venga.

Es horrible vivir sin él, añorarlo cada día más y desear que sea mi apoyo ahora más que nunca, pero luego recuerdo su engaño y se enfrían mis ganas de hacerlo. Aun así, guardo cada flor en uno de los libros que tengo para leer y todas las noches antes de acostarme miro las fotos que tengo de los dos juntos y leo los mensajes que me mandó cuando lo descubrí todo.

No sé qué haré. En el fondo, pensar que esto es un «para siempre» me aterra, por eso nunca he sido capaz de decirle adiós, porque no quiero

despedirme de él.

Tal vez un día esté preparada para perdonarlo y para no estar con él temiendo que me engañe, hasta entonces no veo posible una relación.

—Vamos, hazlo otra vez.

Me enseña varias llaves más hasta que, al levantarme, siento un pequeño mareo y luego náuseas. No debí desayunar antes del ejercido. Corro al servicio y vomito.

Luis toca a la puerta y abre. Trae un poco de agua con limón.

—Tienes mala cara. Lo dejamos por hoy.

—No, estoy bien. Vamos a seguir.

Seguimos y, por suerte, me encuentro mejor. Me pego una ducha larga al terminar y me pongo ropa cómoda.

Estoy en una casa alejada de la civilización, junto al mar. Me recuerda a la que Kennan está construyendo, por las vistas. Ya que esta es modesta y tiene lo justo para sobrevivir. Cuando me quedo sola es horrible, ya que este lugar tan solitario, que me gustó los primeros días, ahora me aterra. No digo nada porque no quiero que nadie lo sepa. Pero no hay noche que duerma del tirón. Bien porque añoro a Kennan, o bien por el miedo. Que esté protegida por rejas y numerosas medidas de seguridad no ayuda.

Luis me deja sola y me pongo a leer tras hacerme algo de comer. Lo dejo cuando llego a una escena erótica y me acuerdo de Kennan, de sus besos. De su manera de tocarme..., tomo aire y pongo la tele, esperando que el día pase pronto. Esta vida es un aburrimiento.

Estoy pensando en salir a dar un paseo por la playa cuando suena mi móvil. Lo cojo y pongo el altavoz tras darle a una grabadora de mano para grabar la conversación cuando veo que es de Manuela. Me dijeron que, si le daba a la opción de grabar en el móvil, sonaba un ligero pitido y esto podría alertar a Manuela, así que hemos optado por otro sistema.

—Hola, Manuela.

—Hola, querida. Te llamo porque mañana hay una fiesta. Una pasarela, más bien. ¿Te apunto?

—Sí, me encantará ir, y estoy decidida a elegir bien.

—Cómo me alegra escuchar eso. Por cierto, ¿sabes qué le pasa a mi hijo?

Hoy ha hecho una sesión horrible. Tenía muy mala cara y no parecía encontrarse bien. ¿Os habéis enfadado? Han tenido que suspender la sesión... y, como te imaginas, cuesta mucho dinero organizar una.

—Sí, estamos algo distanciados...

—¿Por qué? Sé que te ama, siempre ha sido así. De hecho, las mujeres con las que se acostaba hace años dicen que siempre te nombraba a ti. —Me recorre un escalofrío, esto tampoco lo sabía—. Que nunca decía sus nombres. Y tu madre tenía claro que os debía separar como fuera, porque tú lo amabas. Y te prometo que me consta que ha puesto mucho empeño.

—Se nos pasará. Siempre encontramos el camino de vuelta el uno al otro. Por mucho que la gente se empeñe en separarnos.

—Espero, o si no las sesiones serán una mierda. Y tengo que pensar en el trabajo.

«Ahí está su vena egoísta», pienso.

—Claro.

—Bueno, querida, te veo mañana. ¡Ah!, y el sábado doy una fiesta para modelos. Esta vez es pública. Si quieres, te invito. Estará tu hombre entre los asistentes. No se puede llevar pareja, pero por ti haría una excepción. Eso sí, no quiero que os pongáis en plan novios. Kennan vende más como soltero. Ya me dirás lo que decides.

—Vale.

Me cuelga y pienso en lo que me ha dicho de Kennan y me preocupo. Yo no estoy mucho mejor. He perdido peso y sé que de ahí me vienen los mareos. Porque me niego a barajar otra opción... No puedo ni siquiera pensarlo. Sé que sería el fin de todo esto. Acaricio mi estómago..., aparto mi mano y niego con la cabeza. No, solo es un retraso. Tomo la píldora... Bueno, la semana que rompimos Kennan y yo ni me acordaba de comer, y menos aún de tomármela... Pero creo que, pese a eso, la llevaba al día. La otra vez que me ocurrió, me vino la regla como siempre y no pasó nada. El problema es que la falta de mi periodo y este retraso de días me hacen temer que puede existir una posibilidad de que esta vez sí que se me olvidaran de verdad algunas.

Sabía que esto era posible, como la otra vez, y no le di mucha relevancia,

porque en el fondo no me importaba tener un hijo con Kennan. Lo que me inquieta es que ahora todo ha cambiado y, de ser así, me gustaría que el bebé no fuera lo único que nos uniera.

Cojo el móvil y busco el número de Kennan. No dejo de pensar en lo que me ha dicho Manuela sobre su mal aspecto. Odio que sufra. Odio saber que es por mi culpa. Por eso lo llamo. Me lo coge al primer tono.

—Hola. —Su voz tan cálida y a la vez cargada de alivio por mi llamada me humedece los ojos—. Bell...

—No quiero que estés mal. No quiero que te pase nada —le digo con la voz rota—. Sigue tu vida, Kennan...

—No me pidas eso cuando sé que tú no lo haces. ¿Acaso te crees que no me cuentan que pareces un alma en pena? ¿Cuánto más tendremos que soportar esto?

—No lo sé..., no sé cómo recuperar mi fe en ti. Nunca pensé que tú me fallarías...

—Bell, no lo hice porque quisiera. Temía que, si me pillaban, pensarán que tú sabías algo. Me aterraba que te interrogaran y vieran la verdad en tus ojos...

—Sé fingir.

—No cuando se trata de mí. Tu madre supo ver lo que sentías. Cuando es algo relacionado conmigo, eres débil. Te olvidas de cuidarte a ti misma, de protegerte, y la gente puede usarlo en tu contra. Lo siento. De verdad que lo siento, pero me ciega el hecho de que te pueda pasar algo. Y con tal de protegerte soy capaz de todo, hasta de mentirte si así te cuido.

Noto las lágrimas correr por mis mejillas y sé que tiene razón, que si lo hubieran atrapado y me hubieran pedido que hablara para llegar a él, lo hubiera hecho sin importarme nada más.

—¿Y lo de tu madre?

—La odio, Bell. No me gusta contar que es mi madre, no la soporto. Esa mujer me metió en una red de prostitución para ganar más dinero. —Noto la rabia en su voz—. Y pienso hacer que pague. Que caiga, como su jefe. No te lo dije porque para mí no es mi madre. Dios, Bell, tienes que darme una oportunidad. No sé qué hacer para que me creas si te digo que nunca más

volveré a ocultarte nada. No soy como la gente que te lo ha hecho alguna vez. Odio que me metas en el mismo saco. Ellos lo hacen por egoísmo, yo porque te quiero. Y si me equivoqué, no fue por egoísmo, fue por eso mismo.

Tiene razón, y no digo nada, pero me gusta oírlo al otro lado. Pienso si contarle mis dudas sobre si estoy en estado y no lo hago, ni siquiera me he hecho la prueba, porque temo estarlo y que me quiten de esta misión.

—Hay una fiesta el sábado. Te veré entonces.

—¿Y luego?

—No lo sé. Mañana tengo otra fiesta privada...

—No me gusta que hagas esto. No soporto saber que lo haces.

—Lo sé. Pero debes confiar en mí.

—Lo hago, estaré cerca por si me necesitas. No voy a dejarte sola.

—Pedí que estuvieras fuera de esto.

—Tendrían que encerrarme para que eso fuera posible, Bell. —Sonrío.

Se queda callado, me gusta escuchar su respiración al otro lado. Duele extrañarlo tanto. Ansiar tanto su contacto, su abrazo.

—¿Kennan?

—¿Sí, preciosa?

—¿Podré volver un día a confiar ciegamente en ti?

—Yo espero que sí, si no, esperaré toda la vida a que lo hagas.

Sus palabras me parten en dos y cuelgo para que no escuche mis sollozos. Odio este miedo, este dolor de no confiar en quien más amo. Es horrible estar lejos de él y saber que lo hago por el miedo que siento de perdonarlo con la boca pequeña. De decirle «te perdono» y por dentro estar esperando a que me traicione de nuevo. Sé que, si lo hago así, lo nuestro nunca funcionará; cuando se perdona de verdad a alguien es cuando puedes cerrar ese episodio, para que no se empañe la relación. Porque, si no es así, siempre será un lastre.

Entro en la sala donde se hará el desfile. No tengo ganas de estar aquí y sé que, para acabar con esto, tengo que dar con algo pronto.

Me siento, esta vez no miro a nadie y evito poner cara de asco cuando mencionan a los chicos. Veo salir al moreno de ojos negros y anoto su

número. Esta noche pienso hablar con él. El desfile termina y voy hacia la mesa. Me intercepta a medio camino Manuela, mira el número que he cogido y sonrío.

—Te gustará. Hablan muy bien de él. —Va hacia la mesa y me anota—. Te estará esperando. —Me da una llave y me pide el dinero—. Ya verás.

Sonrío, aunque por dentro soy un hervidero de rabia. Una vez vi un reportaje de mujeres que eran forzadas a acostarse con hombres y pensaba que era increíble que nadie hiciera nada. El problema es que estas mafias existen a la vista de todos y detenerlas a veces es un imposible. Y lo peor es que creemos que esto solo es cosa de mujeres, pero los hombres también padecen abusos.

Hablo un poco con Manuela y me paseo por las mesas. Me fijo en todo mientras tomo algo de beber y como un poco. Me dicen dónde están las habitaciones reservadas en este hotel. Voy hacia allí, y cuando no me mira nadie, giro en dirección contraria hacia el lugar de donde han salido los jóvenes.

No hay nadie a la vista y me meto en la primera sala que pillo. Registro por encima la habitación, pero no veo nada que me llame la atención. En verdad no esperaba encontrar nada. Y ya me dijeron que no me la jugara. El problema es que me siento impotente y quiero acabar ya con todo.

Salgo frustrada y, a punto de ir hacia las habitaciones, me topo con Manuela.

—¿Qué haces?

—Buscar las habitaciones.

—Ven, yo te guío. —Me coge del brazo y me lleva hacia la mía. Antes de entrar escucho los gemidos y a las mujeres gritando y, una vez más, siento tal asco que creo que voy a vomitar—. Aquí es. Disfruta.

Asiento y me meto en el cuarto. Veo ante la cama al joven, solo vestido con unos vaqueros. Veo su camisa a un lado y la cojo para dársela.

—Hola, pónstela. —Lo hace sin protestar y espera a que le mande.

—¿Tú quieres estar aquí? —Le sorprende mi pregunta—. No voy a hacer nada contigo esta noche. Solo quiero hablar. Pero quiero saber si esto te gusta.

—No voy a decir nada, no me pagan para hablar, solo para follar —me dice con frialdad.

—Pues tienes dos opciones, hablar o irte y que te busquen a otra que querrá algo más.

—Me marchó. —Me quedo alucinada por lo que ha dicho y, sin más, se marcha.

Alguien entra y pienso que es él, pero es Manuela.

—¿Que ha pasado?

—Nada, no podía y le dije de hablar...

—No hablará contigo para que te tranquilices. Tiene prohibido hablar. Si querías hablar porque estabas nerviosa, haberme buscado a mí, te habría dado unas pastillas que te hubieran puesto a tono. Ven, te daré una y te busco a otro chico. Este no creo que tarde mucho en tener a otra dispuesta a usarlo.

—No me apetece...

—Me empieza a cabrear un poco que no quieras nunca... ¿Algo que ocultar, Bell? Eres demasiado curiosa me parece...

Me mira fijamente y siento que puede ver todos mis secretos.

—No quiero una pastilla, pero puedes buscarme a otro joven.

—Bien, te mandaré a uno experimentado.

Asiento y al poco aparece un joven de unos veinticuatro años. Se quita la camisa y lo detengo.

—No quiero hacer nada, te pagaré como si lo hiciéramos y puedes hablar o quedarte callado o lo que quieras.

Me mira a los ojos y los veo tan vacíos y perdidos como los de Kennan.

—Haré lo que me pidas.

—Sé que tienes prohibido hablar. —Asiente—. ¿Quieres estar aquí?

Noto que se va hacia la puerta. Lo detengo.

—Vale, no hablaremos. Puedes descansar. No te haré nada, pero luego contaré que sí lo hemos hecho.

Asiente y se sienta en la cama. No se duerme, no hace nada, y puedo notar su tensión en los ojos.

—Si no gimes, no pensarán que ha pasado algo en verdad.

—¿Y si soy de las silenciosas?

—Por lo menos despéinate o córrete el maquillaje. No pareces recién follada.

Asiento, me despeino y me corro un poco el maquillaje sin quitarme el antifaz.

—No va a funcionar.

—¿El qué?

—Pillarlos. Solo te falta un cartel que lo diga. Si eres nueva en el cuerpo de policía y quieres acabar con esto tú sola, estás verde, y no eres la primera que lo intenta. Si quieres un consejo, corre, vete antes de que te descubran. Me apuesto lo que quieras a que ya dudan de ti.

Lo miro contrariada por decirme esto y pienso en delatarme, pero algo me pone sobre aviso.

—No estoy aquí para pillarlos.

—¿Y por qué no quieres acostarte conmigo? Te delatas.

—Quiero darle celos a mi novio. Quiero que piense que me he acostado contigo. O con otro.

—¿Y cómo lo sabrá?

—Porque su madre se lo contará, porque no me quiere con él.

Le digo, y me la juego. Estoy desvariando, tal vez me esté imaginando las cosas, pero algo me dice que este chico no ha sido mandado por casualidad. No he hecho nada para que me pillen. No he hecho nada. Nada de nada. Pero me temo que el hecho de no querer acostarme con alguien, cuando se supone que estoy aquí para eso, les hace sospechar.

—Si aceptas mi consejo, no los pillarás, antes acabarán contigo. —Es un mensaje..., y sonrío para que no note cómo me ha inquietado.

—Suerte para mí que solo esté aquí para follar, ¿no?

—O para darle celos a tu novio.

—Sí, pero como él no espabile tendré que buscar a otro que me dé lo que me merezco como mujer —le digo con frialdad, con la misma con la que hablan las de fuera—. Este cuerpo se merece ser atendido.

—Yo puedo atenderlo. —Se levanta y viene hacia mí.

Lo detengo.

—No, no eres mi tipo. Lo siento. No quería decírtelo para no ofender tu

ego, pero es lo que hay.

—Bueno, si cambias de idea, puja por mí. Lo pasaremos. —Sus ojos negros no relucen, no transmite nada salvo que va colocado y bebido.

—Bueno, ahora sigue calladito y déjame en paz.

Asiente y se queda sentado en la cama; pasado un rato que considero aceptable, salgo y no me despido de él. Tengo que recordar que todo podrían ser trampas y me temo que el hecho de que Manuela me encontrara donde no debía le ha hecho mandarme a este joven, que no tengo dudas de que le informará de todo. Me marchó temblando y sintiendo que, si quiero seguir con esto, tendré que llegar lejos con uno de ellos, y solo de pensarlo siento un asco infinito. Yo no quiero ser como esas mujeres. Yo no me quiero aprovechar de estos muchachos.

Entro en el coche, que ya me espera, y, tras ponerme el cinturón, miro entre las sombras sintiendo que Kennan estará ahí, y así es. Se acerca a un claro de luz cuando lo miro. Mi corazón da un vuelco y mis ganas de bajar del coche y refugiarme entre sus brazos son grandes. Lo necesito tanto que duele estar sin él.

Le sonrío, porque no puedo evitarlo, y me emite una triste y débil sonrisa. Se me parte el alma y le pido a Luis que me lleve a casa. No dejo de mirar a Kennan hasta perderlo de vista.

Capítulo 29

BELL

Me levanto algo mareada y lo achaco a la falta de sueño. Recojo mis cosas y voy hacia donde está Luis.

—Quiero volver a mi vida.

—No creo que sea seguro después de lo que me has contado. Sospechan de ti.

—Yo creo que sospechan de todos. No les tengo miedo, y el edificio de Kennan está vacío, no creo que tengáis problemas en vigilarme.

—Sigo pensando que no es seguro. Espera a mañana y lo meditamos. ¿Entrenamos?

—Quiero ir a un sitio.

—¿Adónde?

—A casa de mis padres.

—¿Por qué?

—Son mis padres, ¿tengo que explicaros por qué quiero verlos?

—Nos vamos conociendo, Bell. —Se sienta en la mesa—. No has ido a su casa desde que te echaron y ahora quieres ir... ¿A qué?

—Creía que no me teníais encerrada... y, además, merezco una explicación por parte de mi madre, ¿no crees?

—No te metas donde no te llaman.

—Ya estoy metida en esto. Déjame que haga lo que creo que debo hacer.

—No por correr más se llega antes...

—¿Y qué nos queda?! ¿Que acepte acostarme con unos y con otros para que así no sospechen de mí?

Se va hacia la cocina y sé que va a hablar con alguien por el *walkie*. Lo sigo y se lo cojo justo cuando está informando de todo.

—No creo que sea seguro...

—¿Kennan? —Le devuelvo el *walkie* y salgo de la casa a buscarlo. No puede estar lejos porque el *walkie* no es de largo alcance.

Doy una vuelta a la casa y veo a Kennan vestido todo de negro. No tiene buena cara y se nota que no ha dormido nada bien. Voy hacia él con el corazón latiéndome con fuerza.

—¡No puedo seguir con esto si consiste en acostarme con esos inocentes!

—Kennan se tensa.

Veo la mirada de Kennan enfurecida. Sé que esa idea a él le angustia tanto como a mí.

—Me dijeron que no tendrías que llegar tan lejos. Si no, te juro que no estaría siendo tan paciente. Si te acostaras con alguien porque lo deseas me dolería, aunque sería tu decisión; pero hacerlo por eso... No te dejaría. —Sus palabras están cargadas de tensión.

—¿Y qué tengo que hacer ahora? No voy a acostarme con nadie de allí, eso lo tengo claro.

Noto cómo Kennan se relaja un poco, pero el dolor sigue en su mirada.

—Si por mí fuera, estarías fuera. Pero es tu decisión. No voy a obligarte a nada, aunque tenga que pasarme cada noche velando por ti —me confiesa, dejándome claro que sus muestras de cansancio no son solo por echarme de menos, sino también por cuidarme.

Kennan odia que haga esto. Y si me deja es porque no quiere limitar mis decisiones. Él confía en mí, en mi criterio, me deja elegir. Él no es como el resto. Nunca lo ha sido. Si calló es solo por lo mucho que me ama y porque contármelo le hacía temer que me pasaría algo.

—Tengo que ir a ver a mis padres. Puedo encontrar algo.

—Es peligroso —me dice preocupado.

—Kennan..., déjame hacerlo, y si sale mal, te juro que me esconderé en

un búnker y no saldré hasta que lo resuelvas todo. No puedo seguir con esto si consiste en ser como ellas. No puedo aprovecharme de esos chicos.

—Manuela no confía en ti. Ayer lo dejó claro. Deberías dejarlo ya. —En sus palabras puedo notar una súplica de que claudique.

Lo ignoro, porque, si no, no seré fuerte para lo que me queda por hacer.

—¿No es cierto que a todas les hacen esas pruebas?

—No, solo a las que piensan que no son de fiar. Se acercó a ti porque no confía, no porque piense que estamos juntos. Ahora lo tengo claro. Nuestras investigaciones los han ido cercando y no son tontos, saben que estamos cerca de atraparlos. Y cuando esto sucede suelen cometer errores y tomar decisiones equivocadas.

—Tú quieres que lo deje, que no vuelva.

—Sí. Pienso que es peligroso.

—Esta noche hay una fiesta. ¿Irás...?

—Esta noche no hará nada.

—Pensaré entonces qué camino tomar. No soy tan valiente como creía...

—Alza la mano y lo veo dudar. Alzo la mía y pongo la suya en mi mejilla. Su contacto me quema y alivia al mismo tiempo.

—Eres muy valiente, Bell, otra en tu lugar ya habría salido corriendo con todo lo que has descubierto y vivido estos días.

—Pero no sé cómo seguir con esto sin acostarme con ellos y no delatarme.

—Admitir hasta dónde puedes llegar y aceptar la retirada es de sabios. Los que no son conscientes de sus limitaciones son los que siempre salen perdiendo, porque no saben decir «basta» hasta que otra circunstancia lo dice por ellos. No te quites mérito.

Asiento. Me separo.

—Deja que Luis me lleve a casa de mis padres. —Duda, pero asiente.

Me alejo de él sin ganas y sabiendo que los miedos y las dudas que tenía por Kennan se van disipando.

Llego a casa de mis padres y el mayordomo me dice que está solo mi padre y

que me recibirá en su despacho.

Entro y veo a mi padre revisando unos papeles. Al verme recuerdo las palabras de Manuela, que él no es mi verdadero padre. Es como si lo viera por primera vez. Es quien me ha criado, es cierto, pero en verdad nunca me ha dado cariño. No me ha transmitido nada.

—Buenos días. Me han dicho que querías vernos.

—Sé todo, sé que no soy tu hija —le digo sin irme por las ramas.

Se echa hacia atrás en su asiento y la forma en la que me mira me deja helada. Sonríe de medio lado y me observa.

—Ya sé que lo sabes. Manuela le dijo a tu madre que se había ido de la lengua. Me preguntaba cuánto tardarías en venir a vernos.

Que lo sepa y sepa también dónde he estado me pone alerta. Está claro que tiene contacto con Manuela, y eso solo puede ser porque conoce la organización o porque son ellos, mi padre y mi madre, los que la manejan.

—¿Por qué no me dijisteis nada?

—¿Decirte que tu madre me puso los cuernos para engendrarte y que tuve que soportarlo porque era lo mejor para mi imagen? Pues no, no me gusta reconocer algo así.

Me da asco la frialdad con la que habla.

—¿Por qué viniste el otro día?

—Supongo que fue porque, pese a todo, no soy un ogro.

—¿Y te habrías puesto de mi lado si hubiese sido tu hija de verdad?

—Tampoco, yo solo te quería porque, de cara al público, ser padre proyectaba más sensibilidad. Y necesitaba nuevos accionistas para la empresa. Necesitaba llegar a los padres de familia. Tú me abriste esa puerta.

Noto el peso de las lágrimas. Al verlo hablar con esa carencia de sentimientos, no me cabe duda de que alguien así es capaz de llegar a crear una organización de prostitución. Siento asco y se me revuelven las tripas. Intento controlar mis náuseas, pero noto que pierdo el color del rostro y tengo sudores fríos. Corro hacia el servicio más próximo y me encierro en él. Echo lo poco que he comido de desayuno y me enjuago la boca. Me cuesta salir y enfrentarlo.

Duele saber que he vivido en una casa pagada con el dinero de la

prostitución. Que todo lo que he tenido se basaba en las desgracias de otros. Siento náuseas otra vez y vomito de nuevo. Tiemblo de angustia. De dolor. Y más porque la persona a la que amo es uno de los que han pasado por eso.

Cuando me repongo, salgo a ver a mi padre de nuevo. Al llegar compruebo que él no está, pero sí mi madre, que me mira con cara de asco.

—Te dije que no te quería aquí.

—También me dijiste que él era mi padre y es mentira. —Se altera.

—Eres una desgraciada...

—¡Tú sí que lo eres! ¿Cómo puedes ser tan fría? ¿Cómo puedes aprovecharte así de la gente?

—Lo que yo hago es perseguir el éxito, y tú no me vas a impedir alcanzar mis metas. ¡Largo de mi casa!

—Con mucho gusto. Ojalá un día pagues por cada uno de tus pecados.

Mi madre se altera y me mira con dureza. Sé que estoy jugando con fuego. Que he escuchado lo suficiente de esa organización como para saber que me pueden incluso pegar un tiro mientras salgo. O mandar a alguien a que me mate. Lo sé, pero no puedo callarme. Salgo de la casa temblando de miedo y con la cabeza alta. Luis me mira serio desde dentro del coche. Lo ha escuchado todo. Esa era la condición que puso Kennan, que llevara un micro; por suerte es uno muy sofisticado de espías y lo podía desconectar cuando quisiera. Solo lo he apagado cuando entré al servicio.

—Te has arriesgado demasiado. Y me gustaría saber qué ha pasado durante el intervalo de tiempo en el que el micro ha estado silenciado.

—No creo que os hubiera gustado oírme vomitar del asco que me da todo esto —le espeto, pagando con él lo mal que me encuentro—. Lo siento, es solo que... esto me afecta mucho. Todo apunta a que son ellos, y que he estado viviendo de un dinero ganado de esta manera tan despreciable.

—Aún no está claro que sean ellos, aunque todo indique que sí. Que sepan lo de Manuela es clave para saber que están en contacto. Pero no podemos darlo todo por sentado. —Asiento. Está saliendo del complejo—. Sabes que si continúas es muy peligroso para ti.

—Kennan quiere que lo deje.

—Kennan se ha enfrentado a sus jefes para estar cerca de ti. Le han

dejado porque ha prometido dejarte libertad para elegir.

—Esta noche tras el baile decidiré qué hacer. Ahora llévame de compras y a una peluquería que haga magia con mi cara.

—Sí, sigues pálida.

—Gracias por tu sinceridad. —Lo veo sonreír por el retrovisor.

Entro a la fiesta, que se celebra en un prestigioso hotel de la ciudad. Llevo un vestido rojo muy llamativo. En cuanto lo vi quise lucirlo, para ver si me daba su fuerza. Esta noche la necesito, no solo porque sé que es mi última oportunidad para sacar algo de Manuela y su organización, sino porque no puedo retrasar más el volver con Kennan. En el fondo solo necesitaba tiempo para entenderlo. Para comprender su postura y, de ese modo, no echársela en cara en un futuro. Lo quiero y lo necesito más que nunca.

Lo busco entre los invitados y lo veo al fondo, rodeado de mujeres que lo devoran con la mirada. Él, sin embargo, solo tiene ojos para mí. Me sonrío como hacíamos hace años, sin que nadie se diera cuenta, y le devuelvo la sonrisa.

Me doy una vuelta por la sala. Busco a Manuela y me pongo a su lado.

—Hola, querida. ¿Qué tal?

—Bien, aunque estaría mucho mejor si no hablaras con mis padres de nuestras conversaciones privadas.

—Bueno, pensé que deberían saber que me había ido de la lengua —me dice muy seria.

—Lo que tengo claro es que la verdad siempre sale a la luz. No te puedo culpar porque me ayudaras a saberla.

—Sí. —Da un trago a su copa y mira hacia Kennan—. No te acerques a él. De cara a la galería lo quiero soltero.

—No tenía pensado hacerlo. Pero luego pienso empeñarme en devolverle el deseo a mi hombre.

—Ojalá lo consigas. —Su forma de decirlo me da escalofríos, y más cuando me sonrío y se aleja.

No la soporto. Me vuelvo y me topo con mis padres hablando con un

hombre. Parecen nerviosos. Me acerco a ellos y llego cuando dicen:

—Hay que eliminarlo todo. Todo —dice mi madre y, al verme, me mira con asco, pero sonrío para que nadie note nada—. Hija, ¿qué haces aquí?

—Me han invitado. —Mi madre mira a Manuela y no se me pasa por alto la mirada de rabia que le dirige.

—No deberías estar aquí, este no es lugar para ti. Eres una señora...

—Creo que no eres la más indicada para decirme eso —le digo cuando me quedo sola con mis padres—. Toda la vida diciéndome cómo debería ser una mujer y tú, sin embargo, no estabas siendo el mejor ejemplo. Haré lo que quiera e iré a donde quiera. Lo más triste es que yo lo único que quería era ser perfecta para vosotros, para que me quisierais. Yo solo pedía eso. —No veo nada en sus ojos, ni arrepentimiento ni nada.

Me giro y me alejo aguantando las lágrimas. Veo a Kennan a lo lejos, observando unos preciosos cuadros de un pintor nuevo que están promocionado esta noche, y voy hacia él. Dejo caer mi mano a su lado y acaricio la suya. Su contacto me alivia. Y aunque la aparta rápidamente, me deja una tierna caricia marcada a fuego en ella.

—¿Vendrás esta noche?

—Allí estaré, cuidándote.

—Creo que me he explicado mal —lo miro de reojo—, te quiero a mi lado. No quiero más distancia entre los dos.

Los ojos de Kennan brillan y sonrío antes de centrarse en el cuadro de nuevo.

—Allí estaré.

Se aleja, y yo hago lo mismo. Me cuesta no mirarlo durante el resto de la fiesta. Hablo con algunas personas y me fijo en todo lo que sucede. Veo a mis padres marcharse nerviosos hacia una sala y los sigo, hasta que Kennan me detiene y pone su mano en mi cintura.

—Voy yo. Vete ya a casa. Algo no va bien. —Me mira y empiezo a replicar—. Confía en mí, es mi trabajo. Sé lo que hago.

Asiento y me marcho hacia el coche, volviéndome una última vez para verlo desaparecer por donde se han ido mis padres junto con Manuela.irme me cuesta, y solo lo hago porque Luis me dice que, si me quedo, Kennan

podría resultar herido por estar pendiente de mí y poner en peligro la misión.

KENNAN

Los sigo, y cuando observo que se van hacia los ascensores, me asomo hasta averiguar qué piso pulsan. Veo que es la segunda planta y subo por la escalera a toda prisa para llegar antes que ellos. No lo consigo por poco y me quedo entre las sombras, viendo cómo salen discutiendo del ascensor. El padre de Bell está verdaderamente enfadado con Manuela, y esta, por más que le dice que lo siente, no consigue relajar la rabia que brilla en sus ojos.

Si nuestras sospechas son ciertas y él es el jefe de la organización, Manuela va a tener pronto un escarmiento, y este tipo de castigos nunca suelen ser leves.

Van hacia un cuarto y entran. Uso mi ingenio para entrar en el de al lado forzando la cerradura. Me acerco a la pared para escuchar, poniendo un vaso en ella. Ahora mismo no tengo nada mejor a mano. No pillo toda la conversación, pero sí que Manuela dice que alguien los está cercando y que deben eliminar todo lo que los relacione con la organización.

Se quedan callados y oigo la puerta abrirse y cerrarse. Informo de todo a Camilo. Salgo cuando no hay nadie cerca y bajo hacia la fiesta. Me mezclo entre la gente y evito que las mujeres me toquen. No soporto que nadie me toque, salvo Bell y mi padre, las dos únicas personas que me importan.

Pienso en Bell mientras me marchó y voy hacia mi coche. Camilo es mi chófer esta noche. No hace falta que le diga hacia dónde vamos, no me he separado de Bell desde que se fue. He estado velando por ella, esperando que me perdonara, dándole espacio.

No sé qué pasará esta noche, ojalá todo acabe. No soporto este distanciamiento, me mata sentirla tan lejos.

—Están nerviosos. Los vi salir como si se los llevaran los demonios — dice Camilo.

—Van a destruir pruebas.

—Estaremos cerca para que no puedan hacerlo. Deberías venir conmigo.

—Bell me ha pedido que vaya con ella...

—Kennan, estamos a punto de dar con la verdad y destruir esa organización de mierda.

Pienso en Bell esperándome y se me parte el alma. El problema es que, hasta que esto no se resuelva, no podremos ser felices. Admito que Camilo tiene razón y me quito la chaqueta y la camisa. Debajo del asiento tengo otra negra de camuflaje.

Saco el móvil y escribo a Bell para informarle de todo y me pide que tenga cuidado. Maldigo por las coincidencias. Y porque, justo cuando hay un acercamiento entre los dos, la vida me lleve hacia otro lado.

Llegamos al complejo, dejamos el coche en mi garaje y usamos el jardín para salir sin ser vistos como hemos hecho otras veces. Llegamos hasta la casa de los padres de Bell y vemos todas las luces encendidas. Miro a Camilo, esto no es normal.

Oímos que algo se rompe antes de que se apaguen las luces. Vamos hacia allí y vemos un incendio expandirse por uno de los cuartos de la casa.

—¡Joder! —grito, y saco el móvil para llamar a los bomberos.

—¡Se van! —Camilo corre hacia la entrada y vemos salir el coche con tres personas. Reconozco enseguida a Manuela.

Me quedo impresionado hasta que una explosión me lanza lejos de la casa. Caigo sobre el mullido césped y me protejo la cabeza de los cristales que caen de la casa. Me levanto notando un pitido en los oídos que me impide oír nada. Y me muevo en busca de Camilo. Lo encuentro tirado de mala manera, él estaba mucho más cerca que yo del foco. Lo llamo y voy hacia él temiéndome lo peor. Me arrodillo a su lado y le encuentro el pulso.

—No te permito morir, cabronazo.

Llamo pidiendo ayuda y les digo la matrícula del coche. Me levanto y miro cómo el fuego está destruyendo la casa de los padres de Bell. En una noche en la que esperaba acabar entre caricias y besos, resulta que estoy temiendo por la vida de mi amigo y sin saber si todo esto no nos lleva a otro callejón sin salida. Como decidan esconderse, dudo mucho que podamos dar con ellos. No son tontos, saben que el cerco se había cerrado en torno a ellos y todo apuntaba a que eran los jefes. Esto solo lo confirma.

Capítulo 30

BELL

Me paseo inquieta por el salón. Estoy sola. He salido a buscar a Luis y no estaba cerca. No sé nada de Kennan, y aunque lo he llamado varias veces, su teléfono estaba apagado. No puedo más con esta angustia. Estoy pensando en irme andando hasta dar con alguien que me lleve a casa de Kennan cuando la puerta se abre. Espero que sea Luis que viene a informarme, pero es aún mejor. Es Kennan.

Lo veo entrar. Lleva la ropa manchada y rota. En la cara me parece verle algo de sangre. El pelo rubio parece negro, como el hollín. Se me contrae el corazón y el miedo me invade.

Corro hacia él y lo abrazo tan fuerte que caemos sobre la puerta, que se cierra por nuestro peso.

—No me vuelvas a dar este susto. No lo vuelvas a hacer —le digo con los ojos llenos de las lágrimas que trato de reprimir.

Lo toco para cerciorarme de que está bien; mis manos van a su herida seca en la mejilla.

—Estoy bien. —Me coge la mano y le da un tierno beso—. Solo necesito una ducha.

Asiento y me separo. Empiezo a irme, pero Kennan me retiene y alza sus manos hacia mi cara para darme un hambriento beso que me deja sin respiración.

—Te quiero, te lo digo por si no tengo otro momento para decírtelo. —
Las lágrimas que contenía caen por mis mejillas.

—Y yo a ti, pero los tendrás. No pienso seguir buscando razones para alejarme de ti cuando en verdad lo único que quiero es no separarme jamás de tu lado.

Kennan sonrío y noto su pesar.

—¿Qué pasa?

—Deja que me dé una ducha y te lo cuento todo. He venido en cuanto he podido.

—¿Y por qué?

—Necesitaba estar en casa. —Me mira y sonrío comprendiendo que su hogar soy yo.

Me alzo y soy yo la que lo beso con todo el amor que siento. Le ayudo a preparar la ducha. Se quita la ropa ante mis ojos y yo hago lo mismo con la mía. Entramos desnudos y nos lavamos el uno al otro entre besos y caricias.

Al final nos olvidamos de todo salvo de saciar nuestra sed del otro. Kennan me coge en brazos sin dejar de besarme y me lleva hacia la cama que he usado estos días. Me deja en ella, haciéndose un hueco entre mis piernas y besándome con una pasión que me nubla los sentidos.

Noto su miembro duro en mi sexo y me muevo haciendo que se roce con mi humedad. Me siento morir de placer. Sus manos están por todos lados. Me acarician los pechos, que están más sensibles y receptivos que nunca. Baja sus labios hacia mis endurecidos pezones y los chupa antes de metérselos en la boca y besarlos hasta que me duelen de lo receptivos que están.

—Kennan. Te necesito dentro ya. —Se ríe y me mira. Sus ojos brillan como nunca antes. El pelo mojado le cae por la frente. Nunca antes vi algo más hermoso—. Te he hecho una petición.

—Ahora dependerá de si yo también quiero... —dice, dejando un reguero de besos por mi tripa—. El problema es que yo tengo mis propios deseos.

Y, dicho esto, posa sus labios en mi sexo y saborea mi néctar.

Gimo de placer cuando su hábil lengua se pasea por mi hendidura y me colma de dicha. Me chupa, me saborea, me transforma en lava líquida entre sus manos.

—Kennan..., ¡ya! —le digo cuando estoy cerca, y esta vez sí me hace caso y se alza para meterse dentro de mí con una firme estocada.

Apoya su frente en la mía con los ojos cerrados, y cuando los abre, veo el amor brillando en sus iris. Nos besamos mientras nos hacemos el amor. Hasta que la pasión nos nubla los sentidos y solo pensamos en alcanzar el orgasmo prometido. Entra y sale de mí. Me tortura. Lo noto más que nunca. Y cuando llego al éxtasis y me sigue, notar cómo me llena intensifica aún más mi placer.

—Me alegra que hayas vuelto.

—En verdad nunca me fui —me responde, y sé que es cierto. Siempre ha estado ahí, solo que ha esperado el momento indicado para acercarse. Nadie me conoce como él y nadie lo hará jamás.

—¿Camilo está bien? —pregunto cuando regresa a la cama tras hablar con Luis. Este último le ha dejado ropa limpia.

—Sí. Va mejor. —Se sienta en la cama y gateo hacia él.

Me coge en brazos y me siento sobre sus rodillas. Antes, tras nuestra reconciliación, nos habíamos quedado dormidos. Después de despertarnos me contó lo de mis padres. Y cómo tuvo suerte con la explosión y solo fue expulsado hacia atrás. No han dado aún con el paradero de mis padres y su madre. Y si no lo consiguen pronto, dudan que puedan hacerlo. Han apagado el fuego y están registrando todo en busca de pistas. Kennan se tiene que ir de nuevo y no me hace gracia que lo haga.

—Me tengo que ir.

—Lo sé —le digo apoyándome en el hueco de su cuello—. Confío en ti.

Junta su mejilla con la mía antes de besarme y levantarse, dejándome de pie.

—Duerme. No tienes buena cara, y me preocupa que hayas vomitado la comida. —Me muerdo el labio—. ¿Qué me ocultas?

—No es momento para que te hable de ello. Ya habrá tiempo. Ve.

—¡A la mierda con todo lo demás! —Me pone las manos en la cintura—. ¿Qué te pasa?

—¿Te acuerdas que tras nuestra anterior reconciliación te dije que no sabía si me había tomado la píldora y aun así no hicimos nada por evitar un posible embarazo? Yo sé por qué lo hice yo, pero... ¿tú lo pensaste?

—Sí, y ni siquiera me planteé que fuera posible que te quedaras en estado. Si hubiera sido el caso, o si es el caso, porque sé que si me lo preguntas es por eso, no me importaría, es más, me haría muy feliz. ¿Qué pasa?

—Bueno, esa vez no pasó nada, pero existe una remota posibilidad de que pueda estar embarazada esta vez. Otra vez la lie..., la otra vez al parecer no..., pero esta vez... —Desvarío sin sentido—. ¡No sabía ni dónde tenía la cabeza! No te quería engañar con decirte que tomo la píldora y no..., pero la otra vez sí te lo avisé y no hiciste nada, por eso quería saber si, como no te importaba que pudiera suceder... —Me besa. Y su ternura detiene mis excusas.

—Es maravilloso. —Me besa de nuevo.

—No es que sea seguro, ¿eh?, solo es un retraso y algunos síntomas.

—¿Te haría feliz darme un hijo? —Asiento feliz y sonrío—. Entonces, recemos para que ese retraso sea que sí. Nada me gustaría más.

Me besa y Luis lo llama.

—Ten cuidado.

—Lo tendré, ahora tengo un par de motivos para cuidarme más.

Lo veo marchar y Luis me informa de que se quedará conmigo para que no me aburra. Sé que Kennan le ha ordenado que no se separe de mí y que me cuide. Sonrío por su manera de protegerme y, por primera vez, me llevo la mano a la tripa, feliz y esperanzada. Deseando que mis sospechas sean ciertas.

Kennan lleva una semana sin venir. Me ha llamado siempre que ha podido, y aunque no me pueda contar mucho, por la tele ya he visto que se ha liado una buena en torno a mis padres. Es la noticia estrella. En todas las cadenas hablan de ello. De momento hay secreto de sumario. Luis me ha dicho que trataron de quemar las pruebas y que pareciera un accidente, pero han encontrado pistas y la suficiente documentación como para dismantelar la

organización.

De momento ya tienen la ubicación exacta de dónde están los muchachos, todos los que son y la dirección de sus familias. Ahora están protegiendo a todos ellos, por los posibles daños colaterales. Aún no han encontrado a mis padres y a Manuela, pero poco a poco todo se está destapando.

Fiona y Marcelo están conmigo. Kennan no se fiaba de que mis padres pudieran aparecer y los trajo. Gracias a ellos no se me ha caído la casa encima. Nos pasamos el día enganchados a la televisión y a la radio en busca de noticias. O a Twitter, donde la noticia es *trending topic* mundial.

Los días pasan y parece ser que todo ha acabado. Que mi padre es el presunto cabecilla. Ahora lo están buscando por todo el mundo y siguiendo la pista de su coche.

Al final se va a hacer justicia. El problema es que no dejo de sentir asco por haber vivido tan engañada. Me pedían que guardara las apariencias, que aparentara algo que ellos nunca han sido ni serán.

—Repetimos, noticia de última hora: han localizado el coche en el que viajaban el matrimonio Stone y Manuela di Pietro. —Cojo el mando y subo el volumen. Mi teléfono suena, lo ignoro y veo la imagen del coche siendo sacado de un río—. Todo indica que se salieron de la carretera. Que el coche perdió el control hasta caer al río...

Lo siguiente no lo escucho, pero lo siento antes de perder el conocimiento.

KENNAN

Acaricio la frente de Bell preocupado. Me enteré de lo sucedido de camino hacia aquí y me dijeron que la noticia ya se había filtrado a la prensa. Traté de llamarla y que se enterara por mí, pero no llegué a tiempo. Fiona me dijo que lo vio y se desmayó. Yo sé lo que siente. Mi madre iba con ellos. Los tres han aparecido muertos. No la quería, la odiaba y, sin embargo, es raro saber que ha muerto tratando de huir de lo que ella misma había generado.

Bell se remueve y abre los ojos de golpe.

—Eh, preciosa, estoy aquí.

—Kennan. —Bell se levanta y me abraza—. ¿Por qué me duele si nunca me quisieron?

—Porque, al contrario que ellos, tú eres buena y legal. Que no te sepa mal sentir dolor por ellos. Eran tus padres.

—No les deseaba eso. Quería que pagaran en la cárcel, toda su vida. Pero no esto.

—Te entiendo.

Llora entre mis brazos y la acuno. Sé que es fuerte y lo superará. Lo haremos juntos. Aún queda mucho por hacer. Esto no ha hecho más que empezar. Estamos tirando de un hilo, ese que deseábamos hace tiempo. Y todo apunta a que sabían que alguien iba detrás de ellos, que estaba cerca, pero no sabían quién. Filtramos la noticia de que el círculo se había cerrado y se sabía quiénes eran los cabecillas. La filtré yo en un baile, contándoselo como un secreto a uno que es un bocas, diciéndole que me acababa de enterar en los servicios que iban tras una red importante de prostitución y que estaban cerca de atraparlos. Que yo no tenía ni idea de quién podía ser, pero que parecía que pronto todo se destaparía. Como imaginaba, la noticia se propagó cada vez más exagerada, cada uno contaba una cosa, y cuando les llegó a ellos, a los padres de Bell y a mi madre, no sé qué les dijeron, pero sí lo justo para que, tal y como deseábamos, se pusieran nerviosos y cometieran un error. Y sobre todo porque, desde hace meses, a sus aliados los hemos ido atrapando y han ido desapareciendo por arte de magia...; sabían que andábamos detrás. Estábamos en una guerra de trincheras, esperando el «ataque» del otro. Y ahí es donde yo debía ver sus movimientos, estando cerca. Por eso me metí de modelo. Hemos ido corriendo bulos, como siempre ha pasado, pero sabiendo qué decir para asustarlos. Y todo ha salido como se esperaba.

Lo de meter a Bell fue porque estos rumores llevan meses y hasta ahora no habíamos avanzado mucho. Los superiores sabían que Bell no descubriría nada interesante, pero sí que parecería que ocultaba algo. La querían dentro para que sospecharan que íbamos contra ellos y meter más presión. Yo me he enterado de esto ahora. En el fondo sabía que Bell duraría poco, pero querían

ese juego. Querían que sucediera justo lo que ha pasado, y más al ser hija del cabecilla. Ella podía tener información que ellos ni sospechaban, al vivir con ellos. Su madre lo dijo, era una chica curiosa y, como ella esperaba, se enteró de mi pasado. Si Bell estaba de nuestro lado, y ellos temían que sí, podría ser su final. Todo ha acabado. Parece mentira que sea así. Llevo mi mano a la tripa de Bell y pienso en nuestro futuro. Es hora de dejar que el pasado se vaya para siempre.

No paran de salir cosas. Malversación de fondos, estafas, blanqueo de capitales...; estaba metido en más cosas de las que creíamos. Lo de la prostitución era algo más, pero es de lo que menos pruebas hay. Aunque se apunta al señor Stone como único dueño de todo. Hemos podido liberar a esos jóvenes y están puestos todos bajo protección con una nueva identidad y una nueva vida, para que puedan al fin empezar de cero. Les va a costar, yo lo sé mejor que nadie, pero también sé que, cuando parece que todo es demasiado oscuro para ver con claridad, una luz aparece entre las tinieblas que te llena de esperanza. Solo espero que poco a poco consigan olvidarlo y no se castiguen por algo que no era culpa suya. Costará, porque, aunque sabes que no tienes elección, una vez todo acaba te preguntas si luchaste lo suficiente, si hubieras podido salir de haber puesto más ímpetu. No se puede. No es tan fácil como parece, y ahora lo sé. He aprendido a perdonarme y a dejar de sentir asco por mí. Ya está bien de seguir pagando por los pecados de otro.

Recojo a Bell y entra en el coche nerviosa. Cada vez está más animada. Le ha costado asumir lo de sus padres, pero día a día acepta que ellos solos se metieron en eso. Lo peor es que, como hija del señor Stone, ha sido investigada y la han interrogado un sinfín de veces. Aunque al parecer ya la habían investigado antes, por eso sabían que ella era la clave para presionar. A Bell no le hizo gracia saberlo, y a mí, menos. Pero también queda claro que ella decidió ayudarnos. Y al que también han investigado es a Jarrod, del que no se sabe nada, por cierto; ha desaparecido. Lo más seguro es que no sepamos nada de él en la vida. No hay nada contra él. Nada le hace parecer

culpable de lo que hacía su suegro. Solo era un empleado más y, aparte de ser un desgraciado, nada lo marca como acusado. Bell contó la verdad de sus dos intentos de violación y yo testifiqué por lo que vi en el segundo. El problema es que no se sabe dónde anda; le tienen que preguntar por su versión y el juicio será largo.

Solo espero que nunca se cruce en mi camino, porque dudo que pueda contenerme... Mejor que den con él mis compañeros.

—¿Y si solo es un retraso por los nervios? —me pregunta retorciéndose las manos. Las cojo.

—Pues lo seguiremos buscando. Te prometo que no pienso dejar de intentarlo una y otra vez.

Sonríe.

—A mí tampoco me importa, la verdad. Vamos.

Asiento y conduzco hacia una clínica privada. No se ha hecho pruebas de embarazo. Quería hacérsela conmigo, el problema es que solo he tenido este hueco para estar con ella y ninguno quiere retrasar más el que la viera un médico.

Aparco y la cojo de la mano para ir a la consulta. No tardan en llamarla. La sientan para la ecografía y le levantan la camiseta para ponerle esa crema viscosa. Bell toma mi mano con fuerza mientras la ginecóloga mira el monitor al tiempo que mueve la cámara y busca al posible bebé.

—Ahí está —dice, y señala una mancha y luego me parece oír un latido—. ¿Lo oís? Es muy débil.

Se oye de nuevo.

Bell está llorando mientras asiente y mira a nuestro hijo. Yo no dejo de mirarlo y de escuchar los latidos de esta nueva vida latiendo dentro de la mujer que amo. No me puedo creer que sea cierto.

—Estás de casi dos meses. Ahora os daré unas fotos.

Las saca y se las tiende. Nos dice que todo parece ir bien y le manda a Bell hacerse unos análisis de sangre.

Salimos y Bell salta a mis brazos y enreda sus piernas en mi cintura. Se ríe y llora feliz.

—Estoy aterrada. ¿A que no se nota? —Se ríe y me río con ella.

—Lo lograremos. Podemos hacerlo juntos.

—¿Verdad que sí? Juntos.

Me besa y vamos hacia la casa de mi padre. Al vernos aparecer nos abraza. Y cuando le decimos el motivo de nuestra visita, llora como un niño pequeño. No deja de mirar la foto de su nieto como si ya lo tuviera delante. Me mira y sonrío como hacía tiempo que no me sonreía. Al mirarlo a los ojos me doy cuenta de que en verdad nunca se enfadó conmigo. Ahora lo miro desde otro punto de vista; mi padre estaba enfadado consigo mismo, se odiaba por no haber podido evitar que me pasara aquello. Ahora que mi hijo crece en el vientre de Bell lo entiendo. Entiendo la impotencia, como padre si a tu hijo le pasa algo ante tus ojos. Mi padre no sentía asco por mí. Era por sí mismo.

—No hubieras podido hacer nada —digo sin venir a cuento, y lo comprende.

—Cuesta aceptar que no. Que tu hijo ha sufrido y no supiste verlo —dice con los ojos llenos de lágrimas.

—Ya es pasado —dice Bell, y nos mira feliz a los dos.

Y lo es. Ahora solo queda mirar hacia delante. Es difícil hacerlo cuando todo lo que has recibido han sido palos, y temes estar viviendo una utopía que no es real.

Capítulo 31

BELL

Un mes después...

Fiona se sienta a mi lado tras traerme algo de agua. Kennan no podía venir hoy a la revisión. Aunque ya todo está casi resuelto, queda aún trabajo por hacer. Vivimos juntos en uno de los pisos al lado del de Fiona. Esta, al enterarse de la noticia, se nombró a sí misma tía del pequeño y ya me ha regalado cientos de cosas de bebé que pueden ser tanto para niño como para niña.

Estoy feliz. Es fácil cuando, al caer la noche, Kennan regresa a mí y todo parece ir bien. Casi siempre lo espero dormida en el sofá. Me encanta cuando me coge en brazos y me deja en la cama. No me gusta acostarme si no ha llegado. La cama parece muy grande y fría sin él.

—Estoy deseando ver cómo va mi sobrino. Va a ser tan guapo como sus padres. —Acaricia mi tripa y me abraza feliz—. Luego, cuando lo tengas, si no duele tanto como me imagino igual me planteo tener uno de mi Marcelo.

—Va a doler, y mucho, el posparto es peor...

—Te voy a prohibir leer esos libros.

—Quiero estar preparada.

—Lo estarás. Pero mejor no amargarte. Al final sale, y no tienes por qué angustiarte antes.

Le saco la lengua y espero que me llamen. La puerta se abre y me

sorprendo cuando, tras ella, aparece Crystal, que va mirando ensimismada un papel hasta que me ve.

—¿Qué haces tú aquí? —Ese es su saludo. Me levanto y le doy dos besos; me mira la tripa—. ¿No me digas que estás esperando un hijo de ese pedazo de novio detective que tienes?

La noticia de que Kennan, el atractivo modelo, era en verdad un detective se filtró como la pólvora. La gente sintió curiosidad por su historia. Por suerte no ha trascendido nada de su pasado.

—Pues sí. Estoy de apenas tres meses.

—Me parece increíble y, bueno, me alegro. Espero que se parezca al padre, es más guapo que tú, pero no te ofendas.

—No, claro, ¿cómo me va a ofender que me llames fea en mi cara? —le pregunto con una sonrisa.

Me llaman y Crystal se mete con nosotras en la sala. La miro intrigada.

—No me mires así, quiero ver cómo es tu garbancito. Y luego nos tomamos un café para ponernos al día. Somos amigas, ¿no?

Asiento, me temo que se meterá sí o sí. Ya se le nota el embarazo. Está de más de seis meses. Me hacen varias pruebas, me dan la foto de la ecografía y dicen que mi bebé está creciendo sano y bien. Siento alivio tras escuchar esto y me voy con Fiona y Crystal a tomar algo a una cafetería cercana.

Me pido algo para comer, por suerte he dejado de sentir náuseas. El problema es que yo creía que podría comer de todo y tengo un sinfín de cosas prohibidas. ¡Si hasta la lechuga puede ser peligrosa!

Le cuento por encima a Crystal cómo me va todo y ella pone mala cara cuando le digo que sigo trabajando y que me ocupo de las tareas de la casa. Claro que sabía que pondría este gesto y lo hice aposta para que pusiera cara de asco.

—Con todo el dinero que tiene tu novio no sé cómo no te aprovechas.

—Me aprovecho dejando que las cosas de la casa sean cosa de los dos. Es muy sexy verlo fregando los platos mientras yo seco —la pico. Pone mala cara. Fiona se ríe.

—¿Y sabes ya si traes un niño o una niña? —me pregunta.

—Es muy pronto para saberlo —le respondo—. ¿Y tú?

—Una niña, eso me acaban de decir.

—Enhorabuena.

—Seguro que no la soporto.

—Si se parece a ti, seguro que no —dice Fiona ganándose una mirada de Crystal.

—Querida —Filipo entra y nos saluda—, me ha dicho tu chófer que estabas aquí. ¿Ya lo sabemos? —pregunta emocionado.

—Una niña. —Filipo se queda un segundo parado y luego va hacia su esposa y le da unos cariñosos besos.

—Una niña tan preciosa como su madre. ¡Estáis todos invitados! —grita a toda la gente que está en la pastelería, y algunos le dan la enhorabuena por su pequeña.

Se quedan un rato hasta que se marchan tras pagar todas las consumiciones, como había prometido.

—Está enchochado con ella, y ella no lo quiere —dice Fiona.

—Nunca lo ha querido, no es un secreto, espero que el hijo sea suyo y, de no ser así, que por lo menos se le parezca. Ese hombre está deseando ser padre.

—Pobre hombre, tu amiga es horrible. Y te envidia. Está claro que le gusta tu chico.

—¿Y a quién no? —le digo con una sonrisa.

Termino de hacer la compra y me voy a la caja a pagar. Estoy llegando cuando alguien me corta el paso. Alzo la mirada y gritaría si no fuera porque me ha tapado la boca.

—Hola, querida. Estás preciosa y... embarazada —dice al mirar mi tripa, que ya se me nota—. Espero que todo vaya bien..., y que no se malogre tu embarazo.

Se separa y me quedo tan congelada por verlo aquí que me cuesta salir del estupor e ir tras él. No lo veo. ¿Por qué ha vuelto Jarrod? ¿Acaso no me ha hecho ya suficiente?

No vuelvo a por la compra. La dejo ahí en la cesta. Solo quiero estar en

mi casa. Jarrod es un desgraciado. No sé para qué ha venido a verme. Seguro que ha disfrutado mucho viendo cómo me hacía daño solo con estar cerca de mí.

Entro en mi casa y busco el móvil. Dudo si llamar a Kennan, al final no lo hago y preparo algo para cenar y relajarme. Iría a casa de Fiona, pero este fin de semana no está. Estoy sola en el edificio y es bastante escalofriante tras el encuentro con Jarrod.

Espero a que Kennan vuelva, pero, viendo que tarda, cojo el móvil justo cuando me llama.

—Hola —le digo tratando de parecer calmada, aunque ignoro si lo consigo.

—Hola, preciosa, te llamo porque me ha surgido un viaje esta noche. — Noto que se me cae el alma a los pies.

—Vaya, te esperaba para cenar, sesión de pelis..., de sexo —trato de bromear, pero ya me castañean los dientes del miedo.

—¿Va todo bien?

—Genial. Solo es que tengo ganas de verte.

—Mañana regresaré tan pronto como pueda.

—Ten mucho cuidado.

—Siempre lo tengo, y llámame si lo necesitas. Iré con Camilo, que ya se ha reincorporado. Si no te lo cojo yo, llámale a él.

—Vale. Os marearé a los dos si me aburro.

Cuelgo y me quedo mirando el móvil. Camilo solo sufrió heridas leves, pero el golpe en la cabeza los tenía preocupados. Por suerte todo quedó en un susto y ya ha vuelto al trabajo. Me alegro de que esté bien.

Pongo la tele mientras hago cosas en la casa, y ni siquiera el sonido de fondo del televisor me quita el miedo. Solo el paso de los días hará que deje de sentir este miedo por el encontronazo con Jarrod y su clara amenaza. No me irritaría tanto si no hubiera tratado de violarme dos veces.

Pasada una hora estoy más calmada. No va a pasar nada. O eso quiero creer, porque cuando el timbre de la puerta suena, grito como si fuera el mismísimo demonio.

Me acerco y miro por la mirilla, y al ver a Crystal casi lo parece. Tiene la

cara completamente roja e hinchada.

Le abro preocupada, y más cuando me abraza con fuerza y llora como nunca antes la he visto hacerlo.

—No dejes que me atrape. No dejes que nos lleve de vuelta. Protege a mi hija.

Tiembla entre mis brazos.

—Tranquila, estás a salvo.

—¿Está Kennan? —pregunta asustada.

—No...

—Tenemos que irnos. Te he puesto en peligro. Tenemos que... —Se queda callada cuando se vuelve hacia la puerta.

—Crystal, cariño, ¿qué te ha pasado? —Me vuelvo y veo a su marido, que parece llorar al ver a su mujer así.

Espero que Crystal vaya hacia él para abrazarlo, pero esta se pone detrás de mí y me coge la camisa.

—Vamos, no seas cría. Vamos a buscar al desgraciado que te ha hecho eso. Es horrible —se pone a llorar. Crystal tiembla.

—¡Has sido tú! ¡Has sido tú! —estalla.

Filipo parece afectado y casi llora por el estallido de su esposa. Yo no entiendo muy bien qué está pasando.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo puedes decirme eso cuando te amo con toda mi alma? —grita.

Todo esto no me gusta un pelo, pero no hago nada por quitarme y dejar expuesta a Crystal.

—¡Tú no quieres una niña! ¡Tú no quieres a mi hija! ¡Quieres que la pierda para que no sea una carga para ti! No pienso dejar que la mates.

Me recorre un escalofrío. Crystal parece haber perdido el norte, como si ya no pudiera callar. Miro a Filippo y su cara de niño bueno pasa a una de rabia. Empiezo a andar con disimulo, buscando algo con lo que golpearlo si se atreviera a venir a por su mujer. Lo nota y se acerca antes de que pueda llegar a la lámpara. Me aparta de Crystal con un fuerte empujón. Caigo protegiendo a mi bebé y veo cómo se la lleva tirándole del pelo.

Voy tras ellos. No sé qué está pasando, pero no puedo dejarla sola con ese

psicópata.

Están llegando al ascensor cuando aparece Jarrod y Filippo le sonríe. Está claro que est  con él. Grito pidiendo ayuda, odiando más que nunca que este edificio está vacío. Es una trampa mortal.

—Amigo, mi mujer se ha portado mal. Me ha sido infiel, este hijo no es mío —le dice esperando que Jarrod lo apoye.

Jarrod sonríe y se ríe. Y luego hace algo que me sorprende más. Le pega un puñetazo a Filippo, mostrando más cordura que nunca. Este suelta a Crystal y voy hacia ella. La cojo para bajar por la escalera. Corremos hasta que oímos un disparo.

— Dios mío!  Nos va a matar! Y nadie nos encontrará... —dice aterrada.

—No lo har . Saldremos de aquí.

Corremos, pero a Crystal le cuesta, por la paliza que le ha pegado el desgraciado de Filippo, porque ya no tengo duda alguna de que ha sido él. Lo oigo correr tras nosotras. Nunca he sentido tanto miedo. No veo el final de la escalera, y cuando lo veo, temo no llegar a tiempo.

Grito casi a punto de llegar y vemos pasar el ascensor. Oigo que una puerta se abre mientras corremos hacia la entrada, pero no me detengo a ver qué pasa por si es un aliado de Filippo. Solo quiero salir de aquí. No creo que haga esto en público. La detonación llega antes de que tenga tiempo de prepararme para recibirla. Me cubro el estómago mientras espero que los tiros me perforen. No llega nada.

Me vuelvo y me quedo petrificada al ver a Kennan de espaldas a mí. Cae de rodillas y veo a Filippo reírse. Alza el arma y nos apunta. Hasta que Jarrod le da con un extintor y lo deja K.O. en el suelo.

Crystal sale a pedir ayuda a gritos. Atiendo a Kennan, que se toca el pecho lleno de sangre. Y me arrodillo a su lado. Trato de taponar su herida.

—Has vuelto...

—Nadie te conoce como yo. Sentí que algo no iba bien. —Lloro por haberme delatado. Porque est  así por mi culpa.

—Aguanta, Kennan —le digo tratando de detener la sangre.

—Te amo, Bell, siempre te amar ...

—No lo hagas...  No puedes dejarme!  No puedes despedirte!

—Adiós, preciosa... —dice antes de caer desplomado sobre mí.

Grito. Llora. Y acabo por desmayare presa del dolor. No puede ser cierto.
No puede ser cierto.

Capítulo 32

KENNAN

Noto un dolor punzante y luego mucha luz. Trato de abrir los ojos, y cuando lo consigo, la luz me ciega. Lo primero que veo son los ojos azules de Bell. Al verme rompe a llorar.

—¡Me dijiste adiós!, ¡me dijiste adiós! Nunca más te despidas de mí, nunca. Si lo haces, creeré que no piensas regresar a mí.

Me abraza tan fuerte que me hace daño. Recuerdo lo vivido. Cómo noté en su voz, cuando me llamó, que estaba mal y regresé a ella, mandando todo a la mierda con tal de ir a protegerla. Camilo siguió solo con la misión y llamó a Luis, que me cubrió.

Estaba subiendo en el ascensor cuando oí el disparo. Al llegar vi a Jarrod herido y me dijo que corriera, que Filipino quería matar a Bell y a Crystal. No me detuve a pensar y bajé otra vez por el ascensor. Me llevaban ventaja y no los alcanzaría si iba por la escalera. Salí justo en medio de Bell y Filipino. Este último ni se dio cuenta de que acababa de salir del ascensor y, sin pensarlo, me puse en la trayectoria de la bala. No entendía nada, no sabía qué estaba pasando y cómo ese hombre bueno se había vuelto loco de repente.

Pero sí sabía que, sin dudarlo, daría mi vida por ella una y mil veces.

—No lo volveré a hacer, pero si sigues apretándome así me acabarás matando tú. —Se separa y sonrío.

—Qué miedo he pasado, pensé... —Alzo la mano y le tapo la boca.

—Estoy aquí.

—Conmigo.

—Siempre. ¿No te has dado cuenta aún de que siempre hallaré el camino de vuelta a tu lado?

Me besa y me quedo dormido otra vez. Al menos ahora ya no siento que sea un «para siempre».

Escucho el relato de lo sucedido por segunda vez y sigo sin asimilar la verdad. Es increíble lo engañado que nos tenía. Filipino está en la cárcel, y no solo acusado de intento asesinato. Él era el hombre que habíamos estado buscando durante este tiempo. Fundó todo esto con solo veinte años y... ya tiene cincuenta. Siempre le he echado menos; tenía cara de tonto y de niño bueno.

Crystal lo descubrió todo hace años y la tenía amenazada. Ella en verdad nunca le ha sido infiel, pero él la obligaba a actuar así para que él pareciera un pobretón cornudo y dar lástima, así la gente pensaba que era un poco tonto. Todo un plan perfecto. Y Crystal lo hacía para evitar que matara a sus padres.

Tenía que hacer creer a todos que era una cualquiera y hacer circular esos rumores. Realmente Crystal siempre había querido a Bell, pero nunca había podido ser su amiga de verdad porque tenía que interpretar un papel. Al principio porque solo era una niña manipulada por su madre y después por su marido. La casaron muy pronto. No podía huir por miedo, pero todo cambió cuando Filipino, que quería un niño, supo que estaba esperando una niña. Quería que abortara, no quería una niña, y si llegaba a nacer, pensaba mandarla a un internado. Le dio varias palizas para que la perdiera, y Crystal, temerosa por el bienestar de su hija, sacó fuerzas de donde no tenía y se escapó a casa de Bell, con la esperanza de que, al ser yo detective, pudiera ayudarla y hacer algo para salvar a sus padres y a su hija. No quería que su hija muriera ni pasara por el infierno que ella estaba pasando desde hace años.

Por suerte, todo acabó bien y lo que Filipino no sabía es que Crystal llevaba

años recogiendo información y guardándola tras una baldosa de la casa, con el fin de vengarse un día. Ha facilitado pruebas y también su testimonio. Ahora ya sé por qué me dieron esa paliza hace años... Crystal le dijo una noche a Filippo, mientras este la golpeaba, que el único hombre que había querido era yo y que él nunca sería tan atractivo como yo. Muerto de celos, mandó darme una paliza que me desfigurara el cuerpo. Si no me remataron fue porque Crystal le juró que había mentido. Y que haría lo que fuera con tal de que no acabara conmigo. Nunca imaginé que le debía mi vida a Crystal, ni que esa descarada hubiese sufrido tanto.

Está claro que a veces solo vemos lo que queremos ver, que no nos detenemos en mirar a las personas y descubrir lo que esconden. Tenemos la verdad ante nuestros ojos, pero nos es más fácil creer lo que más nos conviene.

Ahora de verdad se ha desmantelado todo y han arrestado a Filippo y a sus secuaces. Lo de culpar a los padres de Bell y a mi madre fue un plan desesperado de Filippo, porque sabía que la policía andaba cerca y que sospechaban de ellos. Sabía qué plan habíamos trazado para hacerles dar un paso en falso. Y también que era cuestión de tiempo que diéramos con él. Tenía tanto miedo de acabar en la cárcel que les metió el miedo en el cuerpo a nuestros padres diciéndoles que, si él caía, caerían todos. Y que si intentaban huir, él se encargaría de silenciarlos.

Las pruebas medio quemadas de la casa las puso él, usando su contacto en la policía, que ya está detenido, por cierto. Lo tenía todo tan bien atado que, de no haber sido por Crystal y su amor hacia su hija, nada de esto se hubiera descubierto jamás. Su idea era dejarlo, vivir de su empresa y no hacer nada que lo delatara, con tal de no ir a la cárcel. Por suerte el destino ha puesto a cada uno en su sitio.

Y aunque nuestros padres no fueron los fundadores ni los jefes, sí estaban detrás de un sinfín de delitos. Jarrod ha sido acusado de intento de violación; él se declaró culpable y mostró arrepentimiento ante el juez, buscando así menos años de cárcel. Alegó que los celos lo cegaron y que había regresado a la vida de Bell porque se enteró de que esperaba un hijo mío y eso lo tenía rabioso. Pero fue en parte una suerte que Jarrod apareciera ese último día en

casa de Bell. Él quería hacerle daño, pero no matarla; por eso, cuando vio lo que Filippo hacía, no pudo dejar que la hiriera, porque en el fondo la seguía queriendo a su modo. Se dio cuenta de que él no era mucho mejor que Filippo, y por eso se entregó.

—Crystal está en tu edificio, en una casa con sus padres. Al saber la verdad, quisieron estar con su hija. Allí hay varios de tus compañeros vigilando que nadie entre ni salga sin su permiso. Están seguros —me cuenta Bell.

—¿Y cómo está Crystal?

—Es fuerte y saldrá de esta, y Fiona y yo la ayudaremos en todo lo que podamos. Nunca imaginé que de verdad le cayera bien y que, aunque me dijera todo eso, solo representaba un papel y en verdad le gustaba estar conmigo. Me siento mal por no haber sabido verlo. Es como si llevara años viviendo una realidad paralela.

—Las mentiras es lo que tienen, que llega un punto en el que la gente que las ha creado se las cree de verdad. —Asiente.

Se acerca y me abraza. Ha pasado una semana desde que desperté. Ya estoy mejor, pero Bell sigue teniendo el miedo metido en el cuerpo. Acaricio mi nueva cicatriz.

—¿Te harás un tatuaje?

—No, esta no la quiero borrar.

—¿Por qué? Es una marca...

—Es la constatación de que daría mi vida por ti y por nuestro hijo una y otra vez. —Bell se emociona y me la acaricia con levedad.

—Ojalá nunca más lo tengas que volver a hacer. Eres mi vida, Kennan, lo único real que he tenido. La única persona que, pese al tiempo transcurrido, siempre ha estado ahí. Hemos cambiado, madurado, y, sin embargo, seguimos siendo perfectos el uno para el otro. Tú eres mi realidad. Y al único que deseo para siempre.

Sonrío y la beso enamorado, sabiendo que es cierto. Que nuestras vidas han dado muchas vueltas. Que ya no somos los mismos y, aun así, encajamos a la perfección juntos.

La miro a los ojos antes de besarla de nuevo, sabiendo que lo único real

en mi vida siempre será ella, y en el fondo no me importa si el resto se desmorona o es solo una ilusión, porque al mirarla a los ojos puedo ver en los suyos mi guía y mi retorno a nuestra realidad.

Epílogo

KENNAN

Observo a mi padre y cómo camina orgulloso con Bell cogida de su brazo. Está preciosa vestida de azul. Me mira y me sonríe como solo ella sabe hacerlo, y le devuelvo la sonrisa sin que me importe ya quién se dé cuenta de cuánto la quiero. Llega al altar y deja a mi padre ahí plantado antes de venir hacia donde yo estoy, sentado en uno de los bancos. Me da un tierno beso y luego otro suave en la cabecita de nuestro hijo, que duerme entre mis brazos. Me mira a los ojos y sé lo que piensa. Está pensando en nuestra boda. En cómo nos casamos con una ceremonia íntima con nuestros amigos. Fue al poco de salir yo del hospital. Regresó a casa del trabajo y, al entrar a nuestro piso, lo vio lleno de flores. Yo estaba en medio con una caja en la mano y, al verla, no hizo falta que le dijera nada. Corrió a mis brazos y me dijo que se casaría conmigo. No se echó para atrás cuando le dije que quería que fuera al día siguiente. Me dijo que estaba loco entre risas y, junto con Crystal y Fiona, prepararon su vestido y todo lo que necesitaba. Estaba preciosa. Con un vestido blanco sencillo y una corona de flores. En este caso fue mi padre el que la acompañó a ella al altar, y a mí, Fiona. Hoy estamos aquí para que mi padre deje de estar solo y comparta su vida con la churrera, Marisa, que se nota que lo quiere con locura.

Les escucho cuando intercambian los votos. Parecen dos adolescentes. Y es que el amor es lo que tiene, no entiende de edad. El amor nos toca a todos

por igual y nos hace sentir los mismos deseos, tengamos la edad que sea.

Cuando llega el momento de los anillos, me acerco con el pequeño Aarón y se los doy. Le guiño un ojo a mi padre y regreso a mi sitio para ver cómo se convierten en marido y mujer.

Bell me abraza y, al mirarla, veo que llora.

—Es precioso —dice observando cómo se besan.

—Lo es. —Alza la mirada y sabe que lo digo por nosotros. Por nuestro hijo y por ella.

—Sí, lo es.

Me besa mientras la gente aplaude a los recién casados y sé que está recordando el momento en el que nos unimos para siempre. Nunca pensé que un día podría ser tan feliz, sobre todo tras lo sucedido. Me había resignado a esa vida, carente de emociones. Hasta que ella regresó a mi vida y me hizo recordar entre sus brazos el verdadero significado de vivir.

BELL

Jeff se lleva a nuestro pequeño de paseo con su mujer. Ya tiene más de dos meses y está para comérselo. Tiene el pelo rubio y parece que tendrá los ojos claros, pero no sabemos si como los de su padre o como los míos. Me da igual. Para mí es el niño más precioso del mundo.

Kennan se está duchando tras volver del trabajo. Cierro la puerta de nuestro hogar. Al fin acabaron las obras. La casa es más bonita de lo que parecía. Me encantan las grandes cristaleras y cómo se ve el mar. Jeff aceptó al fin que su hijo le pagara una casa, y viven cerca de aquí. Dijo que lo hacía por su nieto, que no podía estar un día sin verlo. Yo de momento no trabajo, pero cuando pueda reincorporarme buscaré empleo en las agencias de viaje de la zona. Me gusta ese trabajo, y ver la ilusión de la gente cuando quiere encontrar el viaje perfecto. Por desgracia la agencia de Fiona me queda lejos, aunque nos vemos a menudo. A quien más veo es a Crystal, que vive no muy lejos con su hija y con Camilo. Nunca imaginé que esos dos se gustaran, pero fue amor a primera vista, y Camilo ha sido paciente con ella. Me consta que

la ha mimado y cuidado hasta que Crystal ha estado preparada para aceptarlo. Para aceptar que no todos los hombres son iguales. Al fin he conocido a la verdadera Crystal. Es descarada y dice lo que piensa, pero ya no para hacer daño. Es divertida, y tengo suerte de haber podido descubrir cómo es ella en realidad y tener otra oportunidad de ser amigas.

Entro en nuestro cuarto. Ahora ya amueblado con todo lujo de detalles. Oigo el grifo de la ducha mientras me quito la bata y espero junto a la ventana, de espaldas a la habitación, a que salga mi marido y me vea. Cierra el agua y lo oigo andar por el baño. Me lo imagino cogiendo una toalla y poniéndosela en la cintura, y otra para secarse ese pelo rubio que siempre lleva más largo de lo normal. Sus pasos se acercan a la habitación, y cuando me ve, se queda quieto. Solo llevo un liguero rojo y un sujetador a juego con unas medias negras.

Me vuelvo y lo miro descarada.

—Bell..., tú no...

—Sí puedo, ya ha pasado la cuarentena y deseo a mi marido. —Camino hacia él. Tiemblo, pero esta vez es de deseo. Ya nunca más me contengo en decir lo que quiero. O lo que deseo.

Cuando quiero algo, simplemente lo pido, y si no deseo hacer o que me haga algo, me niego. Con Kennan no hay engaños. Y yo he comprendido que tener deseos no te hace ser menos mujer.

—Joder, Bell, no sé si podré aguantar mucho —me dice cegado por la pasión, y me río feliz antes de alzarme y pasar mis manos alrededor de su cuello.

—Ámame, Kennan —le digo moviendo mi cuerpo para que caiga su toalla. Noto su erección en mi estómago.

—Será un placer.

Me besa con toda la pasión contenida. Le devuelvo el beso desatada. Deseosa de tenerlo dentro. Nos movemos hacia la cama. Ha pasado tanto tiempo desde nuestro último encuentro que no podemos ir lentos. Al menos ahora Kennan no se culpa si el momento es rudo y sabe que, hagamos lo que hagamos, conmigo siempre es hacer el amor.

Entra en mí sin dilación, desesperado, como yo, por sentirnos así de

completos. Me mira antes fijamente y sale de mí. Lo noto entrar de nuevo, llenarme, y cómo mi cuerpo se abre a su invasión, ardiendo de placer. Gimo entre sus brazos. Estoy a punto y casi ni hemos empezado. Me hace el amor con los labios y la lengua mientras entra y sale de mí hasta que juntos alcanzamos un arrollador orgasmo que nos deja temblando.

Observo a Kennan dormir. No tenemos tiempo antes de que Aarón se ponga a llorar como un loco y Jeff y su mujer lo traigan de vuelta. Kennan abre los ojos y me mira. El atardecer pinta su belleza de naranja. Nunca en mi vida he visto hombre más hermoso, y sé que no es solo por lo guapo que es por fuera. Sino también por como lo que lleva dentro se trasluce en cada uno de sus gestos.

—Te amo —le digo, incapaz de callarme.

—Y yo a ti.

Me besa y se lo digo otra vez, y así cada vez que lo siento. Aprendí que el silencio no sirve de nada cuando se ama, y que decir lo que quieres, lo que deseas y lo que anhelas es parte de amar a alguien. No pueden existir secretos entre una pareja.

Abrazo a Kennan, pletórica, y río cuando la puerta se abre y Jeff nos llama antes de que Aarón rompa a llorar.

Soy feliz, y hace tiempo que dejé de vivir la vida que otros me marcaban y empecé a seguir mi propio camino. A ser libre al fin. Pues la libertad no te la da el estar solo, te la da el estar rodeado de gente que te quiere y te permite poder elegir, porque confía en que las decisiones que tomes no te separarán de ellos, sino que los harán partícipes, porque sabes que quien te quiere se emocionará, como tú, ante tus sueños y los hará suyos.

Agradecimientos

A mi familia por estar siempre ahí, por creer en mí y por hacerme mirar atrás para ver lo logrado y hacia delante para no dejar de luchar por mis sueños y mis metas.

A mi querida Adelaida por creer en mí y por ser tan maravillosa como eres. Me alegra mucho que mis libros me hicieran conocerte y tenerte en mi vida.

A la Editorial Planeta, en especial a Booket y Click Ediciones por apostar por mis novelas y hacerlo con tanto mimo y cariño. Tras un libro hay un gran equipo que aman tanto como el escritor la obra y se esmeran en que salga perfecto. Gracias por mimar tanto mis libros.

A Merche y Andrea por ser mis confidentes de novelas y unas buenas amigas con las que los bloqueos desaparecen y solo quedan charlas de risas. Gracias por estar siempre ahí.

A todos mis lectores y a los nuevos, espero que mis libros nunca dejen de enamoraros y haceros esperar con ansias el siguiente. Gracias por estar siempre ahí, ya que un escritor no es nada sin sus lectores.

Biografía



Moruena Estríngana nació el 5 de febrero del 1983. Imaginativa y despierta desde pequeña, no tardó mucho en empezar a decantarse por el mundo literario. Ya que con 9 años empezó a escribir un pequeño teatro y con 12 años escribía poesías en los cuadernos de clase y fue cuando comenzó su primera novela.

Pero no fue hasta los 18 años cuando escribió su primera novela en serio, siendo este el comienzo de su carrera literaria. Desde entonces no ha dejado de escribir y de inventar diversos mundos llenos de magia, fantasía y amor.

Administradora de la web literaria de éxito <teregalounlibro.com> que cuenta con un millón y medio de visitas.

Actualmente sigue escribiendo nuevos libros que pronto verán la luz.

Su lema desde que empezó a luchar por ser escritora es «*La única batalla que se pierde es la que se abandona*».

* **Nominada a los premios DAMA'14** con *Me enamoré mientras mentías* como Mejor novela romántica juvenil.

* **Nominada a los premios DAMA'15** con *Por siempre tú* como Mejor novela contemporánea.

* **Ganadora premios Avenida'15** con *Por siempre tú* como Mejor novela romántica y como Mejor autora de romántica.

* **Numero 1 en ebook** en Amazon.es, Amazon.com e Itunes, y Play Store con varias de sus novelas publicadas.

Facebook: [@MoruenaEstringana.Escritora](https://www.facebook.com/MoruenaEstringana.Escritora)

Twitter: [@MoruenaE](https://twitter.com/MoruenaE)

Instagram: [MoruenaE](https://www.instagram.com/MoruenaE)

Bibliografía

Libros publicados:

El círculo perfecto (autoeditado 2009), El círculo perfecto (Editorial Ambar 2010), La maldición del círculo perfecto (Autoeditado 2012), Me enamoré mientras dormía (Editorial Nowe Volution 2014), Me enamoré mientras mentías (Editorial Nowe Volution 2014), Por siempre tú (Ediciones Kiwi, marzo'15), Viaje hacia tu corazón (Click ediciones, Grupo Planeta septiembre'15), El círculo perfecto, reedición ampliada (Red apple ediciones enero'16), Mi error fue amar al príncipe (Click ediciones enero'16), Mi error fue buscarte en otros brazos (Click ediciones febrero'16), ¿Sabes una cosa? te quiero (Nowevolución febrero'16), Mi error fue confiar en ti (Click ediciones marzo'16), Solo tú (Ediciones Kiwi marzo'16), Mi error fue enamorarme del novio de mi hermana (Click ediciones abril'16), Déjame amarte (Romantic ediciones abril'16), Mi error fue amarte (Click ediciones mayo'16), Mi error fue creer en cuentos de Hadas (Click ediciones junio/julio'16), Mi error fue no ser yo misma (Click ediciones septiembre'16), Mi error fue tu promesa (Click ediciones octubre'16), Por siempre solo tú (Ediciones Kiwi octubre'16), La maldición del círculo perfecto (Red apple ediciones octubre'16), Mi error fue ser solo tu mejor amiga (Click ediciones, noviembre'16), Déjame amarte (Click ediciones noviembre'16), Mi error fue ser solo tu mejor amiga (Click ediciones, diciembre'16), ¿Te confieso una cosa? Te amo (Nowevolution diciembre'16), Eternamente tú (Ediciones kiwi enero'17), El círculo perfecto inmortal (Red apple

ediciones abril'17).

Antologías:

150 rosa Editorial divalentis
Libro de relatos de VI RA
Venus de Nowevolución

Relatos en la web NUBICO:

Mi chica de los dulces
Tú me enseñaste a amar
El latir de mi corazón
Los besos que me debes
Promesa bajo las estrellas
Tú eres mi deseo
Tan solo un instante

Tú eres lo que deseo
Moruena Estríngana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Moruena Estríngana, 2017

Diseño de la cubierta: Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
Imagen de cubierta: Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2017

ISBN: 978-84-08-17819-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre S. L.
www.eltallerdelllibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

